

Françoise Rey

Camiones de ternura



La sonrisa vertical

de

«Eran bellos, bellísimos, radiantes, casi irreales de puro espléndidos. Les gustaba la cerveza, el vino, el alcohol, el humo que alucina, la carretera y el sudor, la fatiga vencida, los horizontes lejanos, el agua, la tierra, el fuego, las especias y la vida, y sobre todo la música y la danza... Eran altos, altísimos, gigantes musculosos y viriles. Y homosexuales». Así son los dos camioneros que darán un vuelco a la vida —y la sexualidad— de Vicky, una joven delgaducha, mal casada y mejor divorciada, todavía un poco insegura pero sin demasiados complejos, que por accidente acaba viéndose obligada a hacer autoestop en su viaje de regreso a casa. La protagonista relata en primera persona la historia de una mujer que se creía incapaz de excitarse por nadie y que llegó a excitarse muchísimo por dos muchachos a los que ella no excitaba. Y además se atreve a cruzar límites, a vivir nuevas experiencias, a contemplar dos cuerpos masculinos que se devoran mutuamente y a devorar esos cuerpos... Adicta al placer que sólo esos dos hombres han sabido procurarle, Vicky se monta en ese camión de ternura y mucho sexo para embarcarse en un viaje de autodescubrimiento y liberación.



Françoise Rey

Camiones de ternura

La sonrisa vertical - 141

ePub r1.2

Titivillus 27.06.2020

Título original: *Des camions de tendresse*

Françoise Rey, 1989

Traducción: Juan Manuel Salmerón

Prólogo: Jean-Jacques Pauvert

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Introducción

Famosa desde *La mujer de papel*, novela publicada en 1989 y traducida a una docena de las principales lenguas literarias, Françoise Rey, escritora muy de nuestro tiempo, es profesora de letras en una conocida región vinícola del centro de Francia, y su figura elegante y seductora resulta ya familiar a los espectadores de programas literarios de televisión. Con cuarenta años y tres hijos, se ha ganado un puesto particular en la literatura amorosa, especialmente por su virtuosismo a la hora de describir el acto sexual en todos sus aspectos. Especialidad que no parece estorbar en absoluto el ejercicio de sus funciones pedagógicas.

De entre sus obras (varias novelas, relatos, correspondencia con Remo Forlani), confiesa una predilección especial por *Camiones de ternura*, novela publicada en 1989 pero desaparecida el mismo año por la quiebra de la editorial, de manera que resulta casi imposible de encontrar. La rescatamos ahora. Miles de lectores encontrarán en ella con delectación a su autora favorita, en un relato en el que los fantasmas de su primera novela dejan paso a realidades de nuestro tiempo.

Pues estos *Camiones de ternura* son, en efecto, vehículos muy concretos. Enormes tráileres conducidos por camioneros jóvenes y musculosos, espléndidos caballeros de la carretera a los que la protagonista conocerá en circunstancias tanto más pintorescas cuanto que, como dice Françoise Rey:

«Eran bellos, bellísimos, radiantes, casi irreales de puro espléndidos. Les gustaba la cerveza, el vino, las copas, el humo que alucina, la carretera y el sudor, la fatiga vencida, los horizontes lejanos, el agua, la tierra, el fuego, las especias y la vida, y sobre

todo la música y bailar.

»Eran altos, altísimos, gigantes musculosos y viriles. Y homosexuales...».

Pero ¿pueden tan magníficas criaturas ser sectarias al punto de practicar lo que después de todo no es más que un racismo sexual?

Jean-Jacques Pauvert

Prólogo

Nunca, nunca más podré oír ciertas músicas, ciertos sonos, sin pensar en ellos. Ritmos afrocubanos, tambores, baterías, percusiones que se repiten infinitamente, entrecortados, obsesivos, pegadizos y mágicos, lamento de un saxo que llora en la noche; nunca, nunca más los escucharé sin representarme sus bellos hombros redondos, sus torsos relucientes, los músculos móviles en sus espaldas atléticas y la oscilación hipnótica de sus braguetas bajo el cinturón de cuero. Los vaqueros los disimulan y los revelan a la vez, me imagino bajo la tela ceñida y las gruesas costuras guarnecidas de botones plateados sus caderas estrechas, sus nalgas de piedra, sus sexos hechiceros, que el placer de la danza hincha y endurece... Sus pies descalzos se deslizan por el suelo o lo pisan con fuerza, y sus pelvis evolucionan rítmicamente...

Los tengo, los tengo. Ahí están, cierro los ojos para no perderlos, y respiro hondo, pues el sortilegio surte efecto: ahí estoy como antes, llena de deseo, traspasada por ese estremecimiento magnífico que me enseñaron los dos, pero que nunca explotaron, mi deseo de sus cuerpos, de sus caricias, de sus bocas, de sus miembros, mi deseo, intacto por insatisfecho, de su deseo...

Eran bellos, bellísimos, radiantes, casi irreales de puro espléndidos. Les gustaba la cerveza, el vino, las copas, el humo que alucina, la carretera y el sudor, la fatiga vencida, los horizontes lejanos, el agua, la tierra, el fuego, las especias y la vida, y sobre todo la música y bailar.

Eran altos, altísimos, gigantes musculosos y viriles. Y homosexuales...

Entré en ellos como una mendiga en un palacio, y salí rica de todo lo que me ofrecieron y negaron, de todo lo que yo les di a mi vez, tan plena, tan transformada, que he querido contar nuestra historia: la historia de cómo una mujer que se creía incapaz de excitarse por nadie llegó a excitarse muchísimo por dos tiarrones a los que ella no excitaba.

1

¿Qué sabía yo del hombre cuando los conocí? Nada. O muy poco...

Yo me había casado, rápido y mal. Rápido porque fue un matrimonio de reparación. ¡Oh!, no estaba embarazada. Sólo fui víctima de un gran escándalo y de una gran pena.

A los dieciocho años creí amar con un amor indestructible a mi querida amiga Annie, que era mi compañera de colegio desde hacía diez años. Digo «creí» porque se empeñaron en demostrarme lo contrario de manera irrefutable. No se trataba de un amor indestructible porque se destruyó en un cuarto de hora exactamente, lo que duró la visita que hicieron mis padres, farmacéuticos honorables de una pequeña ciudad de provincias, a los de Annie, comerciantes también, honorables también, si bien sólo tenderos, de la misma pequeña ciudad. Mi madre, que irrumpió en mi habitación, nos había pillado mientras Annie, con sonoros besitos, me contaba los lunares de la nariz y las mejillas. Aquello le pareció muy sospechoso, y buscando acto seguido en mi escritorio, descubrió unas cartas que juzgó decididamente repugnantes. Annie me escribía obscenidades como ésta: «Querida, estoy deseando que llegue el miércoles para cogerte de la mano en el parque...».

Mis padres «me apretaron los tornillos», como ellos mismos dijeron, el resto del año, hasta que acabé el bachillerato, momento en que me enviaron a pasar unas vacaciones de estudio con mi tía, profesora de inglés, que vivía en Limoges. Allí conocí a Simón... Limoges y repasar inglés ya era siniestro. No tener noticias de Annie rayaba en tragedia. Simón parecía amable. Yo le conté mi historia con Annie y le pedí que fuera mi cómplice para mantener un contacto clandestino con ella. Él aceptó con una mueca muy

despectiva, como diciendo: «Jueguecitos de crías que no saben lo que es un hombre...». Me miraba con una seguridad picara que quería decir: «Cuando pruebes lo que llevo entre las piernas no echarás tanto de menos a Annie». No tendría que haberme fiado de él, pero entonces no era yo traductora y, sobre todo, si él hablaba un idioma que yo ignoraba, no era otro que la seguridad picara que hace brillar la mirada de un hombre cuando habla con una tontita, tortillera por ignorancia y por deseo insospechado de su querido miembro y todos sus poderes.

Mi tía, puesta al corriente de mis abominables desviaciones, propiciaba, a efectos terapéuticos, las visitas de Simón. Éste venía por mí para ir a la piscina o al cine, y, entre versión y versión inglesa, yo leía y releía febrilmente las pocas líneas apresuradas que Annie me enviaba a través de él. Simón me pasó exactamente tres cartas, y me metió mucha mucha más mano. Sus caricias no me repugnaban. No era tan ingenua como para tomar mi paciencia por placer. Y él era tan egoísta, tan ciego, tan pagado de sí mismo, que casi lo habría llamado «embriaguez», si hubiera tenido un mínimo de vocabulario. Pero sólo decía: «Ah, ¿te gusta, eh, te gusta? ¿Quieres más? ¿Quieres más?», y me manoseaba las tetas en el cine.

Volví a Bourgoin. Él vino a verme, hizo buenísima impresión a mis padres, que supieron impresionarlo a su vez ponderándole el negocio farmacéutico... Tres meses más tarde me casaba con un hombre al que no amaba. Pero como tampoco lo detestaba, todo el mundo se empeñó en pintarme el matrimonio de color de rosa. «¡No demasiada pasión!», decía mi madre, «no demasiado fuego. Eso se acaba pronto. Luego se desengaña una. Mira la Zette, se ha casado por conveniencia y ya ves, es feliz». La Zette era otra tía mía que se había casado con la panadería Micou. Micou Hijo tenía veintidós años más que ella, un negocio próspero y una barriga enorme. Ella también tenía tripa pero no por culpa de él. En fin, que las dos barrigotas se aceptaron mutuamente, una en contrapartida de la otra, y la cosa funcionó. Micou siguió con su tripa, mi tía Zette perdió la suya y, a cambio, ganó, además de un hijo y el respeto del barrio, un aire serio incurable. No se quejaba, contaba el dinero de la caja con el ceño fruncido, suspiraba a ratos. En una palabra, era feliz.

Yo, que no contaba el dinero en mi casa porque quien lo

manejaba era Simón, pero sí suspiraba cada vez más y de cuando en cuando bostezaba también, no tardé en manifestar los síntomas más claros de la felicidad. Las tareas domésticas del pisito las despachaba pronto, lo mismo que las culinarias, demasiado pronto para Simón, que habría preferido platos más elaborados. Aunque con el dinero que me daba, la verdad, poco más se podía hacer. Además, yo seguía estudiando para sacarme la carrera, y esto lo sacaba de quicio. Por las noches, cuando acababa de fregar los platos, me ponía a estudiar en la mesa de la cocina, porque él se quedaba en el salón viendo la tele y el ruido me molestaba. Esto le hacía refunfuñar. Cuando terminaba la película, me llamaba. Nos acostábamos, él gruñía porque yo tardaba. Y cuando llegaba, seguía gruñendo: «Para eso, podías haberte quedado estudiando», y se volvía con rabia. Yo suspiraba. Pensaba en mi tía Zette. Aquello era felicidad.

Cuando nos divorciamos, un poco antes, en realidad, de hecho fue lo que me decidió, sus gruñidos habían acabado siendo insultos: yo era una inútil en la cocina, una inútil en los estudios, incapaz de sacarme el puto título ese que nos había jodido la vida tres años, y sobre todo una inútil en la cama, una inútil sin remedio, inútil como yo sola, inútil como no se puede ser más, que contaba las rayas de la tapicería mientras me follaba, que ni siquiera fingía, como si mis toqueteos de cría me hubieran estropeado algo, inútil como no se podía imaginar, inútil como para enfriar a un regimiento de legionarios...

Bien. Aquello era el no va más de la felicidad. Cuando me harté de ser feliz, cuando rocé la sobredosis, dije: «Se acabó. Adiós. Quédate con el piso, la tele, el equipo de música, las alfombras y la pasta, yo me quedo con los recuerdos, con toda la dicha que me has dado, para calentarme en invierno», y me fui. Creo que aquella misma noche Simón cenó en casa de mis padres y los tres suspiraron juntos. Que fueran un poco felices también ellos, no soy egoísta...

Yo entonces las pasé moradas, como suele decirse. Trabajillos para ir tirando y acabar de sacarme el título de inglés. Dependienta en unos grandes almacenes los sábados por la tarde, niñera por las noches, clases particulares a estudiantes de instituto que chapurreaban los verbos irregulares... No quería deber nada a

nadie, menos aún a mis padres, que se morían de rabia y de miedo a las preguntas del vecindario. Mi madre, según decía, sondeó sutilmente a Simón, se erigió en embajadora de sus quejas, trató de hacerme entrar en razón. «Nos ha dicho», empezó diciendo, «bueno, nos ha dado a entender que... en la cama...». Ahí acabó la exposición de motivos. La sentencia llegó enseguida, exasperada y desdeñosa: «¡Vamos! Una hace un esfuerzo, aunque no le guste».

El esfuerzo lo hice después. Decidí saber a qué atenerme, y me obligué a tener algunas otras experiencias para averiguar si de verdad era una inútil, si me pasaba algo, si no me gustaba aquello, o... La otra posibilidad no la veía muy clara, porque me parecía absurdo que Simón, es decir, el hombre, hubiera podido tener su importancia en el caso...

Sin embargo, después de varios intentos de lo más frustrantes, tuve que reconocer que el hombre no sólo tenía importancia, sino que era lo más importante. Decidí poner fin a mis investigaciones cuando tuve suficiente material para, a partir de los especímenes conocidos, clasificar la especie en cuatro categorías, bastante próximas después de todo: el quejoso, el prometedor, el acoplejado y el exigente, sin que el orden obedezca a otra cosa que a la cronología fortuita en que se me presentaron.

El quejoso, todo era hacer muecas, cubrirse con las manos el tesoro protegido y proferir exclamaciones de angustia: «¡Eh, cuidado! Me has hecho daño. Me la habrás descapullado bruscamente. Ojo. Es frágil. Muy frágil. Una mujer no lo sabe bien. Si te dan una patada en los huevos jugando al fútbol, te juro que no te levantas. ¡Y el frenillo! Ni te cuento. Tengo un amigo que se lo rompió. Menuda hemorragia se le lió... ¡y cómo le dolía! Y otro se la torció en plena faena. No te rías, no. En ángulo recto. Conque ojo... A mí eso me bloquea, prefiero que vayas suave, si no te importa. ¡Ay, cuidado! Noto los dientes. No, un poco, pero irrita». En fin, con éste, una vez comprobado todo, las uñas («Tienes una uña que engancha o un padastro. Te aseguro que me araña el glande»), la posición de los labios sobre los dientes, de las manos en su pelo («No, sin bromas, me da miedo que me estiren del pelo»), aún me quedaba por encontrar mucha mucha inspiración para ponerme un poco húmeda («Estás seca, no puedo creerme que estés seca. Me la desuello...»).

Yo también tenía la impresión de que me pasase una lija por la vagina, pero no me atrevía a decirlo, porque me volvían muda el peso de mis muchas culpabilidades, sequedades y torpezas. «Ay, que me aplastas un huevo...».

Al parecer, los amantes, después de hacer el amor, fuman o beben algo juntos. A mí me daban ganas, en cambio, de llevarle el botiquín, árnica, tiritas y toda clase de pomadas que le hicieran olvidar lo bruta que había estado...

El prometedor era, de algún modo, aún más curioso. En cuanto se desnudaba, se ponía en jarras con aire triunfal y se miraba con narcisismo el miembro que se empinaba. «¿Qué? ¿No está mal? Pues esto no es nada, nada en absoluto. Ya verás cuando me excite». Yo protestaba: «No, no, me parece perfecto». «¡Quia!». Se mostraba categórico. «¡Te digo que no es nada! ¡Bah!». Decía «bah», desdeñoso. «Lo que pasa es que estoy rendido. El trabajo, la vida que llevo: a cien por hora de la mañana a la noche. En realidad me empalmo más. Dame tiempo. ¡Ya verás! ¡Cuando estoy en forma...!». Yo le daba tiempo, mucho tiempo, y nunca veía nada. Al contrario, se metía en la cama, me acariciaba un poco, se le encogía. «¡Ah, ya está! Ahora me sale el cansancio. Vivimos como tontos. ¡Espera, espera a mañana! Ya verás, ¡el doble!». Entonces ya no me costaba creerle, ya podía cuadruplicar o quintuplicar el tamaño, en realidad no pasaba de lo normal. Se iba, me miraba con picardía: «Espera, verás mañana».

Esperé hasta que conocí a su opuesto, el acofado. Mismo tipo de miembro, mismas dimensiones, lo único que cambia es la actitud, radicalmente.

El acofado dice por ejemplo: «¿La notas, la notas bien? La tengo muy pequeña, lo sé. Además, date prisa, no voy a aguantar cien años. No soy ningún semental. Nunca, nunca lo he sido. Y gracias que he llegado a penetrarte. A veces me corro antes. Conmigo no has tenido suerte. Menos mal que por lo menos hay ternura, porque yo no estoy dotado. ¡Ves! ¡Lo que te decía! Y contigo aún he durado más, con otras nada más verlas...».

Yo nunca sabía si esto era un cumplido o no. Al final decidí quedarme con la duda y conocí al exigente, al más terrible, en mi opinión. Ni quejica, ni exhibicionista, ni encogido, con buen paquete, fiable, que no daba problemas... El problema era yo...

Todo empezaba con caricias varias, muy técnicas, y la primera orden: «Quiero que te excites mucho, que te vuelvas loca, que no puedas más». Yo me esforzaba, me concentraba, cerraba los ojos. ¿Excitada? ¿Es que lo había estado alguna vez? Pues excitada, excitada... Hasta volverme loca, hasta no poder más... Yo sorteaba el obstáculo, después de un rato de recogimiento, contorsionándome un poco, jadeaba... Él creía en el truco de la tía Zette, pensaba que me hacía feliz. Pasábamos a la siguiente fase. «No has jadeado bastante, voy a hacerte chillar, ¡ya verás!». Y empezaba la cabalgada. Tacatá, tacatá, tacatá... Pasados un número razonable de minutos, yo llegaba hasta a gemir, sin simular demasiado, porque me hacía daño. Segunda orden: «Quiero que te acuerdes de tu madre». No, eso no, eso me cortaba todo. La poca fe que tenía se desmoronaba lamentablemente. ¿Qué pintaba mi madre en aquello? Pensar en ella me arrugaba por dentro. Él, lanzado como estaba, no lo notaba. «¡Va, llámala! ¡Quiero que goces! ¡Que goces, que sientas placer!... Puedo seguir hasta mañana, si quieres...». La perspectiva me daba un miedo tremendo. ¡No, eso no! ¡Nada de hasta mañana! Yo capitulaba: «¡Madre mía, qué gusto!». Nunca se conformaba con una vez. «¡Dilo!». Cambiábamos de posición, sentados, tumbados, por delante, por detrás, yo tenía que decir «Madre mía» cada vez. ¡Qué pesadez! Cuando se iba, emocionado por todo el gozo que me había procurado, yo me pasaba diez minutos refrescándome en el bidé.

Bien, aparte de él, y ya se ve cómo, ningún hombre me hizo arder. Concluí, para tranquilidad mía, que no estaba hecha de material inflamable, me resigné a mi incombustible suerte y cerré mi puerta, mis ojos, mi corazón y todo lo demás al género masculino, a sus ineficaces miembros, a sus estériles intentos... Aliviada por mi abdicación, me conformé con hacer vida de joven vieja, me agencié un gato, debidamente castrado, acabé la carrera, encontré un trabajo de secretaria bilingüe en una empresa...

Y seguiría seguramente en mi linda casita, acariciando a mi viejo *Platón* ante la final de *Cifras y letras*, si mi jefe no hubiera tenido la magnífica idea de enviarme a París para un cursillo de perfeccionamiento de una semana...

Todo se precipitó entonces, es lo que Verdi llamó *La fuerza del destino*... El último día del cursillo, un viernes gris del mes de julio,

la portera, a cuyo cargo dejé el gato, me llamó al hotel: «A *Platón* lo ha atropellado un coche, señora Vicky. Se ha escapado por la ventana, nadie ha tenido la culpa. No ha muerto, pero está muy mal».

Se me encoge el corazón. ¿Llegaré a tiempo de ver morir al animal? Lloriqueo en el taxi que me deja en la estación de Lyon. ¡Zas! El destino es sin duda muy poderoso: huelga de trenes. Todo vuelve a la normalidad el lunes. Pero con mi *Platón* muriéndose a quinientos kilómetros, no puedo esperar.

Un tren de cercanías me lleva a las afueras de París, donde me sube un señor en un dos caballos traqueteante que me deja cincuenta kilómetros más adelante. No espero mucho: me paran dos señoras que me proponen llevarme hasta Troyes. De acuerdo, no tengo clara la ruta, el caso es que vayamos al sur... En realidad, Troyes no queda al sur, no en línea recta, pero me siento tan perdida, tan pequeña, tan triste... La compañía de estas mujeres me conforta. La acompañante se vuelve, amable: «Al principio la habíamos tomado por un chico..., pero... bien educado. A los golfos no los paramos».

Es verdad que también yo debo de inspirar confianza, con mi pantalón de vestir, mi chaqueta austera, el pelo corto, la maleta. Y qué triste espectáculo debe de ser verme esta tarde aquí, sola, desamparada, haciendo dedo a las afueras de Troyes, mientras un sol fastidioso sale en el último minuto para ensangrentar un horrible cielo de tormenta. Mi pobre *Platón*...

Me enjugo una lágrima. No pasan muchos coches. ¿Y si anoheciera y tuviera que quedarme aquí sola, abandonada, sin saber adonde ir ni dónde dormir? De pronto me entra miedo. No sé si sería mejor volver a Troyes y buscar un hotel. Además, demasiado tarde, se oye un fuerte runrún, el camión reduce. Me han visto, ha reparado en mi pulgar solicitador, mi aire tímido y temeroso, mi cara de chaval pálido y extraviado. Me armo de valor: los conductores son simpáticos, parece. Espero que... Frenan con un horrible chirrido. El vehículo es colosal, no acaba de detenerse. Por fin se para, yo estoy casi detrás del remolque, a la altura de la segunda rueda. Mejor dicho, está treinta o cuarenta centímetros por delante. Cojo la maleta y echo a correr hacia la cabina con el corazón dando brinco y las piernas flojas. Y la portezuela se abre.

¡Oh, Dios!

2

Desde luego no esperaba ver bajar de aquel cacharro gigantesco a un canijo, pero la verdad es que me pilla desprevenida. Una estupefacción mezclada con miedo me deja clavada en el sitio. Es el mismísimo Schwarzenegger en persona quien acaba de saltar del estribo, echa a andar tan tranquilo y con unas gráciles zancadas recorre los veinte metros que lo separan de mí.

Alzo la mirada temerosa muy alto hacia su cara, que no distingo al pronto, porque aquel corpachón se interpone entre mi mirada y los últimos rayos violáceos del sol. De pronto oscurece, ¡qué miedo me entra! Se inclina lentamente. Reprimo un maullido de gato estrangulado. ¡Mi pobre *Platón*! Por ti me he metido en este lío... Seguro que ese gigante, al que a primera vista —pobre primera vista, pues tengo los ojos cerrados— no podría clasificar ni entre los quejosos ni entre los acomplejados, puede, pese a que me tapa de inmediato, abrirme nuevos horizontes en mi modesto conocimiento de la especie masculina. Desde luego no es de los prometedores, sino más bien de los amenazantes. En cuanto a si es exigente... Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta. Imágenes espantosas desfilan bajo mis párpados cerrados: si aquel coloso está armoniosamente proporcionado, y desea demostrármelo, no respondo de mi integridad. Bien puede ser que esta vez llame a mi madre, pero en serio...

Bonito aspecto debo de ofrecer, con las clavículas en las orejas y toda la cara crispada, como cuando oía al profesor pasar la uña por la pizarra. Me pone la manaza en el hombro y me sacude un poco:

—¿Pasa algo?

¡Sorpresa! No ruge, ni brama, ni berrea... Abro los ojos a mi pesar. Encuentro los suyos. El choque es soportable, lo aguanto,

tiene unos ojos castaños claros, algo asombrados, risueños.

—Voy a Ginebra, ¿te viene bien?

¡Eh, tranquilo! No me gusta que me tutee, es la puerta abierta a la familiaridad, y lo que menos quiero es que se imagine... No me atrevo a ponerlo en su sitio. ¿Qué sitio, por cierto? Lo ocupa todo.

Detrás de él el mundo podría hundirse, yo no lo vería... Sin ofenderlo, tendría que mostrarme un poco distante, un poco altiva. ¡Fácil decirlo! ¡Ponte chula con alguien al que le llegas al ombligo! Y exagero un poco, para tranquilizarme. Hago acopio de valor (del poco que tengo), me aclaro la voz y digo, seca, clara, orgullosa, terminante:

—¿A Ginebra? Pues no, creo que no...

Él enarca las cejas. ¿Lo he contrariado? Demasiado orgullo quizás en la voz, demasiado distante... Me corrijo enseguida:

—O bueno...

Sonríe. Sonrisa burlona. Casi desagradable. He cedido demasiado, él tiene la sartén por el mango.

—¿Adónde vas?

La pregunta me desconcierta por completo. Tengo ganas de contestar: «A usted no le importa», y, zas, coger mi maleta y girar sobre mis talones. Pero, primero, me he quedado sin voz, segundo, también sin talones, pues desde que estoy plantada al pie de aquel monumento, mis zapatos parecen hundirse en el asfalto a razón de cinco centímetros por segundo, y tercero, también me he quedado sin maleta, como compruebo echando una rápida mirada de soslayo: mi maleta cuelga de lo que me ha parecido que es el brazo del yeti que tengo enfrente.

Ahora sí que me siento atrapada. Mejor será que abandone la altanera seguridad en mí misma que no le ha impresionado y pruebe con el registro patético. Tengo que inspirarle lástima como sea: a lo mejor ama a los animales. Empiezo a balbucear, después de abrir y cerrar la boca varias veces, lo que seguro que me cataloga como tonta perdida:

—A mi gato...

—¿Eh? —dice, llevándose la mano a la oreja, que acerca a mi boca con una espectacular inclinación que lo dobla en dos—. ¿A Migato? ¿Y dónde queda eso?

Me da tiempo a notar, antes de desvanecerme, que tiene el pelo

muy negro y corto, y muy perfumado... Con la conciencia así tranquilizada, cierro de nuevo los ojos para caer en una inconsciencia salvadora. Que sea lo que Dios quiera...

Una voz, distinta, más lejana, se oye detrás de él y me rescata del borde del patatús. Una voz entre jovial e impaciente, que pregunta:

—¿Qué, no quiere hacernos la mamada?

¿La mamada? ¿Qué mamada? Una curiosidad legítima me obliga a abrir mucho los ojos. Y, créanme, mucho tengo que abrirlos, se necesitaría un gran angular, para inmortalizar la escena... No habría creído, hasta ese momento, que podía ver doble, hasta tal punto colmaba mi campo visual el camionero, pero ¡sí, veo doble! ¡Más que doble! No iba solo en el camión Arnold, y Schwarzenegger no era él, ¡era el otro! Aún más cuadrado, si cabe, más alto, más enorme... ¡Y además camina! ¡Y se acerca! ¡Y la tierra tiembla!

¿Qué voy a hacer? ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? Se acerca, se acerca, llega. Se planta pegado al otro, hombro con hombro, cadera con cadera, pantorrilla con pantorrilla, con las piernas abiertas, los pies bien afianzados en el asfalto. ¡Dios mío! Imposible pasar. Son un bloque, lo tapan todo, me aplastan con su formidable sombra siamesa.

Schwarzenegger, que se parece muchísimo a Arnold, pero en rubio y más cachas, me hiela con una mirada azul que zigzaguea de mi pelo a mis zapatos.

—¿Es una chica? —dice al fin, con un eco de sorpresa en la voz.

Por lo menos son observadores, estos grandes animales... Arnold, que sigue sosteniendo mi maleta, da media vuelta.

—Sí. Va a Migato, la llevamos.

Su compañero, sin insistir (cosa que aún hoy le agradezco, creo que me entienden), se vuelve a su vez y pregunta sin más:

—¿Dónde está Migato?

Y los dos se encaminan, uno, dos, tres pasos, hacia la cabina, dejándome allí.

—¡Eh, eh!

Arranco, después de ímprobos esfuerzos, mis suelas del asfalto que se las tragaba y corro tras ellos. Schwarz ya ha montado, Arnold le pasa mi maleta, se vuelve hacia mí, interrogador.

—¡No voy! ¡No voy con ustedes! ¡Devuélvanme la maleta! —He

gritado, con una voz desesperada, aún hoy me dan escalofríos.

El hércules moreno se queda quieto, con un pie echado al estribo, la mano en alto asida del asa de la portezuela. El rubio se asoma, al volante del camión. Me miran en silencio, gravemente. La radio, en sordina, da el tiempo del día siguiente, las temperaturas. Yo sé que en ese momento tengo treinta y nueve grados, los ojos brillantes, las mejillas rojas. Siempre me pasa cuando me muero de miedo... Ya en los controles del instituto... Y en los exámenes...

—Devolvedme la maleta... —repito débilmente.

Y rompo a llorar.

Arnold renuncia a su ascensión, me fulmina con una mirada terriblemente pérfida y me pregunta con la mayor amabilidad del mundo:

—¿Nos tienes miedo? —Sin esperar respuesta, contesta al gesto de sorpresa de su gemelo, que sigue asomado a la cabina—: Nos tiene miedo.

Y vuelven a apearse, atónitos, riendo, con las manos en la espalda para demostrar que son inofensivos... El rubio, Schwarzenegger, incrédulo, y sin que lo preocupe repetirse, insiste:

—¿No nos tendrás miedo?

Yo tengo ganas de exclamar, estúpida, sinceramente: «¡Sí, sí! Me dais un miedo horrible, tremendo. Sois dos monstruosas criaturas lúbricas, lo he visto en vuestra mirada repulsiva, y vais a violarme en la carretera, y a robarme la maleta, y a dejarme tirada desnuda, sangrando, abierta de piernas, en la cuneta, donde mañana encontrarán mi pobre cuerpo torturado. Espantoso crimen en la carretera, hallado el cadáver de una joven atrocemente mutilado en la maleza de la nacional 71...».

Me limito a asentir con la cabeza, bufando, sin atreverme a mirarlos. El pronóstico meteorológico ha acabado. Una mujer alaba, con gorjeos guturales, la espuma, el color, lo chispeante y sabroso de la cerveza Tal. Los dos gigantes siguen mirándome como a un bicho raro. Por último Arnold me pone la mano en el hombro, como hace un momento o hace un siglo, al dirigirme la palabra por primera vez:

—Tranquila, a nosotros no nos gustan las mujeres. No corres ningún peligro.

¡Para colmo, se burlan! No es muy digno de horribles criaturas

lúbricas que se apresuren a violarme, pero al menos que no se rían de mí. Tengo sin duda un aire muy perplejo, incluso indignado.

—Es verdad, a nosotros las mujeres no nos gustan. Conque no las tocamos —insiste el otro.

Se miran. Creo ver cruzar por sus pupilas cómplices una chispa diabólica. Sin duda acaban de tener la misma idea. ¿Qué van a inventarse ahora para seguir humillándome? Arnold salta como un resorte hasta la cabina, se inclina mucho hacia delante... ¿Qué hace? ¿Coger mi maleta? No, la sorpresa termina por dejarme de piedra, acaba de subir a tope el volumen de la radio, que emite ya una canción de Michel Sardou, «Adiós, África».

Y, de pronto, sin previo aviso, en el arcén de esta carretera en la que ya es noche cerrada, sin más luz que la de las luces de posición del inmenso tráiler, ambos se ponen a bailar en una coreografía de lo más inesperada y sorprendente. A los primeros golpes de tambor, los que les han hecho prestar atención, mientras uno saltaba para amplificar los ecos, el otro se retorció ya al compás, con un pie sobre el otro. Ahora, con perfecta sincronía, contonean la cadera a izquierda y derecha. La voz de Sardou, cálida y bien timbrada, sucede a las percusiones que se apagan.

«¡Adiós, África!». Bum. Bum. Bum. ¡Vaya! De nuevo los tambores. «Bella África». Bum, bum, bum. «¿Dónde van las aguas azules?». Bum. Bum. Bum. «Del Tanganica». Imagínense a mis energúmenos, como clavados en el suelo por la punta de los pies, alzando alternativamente el talón izquierdo, derecho, izquierdo, derecho. Luego toda la pierna; observo fascinada sus pantorrillas que suben y bajan a turno, sus rodillas que marcan el ritmo, aquí y allí, aquí y allí, y su cuerpo flexible que describe una especie de ocho muy regular, muy sinuoso...

La música llena la noche, la carretera ha desaparecido, el camión también. Me sorprende topar con él, de espaldas, pues he retrocedido, boquiabierto, ante el espectáculo. «Llueven pájaros en las Antillas». Bum, bum, bum. «Sobre bosques de magnolias». Bum, bum, bum.

Han avanzado tres pasos hacia mí. He pensado que era el fin. Pero no, retroceden, siempre juntos, sus ojos parece que me miran, pero yo siento que su mirada me traspasa, traspasa el vehículo, la carretera, los miles de kilómetros que nos separan de las junglas y

las sabanas resonantes, nada más existe para ellos, danzan como grandes negros blancos, animados en las tinieblas por el redoblar de los darbukas, los

tam-tam,

el resonar de un tambor enorme que palpita en la oscuridad como un corazón gigantesco...

«Los senos dorados y ardientes de las muchachas pasan a diez pasos de mis diez dedos...». Sus diez dedos, ahora, pasan olímpicamente de mí, de mis senos, que ni son dorados ni queman, por lo demás. Sus diez dedos se juntan y se separan, tan pronto dan palmadas como se ponen frente por frente y chocan las palmas, con una sincronía milagrosa. ¿Cuántas veces habrán bailado eso? No puedo creer que se trate de una improvisación, pues hacen los mismos gestos al mismo tiempo.

«De los músicos de Casamance a los curanderos de Pretoria...». ¡Ah!, sus hombros entran en el baile... Adelante, atrás, adelante. Sólo ahora me doy cuenta de que llevan los hombros desnudos, con camisetas de tirantes cuyo color no distingo en la penumbra.

«Todo un pueblo loco baila como si fuera a morir de alegría». Bum, bum, bum...

¡Sí, sí que están locos! Se han animado, evolucionando se han alejado, han transformado el arcén, afortunadamente ancho para que sirva de aparcamiento de urgencia, en una pista de baile y yo sigo ahí, apoyada en el camión, pasmada, sin caer en que podría aprovechar para recuperar mi maleta y largarme con total impunidad. Por lo demás, me pregunto si de verdad me apetece. Siento, pasado el desconcierto de los primeros momentos, una especie de curiosidad y de admiración por ellos, invadidos por un frenesí que les hace sacudir la cabeza, mover los labios, volver los ojos al ritmo de la música.

«Adiós, África». Giran. «Se va tu corazón». De un lado. «Tu corazón que sangra». Del otro.

«Se va tu corazón». Media vuelta a la izquierda. Bum, bum, bum. Media vuelta a la derecha. «Por las lagunas de Malawi». ¡Ah! La pelvis oscila. Bum, bum, bum. Tres veces. «La noche resuena como una señal». Bum, bum, bum. Se ponen frente a frente, se contemplan, se ofrecen, en su danza exhibicionista, a las miradas del otro, sin dar palmadas. «Es por una chica de Nairobi». Y ellos,

¿por quién bailan ellos? No por mí, desde luego. Acaban de meter, con el mismo gesto audaz, los pulgares en los cinturones de los vaqueros. Yo tenía hasta ese momento una idea curiosa de los botones de las braguetas de los vaqueros. Pensaba que eran algo rígido, inexpugnable, los clavos de un pasaje protegidísimo, privadísimo, cuya defensa no se vencía sino a costa de una larga lucha contra el tejido, en el que las uñas se enganchaban... Otro mito que cae...

«Y de Saint-Louis a Yaoundé». Bum, bum, bum. Lo que acaban de oír es mi corazón. Porque de pronto, igual que se inaugura una estatua, se descubre un cuadro, muy teatralmente, acaban de abrirse a la vez, no hace falta decirlo, con un ademán brusco y solemne, la bragueta, dando un estirón del primer botón, el de arriba. Los demás se han desabotonado como por ensalmo, igual que una vulgar tira de velero, y el prodigio me deja sin aliento. Mis bailarines se han quedado desnudos de ahí, y, a la luz difusa de los faros del camión, me ha parecido ver... no, he visto bien, sus miembros erectos que se recortan en la noche oscilando al compás de los tambores.

«Lagos salados en la vieja Kenia». Bum, bum, bum, bum, bum, bum, bum, bum, bum. Estoy pegada a la enorme rueda del remolque, los ojos desorbitados, los oídos zumbando. «Todo un pueblo danzará como si fuera a morir de alegría». De lo que yo voy a morir es de angustia, de vergüenza, no lo sé muy bien. Nunca me lo habría imaginado: como cantantes curtidos en la gimnasia del micrófono y que juegan con el instrumento pasándoselo entre las manos, así mis dos acróbatas hacen malabarismos con sus penes, les imprimen balanceos siempre rítmicos. Bum, bum, bum, bum, bum, bum, bum. Mano derecha, mano izquierda, mano derecha, mano izquierda. Se observan, se sonríen, se retan con la mirada. Y a mí siguen sin mirarme.

«Adiós, África. Las máscaras de madera no tienen ya en sus ojos el brillo de antaño...». En los ojos de ellos hay una extraña locura, a la vez jubilosa, chispeante y grave. Una especie de himno al placer, a la vida, a la noche, a la música. ¡Oh! Dan un salto a la vez, se me aproximan.

«Adiós, África». ¡Adiós, mamá, *Platón*! Esta vez soy buena como el pan. Me acurruco, cuerpecillo digno de lástima, contra el caucho

nauseabundo de un neumático enorme que no puede salvarme. ¡Aquí están, aquí! Con el miembro en ristre, y no pequeño, no...

«Los espíritus del fuego danzarán por ti». Bum, bum, bum. El tambor jadea, yo también. Bum, bum, bum. Y de pronto el saxo empieza a sonar, melodioso y melancólico. Tengo la impresión de que me salva la vida. Se han detenido a un metro de mí, a cada lado, clavados de nuevo en el asfalto de puntillas, ya casi sin bailar, salvo con la pelvis, los talones... Con la mano... Con la mano sobre todo, que ahora recorre adelante y atrás el respectivo miembro, con mucha gracia, desde luego, e inspiración, y ritmo...

«¡Adiós, África!». ¡Están masturbándose! Si no es eso, ¡que venga Dios y lo vea! ¡Delante de mí! ¡Uno a cada lado! Miran el camión, ni siquiera me miran a mí. Como si yo fuera transparente. ¡Ah! Eso ya me lo hizo Simón una vez, para herirme, para demostrarme que después de todo podía montárselo sin mí. Entonces me dejó fría, fría. Helada. ¡Pero esta noche! ¿Por qué, por qué estas ganas de llorar otra vez? ¿Esta tristeza, este desánimo, esta humillación espantosa que me humedece los ojos, me hace agachar la cabeza?

«Adiós, África. Se va tu corazón».

Se va mi corazón... ¡Y yo que creí que iban a violarme! ¡Oh, no es que esté decepcionada! No decepcionada pero tampoco aliviada. No más tranquila, simplemente muy triste, y este camión es el muro de mis lamentaciones, en el que me apoyo para no dejarme caer, para no sentarme. Bum, bum, bum. «Corazón que sangra». Sí, tengo el corazón sangrando. Porque está claro que no han terminado de reírse. Qué diminuta, despreciable, polvo, nada, soy ante estos dos gigantes, que se acarician sin hablarme ni verme, y hacen muecas con la misma expresión ausente, concentrada, trágica... ¡Bum, bum, bum!... No podré contarlo a nadie, no saldrá en los periódicos de mañana, no me dejará ninguna huella, ninguna marca, estos dos cerdos ni siquiera eyaculan sobre mí, todo se lo lleva el camión... ¿Han leído *La bestia humana*, de Zola? Cuando Lantier hace zalemas a la Lison, su locomotora. Aquí lo estoy viendo en directo, y yo no pinto nada entre estos dos locos corpulentos como luchadores, dotados como nunca había visto a nadie, que se masturban como si bailaran y hacen el amor con el remolque. ¡Ah, sí! Me decía mi padre, cuando me ponía guapa los domingos: «¡Estás como un camión, como suele decirse!». ¡Sí!... No tanto...

Son asquerosos, asquerosos, más asquerosos de lo que me temía hace un rato, y cuando han eyaculado sobre su gran trasto con ruedas ha sido como si me hubieran escupido... ¡Y aun así son bellos! Es la primera vez que veo a unos hombres tan guapos, sólo ahora me doy cuenta. ¡Yo soy así!

La canción ha terminado. Miro al suelo y estoy moqueando. Pero no me sorberé. Estoy enfadada con ellos. Siempre podrán reírse. ¡Todos tenemos nuestra dignidad! Oigo, con el sonido de fondo de un anuncio de una tienda de muebles, el arañar de las uñas que se suben los pantalones y se abotonan la bragueta. Y, de pronto, Arnold está ante mí, acucillado, y busca mis ojos con los suyos.

—¿Qué? ¿Has visto? ¿Temes algo? ¿Te vienes ahora? Pero... ¿aún lloras?

Su compañero baja del camión, cuya radio acaba de apagar. Lo pone al corriente:

—¡Aún llora!

—Déjala en paz —dice Schwarzenegger, y se acerca tranquilo.

No puedo evitar mirarlos con los ojos empañados.

—¿Quieres tu maleta?

¿Por qué digo que no? Por Verdi que vuelve, después de Zola. También porque son dos gigantes. ¡Cualquiera se opone! Sin rencor, subo a la Lison. Me han ayudado, está altísimo.

—Habrà que parar. Tengo que llamar por teléfono, recibir noticias —me he limitado a decir.

Y partimos.

Por dos años.

3

Rodamos en silencio desde hace al menos media hora. O, más que en silencio, sin hablar. Porque pronto descubro que mis compañeros no conocen el silencio. Han apagado la radio al partir. Pero la sustituyen con creces y sin intervalo por casetes de música americana que yo nunca he oído, pero que arrullan el viaje con largos quejidos de guitarra eléctrica y sintetizador. Poco a poco el ruido del motor disminuye hasta desaparecer completamente, ahogado por las armoniosas ondulaciones de una melodía azul oscuro que me evoca imágenes algodonosas y suaves. Floto en un universo extraño, cuajado de estrellas, de aves cantoras, de pacíficos satélites que se entrecruzan graciosamente. El camión, al final de la pista, despegas con suavidad... Subimos, nos sacudimos. Ingravidez total. Un órgano eléctrico lanza un grito de ballena que repercute en los flancos redondos de los planetas y absorbe al final un cúmulo esponjoso.

Allá abajo se ven las maravillosas nubes. Sobrevolamos el mundo. Un arpa desgrana en el espacio una lluvia de arpegios que estallan contra el parabrisas en burbujitas irisadas. Siento un agradable calor. Un algodón dulce rosa, con olor a frambuesa, incendia el interior de mis párpados cerrados, me hace la boca agua. Un animal caliente se posa en mi hombro. Los bajos vibran y ronronean, y el animal, con su peso amistoso y familiar, insiste, se enrosca, se hace sitio en mi cuello. Es *Platón*. Le acaricio el pelo sedoso con la barbilla... ¡Vaya, qué curioso! *Platón* no tiene pelo, su esqueleto descarnado ofrece sus costillas desnudas a mi mejilla que busca su suavidad... Cinco costillas gordas y duras, rematadas por uñas. ¡No, son cinco dedos! Abro los ojos sorprendida. Veo ante mí el enorme parabrisas inundado bajo el chaparrón, el baile de los

limpiaparabrisas. Me incorporo un poco. En mi sueño, me había deslizado contra Arnold, que ahora trata de despabilarme, una mano en mi hombro. Era su manaza lo que yo tomaba por *Platón* y mimaba entre mi cuello y mi oreja. Me siento un poco violenta.

—Me he quedado dormida —digo estúpidamente.

—¡Teléfono! —contesta Arnold, señalándome con la cabeza una cabina en un aparcamiento azotado por la tormenta.

El camión se ha parado, Schwarz se apea, sin preocuparse de la lluvia, se planta, con las dos manos en la cintura y bien afianzado en las piernas abiertas, ante un árbol y a la luz de los faros aumenta la humedad ambiente. ¿Qué hora será? ¡No es cuestión de sacar a la señora Robert de la cama! ¡Ella, que seguramente habrá estado esperándome desde las ocho! Una absurda timidez me impide preguntarle la hora a Arnold, que está muy ocupado buscando algo en una especie de guantera que más bien parece un armario. Calculo mentalmente: se ha hecho de noche a eso de las diez, estábamos saliendo de Troyes. No he debido de dormir mucho tiempo. Bien, allá voy. Para no molestar a mi vecino de asiento, que tiene casi medio cuerpo metido en el armario, paso por el lado del conductor, abro la portezuela. ¡Caramba! ¡Qué precipicio! ¿Cómo pueden saltar de ahí sin paracaídas? Dudo si lanzarme al vacío, con la punta del pie tanteo en busca del estribo, varios cientos de metros más abajo, cuando reaparece Schwarz, saltando de una pierna a otra para, supongo, encontrar el justo equilibrio de su anatomía en el interior de los vaqueros que se abrocha sin falso pudor.

—¡Ven! —ordena, tendiéndome los brazos. ¡Mala suerte! Me da vértigo y sé que soy tan ágil como un palo de escoba. Cierro los ojos y me lanzo o, mejor dicho, me dejo caer con la gracia de una boñiga destinada a ser viscosamente aplastada nada más expulsada... Pero no: contra mis pesimistas expectativas, y lejos de estamparme, vuelo más bien en los grandes brazos mágicos del señor Músculos, que me ha cogido al despegar y me deposita, tras un vuelo circular, a dos o tres metros del punto en el que yo temía, en el doloroso sentido del término, que iría a caer inevitablemente.

El momento tiene algo milagroso: yo me había considerado siempre, muy alentada además en mi análisis por los que me rodeaban, una mujercita flacucha, sin peso ni consistencia.

«Lombriz mía», decía mi padre. «¡Poca chicha!», me acusaba Simón, haciendo ascos, cuando se había pasado toda la tarde soñando con las domingas de Jane Mansfield y me encontraba, tras minuciosas búsquedas, en el fondo de su cama. Pues bien, esta noche, por primera vez en mi vida, acabo de sentirme aérea, y rica de este paradójico poder: mi ligereza, mi resignación a la pequeñez, a la delgadez, a la fragilidad...

El inmenso rubio me ha atrapado como a un niño, me ha llevado como una pluma por los aires y, en el momento de dejarme, he sentido en sus grandes músculos la voluntad de no hacerme daño, una atención casi tierna que ha evitado el choque del aterrizaje, que ha amortiguado la sacudida una fracción de segundo contra él, contra su camiseta mojada pero caliente, por dentro, con su calor animal. E instintivamente, como una chiquilla, he puesto mis manos en sus anchos hombros, también húmedos, también tibios... Y he tenido un estremecimiento, como una mujer... ¿Cómo? ¿Y si hubiera sido gorda, y pesada, y atlética? Estoy segura de que ni a la Mansfield, con lo fortachón que es, la habría bajado así.

Esta idea me da ánimos. Corro bajo la lluvia, entro pizpireta en la cabina telefónica.

Salgo deshecha. Apoyo la cabeza en la puerta de cristal. Llueve a cántaros. El cielo llora conmigo. De pronto, nada tiene sentido, ni este viaje nocturno, ni mi regreso, ni quizá mi vida. Voy a tumbarme allí y a dormirme para siempre, en aquel aparcamiento meado. Por cierto, también Arnold, a unos diez metros, se abrocha la bragueta... Viene hacia mí, nota, a la luz de la cabina, la congoja que demuda mi semblante.

—¿Qué pasa? —dice, con una amabilidad brusca.

—Ha muerto —contesto, trágica y sin más explicaciones.

Él hace una breve mueca de aflicción, muestra una gravedad muy particular mientras se abrocha el último botón, no pregunta ni quién, ni cuándo, ni por qué, encoge un hombro con fatalismo. Quizá también piensa en Verdi... Es lo que lo autoriza a ordenar:

—¡Pero no te quedes ahí!

En el camión, me ofrecen de beber, de comer, de fumar. Unos cigarrillos curiosos, que nunca había visto.

—Verás como te relajas.

El comentario me inquieta más que tranquilizarme, me

abstengo. Por lo demás, tampoco ellos fuman. Se han quitado, con un mismo movimiento simultáneo, la camiseta empapada, la han arrojado a ciegas tras la cortina que oculta sin duda una cama, a nuestras espaldas. Han puesto un casete, esta vez de música más movida, supongo que no quieren agravar mi pena con músicas melancólicas. Una gratitud emocionada me lleva a sonarme, a contener las lágrimas, por simple cortesía. Por cortesía también, procuro no mirarlos. Es difícil, sus torsos brillan en la penumbra, unos reflejos azulados cabrillean por el metal abombado de sus bíceps y sus pectorales. Sus perfiles, nítidos, regulares, parecen, recortados contra la noche imperfecta, a derecha e izquierda, las dos caras de una moneda. El moreno tiene quizá la barbilla menos cuadrada, las orejas más alargadas, la sien más ancha. El rubio tiene los labios más carnosos, el párpado inferior se hincha un poco con una hinchazón voluptuosa, como después de una noche en vela. Rápidas miradas alternativas van revelándome detalles en los que no me había fijado: el rubio tiene el cuello muy grueso, el moreno una pequeña cicatriz en el borde del arco superciliar izquierdo. Un arañazo de gato, a lo mejor. Doy un suspiro.

—Puedes echarte, si quieres —dice Arnold, indicando con el pulgar la cama, por encima del hombro. Estamos cruzando una población. Las farolas de la avenida iluminan a mis compañeros con una luz inesperada. Lo aprovecho al máximo, y les echó miradas furtivas pero atentas. Observo que llevan al cuello la misma cadena, una pulsera de metal, zapatillas de deporte sin calcetines... Arnold acompaña la voz de Bob Marley tabaleando con los dedos, balanceando el antebrazo; Schwarz, que sigue al volante, mueve la cabeza al compás. Sí, es innegable: son muy guapos.

Mucho me gustaría que me viera Simón, aquí, entre ellos. Me agradaría que me descubriera entre estos dos magníficos muchachos, a merced de ellos, embarcada en la gran aventura. Bien, de acuerdo. Empiezo a pensar que con ellos, como me han dicho, no va a pasar mucho. Si me han parado, es sólo porque me habían tomado precipitadamente por un joven con ganas de correr mundo. Su exhibición con banda sonora de Sardou, su danza erótica, era más una locura personal, un recreo en el viaje, que una provocación: una manera a la vez de divertirse y de tranquilizarme. Luego, se han mostrado comprensivos con mi tristeza, se han

apiadado de mí, por simple solicitud de hermanos mayores.

Todo esto lo sé. Pero Simón no tendría por qué saberlo... Sólo que me viera, por una casualidad extraordinaria, esta noche, con mis dos tiarrones, sólo que se preguntara si está soñando: «Pero bueno, ¿esta inútil, esta poca chicha de nada, con las tetas como cacahuetes y el culo como piel de ajo, se tira a estos dos superhombres?». La idea me arranca una sonrisa. Arnold, el moreno, el menos cachas, el de la derecha, me mira con simpatía, como diciendo: «Ya era hora». Por hacer rabiar a Simón, le pregunto:

—¿Cómo te llamas?

—Tristan —contesta.

Me vuelvo al otro y suelto:

—Y tú, Marc.

El asombro redondea las pupilas del conductor, que emite un silbido admirativo.

—¿Cómo lo sabes? —Entonces se mira la muñeca—. ¿Has visto la pulsera?

—No, no —me apresuro a protestar.

Debe de creer que he cedido a una curiosidad indiscreta y mi pudor se niega a que conozcan el grado de mi interés, aunque haya existido. Repito:

—No, no, lo he dicho por decir. No sé por qué. Cuando él ha dicho Tristan.

—Por lo general —comenta Tristan—, se asocia más bien Tristan e Isolda.

—Ya —contestó yo—, pero en la historia de Tristan e Isolda, el otro hombre es Marc.

Su expresión perpleja me informa: no conocen todos los detalles del romance. Prosigo, pues:

—Marc es el tío de Tristan.

Se miran. Ríen.

—Te llamaré tío.

Ríen más, en silencio. Cómplices. Hay algo entre ellos, tierno, vivo, cálido, turbador.

Al cabo Marc se vuelve a mí:

—¿Y tú?

—Yo me llamo Vick, o Vicky.

Tristan sigue riendo. Toma un puñado de mi pelo corto y tieso, que debe de llamear en la oscuridad.

—¿Vicky de Vikinga? —pregunta.

—No, de Véronique. Así me llamaba mi padre.

—Véronique te pega —comenta Marc—. Es bonito. Yo de crío tenía una muñeca que se llamaba así.

—Yo prefiero Vick —afirma Tristan—. Cuando tenía reuma, mi madre me echaba pomada Vicks.

No son nada estas dos o tres cositas evocadas al ritmo del «Zimbabwe» de Bob Marley, pero para mí son un mundo: me paseo con dos atletas, dos fenómenos de la naturaleza, que posan en mí una mirada humana y fraternal, y evocan su infancia, sin presunción ni pudibundez. Mis forzudos han tenido muñecas, y enfermedades, y una madre que los cuidaba... Es estúpido, pero me emociona. El modo como Marc ha dicho «de crío...». Simón me había contado sus travesuras y triunfos, se había pintado como el líder brillante, primero en todo, tanto en matemáticas como en gimnasia. Pero yo nunca había podido imaginármelo como un «crío», mucho menos con una muñeca en brazos. La única muñeca que él ha tenido, estoy segura, he sido yo, triste muñeca, títere dislocado, mejor dicho, y muy decepcionante... Ni siquiera la muñeca inflable cuyas ventajas, en el sentido amplio y a la vez estricto del término, me echaba en cara, comparándola con las mías, o mejor, con la falta de las mías.

El recuerdo me causa, retrospectivamente, una indignación y un asco que me producen escalofríos. Tristan me toca la chaqueta, la camiseta.

—Estás mojada, tienes frío. Mira, quítate esa ropa y acuéstate aquí detrás, al calor. Te despertamos donde quieras.

Yo hago un mohín de tristeza.

—¡Oh! Ya no importa mucho. Este fin de semana ya no me espera nadie.

—¡Mejor aún! —responde sin vacilar—. Duerme hasta Ginebra. Te quedas con nosotros. Pasamos dos días en Suiza y volvemos.

No contesto. Al volante, Marc nada dice. Su silencio me incomoda. Reviento de ganas de aceptar, pero no quiero molestarlos. Abro la boca para rehusar. Marc, que acaba de cambiar de marcha, me pone la mano en la rodilla:

—La llevaremos al Homo Sapiens, verás como cambias de idea —propone sonriendo.

Me resisto como puedo.

—No quiero molestaros. No seré más que una carga.

Tristan sonríe también.

—¡Oh! —dice—. Ya hemos soportado otras. Me lo creo, y de lo más curiosas, seguro...

—Pero la cama —intento protestar de nuevo—, os quedaréis sin ella, si dormís por turnos.

—No te preocupes —me ataja perentorio.

Al mismo tiempo, para zanjar la cuestión, empieza a buscar entre los casetes. Marc, mirando la carretera, se abstrae en la conducción. No me queda más que ceder, han solucionado el problema, ya no me ven, ya no me miran... Me contorsiono para quitarme la chaqueta, dudo un momento, cojo el borde de mi camiseta, me lo paso por la cabeza. Y me quedo como ellos, con el torso desnudo... ¡Da risa verlo, tienen más pechos que yo! Tengo la impresión de ser una reproducción en miniatura, en medio de sus dos cuerpazos musculosos. ¡Quién iba a decirme hace... una o dos horas que me retorcería en esta cabina entre dos hombres medio desnudos para quitarme hasta los pantalones! Pero es lo que estoy haciendo, y lo más prodigioso aún no ha ocurrido. Mientras doblo mi ropa, Tristan se incorpora victorioso con el casete que buscaba, su brazo desnudo roza un instante el mío y... me estremezco...

La cama se revela un verdadero nido cómodo y cálido. Me abandono a mi placentera relajación. Bajo mi cabeza hay un cojín muy mullido, como a mí me gustan, y sobre el colchón un auténtico edredón de plumas. Me meto debajo sintiendo un gran bienestar en las piernas, en el vientre, en el pecho desnudo. Meto los brazos bajo el edredón para acurrucarme más, acariciarme en la tibieza de la cama. Mi mejilla se maravilla de la inteligente connivencia de la almohada, que se hunde blandamente bajo ella y arrulla mi sueño con un olor a colonia de hombre... La cortina atenúa la música, que han puesto baja, el balanceo de la marcha me mece con un vértigo agradable. Voy cayendo en un profundo pozo de fatiga aterciopelada, pienso un instante en *Platón*, sin tristeza, con el ingenuo deseo de creer en su presencia: está ahí, a mis pies, siento su cuerpo a la vez pesado y ligero, cálido, que se revuelve, ondula,

me sube por las piernas... Caigo en un sueño animal, soy un animalito en medio de una gran pelambre, nado en la seda de ese pelo ardiente.

Sus susurros me despiertan a medias. Uno de ellos ha dicho: «Duerme», el otro ha contestado algo que no he entendido. Una música suave, casi inaudible, envuelve sus palabras, no deja oír más que unas cuantas frases, las más breves, las más sonoras... El primero ha ordenado: «Ven», ha repetido: «Duerme». Los he oído moverse un poco. Amparada en la oscuridad, presto atención, me pongo a la escucha de su intimidad, intrigada por lo que va a pasar... Pero en vano me recojo, contengo incluso la respiración, alzo la cabeza de la almohada en la que temo que se pierda la mitad de mis facultades auditivas, ya nada percibo, nada de nada, salvo la misma música, y una especie de tenue y regular frufrú, el roce quizá de tejidos o de piel contra piel.

Devorada por una fea y novísima curiosidad, me incorpore en la oscuridad lo más silenciosamente que puedo, abro un poco la cortina y echo un vistazo espía al habitáculo. Al principio apenas distingo nada, excepto que Marc (cuello robusto, pelo rubio, es él) sigue conduciendo. Tristan ha desaparecido... Poco a poco mis ojos se habitúan a la penumbra y advierto una forma curiosa tendida en el asiento del acompañante... Si no los hubiera oído hablar hace un momento, pensaría que Tristan, así acurrucado, duerme, con la cabeza en las piernas de su pareja... Pero sé que no es el caso, además de porque murmuran, porque veo que se mueven, o mejor dicho, que Tristan se mueve, rítmicamente, veo su cabeza subir, al compás de la música, subir y bajar, como una respiración, como una palpitación, vital y muy acompasada...

El espectáculo no me provoca ni asco ni vergüenza, como antes en el aparcamiento. Mejor dicho, me da una vergüenza muy personal, insospechable. Porque esta vez no se ofrecen en espectáculo, no saben que estoy mirándolos. Y, contemplándolos, siento, además de esta culpabilidad, rápidamente conjurada, de mirona neófita, una emoción muy extraña, rayana en la fascinación. Marc conduce sólo con la mano izquierda. La derecha la pasa lentamente por el pelo, la nuca, el hombro y el brazo de Tristan. Sigo, con una mirada confundida por tanta belleza y ternura, los arabescos amorosos que dibuja esa mano, tan pronto con la yema

de los dedos como con la palma abierta... Ah, es una mano que acaricia, que conoce y reconoce, con una delicada sensibilidad, los caminos del cuerpo del otro, una mano que habla, que dice «Sigue» y «Así» y «Gracias» y «¡Qué bello eres!», una mano que afirma «Adoro tu pelo, tus orejas, tu barbilla, el palpitir de tu cuello, tu hombro redondeado, el estremecimiento de tu espalda, la humedad de tu axila, amo tu boca en mi miembro, el placer que recibe y el placer que da, amo tu lengua, tus labios, tus dientes, su baile al son de la música sorda, la noche que nos rodea, tu presencia contra mí, amo tu turbación, semejante a la mía, tu sexo que sé erecto bajo tus pantalones, amo tu fuerza y tu ligereza, y el suave freno que te impones para no desatar tu violencia y tu saber, para prolongar mi espera y mi gozo, para dirigirlos, para amarme, amo tu amor, te amo...».

Marc gime un poco, al final del *blues*, reclina la cabeza, crispa los dedos sobre los cabellos de Tristan, los aprieta ligeramente, como se hurga en la pelambre de un animal fiel y mimoso.

Yo vuelvo a echarme sin hacer ruido. Mi animal mimoso y fiel, mi *Platón*, sigue ahí aovillado en el edredón. Pero se ha movido insensiblemente, ha remontado hasta mi vientre, se ha hecho más pesado, más exigente, más tórrido. El plumón que me cubre se electriza, estoy acostada sobre un lecho de chispas, y pienso en ellos, en los altos, los gigantes, los forzudos, que siguen gozando en la música y se entienden tan bien. Tengo ganas de que me quieran así, de que me quieran a mí, ni gorda ni pesada, que noten que mis pechos, aunque pequeñitos, se endurecen al calor de la cama y raspan el edredón, que mi vientre, mi vientrecillo de lombriz, ronronea como un gato, un gran gato... *Platón* no está sobre mí, está dentro de mí, acurrucado bajo mi vientre, entre mis riñones, en mi entrepierna, y me hace estremecerme toda, con su lomo abombado y acariciante, sus bigotes vibrátiles, sus garras muy poco amenazantes, y su ronroneo de placer zumba en mi sexo, y su lengüecilla rosa, sus orejas móviles crisan mis nervios y la oscilación de su largo rabo, sinuosa como una serpiente, mide en mí el flujo y reflujo de un mar untuoso y tibio... La oscilación de su largo rabo...

Y de pronto me doy cuenta de que el pobre *Platón* me importa

un rábano, y de que los rabos con los que sueño son los de mis dos grandes guarrones que, a la luz de los faros, he visto vibrar en sus grandes manos y agitarse hasta la explosión final. Me acurruco bien con mi descubrimiento, me excito mucho con las imágenes que me han ofrecido mis dos héroes, mis dos gorrinos, me caliento imaginándome en la sombra los dedos de uno en el hombro del otro, la cabeza del otro en el miembro del primero, y sus danzas frenéticas, y sus suspiros, y sus murmullos, y sus bellos caretos de tiarrones, pelo corto, cadena de plata, sonrisa burlona, mirada picara... Siento mi piel, mis senos, mi vientre, mis nalgas arder como nunca, y sé al fin lo que es el deseo: es esa impaciencia que nos devora y nos revuelve en la cama, esa hambre de caricias, de besos, de palabras, de gestos, de sabores, de olores, esas ganas de decir «¡Toma!», «¡Da!», y de mostrar, y de ver, y de lamer, de palpar, apretar, morder, esa rebelión de los animales y de los objetos, de los gatos, las lombrices, la poca chicha, cuando las mujercitas insignificantes empiezan a henchirse, a echar un gran culo, unos senos como melones, a abrirse del todo, a jadear, a gemir, a mojar, a soñar...

Eso es el deseo, que me llena en la penumbra de un catre de camión, una noche de duelo, de alegría. ¡Mi gato ha muerto, viva mi conejo! Y celebro el reinado que empieza, la entronización de este nuevo y suntuoso monarca, el Deseo, paseando mis manos aún vírgenes, sorprendidas pero completamente entregadas, y febriles en su nueva tarea, por todo mi cuerpo, por todas aquellas partes en que hubiera deseado que ellos pusieran sus manazas, y sus bocas, y sus rabos, y el esperma opalescente con el que constelaron la noche del aparcamiento, como dos vías lácteas gemelas, cuyo recuerdo pone ahora en mi garganta una sed que jamás habría de saciar...

El camión se ha parado, esta vez, estoy segura, de manera definitiva. A lo largo del viaje, he oído vagamente que nos deteníamos de vez en cuando, quizás en los peajes de la autopista, en otra ocasión para repostar, otra en la frontera. Pero ahora no se trata de una escala, intuyo que hemos llegado al final de no sé qué, una agitación particular de mis compañeros, que hablan más alto, cierran las portezuelas con fuerza, arrugan papeles...

Abro los ojos, me siento. Tristan está de rodillas en su asiento, ha abierto las cortinas y ha cogido de los pies de la cama una gran bolsa de deporte en la que busca a la luz de una linterna.

—¿Qué tal? —pregunta—. ¿Has dormido bien?

Para buscar mejor, sostiene la linterna entre los dientes, levanta pilas de ropa. Yo parpadeo.

—¿Qué hora es?

—Las dos y media —dice con la linterna en la boca—. Vamos bien.

No entiendo, me concentro intensamente para procurar seguir el hilo:

—¿Dos y media de la noche?

—Hum —contesta, y despliega una camiseta.

—¿Estamos en Ginebra?

—Hum —repite, destapa un frasco de colonia. La voz de Marc, muy próxima, me sobresalta.

—¿Quieres un zumo?

Me tiende un vaso de plástico. No lo había oído subir al camión. Bebo algo muy caliente, vuelvo poco a poco a la realidad y me doy cuenta de que tengo el torso desnudo. Un ingenuo reflejo de pudor me asalta, cojo con una mano el edredón y me cubro castamente. Y

me quedo quieta, y veo que Tristan se vuelve para ponerse la camiseta, Marc se estira hacia su bolsa para buscar también ropa. Dejo caer la mano... Para qué esconderme, si no me ven.

—¡Vístete! —dice Marc sacudiendo su camiseta de tirantes—. Nos vamos.

—¿Adonde?

—A una discoteca. El Homo Sapiens. Ya verás cómo mola.

—¿Ahora? —me sorprende—. ¿A estas horas a una discoteca?

—Es la mejor hora —contesta, muy doctamente—. Cuando empieza el ambiente.

También yo he abierto mi maleta para cambiarme la blusa arrugada. Antes de decidirme me informo:

—¿Qué tiempo hace?

—¡Oh!, en esas discotecas siempre te achicharras —contesta Marc.

—Pues me pongo ropa ligera.

También yo llevo una camiseta de tirantes que eché por si acaso, pero que no he tenido ocasión de ponerme en París. Con escote redondeado, mucha sisa, dudo si ciñe o aplana mi embrionario pecho. Tengo tanto relieve ahí como una galleta. ¡Poco importa, no me quitaré la chaqueta! Un poco de colorete y listo. Salgo de mi dormitorio. Me esperan abajo.

—Coge la maleta —me aconseja Tristan—, no volvemos.

Les paso mi equipaje, me dejo llevar, como antes. Las costumbres se adquieren pronto... Camino entre ellos, con la chaqueta al hombro, enganchada de un dedo. ¿Qué me espera? Alzo la cabeza para preguntarles con la mirada, ellos me miran desde lo alto sonriendo con buen humor.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada, nada —contesta Tristan.

Marc me pone un dedo en el hombro:

—¡Robusto, el tío! —dice malicioso.

¡Eh, ya vale, tíos duros! No todo el mundo puede parecerse a King Kong. Me pongo deprisa la chaqueta. El suelo retiembla. Nada extraño, ya que estamos en un *parking*. Río de mi descubrimiento. El *parking* de una fábrica, por lo que parece. El camión está aparcado ante un gran almacén alumbrado y, en el andén al que da la parte trasera del remolque, hay unos obreros descargando con

pequeños elevadores. Son cajas de cartón no muy grandes, comparadas con las dimensiones del vehículo. De todos modos pregunto, por curiosidad:

—¿Qué es?

—Material electrónico —contesta Tristan.

No sé por qué, la respuesta me seduce. Me habría llevado una decepción de saber que viajábamos con tomates...

—¿Y de dónde venís?

—De Bruselas —contesta Marc.

Con tomates o con coles... Este cargamento tiene algo misterioso, precioso. Mis dos camioneros son transportistas excepcionales, estaba segura, que llevan mercancía valiosa. Como unos caballeros modernos... Me siento orgullosa de haber formado parte del cargamento...

Nos dirigimos a un coche. Marc me abre la portezuela trasera, se sienta al volante.

—¿Siempre conduces tú?

Tristan, que ha puesto las maletas en el maletero, se sienta a su lado, se abrocha el cinturón, se vuelve, me mira con un destello jocoso. No contesta. Poco a poco voy aprendiendo a traducir sus silencios... Éste significa que empiezo a tocárselas con mis preguntas.

Arrancamos, llegamos al final del aparcamiento, a una barrera con guardia. El empleado toma el papel que le da Marc, dice: «Hasta el lunes», me observa sin cortarse, agachándose para verme mejor por la luna trasera.

La noche es templada y húmeda, rodamos en la oscuridad hacia las luces de la gran ciudad, han puesto un casete. Tengo la curiosa y reconfortante impresión de que los conozco desde siempre, de que me han tomado por completo a su cargo, de que en adelante decidirán lo que es bueno para mí, lo que hay que hacer, que ver... Hacía tanto tiempo que no contaba para nadie. Aunque ¿alguna vez conté algo para alguien, si no fue de manera inconsciente en mi infancia? Con ellos me parece que la vida debe de ser fácil y apacible, sin trampas ni peligros. Me siento completamente segura, como un animalito doméstico, feliz de su dependencia. Pienso en *Platón*. Me apetece convertirme en su *Platón*, en su mascota, dócil y silenciosa, mansa, cariñosa, con tal que me traten siempre con

placer e indulgencia, que pongan a veces, sin reservas, sus manos sobre mí, como cuando Tristan me dijo, nada más verme: «¿Pasa algo?» o como Marc hace un rato reía: «¡Robusto, el tío!». Eso, nada más que eso, sus gestos inocentes, sin segundas intenciones... ¡Oh!, por lo menos que me hagan caso de vez en cuando, que me hagan sitio, un sitito, entre ellos, y que se sorprendan a veces de mi calor, de mi presencia, de mi fidelidad, con un poco de emoción y un poco de gratitud, y el orgullo inesperado de contar tanto para mí...

Hemos aparcado en una calle estrecha.

—Ven —dice, y voy.

Hay que saber que allí hay una discoteca. Ni letrero, ni luz, ni nadie. El desierto de Gobi. Toca el timbre de una gran puerta cuyo ventanuco, protegido por una malla abombada, se abre. ¡Qué misterioso! Lo dicho: caballeros, héroes, agentes secretos en misión enigmática... Los han reconocido. La puerta se entreabre. Un portero ceñudo, fornido y feo me mira de soslayo.

—Él viene con nosotros —dice Marc, y me pone la mano en la nuca, me empuja adentro.

Yo, sólo por esa mano en mi nuca, por esos dedos en torno a mi cuello y su cálida autoridad, habría descendido a los infiernos...

Eso parece un poco el lugar, el infierno. Un barullo de mil demonios, luces, humo, gente que se agita en desorden como los pobres pecadores torturados de Dante. La música me ensordece y me asusta al principio. Aunque ¿es eso música? Tengo la impresión de haber penetrado en una jungla llena de alaridos salvajes, de llamadas histéricas, de tintineos inquietantes, y que respira con una potente respiración de tambor. Los tañidos se comunican, en medio de fulguraciones blancas, noticias terriblemente sangrientas... A mis ojos les cuesta acostumbrarse a ver, entre fracción y fracción de segundo, a esos zombis que ríen tontamente y que parecen inmovilizados en posturas grotescas a cada fogonazo del estroboscopio. ¡Y qué *Homo sapiens*! Parecen todos primates desesperados, sí, criaturas prehistóricas que buscan, sufriendo mucho, con rictus febriles en torno a la luz azulada de sus colmillos descubiertos, un difícil equilibrio sobre sus patas traseras.

Un estupor angustiado me deja parada en medio del río de gente, me rozan, me empujan, siento manos en mis hombros, codos en mis costillas. Marc se inclina, me toma del brazo, me grita al

oído:

—Vamos a buscar un rincón tranquilo.

¿Un rincón tranquilo? ¿Lo dice de verdad? Me dejo llevar, espantada y tambaleante. Pasamos la primera pista de baile, un pasillo vacío, una segunda pista... Aquello parecen unas catacumbas, vociferantes y superpobladas.

Al cabo de un recorrido iniciático cuya longitud y duración no sabría precisar, pero que me cuesta un golpe en el estómago, dos serios pisotones y la firme resolución de no volver a intentar cruzar un zoo demencial como aquél sin un buen machete, llegamos a un antro menos tempestuoso, donde los que bailan parecen hacerlo con mayor disciplina y donde suena una música, si no más civilizada, al menos más humana.

También las luces son más soportables, y tranquilizada por lo que parece lícito considerar, en medio del caos ambiente, un remanso de paz, a saber, un trecho de banqueta libre en el que mis muchachos se instalan, puedo al fin entregarme, a mis anchas o casi, a la serena contemplación del espectáculo...

Seguimos en plena sabana, pero han soltado a los grandes simios por los negros. Son como unos ochenta o cien, saltando a la vez, sin chocarse, con una milagrosa facilidad, una intuición notable de los gestos ajenos. Todos hombres, ni que decir tiene. Acabo de entender el nombre de la discoteca, *Homo sapiens*. ¡Pero atención! La mayoría de ellos, por no decir todos, están casi tan cachas (no igual, desde luego, eso sería imposible) como mis dos ángeles custodios, casi tan guapos y casi tan locos por la música. Cada vez más cautivada, observo sus pantalones apretados, de piel o vaqueros, sus camisetas aureoladas de sudor, las poderosas articulaciones de los músculos en hombros, cuello, nuca...

Atletas airoso, ritos extraños, su belleza, su encanto, su fuerza me admiran. Me abandono al placer de encontrarlos sublimes y conmovedores.

Tristan turba mi éxtasis. Pone en la mesa ante mí una lata de cerveza y un vaso.

—Bebe —me dice.

Yo bebo. Él también bebe, de pie a mi lado, de la lata. A mí nunca me ha gustado la cerveza. No sé por qué. Esta noche tengo la impresión de que podría beberme diez o doce jarras seguidas.

Levanto los ojos hacia Tristan. Está mirando a los que bailan con mirada grave y dulce. No, no a los que bailan. Está mirando a Marc, lo adivino por su expresión particular, entre admirativa y tierna. Es bello un hombre enamorado. Tampoco había visto yo eso nunca, esa mirada que reconoce y redescubre cada vez, esa tensión del rostro, de la boca, ese visible deseo de abrazar y apretar, de raptar, de poseer. No aguanta más. Deja la lata, va a bailar con él. Ante él, para él. Están solos en el mundo, en un aparcamiento desierto, ante su gran camión iluminado en la noche. Y en algún sitio, no muy lejos, hay una mujercita que los contempla, que los devora con los ojos, que los aprueba y los envidia. Y que ya no tiene miedo. Que no volverá a tener ni miedo, ni odio, ni asco, porque ahora sabe...

Una mano se posa en mi muslo. Alguien acaba de irrumpir sin previo aviso en mi aparcamiento secreto. Me vuelvo. Una especie de lobo de mar en camiseta a rayas con dos aretes en el mismo lóbulo me mira con ojos alucinados. Su mano me presiona.

—Toma —dice ofreciéndome un vaso del que él no ha bebido—. Te invito.

Acepto sin más el regalo.

—Gracias.

Me llevo el vaso a los labios. Sabe fuerte y dulzón a la vez, con sabor a coco. Bebo a traguitos, con los ojos vueltos a la pista.

—¿Has elegido? —me pregunta el marinero—. ¿Cuál quieres?

Cabeceo negativamente.

—¿No hay ninguno que te excite? —insiste.

—Sí —digo yo sin querer.

Ya he apurado el vaso. Lo miro de nuevo. Hago un esfuerzo por no cerrar los ojos y dormirme. Sus rasgos parecen más borrosos, de pronto tiemblan un poco. Su mano se crispa en mi muslo. Se acerca, se desliza por la banqueta, se acerca más, me coge por el talle.

—Eres muy mona, ¿lo sabías?

¡Ah, no, no! Si me lo hubieran dicho hace un año, u ocho días, o sólo dos horas, no me habría desagradado... Pero ahora, hay que reconocer que ofende. Me toman por un tío al que toman por una tía... ¡Muy desagradable! Me levanto. Bueno, lo intento.

—Escucha —le digo titubeando—, puede que yo sea mona, pero tú no eres mi tipo. ¡Conque no me toques los huevos!

No sé de dónde he sacado tanto valor, se lo he soltado a la altura

del estómago, pues también él se ha levantado y no le llego más arriba... Sonríe ante mi cólera, me toma de la barbilla.

—Mona... —repite un poco pastosamente.

De pronto ahí están mis dos gigantes, muy por encima de mí, que me he dejado caer en la banqueta, muy serios. Popeye pregunta, señalándome:

—¿Va con vosotros?

—Lárgate —contesta Tristan.

El otro insiste, hace amago de tocarme de nuevo.

—Que te largues —contesta Marc.

Se interpone bruscamente entre él y yo, con el vaso en la mano. Vaso que, por decirlo así, me tiende a los brazos. Lo cojo, lo huelo. ¡Vaya! Otro sabor nuevo. Lo pruebo... El marinero, entretanto, se bate en retirada gruñendo:

—Vaya par de maricas... Me dais asco.

Repite «maricas» como si escupiera.

—No te preocupes —me dice Tristan—, es un colgado.

¡Oh!, no me preocupo... Hago acopio de la poca lucidez que me queda e intento reconocer los ingredientes de la bebida... La luz, ya débil, acaba de disminuir de pronto. Cambian de música, ahora toca lenta. Los primeros acordes de *blues* ya han reunido a algunas parejas. La cosa me parecería surrealista si no hubiera bebido tanto. Ahora me parece sólo perturbadora. En la pista hay unos hombres que bailan unos contra otros, que se cogen, se abrazan, incluso se besan, veo manos, grandes manos viriles en nuca robustas, en pelos cortos, en espaldas, en nalgas de gimnasta, veo bigotes que se entrelazan, fuertes brazos que se anudan, se confunden, y juro que no me dan ganas de burlarme, ni siquiera de reírme, sino más bien de llorar. ¿A quién podría yo sacar a bailar, a quién podría tomar sobre mi hombro protector, rodear con mis vastos brazos tranquilizadores? Yo soy el más pequeño, el más miserable de los tíos aquí presentes, el más ignorado, el más invisible... ¡Oh! Me gustaría tener, como ellos, un cuerpo bien fuerte, bien cuadrado, con bíceps enormes y un buen paquete... ¡Mecachis! Poca chicha entre las mujeres, y mona entre los hombres... ¿Dónde están las discotecas para pequeños, para flacuchos, para los olvidados, los dignos de lástima? Díganmelo, y emparejémonos, consolémonos, metámonos mano, y aplastemos desde lo alto de nuestro metro

cincuenta a los gigantes, a los tíos y tías buenas con un indefinido desprecio...

Se me ha hecho un gran nudo en la garganta, me levanto con ánimo de esconder mi tristeza en los váteres. Tristan me interroga con la mirada. Yo le doy la explicación mínima:

—Baño.

—Voy contigo —se brinda amablemente.

—No, sabré encontrarlo..., soy todo un muchacho —le contesto, con una ironía triste, pero él no comprende, no oye, ya no oye. Marc acaba de acercársele por la espalda, de rodearlo con el brazo, como su tierno dueño...

Deambulo unos momentos entre grupos que charlan y parejas que bailan; también las mesas y las paredes parecen bailar, y la escalera que por fin encuentro, pero no le doy importancia, tengo la impresión, después de haber visto al marinero en camiseta a rayas, que voy en barco.

En el sótano hay tres tíos de espaldas, exactamente en la misma postura, haciendo los honores del urinario. Se me ocurre una idea disparatada. ¿Y si lo hago yo también de pie? Después de todo... Me coloco ante uno de los receptáculos de esmalte, abro las piernas... Siento como un agujero... Echo un vistazo a la postura de mi vecino de la izquierda, para verlo todo bien. El tonto cree que quiero verle la picha y me mira raro.

—Tu picha me importa un bledo.

Apenas tengo tiempo de decírselo alto y claro, cuando siento una arcada que me derriba y me deja de rodillas agarrada con las dos manos a los bordes del urinario.

—¡Eh! —dice el que se creía mirado—. ¡Eh! ¿Qué te pasa?

—Mar gruesa —contesto.

Y, ¡buah!, le envío a los zapatos una oleada más bien dudosa.

—¡Ah! Ya veo, te has mareado en el barco. —Se inclina, me coge la cabeza, la orienta maliciosamente hacia el urinario y añade sin rencor—: Apunta mejor al váter la próxima vez.

La próxima vez llega, llega... Viene de muy lejos, me revuelve el estómago como si fuera un saco, me desgarran la garganta, me infla las mejillas, los labios, me arranca gritos horribles. El de los rociados zapatos se ha colocado detrás de mí y me apoya la frente en el brazo para facilitarme la tarea.

—¡Menuda tormenta! —comenta.

Tras la última bocanada me tumba en el suelo, me humedece la cara con agua fría, me da unos golpecitos en las mejillas. La calma me produce un bienestar irreal.

—¡Eh, chaval! —me dice mi socorrista—, estás más blanco que la pared. ¿Te llevo a algún sitio?

Poco a poco voy volviendo en mí y veo gente que va y viene, estira de la cadena, mea en los esmaltados meaderos. Nadie se extraña ni de mi indisposición ni de su solicitud... ¿Son indiferentes? ¿Discretos? ¿Están acostumbrados?

Intento sentarme cuando los veo venir por la escalera, enfrente. Los reconozco por su calzado, por su modo de bajar los escalones a saltitos. No me han olvidado... Han bailado allá arriba, se han abrazado, acariciado en la penumbra, ¡pero no se han olvidado! Me derrito de agradecimiento. Se acucillan a la vez. Mi enfermero los pone al corriente:

—El chaval se ha mareado. Mejor llevadlo a casa.

Aún estoy algo aturdida y explico:

—Quería mear de pie.

Marc sacude la cabeza, Tristan me recoge como una flor cortada, yo me agarro a su cuello. Pero antes de llevarme escalera arriba, abre la puerta de un retrete y me deposita en el suelo con cuidado...

¿No son como dos madres para mí?

En el coche, los Eagles nos cuentan qué guay es el «Hotel California». Chochean un poco, « *a lovely place, a lovely place, a lovely place*

It's

It's

It's

», tres veces. Eso compensa el mutismo de mis compañeros.

De hecho, empiezo a impregnarme de su silencio, a degustarlo de verdad. Al principio, en el camión, por ejemplo, me imaginaba mil cosas que les pasaban por la cabeza, montones de sentimientos complejos y contradictorios: el pesar de haberme recogido, lo incómodo de no saber cómo deshacerse de mí, el tedio irritado que les inspiraba mi presencia insignificante, triste y sin gracia, el deseo de seguir siendo para mí unos desconocidos, de no intimar ni siquiera un poco, de seguir ignorándome, la decisión de mantener nuestras existencias absolutamente paralelas, sin convergencia posible pese al trecho de camino que hacíamos juntos...

Pero luego, poco a poco, he ido comprendiendo que su verdadero diálogo, su verdadera vía de comunicación, era la música. Lo he comprendido por la manera metódica, muy entendida, de buscar Tristan los casetes, por su arte de elegir una canción, una música, para cada momento, para cada estado de ánimo, para cada mensaje... Hay melodías que arrullan, que consuelan, que amansan, que llevan. Hay estridencias que interpelan y deslumbran, voces que caldean, que alegran, que conmueven, instrumentos que lloran e instrumentos que ríen con insolencia, ritmos que irritan y sonos que apaciguan... Y todo ello, coros y percusiones, acordes y cuerdas, solos y armonías, hablan al

alma y al cuerpo, basta con saber escuchar y con dejar responder a los órganos interesados... Eso es comunicarse, compartir, intercambiar... Cuando pienso que he estudiado inglés tantos años para acabar traduciendo algunas cartas por semana que empiezan y acaban siempre igual, y cuya parte variable de contenido consiste siempre en cantidades, datos y precios diferentes... ¡Qué poesía! ¡Qué frescura y qué riqueza en la relación lingüística!

Mis dos gigantes pasan de las palabras, de sus dimensiones estrechas, mezquinas, de su decepcionante insipidez, de su poder engañoso; ellos conversan, explican, comentan, confiesan, se escuchan, se gustan, se enamoran, se aman a través de miles de músicas que coleccionan, seleccionan y redescubren cada vez. Como los verdaderos locos, los verdaderos amantes, manifiestan preferencias, pero ningún asco, jamás. Pues yo comprobaría que ninguna música, de ninguna época, país o género, les repugna, e incluso los vería inventar bailes con las músicas más insospechadas y menos coreográficas imaginables.

Entretanto, los he conocido hace unas horas y las canciones que hemos escuchado juntos me los han revelado mejor que todas las confidencias que nadie, por hablador y exhibicionista que sea, puede hacer a alguien que se acaba de conocer. Y yo que al principio pensé, estúpidamente, que no hacían sino llenar el silencio con su radiocasete, ocultar nuestro encuentro, negarlo, imponerme un puestecito mudo, cuando lo que hacían era invitarme a sus sueños y me contaban mil cosas, y se las decían ante mí... Ya entreveo con delicia el momento en que también yo escogeré en la cueva de Alí Babá una música que escucharemos los tres juntos... Sueño de amor...

Los Eagles siguen cantando, evocan la nostalgia de un paraíso perdido, remanso de amistad y de paz, y acurruco mis expectativas en el seno de su dulzura, me baño en la fresca cascada de sus trinos eléctricos que me inundan, me hacen cosquillas, me transportan... Caen sobre mí sonoridades verdes, un poco musgosas... Me apetece una casa tranquila, una ducha en la que vendrán a enjabonarme mis dos pillos, viejos armarios con olor a lavanda, una gran cama de sábanas blancas, muy grande, enorme, para tres personas, no, para dos y media, yo me haré muy pequeñita... ¿Cuándo nos acostamos?

¿No les decía que esos casetes son un principio genial de

telepatía? Tristan, como si me hubiera oído pensar, se vuelve a mí y me explica:

—Primero pasamos a recoger a Arthur.

¿Quién es Arthur? ¡Ah, no, bastante complicado es ya! ¿Y mi cama de dos cuerpos y medio? Estaba tan cerca de la felicidad, mi sueño se marchita como una flor sin regar. ¿Y mi ducha? Se acabó la espuma, la lavanda, la ducha... Por lo demás, la canción ha terminado...

—¿Quién es Arthur, un amigo vuestro? —pregunto con el aire más distante del mundo.

—Un buen, muy buen amigo —contesta Marc.

¡Vaya! Yo que ya tendía a sentirme de más entre ellos... ¿Qué pintaré en medio de un trío infernal? ¿Y por qué me han propuesto que me quede con ellos si sabían que los esperaba el tal Arthur? Puede que mi megacama de tres cuerpos o de dos y medio exista, pero no seré yo quien se acueste en ella, lo veo como en un espejo. Me buscarán algún sitio no sé dónde, y ellos tres se irán a retozar. A menos que juguemos los cuatro. ¿A las cartas? Yo seré quien mire...

—Siempre viene con nosotros —explica Tristan—. Pero la semana pasada lo operaron. Necesitaba hacer reposo un tiempo... El lunes ya vuelve...

¡Una de las frases más largas que me ha dicho desde anoche a las diez! ¡Vale la pena! No, que pongan pronto la música, ¡no encanta por su don de palabras! Con una rabia negra me hago un ovillo en un rincón del coche. Curiosamente, me siento desposeída, como si me hubieran prometido algo, el monopolio de sus atenciones, de sus cuidados, lo que quedara después de meterse ellos mano... Ya era duro verlos tan amiguitos como gorrinos (por decir poco), pero la perspectiva de un tercero en discordia me estropea todo el placer que esperaba de este fin de semana con ellos. Es difícil de explicar. O mejor dicho, no lo es. Creo que estoy celosa, ni más ni menos. La convicción con la que ha dicho «un buen, muy buen amigo». Casi socarrona. Como un modo de ponerme en mi sitio. De decirme: «Ojo, no pasar. Territorio protegido. Los tíos con los tíos. Te autorizamos a entrar en el cuartel, pero no te hagas ilusiones».

Hemos dejado Ginebra. Ahora circulamos por el campo. No me he fijado hacia dónde: hace cinco minutos no me preocupaba nada,

era como un copo de nieve entregado a la gran fiesta de invierno, ligero, gracioso, danzarín. Con una especie de euforia serena en mi estómago limpio, nuevo. Desde que sé de Arthur, el copo se ha derretido. En medio segundo. Ya no soy más que una gota de agua en el océano amargo de las desilusiones. Y además, la euforia del estómago nuevo se ha trocado en la angustia del estómago vacío. Llevo sin comer desde el mediodía de ayer, la inanición excava un abismo en mí, un abismo que ruge y gruñe espantosamente... Ya no estoy en la misma onda que mis dos chulos... Ellos mismos se comprometen escuchando cosas que no pueden comprender. ¡«When a man loves a woman»! ¡Vamos, hombre! ¿Es el mejor momento? Me incorporo, me acodo en los respaldos:

—¿Adónde vamos?

—A casa de mi madre —contesta Tristan.

Llegamos a las primeras casas de un pueblo. Marc reduce, se detiene. Tristan se apea para abrir una gran verja de hierro. El coche entra en el patio. Está amaneciendo. Tengo un poco de frío, mucha hambre y la impresión de estar fuera, muy fuera de lugar... Pienso en mi pisito lionés, en mi cama, en mi *Platón*... No debemos de estar muy lejos de Ginebra, les pediría que me llevaran a la estación mañana temprano, no, ahora mismo... Ladra un perro, se ilumina una ventana en lo alto. No sé si debo sacar mi maleta del maletero. ¿Dormiremos allí? A lo mejor no dormimos... A lo mejor estos dos no duermen nunca...

El perro sigue ladrando, el postigo da un golpe, la ventana se abre.

—¿Eres tú, hijo? ¡Ya bajo! —grita una mujer que se acaba de asomar.

Me quedo quieta, tiritando e inútil. Ellos no han sacado sus bolsas. Espero con ellos ante la entrada. Ruido de cerradura, el perro se impacienta, araña la puerta, gime. La puerta gira sobre sus goznes. Tengo un sobresalto violento: apenas se ha entreabierto cuando sale un enorme bulto dando un aullido tremendo. Retrocedo tres pasos. El perro, un robusto pastor alemán, se yergue sobre Tristan casi a su misma altura, ladra de alegría, sobre sus patas traseras, fustiga el aire con el metrónomo frenético del rabo.

—¡Sí! —dice Tristan—. ¡Sí, tranquilo! ¡Tranquilo! —Y se ríe

porque el animal le limpia la cara con lengüetazos entusiásticos.

La mujer, en el umbral, se cruza la bata sobre el pecho y mueve la cabeza con indulgencia.

—¡Ah!, cuánto os ha echado de menos —dice.

Se acerca, besa a Marc, me mira sonriendo, con expresión de embarazo. Siento que la intrigo. Es violento, no me atrevo a presentarme, por lo demás no podemos decir nada, es el perrazo quien monopoliza la atención, gimiendo de contento.

—¡Ya vale! —se impacienta Tristan—. Y a Marc, ¿no lo saludas?

El perro lo lame, vuelve a las cuatro patas, se encara con Marc. Vuelta a lo mismo. Rabotazos, lengüetazos. Afectuoso, pero también un poco turbulento... Imposible olvidarlo un momento. ¿Cuánto durarán estos saludos? Tristan, que ha acercado las mejillas a su madre, empieza también a sentir que la cosa se prolonga. Intenta presentarme.

—Es Vick, mamá.

La madre me da la mano, algo confusa.

—Hola, hum... Vick.

—Vick quiere decir Véronique —precisa Tristan.

¡Ah! La cara de la buena mujer se ilumina. No se atrevía a atribuirme un sexo, por miedo a meter la pata.

—Hola, chica —me dice aliviada.

Marc sigue a vueltas con el expansivo animal.

—¡Ya vale! —le ordena—. ¡Estate quieto!

El can lo interrumpe con un lametazo baboso. Tristan se enfada de pronto.

—¡Arthur! ¡Ya está bien! —le grita Tristan.

¡Oh!, de repente hace más calor, brilla el sol... *a lovely place, a lovely place*». Arthur

«It's

it's

es el perro. Una alegría de vivir impetuosa como un torrente me devuelve bruscamente al mundo. ¡Qué gracioso es Arthur! ¡Qué simpático es el chuchó! Pero de pronto mi felicidad se muda en espanto. Porque Arthur acaba de reparar en mí. Y no me reserva el mismo recibimiento que a sus amos... Acabados los lametones y los gemidos de amor, ahora enseña unos feroces dientes y gruñe alzando la cabeza hacia mí, para él no soy bienvenida en absoluto,

y sus ojos brillan rojos. Tristan le echa una mano autoritaria al collar.

—¡Calma, *Arthur*! Es Vicky. ¡Calma!

Luego me exhorta:

—Tiende la mano despacio.

Eso quisieras tú... Su madre, siempre enfundada en su bata, recomienda:

—Pero con cuidado.

—Va, alárgale la mano para que te la huela —repite Marc.

¡Ea, qué remedio! El pánico me paraliza. El sucio chucho empieza a ladrarme furiosamente tirando del collar, trata de alzarse. Debo de olerle a gato... ¡Ah, *Platón*! Tú tienes la culpa. Levanto, infinitamente despacio, una mano temblorosa. Marc se acucilla para calmar al perrazo, me toma la muñeca, le ofrece directamente mis dedos a las fauces.

—Es Vicky —dice en tono firme—. ¡Huélela, huélela!

El ceremonial de las presentaciones protocolarias parece aplacar la cólera de *Arthur*. Condesciende a modular sus inflexiones, ladra sólo a media voz, acaba dignándose husmearme. Primero la mano, luego el brazo, las piernas, el sexo. Yo retrocedo ante su morro escrutador.

—Déjalo —dice Tristan—, aprende tu olor.

Bueno, vale, adelante, chucho encantador, inhala cuanto quieras. Con las fatigas del viaje, seguro que no te decepciona el olorcillo que debo de desprender. La bestia se aplica, se recrea, me huele por todas partes, inspección completa, ¿los pies también? ¡Pues los pies! Ya puestos. ¡Y pensar que hay gente que hace un mundo de que vayan a presentarles al presidente de la república o a la reina de Inglaterra! Poco a poco *Arthur* se desentiende de mis fragancias. Bien, espero que se haya quedado con mi tarjeta de visita olfativa y no me dé un susto cuando nos quedemos solos...

Nos disponemos a entrar en la casa cuando se abre otra ventana sobre nuestras cabezas.

—¿Es el pequeño? —pregunta una voz cascada de vieja.

—Sí, yaya —contesta alegremente Tristan—, es el pequeño.

Su madre, que nos precede por el pasillo, vuelve sobre sus pasos y nos dice a media voz:

—No ha querido que la lave desde la semana pasada. ¡Te

esperaba!

¡Ah, no será a mí a quien enjabonarán en la ducha! Lástima... La visión de un *Arthur* con cuatro patas me ha subido la moral. Veo, pues, con ojos tranquilos y aun enternecidos cómo mi gran camionero Tristan toma en sus vigorosos brazos a la hormiguita negra y jorobada que ha bajado a su encuentro, como se toma en brazos a un niño, como me ha tomado a mí en el baño de la discoteca, la estrecha fuerte contra su pecho y se lleva escalera arriba su leve carga diciendo:

—¡Hala, abuela, a la bañera!

Yo me he quedado en la cocina con Marc y la madre de Tristan, que se afana, abre puertas de armarios y saca tazas.

—¡Voy a haceros un buen café! —nos dice.

Marc me mira.

—Dime, ¿no tienes hambre? —Contesto con un suspiro elocuente. ¿Hambre, dices? ¡Más que un lobo! Y pregunta a la madre de Tristan—: ¿A qué hora abre Cadioux?

Ella mira el reloj de la pared.

—¡Oh! —dice, golpeándolo por detrás.

—Tardo cinco minutos —se decide Marc, y sale.

Yo sigo en mi silla, algo violenta. Ella continúa moviéndose a mi alrededor.

—¿Puedo ayudarla, señora? —me ofrezco.

—No, no, gracias, señorita.

—No me llame señorita, llámeme Vick.

Mi nombre de pila, su diminutivo más bien, monosilábico y asexual, me parece de pronto muy cómodo, muy socorrido, muy familiar. Pues de eso se trata, de ser como de la familia, de la familia de mis dos bailarines locos, mis músicos, mis soñadores, mis corredores de carretera, de discoteca y de braguetas.

La mujer, que acaba de sentarse frente a mí, cerrándose friolera con una mano el escote de la bata, me observa con una expresión curiosa. Pelo gris rizado, rasgos regulares pero flácidos y un poco hinchados, encarna los triviales sesenta de una buena y honrada madre de familia. ¿Qué habrá pensado al decirle que me llame por el nombre de pila? ¿Que no soy una que está de paso en su casa, que querría entrar en ella más íntimamente, crear lazos, costumbres? Inspira un poco más hondamente, como si tuviera que

armarse de valor, y dice:

—Escuche, señorita Vick... Bueno, Vick, si prefiere. Es la primera vez que me traen... quiero decir, los dos, la primera vez que me traen a alguien. No conozco a sus amigos. Nunca había pasado... Y quiero decirle... —Duda un segundo o dos, tuerce un poco la boca a la izquierda, a la derecha, sacude la cabeza, añade—: Quiero decirle que ellos se entienden bien... Muy bien...

Esta ternura inquieta, este amable aviso, me pillan tan desprevenida, tan emocionada, que afirmo, con toda la vehemencia de que soy capaz, como si prometiera algo:

—Lo sé, señora, lo sé...

Y me habría puesto a llorar allí mismo, como una tonta, conmovida por mi leal deseo de respetarlo todo, de irme de puntillas, si *Arthur*, a su modo, no nos hubiera distraído. El perro ha acompañado a Tristan al primer piso, ha asistido, supongo, al inicio del baño de la abuela, pero viendo que su amo tiene para rato, ha bajado, tip, tap, tip, tap, la escalera de madera, entra en la cocina y se echa ruidosamente en el suelo con un bostezo que parece una exclamación de bienestar, apoyando el morro en las dos patas juntas y estiradas.

Mi interlocutora lo mira, con un destello de bondad en la mirada.

—¡Otro que lo quiere! ¡Todo el mundo lo quiere! Su abuela lo adora —exclama.

Comprendo, entonces: también yo, de saber con certeza que me llevaría consigo a todas partes y siempre, habría podido acostarme en el suelo, con la cabeza en los brazos, y emitir con todo mi ser un hondo suspiro de felicidad...

Vuelve Marc de la carnicería con un gran paquete bajo el brazo. Esperaba más bien que trajera pan. *Arthur* quiere mostrarme que está más al corriente que yo de las costumbres de la casa, levanta las orejas, saca la lengua, profiere un ladrido que quiere decir: «Estupendo».

Un cuarto de hora después las chuletas se asan en la barbacoa del patio, cuando Tristan baja. Su madre está poniendo la mesa.

—La he acostado —dice él.

De pronto parece algo cansado, incluso un poco triste. Ve los platos, aspira el humo oloroso que viene de fuera. Se apoya con el

hombro en el marco de la puerta, llama a Marc:

—¿Estaba abierto Cadioux?

—He entrado por detrás —dice el otro desde el patio, sin levantar la vista de la tarea.

Y de pronto veo que se miran. Se sonríen así, maliciosamente, en el sol que sale.

—Pon música, mamá —dice Tristan.

Hemos comido chuletas en la cocina. Había una gran hogaza de pan en la panera. Y queso en una fresquera que Tristan ha ido a buscar al sótano. Y fruta. Y un resto de tarta de ciruela. Han abierto una botella de vino tinto, Marc me ha llenado el vaso.

—Bebe un poco. —Ha recordado, se ha corregido—: Bueno, si quieres...

Quiero. Un desayuno como éste, a las seis de la mañana, era el primero. Todo tiene para mí un sabor nuevo, un aspecto inédito. Incluso el gusto a avellana del café que hemos tomado después. Incluso la tranquilidad del ama de casa que, siempre en bata, ha tomado el café con nosotros, serena y solícita, sin pestañear cuando Marc se ha levantado para quitar la mesa. Yo me he levantado, un poco pesadamente por el cansancio y quizá por el vino. Él me ha sentado con dos manos implacables en los hombros.

—No te muevas.

Lo he mirado fregar los platos al son de «La Paloma» de Mireille Mathieu.

El espectáculo tiene gracia: un rubiazo con un físico divino tarareando la canción mientras friega vasos, aclara platos, seca tenedores. Tan cómodo entre la espuma como en la pista del Homo Sapiens, cómodo y siempre bello. Me hace gracia porque he visto a Simón fregar los platos dos o tres veces, los primeros días después de que me dieran el alta. ¡Ah!, no era la misma prestancia. Simón refunfuñaba, mezclaba sin técnica fregado y aclarado, desportillaba una taza, se le escapaba un platito, y me tenía al corriente de su brega con los elementos hostiles, estropajo y lavavajillas, a través de los tabiques del apartamento. Y yo, desde la cama, me sentía culpable, acariciando entre las sábanas mi vientre abierto, perdía

poco a poco mi identidad, mi razón de existir, mi especificidad: ¿se sigue siendo mujer cuando sólo se tiene un cuarto de ovario y ni siquiera se friega los platos? Al final Simón renunciaba: «La bandeja la dejo en remojo, que no hay manera...». Cuando, por la tarde, me arrastraba a la cocina, encontraba en el fregadero un montón de recipientes llenos de agua pardusca, en la que flotaban filamentos de metal cargados de restos inmundos. Entonces sacaba fuerzas de flaqueza y recobraba, poco a poco, rascando culos de cacerolas pegadas, mi condición de mujer...

Un golpe seco de mandíbula me devuelve a la realidad. *Arthur* acaba de bostezar sin recato alguno y con un tonillo resuelto que parece significar: «¿Qué, hemos acabado? ¿Nos decidimos?».

—Venga, andando —aprueba Tristan.

Marc se seca las manos en los vaqueros. *Arthur* está ya ante el coche, bailando con las cuatro patas y el rabo. La madre nos besa a los tres, da a su hijo una cesta llena en la que veo frascos de mermelada, pregunta:

—¿Y el desagüe?

—Me paso mañana —contesta Tristan abriendo la portezuela trasera.

Arthur me empuja, me pisa un pie, salta dentro con una especie de gruñido jovial. Se nota que es hijo único, se instala cuan largo es en el asiento, me mira con un guiño, saca una lengua temblorosa, como desafiándome.

—¡Muévete! —le ordena Tristan—, hazle sitio a Vick. —El hipócrita hace como que no entiende, jadea sacando la lengua—. Va, muévete —repite su amo.

Y lo obliga a moverse apretándole la garganta. *Arthur* carraspea, cede, se vuelve, me da el culo. ¡Agradable compañía!

¡Ah! Yo quería un sitito entre ellos. Voy lista. Viajo apretujada contra la portezuela, sentada sobre el rabo de un mastodonte que se burla ostensiblemente de mí y me lo demuestra con la parte más prosaica de su cuerpo...

Después de quince kilómetros durante los cuales *Arthur* no ha dejado de refunfuñar, es decir, de meterme el rabo en la nariz, dejamos a la derecha la carretera principal y salimos a unas casas, giramos de nuevo a la derecha, luego a la izquierda, luego otra vez a la derecha por un camino en cuesta, bajamos unos trescientos

metros, y allí está la casa, una especie de chalé viejo bastante grande, de piedra y madera, a la sombra de unos altos tilos frondosos, arrullado por el canto del río que discurre cerca. Efectivamente, en el trayecto, recuerdo haber pasado por un puente bastante alto sobre una bonita corriente. Alzo los ojos en dirección a la nacional, y veo las casas, al final de un prado, allá arriba. En línea recta, no estamos nada lejos...

Arthur, loco de alegría, reconquista su terreno como embriagado, corretea alrededor de los árboles, los saluda alzando alegremente la pata. El lugar, debo reconocerlo, es idílico... Si siguiera a *Arthur* paso tras paso, descubriría todos sus encantos, arbustos, piedras, pues el animal pasa revista a todo, mete el hocico inteligente bajo las butacas de la terraza, y en las macetas, rodea un montón de haces de leña husmeándolos, advierte que ha olvidado inspeccionar la puerta de un cobertizo, vuelve sobre sus pasos sin dudar.

Pero Marc y Tristan han cogido sus bolsas, mi maleta, la cesta de provisiones, y se dirigen a la puerta con un aire fatigado. Mis héroes están rendidos. Son las siete de la mañana, no han dormido. La sombra fresca de los tilos les arranca al pasar un escalofrío, estiran el cuello y los hombros en la mañana fría como si despertaran de una pesadilla. También a mí me apetece tibieza... Han abierto una contraventana, han sacado una gran llave allí escondida, han hecho girar la cerradura con un agradable sonido redondo. Abren, me dejan entrar, uno a cada lado, como haciéndome un pasillo de honor. Aquí estoy, en su casa.

Pues bien... ¡mis expectativas se ven colmadas! La casa huele a fruta y hierba seca, si no a lavanda, y un viejo armario, que reluce en la sombra, monta una imponente guardia al pie de una escalera de madera. Con gusto me pondría a mirarlo todo, a abrir las puertas misteriosas que flanquean la gran sala de la planta baja, a aspirar cada olor como *Arthur*, a examinar cada rincón... Pero no me atrevo, el cansancio de mis compañeros tiene algo urgente y desesperado. Tristan abre el armario, saca unas sábanas y me las da.

—En el primer piso, el cuarto de baño —me dice Marc. Sube tres escalones, añade—: Y las habitaciones.

Lo sigo, pues, me vuelvo para esperar a Tristan que lleva mi maleta. Pero también él se ha vuelto, también él espera a alguien.

Silba. Acude *Arthur*, me adelanta en la escalera; Tristan cierra la puerta de una patada, nos sigue.

Arriba hay al menos tres cuartos cuyo uso y disposición comprendo: enfrente de la escalera, el cuarto de baño; primera puerta a la derecha del rellano, una habitación; segunda puerta, otra habitación, la mía en este caso. Ahí deja Tristan mi maleta. Me pregunta, después de echar una ojeada circular al mobiliario:

—¿Te gusta?

—Mucho, sí, gracias —contesto.

Luego se va, con un jocosos: «Pues buenas noches...». El sol purpura en la penumbra todos los intersticios de las ventanas cerradas, proyecta, a través de una rendija más grande, un rayo oblicuo en el que flota polvo dorado... Mi habitación también huele a hierba seca... La cama es una cama rústica, muy alta, de dimensiones híbridas, estrecha para dos personas pero ancha para mí sola. La cubre un gran edredón de plumas. Empiezo a poner las sábanas, sábanas de color crudo, algo ásperas, algo gruesas, que cuesta plegar en las esquinas del colchón. Y me doy cuenta de que Tristan ha olvidado darme una funda de almohada. Salgo al rellano, al ritmo de un *reggae* que retumba desde hace tres minutos contra los tabiques. No sé dónde tienen el equipo de música, pero ¡jolín!, ¡qué potencia, qué resonancia! Una emoción puramente auditiva me ha clavado en el sitio en medio del pasillo. Me apoyo con la mano en la pared como para sentirla vibrar, y me sorprende mucho, porque retumba de verdad.

De hecho, me doy cuenta ahora, al tocar con el índice el revestimiento, de que las paredes son de madera, como las de un refugio o una granja. Lo que confiere al lugar una intimidad cálida y al mismo tiempo sonora, que el menor ruido atraviesa y hace temblar...

Continúo, paso ante su habitación. La puerta está abierta, me asomo un poquito, pero un gruñido amenazante eclipsa momentáneamente la música. *Arthur* está acostado de través en la entrada y me mira con cara de pocos amigos. Mueve al rabo, diciendo «No, no, prohibido pasar». Vale, vale, me voy... Pero he tenido tiempo de ver la cama, muy baja, quizás un simple colchón en el suelo, y sus dos cuerpos desnudos, vencidos por el sueño instantáneo que los ha arrojado de cualquier manera, y que los

dejaría a mi merced si su horrible cancerbero no me hubiera cortado el paso.

Cuando vuelvo a subir con la funda, un instante después, lo intento de nuevo, procuro resistir la mirada fulminante, el gruñir de *Arthur* enseñando los dientes. Se pone en plan intimidatorio, me detengo a dos pasos de la puerta, digo «Chisss», le dejo que gruña unos segundos, adelanto un pie, lo retiro al instante porque el animal se ha levantado con un aire muy poco contento. Vela por su casa como si le fuera la vida en ello. Me encojo de hombros. ¡Que no voy a comerme a tus amos!

Me meto en las sábanas frescas, repasando bajo mis párpados cerrados todos los detalles de sus cuerpos y postura, que he procurado aprenderme de memoria durante los dos segundos y medio que ha durado mi resistencia al chuchó. No sabéis lo que puede uno almacenar en dos segundos y medio... Algo se enciende en mí, a medio camino entre la memoria y la imaginación. Algo fogoso e insistente, como los acordes de esa maldita música que no para de repetir las mismas diez palabras con las mismas diez notas. ¿Cómo pueden dormir con ese ruido? ¿No tendrían más bien que ponerse a bailar? Pero esta vez bailar desnudos, completamente desnudos, como acabo de verlos acostados. No, más desnudos aún. Con la punta de sus miembros también desvestida. Como en el aparcamiento... En la somnolencia que se apodera de mí, creo oír a *Arthur* gruñir de nuevo. ¡Ah, maldito celoso! ¿Ves que no puedes impedirme soñar? No te fíes, en el umbral de mis sueños también hay un guardián intratable. Un gran gato muy suave, muy cálido, muy lascivo, que cierra los ojos de placer conmigo cuando veo a mis gigantes alzarse desnudos hasta las estrellas de mis fantasmas. Y como te acerques, podría muy bien sacarte los ojos con sus uñas diamantinas, que lo sepas...

Me quedo dormida con la música. Me despierto con música. Unas voces salvajes gritan un himno feroz a la guerra, y unas trompetas vengadoras, de furor y de odio, se desgañitan por toda la casa. Mi reloj marca las diez y media. ¡Pronto han descansado, mis melómanos! Ante la ventana que acabo de abrir, el follaje de los tilos deja pasar aquí y allá un sol deslumbrante que engasta de oro las ramas. El campo exhala fragancias abigarradas, cóctel oloroso de hierba quemada, de agua en la hierba ácida, de heno, de verano

radiante... He dormido desnuda en mis sábanas ásperas, he soñado con el «durmiendo del valle», un guapo mozo acostado junto a un río, desvestido y pálido... Sin duda por *Arthur*, por su nombre de poeta[1]. Con mi neceser bajo el brazo, me aventuro a salir al rellano. Pero *Arthur* ha desaparecido, la habitación de sus amos, sumida en la penumbra de las persianas echadas, está desierta.

Realizo en el cuarto de baño mi aseo de joven sencilla y sin pretensiones. Me doy una ducha, me paso un poco el peine por las mechas cobrizas de mi pelo corto, me echo un chorrito de colonia en el cuello y las axilas... Sólo el cepillo de dientes se demora en una limpieza más que vigorosa: los ágapes de la noche y sus funestas consecuencias parecen haberme engrasado la boca. Si pudiera frotarme también el esófago... Compruebo en el espejo la blancura del esmalte que acabo de cepillarme. Gesto de gato que amenaza, pómulos altos, comisuras de labios distendidas. Buena dentadura, sí, sólida y uniforme, bien plantada en unas mandíbulas más bien anchas. El resto de mi cara también es, colmo de la paradoja, más bien ancho. Imaginen la cara que podría dibujar un niño: una larga curva de una oreja a otra, para representar a la vez la mandíbula inferior y la barbilla, que apenas destaca, otras sinusoides más pequeñas, las dos llaves invertidas de mis labios carnosos, el arco algo caído de mis párpados abombados, ribeteados de pestañas de un marrón rojizo, que parecen más oscuras cuando las bajo sobre mis mejillas blancas, el relieve sin agresividad de mi naricilla asiática, constelada de pecas...

Una fisonomía que nada tiene de llamativo. Más que ordinaria, anónima, atípica, asexuada. Con unos vaqueros, una mochila, una cola de caballo, podría volver al instituto y nadie se extrañaría. Y sin la cola de caballo también... Me llamarían chico, ya me ha pasado más de una vez... Hubo un tiempo en que me probaba uno tras otro todos los modelos de sujetador —palabra sería, por cierto, que da por seguro que hay algo que sujetar—, todos los modelos de sujeta-cacahuètes, con copa baja y alta, con y sin aros, con y sin relleno, y no sigo, para tratar de dar a mi silueta esa protuberancia indudablemente femenina que anuncia, bajo el jersey, mi sexo: ojo, hembra. Y al final renuncié. Habría necesitado también algo para abultar mis nalgas, ampliar mis caderas. ¿Para qué? Simón acabó

por no poner en mi cuerpo sino dos manos resignadas y rápidas. Un día, dejó de tocarme por completo, sustituyó los gestos por palabras de amor: «Poca chicha», dejé correr lo de la lencería al igual que mis intentos de coquetería indumentaria con los que no hice sino disfrazarme de chiquilla... y de chiquillo disfrazado de mujer...

Por eso hoy, en mi maleta, hago inventario, con embarazo, de la poca ropa llevable que me queda después de una semana de cursillo. Hay poca elección: unas braguitas de algodón blancas, un pantalón de tela, la camiseta de tirantes de ayer... Ni faldas, que no sé llevar por mi torpeza en calzar zapatos de tacón alto, ni pantalones cortos (¿qué iba a hacer con ellos en París?)...

Bajo, ligera, más andrógina que nunca, en mis mocasines de piel. Una tribu bárbara sigue desgranando notas a voz en grito. Desde mitad de la escalera lo veo, desnudo el torso, los pies descalzos, ceñidos los vaqueros. Contonea acompasadamente las nalgas, la pelvis, la espalda, las caderas, los hombros, guiando, como a la pareja que se deja llevar en un *rock* bien bailado, el mango de la aspiradora... Muchos hombres nuevos para mí en uno solo, en este minuto en que me quedo quieta, pasmada, en los escalones: en el hombre que baila como se respira, el que hace latir mi corazón con una admiración que el deseo multiplica, el que se entrega con un entusiasmo deportivo a estas humildes tareas cotidianas que yo creía reservadas sólo para mí. ¡Ah! Nada que ver su modo de hacer las faenas de la casa con el mío. Los cojines vuelan, los muebles bailan, los objetos participan en el gran baile general. Hace malabarismos con dos ceniceros, blande el tubo del aparato a tres metros por encima de su cabeza con movimientos de lanzador de jabalina, se tumba bajo un sofá en una flexión pasmosa, con un solo brazo, desde luego, para atrapar las pelusas... y vuelve a ponerse en pie, se menea, se contonea, se inclina, busca en el techo, con una mirada que roza el éxtasis, la inspiración de nuevas figuras, gira sobre la punta de un pie, se va, viene, zigzaguea por la estancia como por caminos misteriosos que marca su solo capricho de coreógrafo iluminado.

Es tan impresionante, tan íntimo también, que casi me avergüenzo de mirarlo.

—¡Marc! —lo llamo.

Pero ¡cualquiera habla más fuerte que esos zulúes iracundos que

manifiestan su enfado a bombo y platillo! ¡Si no se oye ni la aspiradora!

Más allá, Tristan, seguido de *Arthur*, o mejor dicho precedido, no se sabe muy bien, digamos que *Arthur* baila también a su manera, en torno de su maestro, Tristan, digo, aparece con su alta silueta en el marco de la puerta de entrada. Lleva tres barras de pan bajo el brazo, las manos en los bolsillos, una camiseta nueva, de un blanco deslumbrante en su piel bronceada. ¿Quién les lava la ropa? ¿Quién les plancha? ¿No lo harán ellos mismos? De algún modo me siento infinitamente pequeña, superflua e irrisoria, en mi escalera donde he acabado sentándome. Me sorprendo pensando, bastante peregrinamente, en un montón de ropa que arreglar, cosas prosaicas, dobladillos que hacer, botones que coser, montón de ropa que habrán arrinconado en algún sitio por falta de competencia, tiempo o ganas... Y me imagino sentándome fuera, a la sombra, con aguja, hilo y dedal, o aun sin dedal, y recobrando los viejos gestos de mujer para arreglarles pantalones olvidados, camisas extraviadas... O también podría ponerles cortinas... no... cortinas no... Ya tienen por todas partes. Ordenarles los armarios: el que Tristan abrió para mí anoche estaba muy en orden, con pilas muy regulares. Entonces, ¿qué?

¿Qué tarea podría consagrarme como el hada del lugar, en esta casa tan bien cuidada, con su cuarto de baño limpio, sus ladrillos transparentes, sus muebles relucientes? Es curioso, pero ruego mentalmente que el fallo esté en la cocina que aún no he visto. Quizás el fregadero, la vajilla, las ollas llenas de una espuma viscosa, en la que yo podría demostrar, si no mis dones, por lo menos mi utilidad... La Cenicienta que he sido mucho tiempo se ofusca en mí: para Simón, no valía gran cosa en la cama, pero al menos en la cocina me reconocía algún mérito. Incluso me los reconocía todos, poco interesado en compartir nada y encantado de mis pocos monopolios. Y eso me hacía rechinar los dientes...

Es la primera vez, hoy, que me siento tan poco mujer, incluso aún menos mujer que cuando renuncié definitivamente al sujetador, menos mujer que con el quejoso, el prometedor y demás, que no me entusiasmaban, menos mujer que cuando me dieron de alta y me dijeron que no podría tener hijos... Hasta entonces había tenido una casa que llevar, la de mi marido, y luego la de mi gato. Era

responsable de alguien, aunque ese alguien fuera un macho egoísta y seco, o un animalito cándido y comilón, un eunuco con pelambre. Pero aquí, ¿qué papel, condición, responsabilidades podría tener en el seno de esta asociación de varones en la que hago de convidado de piedra? Cada momento que ellos organizan solos, cada tarea que no comparto, cada mirada de *Arthur* celoso me devuelve a mi microscópico sitio de testigo casual. Está clarísimo: no me necesitan. ¿Qué podría yo hacer por ellos que no sepan y puedan hacer ya?

¡Ah! De repente me parecen monstruosos. Monstruosos, inhumanos. Maricones, malditos maricones, falsos maricones, que ni siquiera son afeminados, ni frágiles, ni ridículos, ni amanerados... Quitan las ganas de mimarlos, de protegerlos. Intimidan, enfrían los impulsos, los maternales, los fraternales, los ambiguos. ¡Y yo que me creía andrógina! No lo bastante tío para ellos, que aman lo sólido y fornido, demasiado mujer en el fondo, por deplorar la falta de suciedad que podría limpiar...

Sigo a Tristan a la cocina. Observo con expresión afligida el fregadero limpio, los fogones impecables, la bandeja del desayuno lista, con los tazones, el azúcar, las cucharillas, el café caliente, la mantequilla, la mermelada... En un rincón, la lavadora zumba su cancioncilla laboriosa y regular... ¡Malditos maricones!

Después de desayunar, he tratado de adelantarme a ellos. Rápido, rápido, recoger los tazones, la mantequilla, la cafetera, todo sobre la bandeja, correr a la cocina... Marc me ha parado.

—¿Qué te pasa? —Movía los ojos sorprendido. Me ha quitado la bandeja de la mano—. Deja eso.

Tristan ha abierto el armario, ha sacado toallas. *Arthur* corría campo traviesa...

A la orilla del río se han desnudado. Allí *Arthur* no podía hacer nada para impedir que los mirara, pero no me he atrevido. Me he quedado sentada un momento, sin saber dónde posar la mirada, sin hallar el valor de desnudarme también.

—¡Ven! Está fresca, está buena —me decían.

Arthur se ha aprovechado de mi resistencia. Ha jugado con ellos unos cinco minutos, ha salido para venir a sacudirse a mi lado. ¡Granuja! Ya estaba mojada, no tenía nada que perder... Mis dos colosos luchaban como niños en el agua verde, no me hacían caso. He dudado un poco en quitarme también las bragas y al final... Pasaban tanto, tanto. Con ellos tenía la impresión de que cualquier pudor era, no sólo absurdo, también pretencioso. Quedarme en bragas habría sido un modo de decirles: «No me miréis». ¡Pero qué! He abandonado mis esperanzas, junto con mi paño menor de algodón blanco, sobre la hierba y he avanzado hacia el río, con mucha precaución y muchas muecas, porque la playa de guijarro no era lo que se dice cómoda. ¿Cómo habían podido ellos correr por allí descalzos?

Mis primeros pasos en el agua casi me arrancan gritos, tengo la impresión de caminar sobre cascos de botella. Marc me ha visto, torpe y dolorosa, en equilibrio precario sobre mis pies martirizados,

ha venido a mi encuentro en dos zancadas. Difícil apartar la mirada... Hay espectáculos que saltan a la vista sin pedir permiso. Él, en cambio, nada sorprendido sin duda por mis contrastes, un poco de rojo sobre mucho blanco, me ha pasado un brazo por la cintura, el otro por debajo de las piernas y, ¡arriba!, me ha llevado como si tal cosa hasta mitad del río, donde, como sabe cualquiera, suele estar más profundo.

Él debía de acordarse de su muñeca Véronique, de tanto cargar conmigo de aquí para allá, transportarme, arrullarme... El contacto con su cuerpo mojado me ha helado al principio. Y luego, de pronto, he sentido, con mi cadera y mi talle, el vello de su pecho, un miedo estúpido me ha obligado a debatirme y a gritar:

—¡Déjame!

¡Idiota! ¡Idiota! Obedecida al punto, ya me arrepentía... Y *Arthur* que venía a jugar otra vez. Este chucho infecto no tenía ni problemas para caminar ni miedo al agua... Nada riendo con su gran risa canina, la boca abierta hasta las orejas y la lengua vibrando, y duerme al sol tan campante. Yo, dos horas después, no estoy ya rosada y blanca, estoy rosada y roja, y presento todos los tonos de bermellón, y la radio, que, cómo no, se han traído, me taladra la cabeza insolada con una música vociferante al límite de lo soportable.

Me levanto antes de no poder hacerlo, ya estoy harta de que me recojan como a una gavilla.

—Voy a la sombra —les digo.

—Ahora vamos nosotros —contestan ellos.

Y siguen en el agua...

Dormito bajo los tilos, echada en una tumbona, y desde hace ya un rato sus ruidos me llegan, a través del algodón de mis vagas quimeras, hasta una región de mi ser que, ya alerta, no se pierde nada de lo que hacen. Me vuelvo también un poco perro, por dormir con un ojo abierto, con un oído atento, sabiendo aun dormida que están ahí, que hablan, se mueven, con un fondo de música extraña, que en mi sopor reconozco mal.

Abro los párpados. Aún es terriblemente de día, terriblemente azul; entreveo más allá de las frondas un cielo de un azul implacable. ¡Cuánto dura! Me he puesto a esperar, sin saber por

qué, el atardecer, la sombra demente, el vuelo asustado de las mariposas en torno de la lámpara, los aromas pesados de las flores del jardín, el olor húmedo de la tierra que refresca, y tantas otras felicidades que me prometo ingenuamente, como urbanita que echa de menos la noche del campo...

Su música será más suave, sus gestos y sus miradas más dulces, me haré gata a sus pies, no, no gata, me enroscaré a sus tobillos, ellos encontrarán el momento más bonito que de costumbre, con mi presencia ligera y acurrucada, recogida en la oscuridad.

Un ladrido me eriza de pronto el vello. Me encojo. ¡Maldito perro! ¡Me había olvidado de él! Me pregunto si no habría preferido un *Arthur* bien erguido sobre sus patas traseras, bien enfundado en un pantalón... Un rayo de sol que se filtra por el follaje me caldea las piernas, que rojean salvajemente después de haber tomado el sol en la orilla. Me levanto con la impresión de tener un ascua en cada tibia.

¿Dónde están? Los oigo, pero no los veo. Me guío por la música, que retumba potente no muy lejos, a la izquierda de la puerta de entrada, dentro de una especie de granero. Franqueo la gran puerta, tan alta y ancha como para que pase un carro. Podría ser también la puerta de una catedral. El olor del heno me hechiza con un raudal de recuerdos. Mis vacaciones de niña pasan por mi cabeza a toda velocidad. Levanto los ojos para ver la tarima precaria de lo que será otro piso, desde el que saltábamos, de niños, al montón de paja... La tarima ahí está, con sus tablas carcomidas y mal ensambladas. Pero arriba no está la ristra de primos que me iniciaban, alegres rapaces con pantalones cortos, en saltos cada vez más arriesgados. Hay dos gigantes, inmensos, esculturales, afianzados con las manos en alto bajo el peso de una enorme viga que están intentando introducir en sendos agujeros practicados en las paredes laterales. Hay una polea en lo alto, fijada al techo, de la que pende una cuerda atada por un extremo a la viga que primero han levantado a pulso tirando de la otra punta. Poco cuesta imaginar que el tablón ha subido primero de través, halado por uno, sostenido por el otro, y ha entrado en su sitio, por una punta, en el fondo de la cavidad impresionante que debía acogerla. Ahora se trata de levantar la otra punta pared arriba hasta alojarla en el otro hueco. Han atado el cabo suelto de la cuerda a un travesaño

del piso en el que trabajan. La viga cuelga suspendida del cable a un tercio de su longitud, y mis dos colosos, temblando un poco sobre sus piernas abiertas, con el cuello y los brazos hinchados por el esfuerzo, tantean buscando la perfecta y delicada horizontalidad de la carga.

Pasan algunos segundos. Estoy quieta, mirándolos boquiabierta. Su lucha contra la carga y la fatiga raya en mito. Visiones de la Antigüedad acuden a mi mente, Atlas sosteniendo el mundo, Hércules, el Coloso de Rodas, los cíclopes y los titanes en sus grandes combates salvajes... El canto místico y bárbaro a la vez (lo reconozco, es la página más conocida de *Carmina Burana*) confiere al momento y al lugar una solemnidad grandiosa. Las voces llenan la penumbra, proclaman los terrores antiguos, las llamas de los aquelarres, la danza de las brujas. Mis brujos, ya sin fuerzas, desisten a la vez, descansan sobre sus muslos, relajan lentamente la tensión sobrehumana de sus músculos sobreexcitados. Resisten al cansancio y postergan la rendición hasta el último segundo, veo cómo sus bíceps se contraen por la fuerza que despliegan para no capitular demasiado pronto. Ahí van de nuevo. Han dejado la viga en su posición inicial, oblicua, metida arriba, por una punta, en el agujero de la pared, y, atada a la cuerda, cuelga por la otra punta a la altura de su cuello. La sostienen a la vez, respirando fuerte. Se miran intensamente, brillando de sudor, magníficos, antes del último esfuerzo.

Y entonces los cantos, que se habían hecho murmullos, se amplifican de nuevo, crecen, estallan, brotan, victoriosos y pérfidos, vengadores, hechiceros. Respiran hondo, a la vez, y a la vez reanudan el combate, ¡arriba!, la lenta ascensión del enorme ariete que desafía, por su esfuerzo poderoso y coordinado, las leyes de la gravedad. La viga sube por la pared de la construcción, la cuerda vibra en la penumbra, se alzan, se concentran, se estiran, con un infinito dominio de su fuerza, con una infinita ciencia de la sincronización, con un infinito esplendor. ¡Y yo que rabiaba por no poder lavar los platos! Ahora daría diez años de mi vida por estar ahí arriba con ellos, por ser tan fuerte como ellos, y más aún, para que me acepten en su labor, me reconozcan y me admiren como ellos se admiran en estos momentos, recíprocamente, seducidos cada uno por el vigor, la majestad, la belleza del otro. ¡Ah!, yo sería

aún más terrible, aún más gigante, elevaría hasta el cielo, con la sola fuerza de mis brazos de acero, cargas imposibles que los doblegarían, yo sería el hombre, el dios de sus sueños secretos, el orgulloso, el intratable, el indómito, yo los miraría desde lo alto con desprecio jocoso, adorarían mi sombra, la huella de mis pasos, el olor de mi rastro, cantarían mi nombre en la embriaguez de sus espejismos...

Suenan las trompetas, vociferan los condenados, yo reino sobre el mundo, con dos dedos anodinos arranco un árbol como quien coge una flor... No los toco por miedo a quebrarlos. Acepto sus ofrendas, su amor, sus deseos, les dejo satisfacer el apetito que les despierto, beber de mí largos tragos sedientos, los protejo y los cautivo, a mis pequeños, a mis chiquillos, extendiendo sobre ellos gestos protectores de gran guerrero vikingo, de pie en las tormentas...

Golpe de platillo final, la viga se ha movido horizontalmente, reposa por ambos lados en sus agujeros. Aún tantean unos segundos su flanco, como se acaricia una bestia valiente contra la que se ha luchado largo tiempo y a la que finalmente se ha vencido, a la que se le rinde el honor de un respeto póstumo, de una gratitud noble: la lidia fue dura, el enemigo fogoso, y el placer del combate más tórrido cuando el desenlace es incierto...

Están rendidos y sudados, aún llenos de ardor. La música ha enmudecido, el silencio los turba. Se vuelven a la vez, me ven y Marc dice:

—¿Ves? Vamos a poner una tarima nueva.

Asiento con la cabeza. Claro que veo. Y hasta he participado. La tarima la he puesto yo misma con una mano, y con la otra arreglaba algunas tablas, subía algunas piedras. Pero para qué decírselo...

... Y la noche ha caído al fin. Con exasperante pereza, el sol se ha escondido tras una montaña, la sombra se ha vuelto azul en el fondo de los valles, soplos más frescos que refrescan el jardín, tras las barreras de madera, y aromas a limón nos hacen la boca agua.

Han hablado de un restaurante, de salir. Me he estremecido con una especie de náusea, como después de una terrible indigestión. Han interrogado mi fatiga y mi fiebre, mi rebelión muda y sin embargo elocuente: «¿No? ¿No te animas?». He contestado, con la misma economía de palabras: «Insolación...». Han prendido un

fuego, me han instalado junto a él. Por la puerta abierta de la terraza entraban los murmullos de la noche, el canto de los pájaros, los rumores misteriosos de un pueblo noctámbulo que serpentea, vuela y caza, amenaza y se busca en lo profundo de la espesura.

Arthur se ha sentido desafiado, no ha aguantado, se ha ido, después de dos o tres gemidos de tentación mal dominada. Hemos picado algo, ellos han bebido, *gourmets* de un silencio repentino, es decir, que han reducido hasta los límites de lo audible la música intersideral elegida para la velada. El fuego hablaba más fuerte que los tres, que el equipo de música, que el campo bajo la luna, se agitaba, se hacía el interesante, crepitaba, chisporroteaba, crujía, silbaba como una olla, y todos esos grandes gestos, llamas erguidas sobre el tronco, contorsionándose como cuerpos gitanos, amorosos y lascivos, bailes de hidalgo felino ante el monstruo que hay que matar, todas esas zarabandas, todas esas chispas encantaban las tinieblas, animaban, con sombras movedizas y destellos cambiantes, los esculturales rostros de mis dos compañeros, sus miradas tornasoladas en las que se miraba el fuego...

Tristan se ha levantado, ha mirado en un cajón, ha vuelto a sentarse en el suelo, con nosotros, apoyados con la espalda en el sofá. Traía cigarrillos. Yo no he querido. Cuando han empezado a fumar, el humo ha invadido la noche con un olor extraño, como un perfume exótico, del otro lado de los mares, de más allá de las estaciones. He flotado en la música y en los olores un momento, hasta confundirlos, hasta creer que inhalaba los solos de guitarra quejosa y oía el aliento dulzón de sus bocanadas de humo azul... Tenían la cabeza reclinada, buscando con la nuca el apoyo de los cojines, y soplaban por las narices círculos casi perfectos que ascendían en los resplandores anaranjados y palpitantes de las llamas, llevándose con ellos las largas notas desoladas de un instrumento que sonaba muy bajo, a años luz de nuestra galaxia...

No se tocaban más que con el hombro y la cadera, uno al lado del otro, gemelos en sus gestos simultáneos de llevarse el cigarrillo a los labios y dejar luego caer los brazos muy despacio. Al poco, Marc ha cambiado de sitio, ha empezado a fumar con la mano izquierda, ha pasado la derecha por el cuello de Tristan. Yo he sabido en ese momento que los amaría hasta la locura, y he cogido un cigarrillo del paquete que habían dejado en el suelo.

Quizás he tosido al principio, y luego, no puedo asegurarlo. He retrocedido, retrocedido para dejarles sitio y verlos mejor. Han aplastado la colilla con ademanes lentos y concentrados. He dado una calada honda a mi cigarrillo. Mis ojos se han abierto, dilatados, se han vuelto ávidos de una belleza grandiosa... Se han desnudado. He observado sin vergüenza sus cuerpos divinos, el relieve emocionante que abombaba sus brazos, redondeaba sus hombros, esculpía doblemente su pecho. Sus senos de hombre me han impresionado, he aspirado de nuevo el humo prodigioso, para sentir, con los ojos, la yema dura de sus pezones en mi boca extraviada...

La música volaba a nuestro alrededor con sus alas aterciopeladas y frías. Cada nota flotaba, antes de desaparecer, como un pájaro que cae infinitamente. Sus penes, incendiados con los reflejos del fuego, batían sangrando contra sus vientres. He fumado más y más, hasta creer tocar, con mis manos extasiadas, sus testículos suntuosos cargados de semen. Tristan estaba de rodillas, sentado sobre sus nalgas, con los brazos muertos, la cabeza reclinada. Dócil y pasivo, bajo las caricias ardientes del otro que se paseaba por él con las dos manos y con el sexo. Marc estaba tras él, acucillado, con una rodilla a cada lado. Yo veía cómo le deslizaba el miembro salvaje y suave por la espalda. Veía sus dedos separados, geniales en la improvisación de arabescos suaves, acariciar el cuello, las clavículas, los omóplatos de su víctima sumisa, ofrecida como una oración, desarmada, deslumbrada.

El humo me inundaba de la felicidad de contemplar, de percibir, de nombrar. Me ondulaba de sagacidad. Me henchía de audacia. Mis nervios, mi corazón, mi piel, mi sangre estaban en Marc. Tenía ante mí, al final de mi pene gigante, la espalda de un maravilloso atleta, bajo mis palmas febriles, su nuca de luchador al que pronto mordería. Posaba la barbilla en su hombro, pegaba mi vientre caliente a su espalda acogedora. Mi verga se abría en nuestro abrazo, lo humedecía con un rocío inagotable. Tenía ganas de eyacular sobre él, los testículos me colgaban entre las nalgas tirando del vientre con un peso terrible, no podría retener mucho más su savia, que hervía, se batía con sacudidas en mi columna como la lava de un volcán que sube, se calma, borbolla con burbujas incandescentes...

Marc estiraba la mano, bajaba sobre el pubis de Tristan. ¡Era mi mano! ¡La mía! Empuñó el miembro del otro, y yo sentí la suavidad del pene, su volumen, sus palpitaciones. Empecé a menearlo de arriba abajo, de abajo arriba, hasta los testículos, hasta el culo en el que yo estiraba los dedos, mientras él abría las rodillas, facilitaba mi búsqueda. Movía también el culo. Llevo la otra mano al encuentro de la primera, y las junto en su agujero, en los bordes del cráter que se impacienta y gime. La izquierda entre sus nalgas, por debajo. La derecha dividida, la palma y tres dedos para ordeñar, y los otros dos para prenderle fuego. Él me excita queriendo tragarme así... Estremeciéndose con la verga, temblando con los testículos, llamando con el culo. Que deje de hacer la puta, o no aguantaré, no podré aguantar.

¡Cigarrillo, cigarrillo! Se me ha acabado. Pero el paquete está ahí. El paquete. Voy a meterle el paquete. Se ofrece, se inclina, jadea, mi dardo lo busca, enloquece, lo encuentra, lo penetra. Está quieto, quieto, orgulloso, resiste. Yo soy feroz, hago fuerza con todo el cuerpo, mi pene es una barra de acero fundido, voy a clavársela, a hundírsela, voy a poseerlo, quiero su estrechez, su grito, su terror, su alegría bárbara, quiero su mierda, mi miembro se vuelve loco, mis testículos no resisten, la bomba explota, el otro tiene el vientre abierto, se encabrita, levanta a las estrellas unos ojos de toro loco, grita su derrota, mi semen lo atraviesa, entra en su culo, sale por su miembro que escupe chorretadas, justo después de la mía, eco de saxos desesperados, de cobres huérfanos, mi vida se va, sigo gozando, eco de mi espanto en su miembro que él oprime como se corta una hemorragia...

Acabo de eyacular un último y largo chorro de humo. Mis ídolos pacíficos languidecen en la molicie de la tregua, permanecen postrados en la postura en la que la felicidad los ha arrojado. Tristan pone su mano en la cadera de Marc, al azar de un gesto de ternura ciega. Iluso el que no sepa, soy yo quien acaba de hacerle el amor, yo, y nadie más.

¡Ah! ¡Estos cigarrillos son mágicos! Marc endereza la cabeza cuando me ve abrir de nuevo el paquete.

—¡No fumes más! Hay que tener cuidado, es capaz de cualquier cosa. ¡Ya tiene bastante! —suelta Marc, y me lo arrebató de las manos.

Abro unos ojos que afectan indignación. Tristan se pone el pantalón, se levanta, se agacha sobre mí.

—¿Estás colocada? ¡Mírame! ¿Estás colocada?

Parece inquieto. ¡Colocada! ¡Puaf! Él sí que está colocado, y mucho. ¡Hipócrita que finge no recordar! Se miran, consternados, se dirigen reproches, deploran sus errores, concluyen «no tiene costumbre», como si dijeran «maleducada». Pues sí, tíos, maleducada. De reformatorio. ¿Queréis encargarnos vosotros? Parecen que se os despiertan instintos de paternidad frustrada, ¿eh? Pero no, yo no quiero ser vuestro chaval, ¡ya tenéis al chuchó! ¡No quiero ser la hermanita de un perrucho díscolo! Debo de delirar un poco. Tristan, el más decente, me ayuda. ¡No! ¡Esto de tomarme en brazos ya empieza a ser una manía! Ha dicho «voy a acostarla» y me ha levantado, sin preguntarme mi opinión, de la alfombra, en la que yo estaba recogiendo pelos de perro. Protesto, luego me doy por vencida, sin fuerzas de pronto, invadida por una especie de náusea más insidiosa que la de la discoteca, más penosa...

No he visto nada del trayecto, sólo siento que me baja y me deposita en la cama. Abro los ojos cuando se va.

—¿Tristan? —Vuelve—. ¿No me desnudas?

¡Después de todo, cuando se quieren mocosos, se apechuga! Se decide sin que parezca que le cueste, posa sobre mí unas manos ligeras. ¡Ah, qué bien sabe abrir un pantalón!

—¿Tristan?

—¿Sí? —dice, sin translucir curiosidad alguna por lo que voy a decirle.

—¿Sabes que te he hecho el amor hace un momento?

Él sonríe.

—Sí, sí. —Me quita la camiseta.

—¿Te ha gustado?

—Sí, sí.

¡Maldito, no me cree! Y para colmo no me quita las bragas.

—¿Y las bragas? —No conseguiré ponerlo nervioso. Estira del elástico de las bragas. Me quejo—: Me escuece del sol.

Descubre la cama, me invita con un gesto a meterme entre las sábanas. Yo obedezco dolorosamente. Se dispone a irse. ¡No, no quiero! No quiero que se vaya, que me deje. Ha apagado la lámpara.

—¡Tristan, quédate conmigo, tengo miedo!

Vuelve de nuevo.

—Es porque has fumado —dice amablemente—. Hace soñar.

—No, Tristan, quédate, quédate conmigo, ven conmigo a la cama.

Retiro las sábanas para acogerlo. Oigo su risilla en la oscuridad, siento su mano que me tapa.

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué no quieres? Chupas a tu compañero, lavas a tu abuela, acaricias a tu perro, ¿y a mí nada? ¿No tienes nada para mí?

¡Qué tonto es que se deshaga en lágrimas un forzado como yo, un cachas que se empalmaba tanto hace un momento, ahora que no me cree! Ha dado media vuelta, mi corazón se ha parado.

—Espera —dice, y mi corazón palpita ahora con fuerza. Tristan sale de la habitación, camina por el pasillo, busca algo en el cuarto de baño, vuelve, se acerca, se sienta en la cama, abre las sábanas—: Te traigo esto. —La impaciencia me mata. Me toca con algo frío, suave, viscoso y añade—: Es para el sol.

Y empieza a frotarme, suave, suavemente. ¡Oh! ¡Qué bien! Me he quemado. ¡Qué inspirada estuve al quitármelo todo! Su mano me unta con una pomada que primero escuece, luego alivia; me ha pedido que me vuelva, con un gesto muy leve. Estoy boca abajo. Me acaricia los hombros, la espalda, ¡oh!, las nalgas, los muslos, los gemelos... Respiro rápido. Me duele, me duele, y me gusta. Recobro la esperanza, una esperanza resplandeciente que ilumina mi noche como un faro. Me doy la vuelta. Mis senos... ¡Me toca los senos!, los brazos, el vientre, las piernas... No se da prisa, no se demora tampoco. *Platón* ha vuelto, escondido bajo mi vellón. Ondula con un goce ansioso. Tristan se levanta. Lo cojo de la muñeca.

—¡Tristan! ¡Ahí también!

¡Qué atrevimiento, he llevado su mano a mi entrepierna, donde *Platón* vibra! Mi grieta es el único lugar en el que el sol no ha mordido, y es el que más arde. Tristan se ha apartado.

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—No —repite.

Y se va.

Lo llamo cuando sale por el umbral.

—¡Tristan! —Él escucha, de pie, sin volverse, adivino su silueta en el marco de la puerta—. ¡Tristan! ¡No eres más que un maricón!

Oigo su risa muy queda en la sombra del pasillo.

Desde que he despertado estoy dándole vueltas a muchas cosas en mi cabeza. Recuerdos, proyectos vagos, decisiones quizá. Me veo cuando era pequeña, en la catequesis, pensativa porque acaban de hablarme de la resurrección de los muertos.

—Mi abuelo perdió la pierna en la guerra. Entonces ¿resucitará con pierna o sin pierna? —pregunto al cura.

—Con pierna, desde luego —contesta él sin dudarlo.

—¿Y qué edad tendrá? ¿Será viejo o joven?

Esa pregunta lo apura. Ya no recuerdo su respuesta. Sólo que yo era muy escéptica.

Hoy creo en la resurrección, en la metempsicosis. *Platón* ha vuelto, vive en mí, y no con las patas rotas y el lomo quebrado, como cuando lo atropellaron. No. Un *Platón* nuevo, flamante, intacto, con todos sus órganos, y la insolencia de su alegría de vivir, el canto arrullador de sus declaraciones de amor a las gatas del vecindario, sus guiños picaros y mimosos, ávido y tierno... Estaba ya en mi cama, anoche, si no recuerdo mal, cuando Tristan paseaba por mi cuerpo sus manos de enfermero. Pues bien, ahí se ha quedado, pesado sobre mi vientre, obstinado, ronroneando en una espera entre voluptuosa e impaciente. Con sus garras temblando y el deseo mal contenido de clavármelas en las carnes.

¡Oh, lo que he hecho por buscarlo, por hacerle salir! Me da vergüenza confesarlo. Vergüenza y a la vez todo lo contrario. Me siento nueva para mí misma, como embarazada. En fin, ésa es la idea que me hago del embarazo... Solamente lo que llevo en mí, que me transforma, me fascina, me inquieta, me repugna y me atrae, es más misterioso que un niño, y más pesado, y más fabuloso. Fantasma de gato, de hocico ardiente y suave, palpitante, tiránico,

he puesto mis dedos en su boca hambrienta... Y me ha aspirado casi ferozmente. Lo había visto tantas veces lamer la leche con una lengüecilla elegante, inaudible, muy precisa. Y ahora se ha vuelto trivial, grosero, se ha metamorfoseado en un ser soez, glotón y ávido de placer. He saltado con él en mis sábanas, he soñado con otra cosa, y he engañado mi deseo fustigando mis quimeras, y he gruñido.

Diablura de gato, de joven gato excéntrico presa de uno de esos ataques de locura en los que le da por corretear, subirse a las cortinas, perseguir a un enemigo invisible de una punta a otra del salón, correr detrás de su rabo... ¡Ah!, *Platón*, los porros que fumé anoche me volvieron tan trivial y loca como tú. En mi imaginación, también yo corría tras un rabo, quizá dos. Y de tanto correr, me ha dado el calambre, el verdadero, el grande, el que nos pone tensos, nos corta la respiración, nos arranca jadeos y nos desfigura, él solo, en la penumbra, o mejor dicho, nos transfigura, porque se ha producido un milagro. Y pensar que antes de esta noche nunca había tenido un orgasmo...

Mi pobre Simón. Ahora comprendo tus rabias y tus amargas sarcásticas, comprendo tu orgullo herido, y la duda martirizante que te torturaba. Sí, tú fuiste un innoble cabrón, pero si hubieras podido colmarme de ese lujoso regalo, el placer, me habrías amado más, como el hombre que alhaja a una mujer para admirarla más y ver en ella la imagen de su poder, su generosidad, su belleza. Cuando, inclinado sobre mí, en momentos de intimidad, me mirabas a los ojos que nunca turbaba la cercanía jadeante de la voluptuosidad, no te viste ni soberbio, ni único, ni precioso, y es eso lo que no me perdonaste. Y yo te veía hacer muecas por encima de mí, de manera más y más fugaz, y nunca me emocioné ni de provocarlas ni de verlas poco a poco palidecer.

¡Ah!, lo que habría dado anoche por suscitar yo, yo sola, en el bello rostro de Tristan, esta mímica de gozo convulso, esta llamada desesperada, extática de su mirada inhumana que veía más allá de la vida...

Cuando despierto, ahí sigue *Platón*. Creo que se quedará mucho tiempo. Mientras yo me quede con ellos. Así que he decidido... Sería de tontos perderlo por segunda vez... Mi vida también está ahí. Entre estos cuatro machos, que hacen, cada cual a su modo,

que me ponga en cuestión. Dos hombres que se aman, que yo me dispongo a amar también, que no me ven. O muy poco. Un perro que pasa de mí. Un gato que no existe y, aun sin existir, me trastorna y me transforma.

Debo encontrar mi lugar. Progreso a pasos agigantados. Ayer, yo no sabía que podía esperar, anhelar, desear. Mi feminidad no era sino un triste pasado, un presente resignado. Vientre a menudo doloroso, primero, y luego cada vez más, hasta la noche de tortura en que me operaron por primera vez. Caprichos de mis hormonas, inercia de mis tuberías, yo estaba «mal ajustada», como un mecanismo socarrón y obstinado. Tratamientos, inyecciones, mi vientre hacía lo que quería. Cogía años, como si fueran migrañas o infecciones, y no crecía. Estuve esperando mucho tiempo, en mi tórax de chiquillo, la aparición de verdaderos senos de mujer. Un día, cansada de esperar, aparté la mirada, convencida de que ya no aparecerían. Por lo demás, los que tenía, minúsculos y apenas puntiagudos, acabaron pareciéndome más que suficientes cuando Simón los pellizcaba en el cine.

Se sorprendió al principio de nuestro matrimonio.

—¿Nunca tienes la regla?

No, no tenía la regla. Sólo sangraba. Pero no cada veintiocho días. De vez en cuando, poco o mucho a la vez. Era una hemorragia, un flujo inoportuno que no sabía ni prever ni controlar. Algo en mí, una herida, se abría a veces y me dolía.

—No haces nada como las demás —me reprochaba Simón.

Era verdad. Un día caí enferma. Náuseas, vómitos, gran cansancio. Creyó que estaba embarazada. Dudé si compartir esa opinión. Me parecía que eso no podía pasarme así como así, sin pedir permiso, sin que uno tuviera en el fondo al menos unas poquitas ganas...

Tuve razón. Me llevaron al hospital, y sólo me quitaron el último ovario que me quedaba.

—He dejado un trocito —me dijo el cirujano.

—¿Para qué? —pregunté yo desde la cama.

Nunca olvidaré su mímica fatalista, hombros y cejas hacia arriba, brazos abiertos, que significa: «¿Y yo qué sé?».

Volví a casa, encorvada por el dolor de la cicatriz que surcaba mi abdomen, con paso cuidadoso de ancianita. No traía bajo mi

bata sino un cuerpo enflaquecido, sin pecho, de costillas marcadas, y la cesárea que me habían hecho no había traído ningún niño al mundo, sino más bien abortado todos los que habrían podido venir. No estaba embarazada, no podría estarlo nunca. Me feminidad ya balbuciente se redujo desde entonces a manifestaciones simbólicamente problemáticas. Me había mostrado hasta entonces indiferente en la cama. A veces llegaba hasta a darme asco. Como nadie iba a salir de mí, debía de parecerme absurdo que nadie entrara. Y, muy maniática de pronto, me pasaba horas lavándome, para tratar de conjurar, en vano, los variados flujos que escapaban de un vientre que me acostumbraría en adelante a considerar seco y árido...

Después de mi divorcio, que al final fue la menos dolorosa de todas mis mutilaciones, traté de superar los traumas padecidos y de reconciliarme, como he dicho, no con los hombres, sino simplemente conmigo misma, con mi condición de mujer. La repulsión desaparecía, seguía la reserva, la frialdad, la amarga curiosidad que me arrojaba a sus brazos. Pronto tuve la impresión de haber tocado fondo y renuncié pues a mis experiencias sin gloria. De la mujer que tan poco había sido quedó el viscoso privilegio de mojar, a veces de manchar, de rojo o de blanco, como se suda o se supura.

Y listo. Pelo corto, pantalones, jerséis sin relieve, era una especie de ser híbrido, y en todo caso fallido, una mujer mutilada, un hombre atrofiado, de resultas de una amputación que no cicatrizaba y secretaba siempre.

Y desde hace unas horas, de pronto, desde mi noche en el camión, desde que ha vuelto *Platón* y ha ocupado obstinadamente mi vientre hasta ese momento desierto, hueco, sordo, anónimo, me ocurre algo casi tan increíble como el calor en Groenlandia y el monzón en Sahel. Mi clima cambia, radicalmente; era de hielo, ahora me da fiebre; se me veía plana, ahora me hincho, ondulo por todas partes... Hay turbulencia en el aire, tormenta, truenos, vientos locos en las estepas, el diluvio de Noé que barre de pronto todas mis reticencias, mis ignorancias, mis repugnancias, me bautiza mujer de verdad, no la criatura malsana, húmeda, enfermiza, humillada, no, mujer de verdad, aunque pequeña, aunque frágil, mujer redonda en su cabeza, plena, madura, con

formas, bañada en aguas nuevas. Hasta ahora había tenido, triste, banalmente, «pérdidas». Ahora mojo. Mis dedos que nunca han sabido más que lavarme, sin tratar nunca de conocerme, tiemblan esta mañana con su poder nuevo de su descubrimiento mirífico... Si yo me escuchara...

Me demoro en la cama, midiendo la anchura de la cama con las rodillas abiertas. ¿Cuánto ocuparían mis colosos entre mis muslos? Son tan cuadrados... Geometría... Amplío el triángulo para dos figuras mayúsculas, dos cuadrados gigantes... Simón se echaba así sobre mí, me aplastaba siempre un poco. Con ellos, no tengo miedo. Tendrían cuidado. Quizá demasiado. No quiero que me traten con demasiada delicadeza. Sueño con un asalto más bien vigorizante. Pienso en el exigente. Por delante, por detrás, por todas partes. ¿Y los dos a la vez? ¿No sería posible los dos a la vez?

La sombra ambarina de mi habitación, en la que flota un rayo dorado, propicia mis divagaciones. El polvo gira lentamente en el haz de luz que atraviesa las contraventanas, como burbujas casi quietas de un champán en el que baño mis fantasías... ¡Qué fácil es de pronto soñar!... Debe de ser la misma hora que ayer, cuando nos acostamos... Resisto al vértigo, aprieto las rodillas. Quiero aprovechar de otro modo mi soledad en la casa tranquila. Silencio inusual. Deben de dormir aún. Es la primera vez que franqueo la puerta oyendo su ligero chirrido, que me aventuro en un pasillo en el que no resuena música... La calma absoluta me desconcierta extrañamente. No parece la misma casa... ¡Vaya! Han cerrado la puerta de su habitación... ¿Será que nos volvemos púdicos de pronto?

Me demoro más que de costumbre en el cuarto de baño. En mi neceser, hay uno o dos lápices que siempre llevo conmigo y nunca utilizo. Pero esta mañana es distinto. Subrayo, pues, con un leve trazo el borde de mis párpados. Mi mano vacila un poco en su insólita tarea. Decididamente, desde ayer, ¡cuántas novedades para ella, que nunca me había tocado con demasiada complacencia! Ahora se aplica primero a colmarme de gozo, ahora a asearme. ¿Me gusto más con esta sombra verde en la comisura de los ojos y la luz más cálida que da a mi mirada? Por primera vez me veo encanto, y estos trazos regulares que antes me parecían sinónimo de banalidad, ahora casi diría que están radiantes.

No me queda ropa interior limpia. ¡Da igual! Me enfundo directamente mi pantalón de pinzas, con la sorpresa de encontrarme cómoda. Me siento clandestinamente desnuda, mis nalgas se ponen a vibrar bajo el tejido holgado, que sólo me ciñe la cintura y no hace sino acariciar lo demás. Mi sexo ya no es ese animal inerte, adormecido, ensordecido, enceguecido por el algodón ajustado de unas bragas ceñidas. Abajo las orejeras. Se convierte en animal vivo, inteligente, receptivo, reconoce la costura de la tela, y su pelambre, que hasta ahora acolchaba mis braguitas de chiquilla, se esponja en libertad, se hincha bajo el tejido conforme me muevo. ¿Y si de pronto perdiera, sangrara? Con una despreocupación nueva me encojo de hombros, sola ante el espejo. ¡Bah! ¡Ya veremos! Ya está bien de tratarme como una eterna herida, de inquietarme, de desconfiar...

¿Y si mi cuerpo, de pronto, se convirtiera en un amable compañero, fácil y siempre contento? ¿Si ya no fuera delgado y torpe, sino ligero y ágil? ¿Cómo hacen ellos para bailar con la pelvis al son del *reggae*? Practico moviendo la cadera sin ritmo ni gracia. Parezco una marioneta mal manejada, que se sobresalta al cabo de los hilos... Bien. Hay cosas que debo aprender. Me doy tiempo, mucho tiempo... Sorprendo en el espejo, antes de dejar el cuarto de baño, una sonrisa de confianza, casi de buen humor. *Platón* el astuto, el felino, el paciente, ¿me posee de verdad?

La cocina también parece surrealista en el silencio. Podría ir a comprar pan recién hecho, o cruasanes, con el coche. Pero, aparte de que no me siento muy segura con un coche que no conozco, en el fondo me parece que no sería muy conveniente. Sobre todo, no hacer demasiado, no hacerlo todo. He creído notar que les importa su estatus de hombres independientes y despabilados. Y que de algún modo les gusta mi debilidad, mi manera de sentirme pronto perdida, pronto desbordada, pronto indefensa. Bien. Programa, pues: hacerme útil juiciosamente, es decir, colaborar en esto o en lo otro con una pequeña atención amable que les agraderá sin hacerles creer que quiero ser indispensable. Darles a entender lo contrario, sin agresividad, que son ellos los que me resultarían pronto indispensables, hacerles amar esta idea, halagar en ellos no a los machos que no son, sino a los hermanos mayores, los padres que seguramente no serán nunca. Ayer aún me sublevaba: yo no quería

ser su hijita, ni la hermanita del perro. ¡Idiota! ¡Qué tontas son las chiquillas! Un sueño feliz por la noche, y el oído que se le presta (¡el oído!, he aquí otra malicia del lenguaje, cuando parece que eso vuelve sordo), un poco de lápiz de ojos y ¡hecho! *Ecce mulier!*

Mientras preparo café, rascan a la puerta más y más furiosamente. Reconozco la pata imperiosa e impaciente. ¡Vaya, vaya!, ¿es que ha dormido fuera? ¿Puedo pues esperar que estaremos tranquilos al menos de vez en cuando? Abro a *Arthur*. No parece sorprendido de encontrarme, sonríe a pleno colmillo, empieza a mover el rabo.

—¿Qué? —le digo—. ¿No se dice buenos días?

Se vuelve, en el umbral de la cocina.

—¡Guau! —contesta, textualmente. Ni agresivo ni insolente. Casi amistoso—. ¡Guau!

Me espera, sentado modosamente sobre su trasero. No queda pan, *Arthur*. ¿Te da lo mismo una galleta con mantequilla?

—¡Guau!

Engulle la ofrenda, ladea un poco la cabeza. La textura de la galleta le choca. La mastica como si fuera un hueso, emite un gruñido de satisfacción, se disloca la boca con un enorme y rápido bostezo, y va a tumbarse en la alfombra del salón.

Acabo de preparar la bandeja cuando estalla el primer trueno de un gran bombo, seguido al instante, ta, ta, ta, de un redoble de tambor y trinos de saxo. Ritmo frenético, son irresistibles. ¡Se han despertado!

Improviso, al cruzar el salón, un segundo intento de meneo con vagas ínfulas coreográficas. La bandeja oscila mejor que yo. De pronto doy un grito de susto y casi la suelto. Dos grandes manos me han cogido de la cintura por detrás. Me vuelvo. Ahí está Marc, desnudo el torso, radiante. Me libera de mi carga, la deja en la mesa, me ciñe contra sí, de espaldas, con sus manos en mi vientre.

—¡Así! —me dice.

Y empieza a moverse a derecha y a izquierda, a derecha y a izquierda. Imposible no seguirlo. Casi me lleva. Cierro los ojos, me abandono a su balanceo; mi vientre, guiado por el calor de sus palmas, de sus dedos, baila de pronto como nunca. *Platón* dormía con un ojo abierto. Acaba de bullir ahí dentro, da vueltas, arquea el lomo, se frota. La música me aúpa, me electriza y, detrás de mí, el

gran cuerpo de Marc irradia como un horno. Mi espalda lo descifra, siento contra mis omóplatos su vientre musculoso, la hebilla de su cinturón en mi columna vertebral y, en el hueco de mi talle, el bulto inocente de su bragueta, que me gustaría hacer explotar... Me acuerdo de él el día anterior, de su miembro magnífico que buscaba a Tristan, lo encontraba, lo obligaba... ¡Oh!, yo me dejaría tomar así también, si él quisiera...

Comprendo mejor por qué viven con música. Es un principio de complicidad. La armonía, en el sentido etimológico de la palabra. Se dice que dulcifica los modales. Los de ellos son de una dulzura que haría sonreír a más de un cretino. Y, sin embargo, tan rudos a veces...

Otras manos se han puesto al instante en mis caderas. Abro los ojos. Tristan está ante mí, se menea también, al compás... Hasta este día nunca había visto la felicidad de una manera tan material, tan tangible, tan simple. Filosofía... ¿Es feliz una loncha de jamón en medio del sándwich que rellena? Estoy tentada de decir que sí...

Así contoneamos un poco la pelvis, los tres a la vez, y luego Marc se aparta, me coge de los hombros, me hace girar... Ahora está delante de mí, y Tristan detrás. Y adelante, un, dos, un, dos, bailamos así, con rodillas, muslos, nalgas, una especie de *twist* descompuesto.

La batería acelera, se apartan a la vez, se ponen uno a mi izquierda, el otro a mi derecha, cruzan los brazos en mi espalda, en mi cintura, y recomenzamos, no parece sino que estemos en un escenario, a un lado, al otro, a un lado, al otro. Le tomo gusto a esos movimientos oscilantes, a ese vaivén siempre renovado. Exagero el movimiento de caderas, me siguen, nos reímos, casi nos dan ganas de ponernos a bailar a compás. Las piernas me flaquean de la risa, siento una punzada de dolor en el costado, me encojo... Me suelto, Marc se adueña del escenario y ambos se alejan hacia la terraza a paso de samba, como en Río de Janeiro...

En la mesa, sigo haciendo muecas, aún sin recuperarme del número gimnástico que me han obligado a hacer.

—¿Qué te pasa? —pregunta Tristan.

Ojo, hilar fino.

—¡Oh! —contesto como si no le diera importancia—. Problemas de vientre.

—¿Tus cicatrices? —insiste Marc.

La sorpresa me deja un segundo sin voz. ¿Conque me ha visto? Cuando estaba desnuda en la orilla, ¿me ha visto? Quizás incluso me ha mirado. Una alegría loca me invade, me dan ganas de reír, estoy segura de que me brillan los ojos. Me cuesta seguir seria, como se debe.

—Sí —contesto yo, en el tono lastimero que corresponde a la fragilidad.

Un cuarto de hora después, Tristan dice:

—Bueno, voy a ver a mi madre. Le limpio el desagüe, me ocupo de mi abuela. Vuelvo dentro de... hora y media, dos horas.

Arthur ya está en el coche. Me acerco a la portezuela que Tristan cierra al subir. Quiero hablarle, decirle algo íntimo, no sé qué, algo extraordinario. Él me mira con una curiosidad paciente en sus ojos marrón oscuro. Tiene el cristal bajado. Me inclino.

—Tristan, anoche, ¿te parecí tonta?

Él sonríe.

—¿Hoy te has pintado los ojos de verde?

¡Qué fácil es transformar un domingo por la mañana en una gran fiesta con unas simples palabras!

Encuentro a Marc en la terraza. Estamos solos. Me siento pesadamente, como alguien al que duele mucho la tripa; pongo cara de fastidio, un poco compungida:

—¿Te ha dicho Tristan lo tonta que me puse anoche?

Él desecha la pregunta con un ademán indulgente.

—Estabas colocada.

—Estaba colocada, sí, y también... —Convengo. Luego vacilo—: Los espectáculos que me dais, a veces...

Él sonríe, algo apesadumbrado.

—¡Oh, sí, nosotros también, cuando fumamos! Costumbres como ésa, con gente a veces tan colocada como nosotros...

Posa en mí unos ojos azules que su pesar sincero vuelve más inocentes, reflexiona un momento y, por impulso de una resolución aparentemente muy razonable, concluye, con un movimiento de la cabeza:

—De ahora en adelante tendremos cuidado. ¡Prometido!

La promesa no me llena de felicidad. Pero ya habrá tiempo de pensar más tarde. Y este más tarde parece autorizarlo el futuro que

ha empleado y, mejor aún, ese maravilloso «de ahora en adelante» que me emociona con legítima esperanza... Suspiro un poco, apenas, hago una mueca, me froto el vientre discretamente:

—Muy amable, pero lo dices como si no fuéramos a separarnos nunca... Esta noche o mañana...

No acabo la frase. Hago un gesto triste con la mano, el esbozo de un vuelo, para decir que estaré lejos, y entonces ¿qué importa?

Él sigue mirándome. Mira mi mano que poso en el vientre, sin ostentación, con cara contrariada, como dolorida.

—¿Sigues doliéndote? —dice primero. Y luego—: ¿Tienes que volver? Conocemos un médico, amigo nuestro...

—¡Oh! Este dolor, estoy acostumbrada... —Suspiro más fuerte —: Es más bien en mi cabeza.

Silencio. A toda velocidad, escribo mentalmente su respuesta, se la susurro con todo el fervor del que soy capaz, la pronuncio y la repito mudamente tres veces. Él orienta sus antenas hacia mí, sus ojos azules sondean los míos, bien lejos, bien hondos, entreabre los labios:

—Podrías quedarte con nosotros, viajar, eso te cambiaría las ideas...

Derramo las dos lágrimas que acaban de nublarne la vista. Gratitud, emoción pura, felicidad de la victoria también. Verdaderas primeras lágrimas de mujer que ha luchado en secreto, ha alcanzado su objetivo a base de astucia, se siente emocionada y sigue encontrando muy político no ocultarlo.

¡Ah!, no sabía que podía ser tan hábil, tan perversa, ni tan capaz de amor...

Ya suponía yo, al marcar el número, que la conversación no sería fácil.

—Hola, mamá, soy yo...

—¡Ah, eres tú! ¡Ya era hora! ¿Dónde estás? ¡Tu padre y yo estábamos preocupadísimos!

—Luego te lo explico. Os llamo para que estéis tranquilos.

—Más vale tarde que nunca. ¡Llevamos tres días esperando tu llamada! ¡Tu portera nos ha llamado cien veces!

—Por eso llamo también... No doy con ella, debe de haber salido... No puedo llamarla hasta esta noche, o mañana...

—Pero ¿desde dónde llamas? ¿No estás en el trabajo?

—No, no he vuelto.

—¿Que no has vuelto? ¿Del fin de semana? ¡Es el colmo! ¿Dónde estás? ¿Sabías que la señora Robert te guarda el gato en el frigorífico, para que lo veas?

No, no lo sabía... Precisamente me preguntaba qué habría hecho con el cadáver... Un dolor culpable me oprime la garganta... Mi pobre *Platón*, helado en una bolsa de legumbres, mientras yo me caliento al sol de mis vacaciones imprevistas.

—¿Qué? —clama mi madre—. ¿Cuándo vuelves?

Trato de decirle, lo más delicadamente que puedo, que no lo sé.

—Escucha, mamá...

No escucha.

—¿Estás aún en París?

Me propongo ser firme.

—No.

—¿No?

Su voz resuena en el aparato con tono trágico e incrédulo. ¡Le

han cambiado a la hija, es mentira, está soñando!

—Pero, pero... —murmura—. Pero... ¿Qué va a hacer la señora Robert con el gato?

Lo siento, *Platón*, perdóname, pero mi emancipación tiene un precio.

—¡Que se haga un estofado!

Allá, en Bourgoin, mi madre se atraganta en su farmacia.

—¡Pero, Vick! ¡Véronique! Dime, ¿dónde estás? ¿Dónde podemos recogerte?

Si le contestara que en alguna clínica psiquiátrica no le extrañaría... Endurezco la voz. Lo que cuesta es el primer paso, después resulta fácil.

—¡No quiero que me vengáis a buscar! ¡No tengo domicilio fijo!

—¡Cómo! —chilla—. ¡Cómo! —Tose, pero al final acierta a articular—: ¿Y si pasa algo?

—¡No te preocupes! ¡Todo ha pasado ya! —le suelto antes de colgar empleando el tono debido, resuelto y solemne.

Mis dos grandes me esperaban. Haciéndome el honor de mostrar un poco de inquietud en los ojos. Parezco sin duda menos afectada que la primera vez que llamé desde una cabina telefónica. Eso los alivia. No me preguntan nada, pero su barbilla apuntándome me dice en voz alta: «¿Y bien?».

—Me esperaban para el entierro. ¡He dicho que no voy! —explico.

Ellos aprueban, uno con su mirada azul, el otro con su mirada marrón, ambas igual de inteligentes. No sé qué deben de imaginarse, qué tragedia me suponen. No he contado nada, ellos nada me han preguntado. Está bien así. Un poco de misterio no puede hacer daño a una mujercita como yo, sencilla, sin atractivos ni maquillaje. Me complazco en imaginar que me aureolan con un drama secreto que me confiere encanto, y provoca en ellos el deseo de consolarme, de protegerme. ¿No salgo ganando? El duelo casa con Electra, el enigma también.

Estamos en la carretera desde muy muy temprano... Yo he partido ligera con ropa limpia en una bolsa de viaje, y, en mi bolsillo, un certificado médico enorme. Los tres merecen un comentario: la ropa, la bolsa y el certificado. Empezaré, pues, por éste.

Cuando Tristan volvió de casa de su madre, Marc, siempre parco en palabras y aun en gestos, le dijo, señalándome con una mirada de soslayo:

—Se queda con nosotros.

Mi corazón latía. Tristan pareció encontrar la decisión razonable, movió la cabeza con serena convicción.

—¡Hum! —dijo.

—Hay que llamar a Richard, que se pase a tomar algo esta tarde —añadió entonces Marc.

Hubo como un malestar. Tristan frunció el ceño.

—¿Por qué Richard?

—Le hace falta una baja laboral —le contestó Marc—. ¿Conoces a muchos médicos dispuestos a desplazarse un domingo para verla?

El «le» y el «la» soy yo. Marc lo dijo indicándome una vez más con una ojeada de soslayo. Yo me sentía violentísima, tanto por ser el objeto de la conversación, como por alterar la rutina del día y tener que estarme de pie. Estuve a punto de tirarme a la alfombra, empezar a retorcerme y gemir: «Vale, me encuentro lo bastante mal como para que me mandéis a donde sea, a urgencias si es preciso. ¡Salvadme!».

Pero Tristan ya había renunciado a rechistar y se encogía de hombros. En el equipo de música sonaba una especie de lamento entrecortado que parecía a la vez una llamada de muecín y una letanía de Bob Marley. Cuando el coro llegó al paroxismo de una especie de queja árabe, levanté unas cejas impresionadas. Marc dijo, para justificar las notas extrañas que hacían temblar las paredes: «Black Uhuru», y siguió a Tristan. Bueno, vale, Black Uhuru... Lo escribo correctamente ahora porque, como es de suponer, he adquirido con su trato cierta experiencia —también musical—, pero entonces me habría visto en un apuro para deletrearlo. Enriquecida con un nuevo saber, seguí a mi pedagogo y me reuní con ellos fuera.

Tristan estaba sentado en el muro, rodeándose las piernas dobladas con los brazos.

—¡Vamos, no pongas esa cara! —Marc empleó un tonito suplicante y bienhumorado.

El otro sonrió, misteriosamente, se levantó y empezaron a bailar, o mejor, a batirse, pero sin maldad, sin agresividad, al compás,

igual que si bailaran. Una especie de lucha a la vez graciosa y potente que les hacía darse la vuelta, buscarse, agarrarse, inclinarse ágil y suavemente, erguirse de nuevo, amenazarse otra vez, con la rodilla, el codo... Una variante coreográfica muy suavizada del yudo, si se quiere, muy amorosa...

Y los Black Como Sea sin dejar de vociferar. Fue entonces cuando me escabullí para lavarme la ropa, pensando en ese Richard que, según creí, debía de ser otro Apolo como ellos, que algún día —o hacía poco— tuvo algo que ver en su relación.

No me equivocaba del todo. Sólo a medias. Porque Richard no era lo que se dice un Apolo. Vino al atardecer, con cierta prisa, preocupado. Lo esperábamos, además. Cuando lo vi salir del coche, tuve que contenerme para no manifestar sorpresa, esforzarme por no exclamar: «¿Ése es el Richard cuyo recuerdo, cuya imagen, cuya visita ensombrecen a Tristan, que se sienta encogido en el muro como un niño gruñón y celoso? ¿Ese hombrecillo que ni siquiera está cachas, ni es guapo, que es de una insignificancia absoluta?». Pero de pronto me di cuenta de que, atontada por mi asombro, caía neciamente en los mismos prejuicios que tanto me habían hecho sufrir hasta aquel momento y sin duda habían de hacerme sufrir aún mucho... Yo, la flacucha, la pelirroja, la exmujer de Simón Verdier, la inútil en la cama, la poca chicha, ¿en qué me había convertido de pronto? ¿Qué metamorfosis me autorizaba a mirar de arriba abajo a un muchacho que con todo me llevaba por lo menos diez centímetros? Una voz, la más estúpida, me susurraba que un metro cincuenta más diez tampoco hace a un gran tío. Otra voz, más razonable, inspirada por mis rebeliones pasadas y mis actuales hallazgos, se indignaba: «¿No has deplorado siempre que haya dos varas de medir, según el sexo? ¿Es ésa tu apertura de mente, tus amplias miras, tus horizontes nuevos? ¿Para eso despreciaste el machismo de Simón, egoísta y malvado, y el de tus padres, según los cuales tendrías que haber conjugado resignación, felicidad y fingimiento, y el del exigente, vanidoso y tan fácilmente engañado, y el del prometedor, siniestro director de un circo sin estrella, y el del acomplejado, menos presumido pero únicamente obsesionado con su sexo problemático, y el del quejoso, poco interesado en compartir las atenciones y las delicadezas, para eso te sublevaste, elegiste la libertad, reclamaste la igualdad?».

Pobre idiota, que temías, al conocer a unos gigantes, que se convirtieran en tus verdugos... Vulgar hembra que lamentaste sin confesártelo que no lo fueran. Vil, servil, mala mujer, que lloraste por sentirte inútil en su cocina, imbécil alimentada de revistas capciosas, de cine pernicioso, de publicidad vacía, que tantas veces te avergonzó tu pequeñez, tus senos pequeños, tus nalgas pequeñas, tu corta estatura, hasta sollozar en una discoteca llena de tiarrones, hasta enamorarte casi instantáneamente de dos colosos, porque los habías visto en películas de moda, hinchando sus bíceps para aupar a criaturas de sueño, hasta imaginar, amándolos, que amabas a los hombres, que los conocías. Pobre boba atiborrada de arquetipos baratos, que te dijiste: «¡Viva! Ya soy una mujer», porque empezaste a ser astuta, a mentir, a mirar con un estupor compasivo a un hombre que no es un gigante, ni deslumbra, un hombre, en fin, porque no crees que haya podido inspirar la pasión y la tormenta... Admírate, Vick, mujer nueva que ama, que desea y que goza. Mujer liberada, realizada, vuelta a nacer: más machista que tú, hoy, más sectaria, más parecida a tu madre, a tus tías, a tus abuelas, a todas las buenas mujeres que han hecho machos y se han quejado de machismo, más limitada, más retrógrada...

Después del broncazo que acababa de echarme, no me quedaba más que mirar al recién llegado con clemencia y dejarme seducir... Y la cosa no fue nada difícil, era encantador... Su rostro delgado y su mirada inquieta tras unas gafas de montura dorada expresaban una inteligencia viva, casi tangible, y desde luego audible. Se tenía la impresión de oírlo pensar, con la velocidad y la precisión de una calculadora...

Y mejor que así fuera, porque no era muy locuaz. Posó sus ojos grises, que entornó un poco en un amago de sonrisa, primero en mí y luego en Marc. Tristan sirvió de beber. Seguíamos sin decir nada... Sólo los ojos del médico, elocuentísimos, interrogaban en silencio los de Marc: «Entonces, ¿es ella? ¿No muy enferma? ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¡Curiosa chica! ¿Dónde la habéis conocido? ¿Qué hace con vosotros?». Yo no me atrevía a abrir la boca.

—Daño ¿dónde? —me preguntó, por fin, después de haber dado un sorbo a su vaso.

—En el vientre —contesté, sin mayores explicaciones; tenía miedo de meter la pata...

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

Era como no decir nada. Mala norma, la de estar todo el tiempo a la defensiva, contestar con pocas palabras...

—¿Enfermedades? ¿Operaciones?

—Dos ovariectomías, la segunda con peritonitis. Él enarcó las cejas.

—¿Completas?

—Me dejaron un cuarto de ovario...

—¿Tratamiento?

—Contra el dolor... Pero...

La verdad es que el interrogatorio me impresionaba. Tenía la sensación de que con una frase más larga podría provocarle una sobredosis fatal... Me señalé la cabeza, sincera.

—Es aquí sobre todo.

—¿Cefaleas?

—No. Ideas negras, luego dolor de vientre.

—Ya.

Dijo «Ya», apuró el vaso, como si hubiera tenido que tomar una decisión heroica. Y, efectivamente, se arrancó a hablar con periodos que a Proust le habrían parecido telegráficos pero que a mí me llenaron enseguida de una gratitud emocionada.

—¿Te ha pasado algo últimamente? —Y miró a Marc para asegurarse de que había comprendido.

—Sí.

—¿Cuándo tienes vacaciones?

—En agosto.

—Si te doy la baja hasta agosto, ¿te parece bien?

¿Cómo decir que no? Me esforcé por no brincar de alegría. Sacó su carné, empezó a rellenar papeles. Propuso, o mejor dicho no propuso, mientras escribía:

—¿No hará falta que te examine? —Yo cabeceé negativamente. Él precisó: Quiero decir, te sientes como siempre, no tiene nuevos dolores, nada... —Asentí—. ¿Tienes calmantes?

—Sí.

—Bien —dijo tras levantarse—, si vuelves a necesitarme... Si...

Vacilaba. Pensaba claramente: «Si te quedas con ellos, si nos vemos de nuevo...».

No acabó la frase.

—Gracias —dije yo, tomando los papeles.

—He puesto «depresión nerviosa» como motivo. Con eso podrás explicar que necesitabas cambiar de aires.

Di de nuevo las gracias. Me tendió la mano esbozando una sonrisa grave, salió rápidamente. Marc lo acompañó...

Una hora después estaba metiendo mis cosas en la maleta. El equipo difundía una música que había empezado con un solo de guitarra furibundo. Marc entró en mi habitación. Levanté un índice y unas cejas interrogativas.

—Dire Straits —dijo Marc acercándose a mi oído. Luego sus ojos se volvieron a mi equipaje y gritó—: Poco práctico.

Se dirigió al armario, lo abrió, sacó una bolsa de viaje, la puso en la cama, volvió y miró en los estantes, sacó unos vaqueros y dos o tres camisetas.

—¡Toma! —exclamó—. Espero que te vengan bien.

Efectivamente, el pantalón parecía de mi talla. Me apliqué el pantalón a la altura de la cintura. Bastaría con cogerle los bajos. Miré a Marc sorprendida.

—¡De Richard! —dijo, antes de desaparecer.

¡Ah, maldita música! Principio de armonía, ¿de verdad? ¿Y si a veces lo que hacía era impedir el diálogo, reemplazarlo? Yo habría discutido un poco la cuestión esa noche, quizás habría hecho un par de preguntas.

En fin, pensar que Richard, el no muy gordo, el no muy macizo, había vivido en aquella casa, había dejado en ella ropa y recuerdos, me hizo concebir de pronto una curiosa esperanza... Seguro que mis gigantes, mis Goliats, conocían la vida mejor que yo, y el peso que a veces puede tener un pequeño e insignificante David... Pero no es David quien quiere. Aún faltaba por ver el futuro. Aceptar su estatura y sus límites, domesticar la paciencia y la astucia... Para acostarme me puse una camiseta de Richard...

Mi oído se había acostumbrado a tal punto al sempiterno fondo sonoro de la casa y la vida de ellos, que ya no fue la música la que me despertó.

Era casi medianoche, había una puerta que daba golpes. Me levanté, entreabrí la mía, escuché...

Habían bajado el volumen, pero aun así el piso resonaba como

en sordina, como una calabaza hueca. Bajé con paso lobuno y volví a subir con paso perruno, porque cuando llegué a la puerta de entrada, la que daba golpes, *Arthur* se estaba recogiendo. Venía de dar un paseíto nocturno y sin duda algo rijoso, porque traía el morro mojado, brillaba en la oscuridad y esbozaba una sonrisa maliciosa y cómplice. Para él, para cuando volviera de sus correrías, habían dejado la puerta abierta. Cerré tras él, lo seguí escaleras arriba.

Ante la puerta de sus amos, que no habían cerrado del todo, y que podía maniobrar con la pata, se volvió como para esperarme.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

Y tuve miedo de herirlo. Él, que hacía tantos esfuerzos por ser amable, y tan extraordinarios progresos desde hacía dos días... Empujé la puerta, despacio, con la punta de los dedos, para dejarle pasar, calculé mentalmente el tiempo que necesitaría para acercarse a la cama, hacerse reconocer, encontrar un sitio, y luego me decidí, teniendo mucho cuidado de colarme exactamente por donde él, de no abrir más la puerta. Un poco más y habría caminado a cuatro patas. Quería ser absolutamente invisible, absolutamente clandestina...

Las tinieblas de su habitación, como una noche portuaria, estaban llenas de pequeñas señales luminosas de colores, que parpadeaban en la penumbra, despidiendo breves destellos verdes, amarillos, naranjas... El equipo estaba allí, era su cuadro de mandos transparente lo que emitía todos esos resplandores luminosos y complicados. Se tenía la impresión de ver la música, cuyos ritmos provocaban aquí un relámpago, allí un rayo, más allá una chispa. Yo ya había advertido unos bailes abajo, en el salón. Sin duda también los había aquí, quizás incluso en las cuatro esquinas del cuarto, mejor dicho, en el suelo, donde se sentía, al agacharse, las ondas vibrar, cruzarse, entrechocar.

Arthur se había tumbado al pie de la cama, yo adivinaba su gran cuerpo estirado, la sombra doblemente puntiaguda de sus orejas que orientaba una última vez, antes de dormir, más allá de la música, hacia los campos y los bosques, y unos destellos azules, que se reflejaban en las pupilas y en sus colmillos descubiertos, lo transformaban en un ser sulfuroso, una especie de guardián socarrón, en las puertas del infierno. Pero él había perdido para mí

toda ferocidad, y con su permiso yo llegaba a las orillas del Estigia que arrastraba sus aguas turbias al pie de mis deseos...

Me senté en la moqueta, con la espalda contra la pared, con la infinita paciencia de las criaturas del crepúsculo, con la prudencia y el celo de los predadores solitarios...

Ellos no dormían. Yo no los veía, apenas los veía... El vaivén de dos cuerpos, que nunca se cansaban de bailar, que habitaban la noche con ondulaciones febriles... Sin duda murmuraban... En cualquier caso, se amaban. Primero intenté dominar la oscuridad, adivinar sus miembros, sus gestos, el orden de sus impulsos, el sentido de sus asaltos. Y luego, con los ojos ardientes atravesados de destellos, cerré las pupilas, escuché largo rato lo que no decían y a quien cantaba por ellos, en las paredes de su casa...

Cantos de sirenas, pérfidas tentadoras, magas, hechiceras... Entonan con la boca cerrada, con la garganta clara, una marcha somnífera para un monstruo que respira como un fuelle y brama en voz baja. Pueblos submarinos salmodian en las olas, la resaca sorda cuenta su historia... Melodía de tritones, berridos de ballena, mensajes de conchas bailando en el polvo de espuma. Maullidos infinitos.

Platón también está. No tiene miedo al agua. En las profundidades de la noche, la zona portuaria se ilumina de blanco y malva. Gritos de amor, haces empenachados, más allá de los barcos, la marea nos baña. Nadadores ebrios buscan el nácar en el vientre de los cachalotes, nadadores perdidos que renuncian a la tierra, la ingravidez los cautiva, las conchas se entreabren como sexos de mujeres...

El placer es una corriente azucarada que me abre las piernas, guía mi mano... En la cama, mis nadadores se abisman. He visto la sombra de un mástil erguido en la tormenta, uno de los dos ha hendido la noche con su torso claro, como un mascarón de proa. *Platón* enloquece con mi perfume marítimo, reto sus narices sensibles, tienta su hociquillo rosa, para que hurgue entre algas de olores. Una legión de fantasmas, locos por los ruidos, por los vientos, esgrimen en el estruendo de la tormenta sus cadenas por fin rotas. Marc, lo he reconocido, ha vuelto bajo la luna su rostro incoloro, trágica máscara antigua que grita sin un grito, se ha entregado al éxtasis del naufragio: la última ola lo anega al

instante...

Yo me he hundido como él: a lo más profundo. Sima. Caverna bajo el agua. *Platón* gigante me esperaba. Con tres dedos en la boca, le corto la respiración... El océano me ha elevado, he dominado el mundo desde lo alto del géiser, y vuelvo a caer, deslumbrada y divina, a los abismos de fatiga en los que el mar es salado... Mi corazón palpita en todo mi ser, en mis sienes, en mi vientre, en mi sexo, conductos secretos, más dulces que oboes, cantan mi reino acabado y aún muy brillante...

La música también se ha posado. Ha plegado las alas. El mar se ha calmado. Un pez de silencio nada entre dos suspiros. No me atrevo a irme. Me acuesto con mi vientre feliz entre las manos, como un niño, como un gato aovillado, busco con la cabeza el costado de *Arthur* que me acepta. Quiero dormir, me encontrarán ahí por la mañana, en el suelo, al pie de su cama, como su animal doméstico, su guardián fiel; se sorprenderán de mi discreción, de mi astucia, me verán la camiseta de Richard y pensarán en David, en su ligereza, en su gracilidad...

De pronto, una mano se posa sobre mí, turba mi sueño. Es Marc. Ha venido a cuatro patas al pie de la cama, se inclina y me susurra:
—Eran Pink Floyd.

Sus dedos me acarician el pelo como el pelambre de un animal.

La mayor parte de la vida ya no es para mí más que un capullo, muy cerrado, muy sonoro, luminoso e íntimo. La cabina del camión, en la que resuenan en kilómetros a la redonda las notas de los más variados instrumentos. Con cierto predominio de los ritmos africanos. Johnny Clegg y Savuka, por ejemplo. Quizá cincuenta veces en veinte días. Como para acabar confundiendo las grandes llanuras del Norte con sabanas pobladas de tambores, fieras al acecho, cazadores exóticos sin más vestido que unas pinturas.

El camión acelera, pasado Charleville. La carretera es recta, y espejea allá al final, como un gran charco bajo el sol. Son más o menos las tres de la tarde.

Parece que estemos en un solano. Tristan y Marc están desnudos de cintura para arriba. Bailan sentados, con el torso y los hombros. Su piel bronceada se caldea detrás de los cristales, desprende un olor de hombre, colonia y sudor mezclados. Yo, que tengo miedo de arder, llevo una camiseta de manga larga. El calor del sol ciñe mi cuello como un collar caliente y sugestivo, como dos manos tórridas que hablan de caricias y de sentimiento, de dulce estrangulación, de locura...

Estoy sentada entre ellos, *Arthur* está tendido a mis pies, y duerme con la inmensa paciencia resignada de un vagabundo veterano. A ratos, un suspiro, un bostezo, un gemido a veces, en sueños... La música le gusta. Mueve la cola, orienta sus orejas según los ritmos...

«Scatterings of Africa»... Tristan marca el ritmo golpeando en el volante. Marc alza la cara, cierra los ojos, sacude la cabeza. Se marcha lejos, muy lejos. Más allá de la nacional cinco, y de los árboles que la flanquean. Más árboles lo acogen en un edén exótico

en el que los troncos crujen con sonido seco y grave por los golpes de los ojeadores, en el que los follajes chasquean y murmuran con las gracias de los monos. Como puedo, lo sigo. El camión responde a mis fantasmas, ajusta su velocidad a la de los barcos del desierto, lento, regular, oscilante. Atravesamos el Sáhara en tres minutos, y pronto nos encontramos con ríos limosos e hirvientes. Una piragua zumbando nos corta el paso. El color llueve en manchas chillonas en el pelaje de un leopardo agazapado, en el vestido anudado de las africanas que van al mercado, en las flores sin nombre de un trópico soñado, en los taparrabos de los cazadores emboscados, en sus carcajes primitivos. Las cerbatanas silban una melodía desde el fondo de las edades, desafían los ecos de la jungla. Un infante negro se duerme a cuestas de su madre, que mueve las caderas en el sendero tupido de Phelamanga. Su cabecita rapada y perfectamente esférica se bambolea. En lo hondo de la espesura ecuatorial, serpientes silenciosas balancean, con gracia hechicera, la larga clave de *sol* de sus cuerpos mágicos en las ramas de plantas venenosas. Una de ellas, una gran bola de fuego, me oprime la nuca, se ciñe a mi cuello. Echo de menos su ardiente opresión en mis senos protegidos, en mis hombros cubiertos. África me llama con todas sus voces, sus alaridos, sus cantos, sus lloros, sus heridas, sus espinas...

«Echoes of the very first cry»... Si tuviera los brazos desnudos, tocaría los de Marc, que sigue flotando sin mirarnos, de Tristan, que maneja el volante como un instrumento de resonancia. ¡Ah!, me enseñan el país... Con ellos estoy siempre partiendo para todas partes, para ninguna. El destino importa poco. El viaje es un lugar que se basta a sí mismo. Estoy instalada en el viaje, en el múltiple viaje de este tráiler infatigable que navega sin cesar entre Ginebra y Bruselas, de la música que lo habita, de mis fantasmas. El viaje multiplicado, el peregrinaje continuo...

La carretera no es nunca completamente la misma ni completamente distinta. Como yo. Evoluciono en esta incubadora ambulante como un feto que madura sin cambiar de identidad. Me preciso, me afino. Con la impresión curiosa de que algún día naceré de verdad, la portezuela del camión se abrirá, la puerta de la vida... No volveré a tener miedo, descenderé a la tierra desde lo alto de esos tres gigantescos peldaños que aún me asustan. Podré recorrer

el mundo por mi propio pie. Emocionada ante la perspectiva de mi propia gestación, canto con Clegg las últimas palabras de su canción:

*And we are scatterings of Africa
on a journey to the stars
far below we leave
forever
dreams of what we were [2]...*

Tristan me echa un vistazo de soslayo, me sonrío con los ojos. Hay siempre, en las letras que escuchan, una alusión que creo que me está, que nos está personalmente destinada. ¿Es una casualidad? ¿Han elegido sus casetes en función de esos mensajes? ¿O acaso es muy fácil sentirse aludido y apropiarse cualquier declaración, por anodina que sea, cuando se tiene ganas? «*Far below we leave forever dreams of what we were...*». Necesito tanto creérmelo...

Una inercia feliz dicta mis días y mis noches... Salimos temprano, volvemos tarde, salimos de nuevo, Ginebra, cuatro de la mañana. Bruselas, cinco de la tarde. Ginebra, dos de la mañana... Por lo demás, ya no sé qué significa partir, volver... Vamos... Interminablemente. «Vamos bajo el cielo, Musa...». Mis dos compañeros de viaje nunca duermen. O casi nunca. Al principio, cuando me di cuenta de que, materialmente al menos, ocupaba quizá demasiado espacio, tuve escrúpulos. Bien que, fieles a su costumbre de discreción, no han explicado nada, al cabo de veinte días de trayectos, empiezo a comprender cómo funcionan. Tragan kilómetros, ruedan cuanto pueden, acumulan horas de carretera para disfrutar, al acabar la semana, de fines de semana completos de cuarenta y ocho o setenta y dos horas. El puerto no les parece interesante sino a ese precio. Se turnan al volante, aunque no muy equitativamente. Como ya tuve ocasión de observar, Marc conduce con más gusto, aguanta más sin cansarse. Hacen trampas con la caja negra. Supongo que si no estuviera yo, usarían más la cama. Pero tampoco estoy tan segura... Tienen tanta facilidad para quedarse dormidos en posturas extrañas, con las rodillas levantadas, con la cabeza golpeteada por el temblor del cristal lateral en el que se apoyan.

Me hago pequeña, pequeña entre ellos. Me da vergüenza ocupar todo el lugar que me dejan. Ellos, por el contrario, no parecen percatarse de ningún cambio en la organización de su espacio vital. A veces, *Arthur*, cansado de estar estirado a nuestros pies, pone una pata en el borde del asiento, escruta nuestros rostros, espera las reacciones. Si nadie rechista, aventura la otra pata, intenta subirse. Entonces la cosa se pone crítica. El animal pesa mucho. Es impetuoso y testarudo. Sus impulsos afectuosos me parecen ahora tan terribles como su hostilidad pasada. Un día se me echó directamente en los muslos y en el vientre. Tristan tuvo que estirarle de la cola para desalojarlo.

Para conjurar la anquilosis, hacen pausas para correr. Al principio querían que corriera yo también. Un rato corriendo en los bosques que flanquean la carretera, en un área de descanso, en un aparcamiento de almacén, donde sea. *Arthur*, que conoce el porqué de estas paradas, tiembla de impaciencia en cuanto la velocidad se reduce de manera constante, y da voz al frenazo final. Sale el primero de la cabina propinándome un formidable rabotazo, verdadero semáforo de su alegría de vivir... Y echa a correr hacia delante y a los cincuenta metros se da cuenta de que no lo seguimos, se para en seco, se da media vuelta, se impacienta a las diez décimas de segundo, vuelve sobre sus pasos corriendo, se aleja de nuevo, vuelve otra vez para arrancar a sus amos de los árboles a los que el protocolo obliga a dedicar el primer minuto de la parada.

Marc y Tristan acaban dejándose arrastrar por el dinamismo tumultuoso de *Arthur*. Yo me quedo atrás, cerca del vehículo, observo los alrededores buscando algún rincón íntimo, con la sensación de padecer una especie de incapacidad en medio de estos alegres meadores de troncos.

Nuestro itinerario se ve jalonado, además de por las etapas deportivas y evacuatorias, por otras pausas dedicadas a la restauración y a la higiene. Las paradas en las que comemos, en las que bebemos, en las que repostamos, en las que podemos ducharnos, ya no tienen secretos para mí. Llevo veinte días franqueando con ellos las puertas de los cuartos de baño de los almacenes de transportes en los que trabajan, de estaciones de servicio en las que paran... Estrechan manos aquí y allá, intercambian opiniones sobre la carretera, los controles de policía,

numerosos y puntillosos. La gente me mira con algo de extrañeza. Al principio debieron de tomarme por una que hacía autoestop. Yo era, a fin de cuentas, una compañera pasajera y fortuita. Luego las miradas se hicieron más familiares, me reconocían, me sonreían. La gente se ha acostumbrado pronto a ver al trío de mis vagabundos, ya en sí insólito —pues en Francia los camioneros viajan más bien solos—, mudado en cuarteto. Dos hombres, un perro, una mujer... ¿Quién es el intruso?

Yo también me sorprendí al principio. Aún una recién llegada a su vida, pero ya intrigada por mil y un detalles prácticos que yo tenía unas imperiosas ganas de poner en claro, no sólo para saber, sino también para impregnarme completamente del oxígeno de ellos. Preguntar no era el mejor medio de conocer. O si acaso poco a poco, sin que lo pareciera... Fastidioso, irritante a veces. Una investigación misteriosa, hecha de tacto, de reserva, de silencios alentadores, pero, ay, a menudo estériles, una escucha de cada instante, la caza del monosílabo significativo, del indicio imperceptible...

He sabido, al fin, adivinado, reconstruido, que trabajan para una empresa de unos colegas con sede en Bélgica, de la que son a la vez accionistas y miembros activos. Que preferían la fórmula del tándem sin duda para estar siempre juntos, y también para rodar sin parar durante cuatro o cinco días. Cada dos semanas, su fin de semana empieza la noche del jueves al viernes, al llegar a Ginebra, hacia las dos. La semana siguiente, el fin de semana dura menos de veinticuatro horas. A veces, menos frecuentemente, dura más... El itinerario no varía. En la ida, un alto en un almacén de Nancy. A la vuelta, otro en Troyes. Fue después de esta parada cuando me recogieron el viernes de nuestro encuentro.

En la cabina, cuando no escuchamos casetes, ponemos la radio. Para oír las noticias, el estado de las carreteras, el tiempo, viejas canciones horteras que les hacen sonreír... Les gusta también la música al azar, la que no eligen ellos, que pillas por casualidad, que los ilumina con un recuerdo fugaz, con una jovialidad amable y burlona, con un secreto enternecimiento. Sorprendo a veces la mirada risueña que intercambian, ese código tan particular, imperceptible guiño de ojo, esbozo de una mueca que vacila entre el beso y la mofa, movimiento apenas despectivo de la cabeza, y

que significa: «¿Oyes? ¿Te acuerdas?». ¡Pero cuán lejos sigo estando de su mundo, del corazón de su verdadera intimidad! Agito, desde un lejano bulevar periférico, mis antenas hacia ellos, con todas mis fuerzas, con la ávida esperanza de atrapar un retazo de sus pensamientos, de sus sentimientos, de su memoria, de sus sueños comunes...

El otro día pregunté ingenuamente: «¿Por qué no usáis la CB?». La pregunta los sorprendió. Yo medí su escándalo por la indignación reprobatoria de su respuesta: «¿Y la música?». Casi me avergoncé de la impertinente pregunta...

Como el sábado por la noche que me llevaron a un restaurantito no muy lejos de su chalé. Habían decidido dejar en casa a *Arthur*, y eso que siempre los acompañaba a todas partes. Ante mi gesto sorprendido, me explicaron que los dueños del restaurante tenían una perra de la que *Arthur* estaba perdidamente enamorado. Que fue por ella, por acudir a ella una noche que lo llamaba, por lo que se hizo cortes profundos en el vientre al querer cruzar una alambrada.

—¡Ah!, ¿eso era la operación? —caí yo.

—Sí —asintió Marc—. Y además, cada vez que vamos con él, se escapa con su amor y no lo vemos en tres días.

Tuvimos pues que irnos sigilosamente aprovechando que *Arthur* dormía en la cocina... Cerramos con cuidado, nos alejamos de puntillas.

—¡Eh, habéis olvidado apagar la música! —exclamé de pronto fuera.

Iba a entrar pero Tristan me detuvo.

—No, no, deja. Es por *Arthur*... Adora el *rythm and blues*...

Por pequeños detalles de este tipo, calculo el camino que me queda aún por hacer hasta conquistarlos por completo. Y sin embargo... Casi me parece conocerlos desde siempre, haber compartido desde siempre su existencia, esta alternancia feliz de carretera y altos prolongados...

Ya he pasado tres fines de semana con ellos. Han terminado la tarima del primer piso del granero. Han instalado una especie de barrera en el río para delimitar un vado en el que yo pueda chapotear tranquilamente. También me han llevado a dos o tres discotecas y a algunos restaurantes, a un mercadillo, al cine, al

lago... Tienen pocos amigos, rara vez reciben visitas, más raramente las hacen. Tristan ha evitado llevarme a casa de su madre, Marc, por cortesía, se queda conmigo cuando él va solo.

Las veladas hogareñas han sido muy gratas. Barbacoa en la terraza, al atardecer riego del jardín que un agosto abrasador seca y cuartea. Los olores de la tierra manan como un aliento cálido con el vaho que el chorro de agua levanta... La música reina en las tinieblas que caen. El frescor de las montañas vecinas nos mete pronto en casa. Jugamos a tener frío, Marc enciende una lumbrecita.

Tristan elige un casete para soñar. Tumbada en la alfombra, observo clandestinamente las señales de un abandono que me los entregará tal como los conocí y amé, lánguidos, amorosos, fogosos, ajenos al mundo, a sus usos, códigos, irreales y radiantes de su ternura soberana.

Pero son más púdicos, más reservados ahora que me conocen mejor, me tratan a diario y esperan seguir tratándome. Es su modo de hacerme un sitio entre ellos, de ofrecerme hospitalidad por mucho tiempo, por el tiempo que yo quiera, lo he comprendido. Ya no hay exhibicionismo, ni aun ligero, ¡ay! Me hacen este honor de su nueva reserva como si yo fuera un huésped importante al que cuidar, al que no molestar. ¿Cómo decirles que, después de tantos días, echo de menos el espectáculo de su amor? ¿Que daría lo que fuera por verlos de nuevo desnudos, entregados uno a otro sin preocuparse de mí, arqueándose con el placer que llega, murmurando de goce cómplice, ebrios de música, de humo, de alcohol, de voluptuosidad?

¡Ah! ¡Qué tonta fui por manifestar demasiado pronto mis sentimientos! Quizás ahora tampoco ellos se fían, retroceden ante las posibles complicaciones... Haber tratado de retener a Tristan en mi cama, haber hecho suaves reproches a Marc, haberlo obligado a esta decisión: «De ahora en adelante, tendremos cuidado...». Haber ido a su habitación aquella misma noche... ¡Cuántos errores he cometido! El pesar me reconcome, me encoge el corazón. Pese a su sutil connivencia de siempre, yo podría no darme cuenta, si no lo hubiera comprobado con mis propios ojos, de que son amantes. Ya no ha vuelto a haber gestos ni actitudes ambiguas entre ellos. Yo multiplico mis ardides, finjo dormir por la noche en la cama del

camión, escucho toda oídos, me asomo con cuidado por la rendija de la cortina. Son irreprochables. Ni aun la mano de uno en la rodilla del otro... Tiemblo de despecho... *Platón*, mi pasajero clandestino, me cuenta interminablemente todo lo que he podido ver, el primer día de nuestro encuentro. Interminablemente, murmura para mí, describe su danza en el aparcamiento nocturno, la carrera desalada, simultánea, de sus manos en sus miembros magníficos, su placer unísono... Y sus abrazos delante del fuego, la penumbra de su habitación en la que sus siluetas acopladas oscilaban a la vez camino de la felicidad...

Platón susurra, susurra, pronuncia palabras terribles. Su saliva de gato me moja el vientre, su aliento me hace enarcar la espalda. Cállate, *Platón*. ¡Ya no te creo! Lo inventas. No es verdad... Él insiste, me frota la mejilla con su bigote elástico y duro, frota su barbilla triangular en mi cuello... Oigo la música en su habitación. Han cerrado la puerta. *Platón* me habla de sus cuerpos gigantes, de caminos húmedos que saben encontrar. Sus bocas se buscan en este momento, sus lenguas se entrelazan. Se empalman uno contra otro, vientre contra vientre. Sus sexos se tocan, se mueven a la vez. Uno se desliza suavemente por el pecho del otro, retrocede, desciende, lame y muerde cuanto encuentra a su paso, la punta de un seno, brillante y redondo como un grano de café, el cráter delicado del ombligo, el vello del vientre...

¡Ah, ya está, ya! *Platón*, eres un diablo, un cerdo asqueroso que disfruta torturándome. Va a chuparle el pene. Lo sé. Lo siento. Y el otro va a ponerse tieso para dárselo todo, hasta los testículos. Va a poner la lengua en la punta, completamente desnuda, ofrecida, húmeda. Ceñirlo con los labios, dejarse invadir lentamente, hasta la garganta, y cuando el capullo esté bien dentro y le toque la campanilla, él va a mamar con toda su boca, ordeñar como loco, tirando a la vez de sus testículos con sus manos ardientes... ¡Ah, los veo! Me matan de deseo... Veo como si estuviera presente, por el tabique en el que rebotan las percusiones de una batería frenética —pero quizás es mi corazón—, veo que él ya no es pasivo, ya no se queda quieto tumbado de espaldas, dejando que le beban el miembro. Levanta poco a poco las piernas, la pelvis. El otro suelta su miembro, come donde se le pide, besa con una boca llena y complaciente la boca que abren para él.

Un mimetismo poderoso me enarca bajo las sábanas, me abre, subo al encuentro de mi sueño... *Platón*, mi querido milagro, mi amante de pelo, de quimera, de chispas, poséeme como ellos se poseen, haz que mi ano florezca como una flor carnosa y carnívora... Él se lo lame también, estoy segura, lo seduce con la lengua, con los labios, bajo la lluvia tibia de sus besos... Va a penetrarlo. Su miembro vibra con un deseo reconcentrado: pasar ese aro que respira bajo su boca y sabrá ceñirlo como otra boca... Él le abre las nalgas con las dos manos como se abre una sandía madura, se hunde entre sus muslos, busca con su pene loco la falla que va a forzar. La encuentra, siente una llamada de ventosa, el beso del erizo de mar que él penetra de golpe. Sus testículos han posado su terciopelo sobre las nalgas de su amante, se acarician ligeramente, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. El otro gime con la invasión que lo abre. Su propio pene palpita a ritmo demencial entre sus dos vientres. Su amante contiene sus fuerzas vivas, amordaza su ímpetu.

Percibo en mi propia grupa la impaciencia, el cosquilleo del éxtasis que lo precipitaría, si no supiera luchar, en una cabalgada furiosa... Pero es valiente y generoso. Se muere de amor y no se rinde. Reina sobre sus dos cuerpos fundidos, sobre el placer inmenso que fluye en ellos sin desbordarse. Subvierte la leyenda y hace temblar la historia. Tristan, hermano, hijo, te amo. Siglos para conocerte. Agonizo de placer entre tus nalgas de atleta, el gusto de tu miembro me ha inyectado pez derretida en los testículos. Tu pene palpita entre nosotros, en la cuna de nuestros vientres de hombre. Te acariciaría hasta morir. Isolda nunca ha existido.

Dame tu fiebre y tu apetito. Tu fervor me aprisiona, me absorbe, me aspira, me arranca el alma de las entrañas.

La música cabalga sobre mis estremecimientos como un caballo al galope, tengo miedo de que nada pueda pararme, quiero ir, venir, ir, venir, correr a lo más hondo de tu espesura, dejar de luchar, abandonar el combate... Marc, padre mío, rey mío, ídolo mío, ven más lejos a confundirte conmigo, deja de luchar, golpea tus testículos cargados contra mi puerta, eyacula con todas tus fuerzas en lo más hondo de mi ser. Tristan, quiero tocar tu pene, la columna majestuosa y conmovedora de tu pene de seda en el momento en el que muero, todo tu cuerpo está dentro de mí, quiero

la leche de tu pene en mi mano posesiva y deslumbrada, su espasmo de animal herido. Manarás en la palma de mi mano, y te apretarás contra mi verga al mismo tiempo. Yo me lanzaré entonces. Marc, engordas por momentos. Estallaremos a la vez. Me llenas hasta la locura. Me obsesionas, me colmas. Estoy llena de tu amor, me rompo bajo el ariete con el que me penetras, si te mueves otro milímetro, exploto. ¡Ah! Me nuevo, Tristan, me nuevo, también exploto, me pulverizo... Me quitas la vida... Marc, te la doy. El filtro de amor lo tienes en la mano...

La música sigue tamborileando en la pared, resuena en mi espalda, pues me he sentado, exhausta, y he reclinado la cabeza sobre la cabecera de la cama. *Platón* acababa de emitir el más abominable bufido que nunca le había oído. Triunfaba, el innoble, con sus ojos rojos y su risa satánica. Diablo de gato. Me lo he creído tanto que he lamido mi palma. Mis jadeos siguiendo el ritmo regular de la batería... Un caballo al galope, sí, incansable, o el traqueteo de un tren que hiende la noche sin rumbo. ¡Ah! Si se hacen el amor a ese ritmo, deben de arder, mis hechiceros, despellejarse en aquelarre. Si supieran que me muero por saberlos juntos... e invisibles... Por imaginármelos, por quererlos, por esperarlos...

¡No, no tienen que saberlo! Esconderé esta herida, esta boca que los llama. Acallaré el tronar de mi corazón, cuando están junto a mí, ante el fuego, y en el camión. Dulcificaré mi voz, mis gestos, mis miradas. Me haré anodina e inocente, inconsistente. Simularé indiferencia, tomaré una actitud ausente, infantil, les dejaré creer en vagos sueños cuando yo acaricio un solo sueño... Los pillaré un día por sorpresa, por astucia. Saltaré con *Platón*, me convertiré en *Platón*. No tendrán tiempo de verme venir, de temerme, de rechazarme.

Mi vientre es una bomba de relojería. Su tictac marca para mí sola un erótico metrónomo que pauta mis pulsiones, y me hago el amor sola a su ritmo ya bien conocido. ¿Cuándo será el apocalipsis? Paciencia.

Platón también me ha enseñado a cazar, con el ojo entornado y la espina insospechablemente vibrante bajo el aparente letargo. ¿Isolda nunca ha existido? ¡Eso lo veremos!

Sábado noche. La tormenta se calma, pero no saldremos. Se está muy bien en casa. Demasiados perfumes, alientos, respiraciones nos retienen, después de una tarde tórrida y plomiza que atenazaba incluso a *Arthur*, echado, jadeando y perplejo.

Cuando ha retumbado el primer trueno, una sensación de alivio nos ha arrancado de nuestras tumbonas y nos ha sacado al jardín, a mirar el cielo. También *Arthur* se ha levantado. Ha pedido de beber por décima vez y luego ha ido a ejecutar un pequeño baile de la lluvia a la orilla del río. Lluvia no le ha faltado: ha llovido a cántaros durante dos horas.

Hemos organizado la «balsa». Fuego en la chimenea, parrillas, vino, música. La noche ha llegado de pronto, nos ha sorprendido sentados en la alfombra alrededor de la mesita.

Hemos encendido la luz, luego la hemos apagado. He pensado en Isolda. En el filtro mágico. En su viaje fatal con Tristán... Yo les he dado cigarrillos alucinadores. He dejado ostensiblemente el paquete lejos de mí, sin dejarme ninguno para mí. Ellos han fumado largo rato en silencio. La música nos ha llevado a mundos remotos, en los confines de la imaginación...

Una de las canciones empezaba con un tronar sordo, desgarrador, inquietante... La última e interminable vibración de un planeta que agoniza...

Por último el reventón final, la visión del mundo que estalla. Ya no queda sino el tumulto que aún dura. Un motor de avión que ruge absurdamente... De pronto, una guitarra empieza a llorar, sobrevuela los escombros con su ala herida. El mar gime con ella. Y luego la paz. La voz dulce de un soldado perdido. Sin rebelión. El amor canta en su garganta. Tiene miedo de hacer ruido. La tregua

lo turba. Ampara sus dolores en el vibrar de las cuerdas. El desierto lo llama. Su voz me traspasa el vientre. Escucho, con deseo, con ternura. Hombre, hijo mío, querría llevarte en brazos, mecerte, curarte, dormirte, protegerte para siempre. El lamento gira sobre sí mismo. Una quietud nueva se posa en lo hondo de las dunas. Por ahí me paseo con mis botas de siete leguas. El sol calienta la tierra helada. Las lágrimas harán crecer nueva mies. Tengo ganas de amar. Tengo ganas de que me amen. *«Brothers in arms...»*. Que me miren con confianza.

Con emoción. Que me tiendan la mano. Que me lleven con ellos. Mi boca desea morderles el cabello, hurgarles en el cuello. Sus ropas se me hacen insoportables. La guitarra los desnudará quieran o no quieran...

Marc se extravía ya, su mirada se revuelve. Sus dedos juegan con la cadena de plata de Tristan. Yo miro el fuego. Las volutas de sus cigarrillos bailan en el aire anaranjado. El universo se convierte en un globo transparente. Marc ha perdido sus manos bajo la camiseta de Tristan. Lo estrecha contra sí. Yo lo veo todo sin mirar, veo con mi espalda, mi hombro atento, mi mejilla que enrojece con su presencia amorosa, oigo el desorden delicado de sus abrazos. Muero de mi buen juicio, de mi inmovilidad.

La música planea a nuestro alrededor, nos envuelve en sus suaves ondulaciones, como una bufanda de voluptuosidad lánguida. Susurran. Su amor murmura como las hojas en la brisa. No volverme. No descubrirlos, llenos de deseo, de dulzura, de felicidad... Soberbios, translúcidos, transfigurados. ¡Qué duro es, cuánto daño hace! Tengo la boca llena de agua, también los ojos... Levantarme suavemente, suavemente. Creerán que me he retirado, dejarán de percibirme, acabarán entregándose a la tibieza de la noche.

He subido en silencio, he puesto la misma música. Quiero eternizar el instante. ¿Me oyen bajar? Floto hasta ellos, me transporta una nube. Se besan en plena boca. Vuelvo a mi sitio, humilde y pequeña al lado del fuego... Que sus ropas vuelen, que se tumben en la alfombra, que no luchen, que se acaricien, se posean, se llenen. *Platón* hierve en mí. Mis manos tiemblan... Los quiero, los quiero... Percibo el suave frufrú de sus cuerpos que se buscan y se enfrentan. Me giro lenta, muy lentamente... ¿Y si me convirtiera

en una estatua de sal? Mi corazón se espanta. Lucho por retrasar otro poco la mirada que me los ofrecerá...

Ya no distingo más que el conjunto alargado de dos bultos tumbados... Sus perfiles son tan parecidos que al principio no los reconozco. Una lenta danza los enarca, los curva y los inclina bajo el viento de la música. Bailan sus caricias, ondulan como dos algas al vaivén de las profundidades. Sus abrazos buscan la dicha absoluta, la confusión absoluta. El soldado perdido canta para ellos. Una misma herida los retuerce en el rogo que habla de infierno y de juicio final. ¿Sufren por amarse, sufren por una guerra imbécil contra el mundo y sus principios? Nunca han dejado entrever nada, pero esta noche hay algo desesperado en su enlazarse, algo casi trágico. Sus cuerpos desnudos en los que juegan las llamas imitan a la perfección la larga convulsión de aquellos a los que tortura un mal crónico, irremediable y fatal... Marc, hace mucho, se retorció así en su lecho abandonado, comido por los celos, por la pasión, por el amor y por el odio a la vez, temblando de furor y soledad. Tristan, tú también luchaste, y acabaste muriendo de la misma soledad y de la misma pena... Pero era la falta de una mujer lo que os consumía, y su nombre, por todas partes proclamado, maldito, santificado, reinaba sobre vuestros tormentos y vuestras esperanzas...

¿Y si ahora, esta noche, siguierais gimiendo sin saberlo por sus abandonos y sus traiciones? ¿Si fuera ella, ella sola, la mujer huida, prohibida, inaccesible, la razón de vuestras lamentaciones y torturas? ¿Si no hicierais sino consolaros uno a otro, aturdiros, vengaros, si no hicierais sino reinventar los tesoros de los que su ausencia os priva, sino conjurar vuestro miedo y vuestra debilidad, y vuestra angustia de no haberla encontrado, de no saber llamarla?

¡Ah! De pronto tengo ganas de creer. De creer con todas mis fuerzas. Un orgullo desmesurado me sube al corazón, la embriagadora esperanza de aclarar vuestra noche, de refrescar vuestra fiebre... Isolda no está tan lejos como para no volver cuando la llaméis... Es una maga que cura todas las heridas. Requerid mi ayuda, invocad mi nombre... Sin palabras, si la palabra os cuesta, si el terror entorpece vuestra lengua y paraliza vuestros labios. Sin gestos, sin miradas... Un solo latido de corazón por mí, el soplo de un deseo, el trazo de plata impalpable de un cabello, y

desandaré mi camino, cruzaré el mar y sus tormentas para acudir a vosotros, mis amores, mis amantes...

Insensiblemente, han girado juntos, se han acoplado estrechamente, Marc pegado con todo su cuerpo contra la espalda de Tristan, la boca en su nuca, el vientre en sus nalgas, los pies en sus talones, los brazos a su alrededor, para abrazarlo, tomarlo, guardarlo.

Pero al mismo tiempo, es hacia mí hacia donde se han vuelto, y su doble forma siamesa, de costado, ofrece al fuego y a mis ojos la cara de Tristan, al que la emoción priva de mirada, su vientre arrasado por la oleada de deseo, y su miembro suntuoso desafiando el infierno de las llamas como una serpiente erguida.

Más que uno contra otro, el vago balanceo que los hace ondular ligeramente juntos me dice que están uno dentro de otro, y buscan, más allá del efímero placer, una larga armonía, la ilusión de la eterna fusión, la felicidad de ser uno por mucho tiempo, quizá para siempre. Se miden y miden, economizan su gozo, renuncian a las caricias precisas que los precipitarían a una prematura locura.

El gesto congestionado de Tristan, párpados apretados, pómulos altos, boca abierta, proclama silenciosamente su éxtasis y su pena, su pene bate ante él, él aprieta los puños y resiste. Las manos de Marc también resisten, abiertas sobre su pecho como dos grandes hojas de árbol que adhiere una ráfaga.

La música vuelve a sonar. La misma. He puesto la memoria... El equipo cuenta con un dispositivo que permite escuchar la misma canción tantas veces como se quiera... Que recomience me gusta. A imagen de la unión de ellos. Como instalados en la eternidad. Para toda la noche, para toda la vida, ¿quién sabe? El caos, la guitarra, el soldado perdido, el caos, la guitarra, el soldado... Como las olas del mar, el ciclo de las estaciones, el flujo y reflujo de las leyendas, el eterno retorno... Así debe ser. No escaparéis... La sombra de una plegaria, e Isolda cruzará el océano que la aleja de vuestro amor...

Tristan respira fuerte, parece que vaya a dormirse. Llámame, Tristan. ¡Llámame! Esta noche soy maga. Sé curar las heridas... Más allá de las olas negras que nos separan, más allá de las llamas del infierno, me ha esperado. Abre los ojos, su mirada alucinada me encuentra con espanto... Voy, amor mío, voy... No morirás hoy de tu mal terrible... Arrancaré de mi boca el veneno que te mata.

Me he acostado sobre sus piernas tan rápido que no ha podido hacer nada. Mi mejilla ha rozado el terciopelo de su miembro, he abierto los labios y he empezado a beberlo con una sed frenética, y la sorpresa gozosa de encontrarlo tan comestible, tan delicioso, tan carnoso, tan jugoso, tan perfumado, tan bien hecho para mí, tan accesible, tan maravilloso, tan poderoso, tan delicado...

¡Oh!, mis antiguos intentos, con Simón y con otros que me lo pidieron, mis torpezas, mis ascos, mi ignorancia... ¡Soy yo quien está sanando! El veneno que en este momento fluye lo extraigo de mi boca, de mi corazón árido, de mi cuerpo reticente, de mi pasado reseco...

Tristan ha firmado su capitulación con una mano en mi cabeza, una mano fatalista, sin rencor ni reconocimiento, una mano algo crispada, algo triste, poco extasiada. La extasiada soy yo. Yo que creía servirlo, consolarlo, salvarlo, y que aún conservo, como un precioso tesoro, la leche de su derrota en mi lengua virgen, y que tiemblo aún con ese placer nuevo, haber bebido de la fuente misma de mis sueños, haber tomado en mí, con todas mis sensaciones a la vez, ese sexo hechicero que me hace soñar desde el primer momento...

Aún palpita débilmente en mi boca. Se rinde a la languidez melancólica de su rendición. Temo perderlo, dejar que se escape, verlo huir para siempre... El soldado canta, con su cálida voz lastimera y enronquecida. «*Brothers in arms...*». Tristan, mi hermano, dulce enemigo, perdona mi orgullo inmenso, mi egoísmo inconsciente. He creído un instante en mi poder. Pero tú eres el encantador, y me siento muy pequeña a tus pies de gigante, modesta y arrepentida. Pues hay regalos, ahora lo sé, que sólo se hacen para colmarse uno mismo... La leyenda ha tomado un viejo cariz, Isolda va a volver a su casa avergonzada y triste, va a cruzar de nuevo la mar, rica de una nueva nostalgia, de un recuerdo humillante y dulce, de una herida más en su memoria deslumbrada. Pobre Isolda, que descubre todo demasiado tarde, ¡y no sabe ni gozar ni desesperarse! Pobre Isolda, para cuyas bodas no se escanció más que un mal vino de rutina y mediocridad, que un filtro razonable e insípido no había de provocar ni pasión ni demencia...

Subo, algo aturdida, las escaleras. Los he dejado ante el fuego,

aún entrelazados. Se mueven suavemente, se separan, buscan el vaso a tientas, la botella. ¡Qué bien hacen en beber, en beber juntos! ¡Ellos son quienes comparten el verdadero brebaje especiado, que vuelve loco, feliz, desgraciado, inmortal y divino! Sí, bebed en paz. Isolda aún no ha nacido esta noche... Arrastro su bosquejo, su mal borrador hasta la burbuja dorada de mis quimeras. Os dejo, señores míos, para que os encontréis mejor, huyo del peso de vuestro amor, de su fuerza impenetrable para, dentro de un momento, en el seno de mi cama y mis fantasmas, contarme una bella historia cuya heroína soy yo, que no os molesta.

Mañana... Mañana será terrible. La noche habrá pasado y con ella mi sentimiento de embarazo, mis escrúpulos y mis dudas. Y no guardaré, Tristan, sino el fuerte deseo de volver a degustar tus encantos, no soñaré, Marc, sino con descubrirte el fabuloso poder de asombrarme también...

Al día siguiente bajo hacia las diez y encuentro a Marc solo abajo, cortándose las uñas de los pies, sentado con las piernas cruzadas en el sofá. No me ha oído, suena una música furiosa que retumba ferozmente en las paredes de la casa, llena todo el espacio sonoro, hace incluso retemblar los cristales. Observo un momento su bello perfil serio, la línea perfecta de su nariz corta y ancha, su labio bien ribeteado, su barbilla redondeada sobre su cuello poderoso, en el que reluce la cadena que nunca se quita... El día está gris, ha caído una lluvia pertinaz toda la noche y esta mañana las montañas suizas retroceden y se funden tras una bruma grisácea perlada de humedad. Marc ha encendido una lámpara para iluminar su tarea. Un rayo rosado juega en sus manos, en sus pies desnudos que rematan el sempiterno vaquero. Una camiseta negra dibuja, cuando se inclina, los músculos de la espalda.

Para señalar mi presencia, me veo obligada a acucillarme ante él.

—¡Buenos días! —exclamo. Me ve, mueve la cabeza, vuelve a mirarse la uña del dedo gordo, que parece requerir una atención sostenida. Propongo, desgañitándome—: ¿Quieres café?

Rehúsa con un ademán. ¿Están enfadados o qué? Paso a la cocina, vuelvo con una taza humeante, me pongo de nuevo ante él, en la alfombra.

—¿Estás enfadado?

¡Ah!, esboza una sonrisa. ¡Menos mal! Saca los labios en una mueca que significa «no, ¿qué dices?»... Luego pronuncia una frase inaudible, una frase que parece divertirlo mucho. Me acerco, presto ostensiblemente atención. Él repite. No capto sino unas palabras: «Ayer... Tristan...». Me impaciente.

—¿No podríamos bajar un poco la música por una vez?

La pregunta lo asombra. Se encoge de hombros indiferente, como diciendo: «Si quieres». Subo corriendo, apago directamente el aparato, vuelvo a mi sitio.

—¿Qué decías?

Él emite un risilla.

—Decía que ayer dejaste pasmado a Tristan...

Bebo un trago de café para animarlo a seguir. Él no se da prisa. Oigo el chasquido metálico del cortaúñas. Esos ruiditos, de los que casi siempre estoy privada a causa de su música satánica, revisten, cuando los oigo, una importancia extraordinaria. La lluvia tamborilea sobre las hojas de los tilos. A los tres minutos largos, Marc prosigue:

—Lo has dejado con la boca abierta.

—¿Dónde está?

—En casa de su madre, con *Arthur*.

—¿Está enfadado?

—Consigo mismo. Se siente culpable.

—¿Culpable? ¿Por qué?

—Por ti.

La respuesta me asombra. ¡Es el colmo! ¡Culpable por mí! Pero ¿por quién me toma? ¿Por una niña? ¿Por una irresponsable? ¿Una pobre mujercita llena de ilusiones, acosada por las tentaciones, ávida de atención, de un viejo resto de placer recalentado? La afrenta me duele. Levanto la cabeza.

—¡Culpable! ¡Lo que pasa es que tiene miedo! ¡Miedo de las mujeres, de descubrir que existen, que tienen deseo y poderes! ¡Miedo de mí!

Marc me mira boquiabierto, con unos ojos desorbitados por los que cruza una incredulidad jocosa, que agrava la ofensa. Insisto, cediendo de pronto a un rencor injusto y estúpido.

—¡Es verdad! Sois muy majos los dos, pero un poco introvertidos, un poco vueltos para vuestro propio ombligo. Esto es un cuartel. ¡Un gueto! Falta aire.

Marc deja de sonreír, reprime la réplica hiriente y merecida que le acude a los labios, evita mirar la puerta que podría indicarme, renuncia a poner cara de desprecio indulgente y triste, se concentra de nuevo en su tarea... Capitula tan pronto... Su pacifismo desarma

mi agresividad. Algo avergonzada, continuó mi alegato, torpemente, más para justificarme que para convencerlo.

—Sí, sí... Parece que no conocáis mujeres...

Siempre inclinado sobre su pie izquierdo, murmura, con una ironía sin sarcasmo:

—Te esperábamos a ti...

Deseosa de aprovechar la circunstancia —de estar los dos a solas y haber silencio—, reprimo mi susceptibilidad y opto por un tono conciliador y afable:

—Escucha, no te burles. Confiesa por lo menos... Las mujeres, bueno, ya me dijisteis el primer día que no os gustaban... No es asunto mío, claro, pero ¿qué tenéis contra ellas? ¿Podrías explicármelo?

Él no contesta, concentra visiblemente todo su interés en el manejo del maldito cortaúñas. No me doy por vencida.

—Ves, no dices nada. No tenéis nada que reprocharles. Es que no las conocéis, es que tenéis... Sí, una especie de miedo... Les pasa a todos los hombres, pero no quieren reconocerlo. Vale, claro, había chicas más convincentes que yo, más guapas, más apetecibles, digamos. Pero por eso mismo, yo que soy del montón...

Él levanta de pronto la cara, clava sus ojos azules entre irritados y burlones en el fondo de mis pupilas.

—Ah, ¿evangelización? ¿Y si mejor ponemos la música?

Me acomete una rabia loca.

—¡Ah, no, nada de música! La música es vuestro escudo, vuestro telón de acero, os escondéis detrás y ya no oís nada ni veis nada. No se os puede hablar sin gritar, y enseguida se pierden las ganas... ¡Nada de música! Por una vez que te tengo, que podremos hablar, que puedes oír a alguien que no sean tus zulúes histéricos...

Una especie de fatiga resignada cruza su rostro, sus ojos más grises que azules de repente.

—Bueno, vale, di, ¿qué pasa?

Vacilo un momento, desarmada por su claudicación, por la libertad que me concede demasiado pronto.

—Pues... no sé... Querría ayudaros... Bueno, no ayudaros. — ¡Dios mío, cómo se puede ser tan tonta!—. Vosotros no necesitáis ayuda, no es eso... Quiero decir... hay algo que no funciona, por ejemplo, entre Tristan y yo pasa algo, algo en lo que yo he tomado

la iniciativa, y quien se siente culpable es él... Es extraño... Es... humillante para mí. Me niega toda responsabilidad, me cree frágil, vulnerable, ¡qué sé yo! Eso denota el problema. Vosotros os encerráis en un mundo particular, os atrincheráis... Quizá precisamente porque no conocéis a nadie más...

Extraño, extraño, pero juraría que este discurso me suena de algo... Me enredo en explicaciones vagas, me trabo con interjecciones que reclaman su aprobación, al menos su comprensión, la sombra de una aquiescencia... Él guarda un silencio educado, frío, paciente. Concluyo con una lamentable trivialidad:

—Si al subir a vuestro camión yo hubiera tenido unas tetas así, y un buen culo, y mucha cara...

Él me mira de hito en hito, con una ceja arqueada.

—¿Qué? ¿Qué habría cambiado?

La rabia me inunda. Hago acopio de todo el despecho en una falsa renunciación:

—Es lo que tú dices. No habría cambiado nada. Es demasiado tarde para vosotros. Hay descubrimientos que es mejor hacer pronto... No hay nada que esperar...

Marc despliega las piernas.

—¡Calla!

Su aire resuelto me engaña. Creo que sube a poner la música.

—Sí, sí, me callo. Corre a arrancar el motor. Ni yo, ni nada de lo que he dicho, de lo que tengo que decir, existe, las chicas no existen...

Contra lo esperado, ha abierto un batiente de la biblioteca, ha cogido un sobre marrón, como de papel de estraza, y vuelve hacia mí.

—¡Calla! —repite, y me lanza el sobre—. Mira.

El paquete pesa entre mis dedos con peso misterioso y casi trágico. Ese derecho a ver que de pronto me concede, esta brecha en la intimidad opaca de su vida, me impresiona con un mal presentimiento. ¿Iré a enterarme de cosas horribles? Una prudencia tardía, una discreción egoísta vuelve mis manos torpes.

—¡Ábrelo! —ordena Marc—. Mira.

Heme otra vez compungida y dócil, deslizando la uña de mi pulgar por la solapa cerrada (¿por qué cerrada?) del sobre. Echo

ahora de menos la música entre nosotros, su reino exclusivo que oculta las palabras y los latidos del corazón. Está claro, debe de oírme jadear, respirar con balbuceos, buscar, con inhalaciones congestionadas, un oxígeno que de pronto me falta. ¡Tonta! Tonta que he sido, que soy siempre, inevitable, irremediablemente. No quiero saber nada, descubrir nada, cambiar nada entre ellos y yo, tocar nada... ¡Qué necesidad tenía de remover nada, sobre todo para decir tanta estupidez!

Ahora lo recuerdo. Era Simón quien hablaba con la misma inepta y vanidosa grosería, Simón que decía: «Son entretenimientos de crías que no conocen lo que es un hombre...». Triste descubrimiento, al final de un camino que esperaba hallar enriquecedor: soy un Simón con faldas, y todos mis sufrimientos pasados, mis humillaciones y mis soledades, que tendrían, si no que darme el genio, al menos vacunarme contra la necedad, no me han llevado más que a la situación vergonzosa de hallarme más inexcusablemente tonta que él.

Vuelvo el sobre abierto entre mis dedos, sin decidirme a sacar lo que contiene, ruego a Marc con un lento movimiento de los párpados, le suplico mudamente que se guarde sus secretos, que perdone mi idiotez, que elija, para la tregua y el olvido, un casete mágico. Él espera, de pie ante mí, sordo a mi deseo de paz y de ignorancia. Tiene casi un aire torvo.

—¡Mira!

He sacado una tras otra las fotos del sobre. He empezado a sufrir enseguida porque lo he reconocido al instante. Aunque estaba de espaldas. Por su estatura de gigante, por el perfecto trapecio isósceles de su espalda, los hombros anchos, la cadera estrecha, sus nalgas de estatua, por su corta y espesa cabellera rubia, cortada al ras en la nuca en la que brillaba el hilo de plata de la cadena. La chica estaba arrodillada ante él. Se la veía de tres cuartos. Sólo la comisura de su ojo revuelto, la mueca de éxtasis vulgar de su boca distendida, el arqueo cinematográfico de su grupa por la que cae una melena debidamente decolorada. Él tenía una mano bajo su barbilla, la otra en su propia cadera, en una postura de torero satisfecho del combate...

En otras fotos había cambiado de postura, de pareja. Mujeres a cuál más despampanante. Morenas, rubias, pelirrojas. Acostadas,

sentadas, de pie, abiertas de piernas, ofrecidas, ostensiblemente ávidas y colmadas, rindiendo todas un culto enamorado y sórdidamente artificial a la formidable verga con la que él las penetraba... Algunos primeros planos, más abominables que otros, ignoraban la identidad de los actores, sus caras, sus siluetas incluso, enfocaban complacidos el detalle, se concentraban en la gruta nacarada de un sexo, en su invasión, en la retirada que lo abandonaba, insistían en las gotas opalescentes que constelaban un vientre, se introducían entre unas nalgas turgentes y acogedoras, describían en ella una cita turbadora y obscena...

Una ternura desolada vela mi mirada con unas lágrimas que no disimulo. Marco, mi rey, mi guapo señor, ¿a qué compromisos has descendido, a qué desesperanzas sin nobleza, a qué locuras sin esplendor? ¿Dónde se han ido tu tristeza heroica, tu fiebre, tu búsqueda, esa herida de amor que quemó tu cuerpo, marchitó tu corazón y te hizo buscar el consuelo de semejante dolor? Alzo hacia él unos ojos desolados. A los labios me viene una pregunta. Mi voz tiembla:

—¿Y Tristan?

—No —dice él enseguida—. Tristan no.

Meto las fotos en el sobre, lentamente. Una gota tibia me cae en la mano, otra en el papel marrón. Hace una manchita redonda. Marc se arrodilla junto a mí. Coge el sobre.

—No quería herirte —dice amablemente—. Pero... ya ves, conozco a las mujeres un poco, he estado con unas cuantas...

Resoplo. De nuevo siento el impulso de discutir, de increpar, de tener razón, un sucio impulso de mujer razonable, de mente estrecha.

—Precisamente —digo sonándome—. Por eso.

Señalo el sobre culpable con una cabezada acusadora. Marc no acaba de entender.

—¿Por eso qué?

—Por eso no te gustan las mujeres. —Él suspira. Yo corrijo—: Bueno, puede ser...

—Escucha —replica él, sin cólera, con firmeza y el deseo evidente de acabar de una vez para siempre—. No es por eso ni por ninguna otra cosa. He conocido mujeres profesionalmente, como éstas —dice agitando el sobre—, para ganar dinero, y eso, ni me ha

asqueado, como habrás podido darte cuenta, ni me ha traumatizado. También he estado con otras sin hacerlo por dinero. En la escuela yo ya tenía fama de ligón. En el instituto, seducía a quien quería. He tenido parejas, ligues, aventuras. Incluso novias... Pero no funcionaba, simplemente. Nada más. No funcionaba con ninguna. He tenido a las mujeres más guapas. En la facultad, en mi barrio. Yo estaba orgulloso de salir con ellas, de volverlas locas. Era fácil. A ellas les gustaba que las sedujera, que fuera raro, o tierno, o incluso brutal. Pero luego, en la cama...

Sorprendida por su facundia, lo contemplo boquiabierto. Él me malinterpreta, continúa:

—No, no me mires así. Iba bien, técnicamente hablando, como aquí —de nuevo agita las fotos—, sin problemas. Era... en mi cabeza. Un... malestar, como tú dices. Ojo, no estoy justificándome, no tengo por qué. Además, como también dices, no es asunto tuyo. Pero... —busca las palabras, como hombre que nunca habla y que es el primer sorprendido de su repentina confesión—,... pero ya estoy harto de tu mirada compasiva, de tus tonterías. Sin embargo, sabes, he oído muchas... No tú, entiéndeme, no, no tú. Me parecía...

Busca un adjetivo. Yo me deleito, sensible al honor que está haciéndome. ¡Ah!, el primer verdadero cumplido desde que nos conocemos. ¡Lo que le ha costado!

Por último renuncia, deja la frase a medias, la puntúa encogiéndose de hombros, salta por encima de mí para cruzar la estancia, arroja el sobre por ahí, en la librería, y continúa cerrando la puerta:

—¡Ah, sí! He conocido, salido, follado con muchas... Podría haberme conformado con mi reputación de Casanova, y decirme que tenía suerte, y que era feliz así...

Vuelve junto a mí, a grandes pasos; maquinalmente, sin dejar de hablar, sacude, con manotadas enérgicas, el sofá, hace volar una lluvia de trocitos de uña, prosigue su limpieza más allá de lo necesario... Son sus recuerdos los que barre así, sus recuerdos y sus aventuras, lo que envía a la basura, con un gesto expeditivo y vengador, mientras prosigue su requisitoria:

—Podría hacer un catálogo, de tantas que he conocido... Bueno, conocido... Nunca se las conoce. Con ellas nunca se sabe. Cada

ejemplar es un misterio. Están las que uno puede acariciar, cabalgar una noche entera sin arrancarles un suspiro, una queja, una palabra... Horizontales, pasivas, desencarnadas. A veces cambian de mirada para decir que se hace tarde... Las peores, quizá. O al revés. Las furiosas. Las locas. Las que gritan, muerden, ladran y maúllan desde el principio hasta el final, mientras uno busca en vano el culmen, la apoteosis. No hay tregua posible. Al principio uno se pregunta: «¿Le estoy haciendo daño?», sin creerse que se le pueda dar tanto placer como grita. Pero pronto se tranquiliza. Aquellas a las que haces daño no dejan de hacértelo saber. Los pechos, el vientre, la vagina, el clítoris. Uno tiene la impresión de ser un bruto, un verdugo. Cada iniciativa les arranca un gemido, una advertencia. Cuidado, no tan fuerte, no tan hondo... así no, ahí no, en esta posición no, en aquella tampoco... Al final no te atreves a hacer nada. Ellas suspiran. Se enojan... ¿Y las que piden «más» diez veces seguidas, que ordenan, que exigen, que nunca tienen bastante, que quieren probarlo todo, hacerlo todo, que transforman una noche en un exhaustivo inventario, que no olvidan nada, que se ofenden porque uno se cansa como si fuera un grave insulto? ¿Y las que se creen obligadas a ser guarras, que te insultan con palabras, comentarios, que no respetan ni tu silencio ni tu pudor ni tu ternura? ¿Y las que se quejan de que no gozan?, ¿y las que nunca se quejan?... Las jodedoras y las mártires... ¿Y las que te tocan, te agarran, te manosean, te arañan, seguras de que te excitan al máximo, y las que no te tocan, que no tienen ni manos ni boca que ofrecerte, que te dejan acariciarlas con una mirada condescendiente, como si te hicieran un favor?... ¿Y las que no usan anticonceptivos, rechazan el preservativo, juegan a darse miedo y a darte miedo, y acaban paralizándote? ¿Y las tímidas, las acomplejadas, que tienen vergüenza de sus cuerpos, que se sienten culpables, a las que uno no sabe ni tranquilizar ni convencer? ¿Y...?

¡Ah, para un taciturno, créanme, qué desahogo! Desgrana su letanía nerviosamente, mullendo los cojines, estirando de la manta, ejecutando todo un aseo mecánico y distraído, mirando a otra parte, moviendo la cabeza y el cuerpo, lleno de rebeldía y de dudas, que brotan de pronto, ante mí, en palabras atropelladas, en frases apresuradas. Su enumeración no deja de recordarme mi propio catálogo, el quejoso, el prometedor, el acomplejado... ¡Ah!, ¿tan

difícil es entenderse con el otro sexo?

Pese a mis severos juicios sobre mis amantes ocasionales, tenía, en el fondo de mi ser, la impresión de que el desacuerdo emanaba de mis reticencias, de mi falta de motivación. Marc acaba de demostrarme que la decepción no es sólo para los circunspectos, ni tampoco —y esta revelación me alivia— para las mujeres. Pensar que también los hombres pueden sufrir incertidumbre, desamparo y soledad ante sus parejas me reconcilia con su género. Darme cuenta de que todos, mujeres y hombres, tenemos nuestros problemas, me inyecta en el corazón una miel de repentina indulgencia general.

Marc se ha sentado, casi sin aliento, un poco avergonzado también de esa incontinencia verbal que me lo ha revelado brutalmente, a la luz de un pasado que yo no sospechaba. La ocasión es demasiado buena para dejarla escapar sin aprovecharla a fondo.

—¿Y Tristan? —le pregunto suavemente.

Su mirada yerra un instante a su alrededor, se posa en un paquete de Marlboro. Alarga la mano, coge un cigarrillo, lo enciende. Sus ojos me escrutan. Durante un momento, temo que se arrepienta de su abandono, que se encierre en un nuevo y más hermético silencio. Sigue lloviendo. Sus pupilas ensombrecidas miran la ventana, los tilos mojados... Exhala una bocanada de humo prolongada. Cuando ya no espero respuesta, murmura, sin mirarme:

—¿Tristan? Él me ha turbado. No he querido luchar. Habría sido estúpido. Quería saber a qué atenerme. Por primera vez en mi vida supe instintivamente cómo hacer feliz a alguien... Y he comprobado, visto con mis ojos, tocado, comprendido mi poder... Y lo he compartido de verdad.

Ha enfatizado el «de verdad», con una especie de fe vibrante en la voz que me desanimaría para siempre de provocarlo de nuevo, si hubiera podido volver a desearlo.

Asiento, aunque no me mira. Una emoción nueva, rica de connivencia, llena el silencio.

—Pero ¿él...?

Mi pregunta incompleta atrae sobre mí su mirada, que la confesión de amor ha iluminado. Da una calada al cigarrillo cerrando los ojos, sonrío ante una visión interior.

—Él... Yo creo que nunca ha estado con chicas... Por eso... lo de anoche... Me hace gracia... —Un ruido de motor, de agua salpicada en las roderas del camino, nos avisa como a dos cómplices. Marc ha abierto vivamente los ojos—. Ahora ve a poner la música.

Cuando decía que estaba gestándome... Desde que empezó el concierto me he vuelto feto, sola entre la multitud, aislada del mundo estremecido por la música que late a mi alrededor, como un vientre colosal, sus corrientes de vida, sus ríos de sangre y calor, la fuerza viva de sus nervios, de sus arterias, el hormigueo de sus tejidos. Veo a través de ella como a través de una gruesa membrana polícroma, ya azul, ya roja, y rayos oblicuos que giran sobre mi cabeza me arrastran, con los sentidos revueltos, a un vértigo, una ingravidez uterina, marítima, sideral. Los humos de colores vuelven opaca la realidad, tejen entre ellos y mi ser un compacto terciopelo onírico, y las miríadas de mecheros que acaban de encender, que agitan de pie en la sala, centellean como otras tantas estrellas en un infinito que multiplica los ecos...

En el escenario, un ejército de ángeles rubios parte para la guerra contra la guerra, se pelean por la paz y el amor a golpe de guitarra ferviente, de micrófonos cómplices, de sintetizadores locos. Con un gran ademán del brazo desatan truenos, rayos lívidos sobre su demencia pacífica, sobre la danza frenética que hace volar sus cabelleras rafaelescas. El ruido nos asalta en alud, nos sumerge, nos derriba, nos aterroriza y nos cautiva. Llueven notas, tormentas de arpegios, los instrumentos ya no tienen nombre, voces humanas, animales, artificiales, mezcladas de manera atronadora e irresistible.

El público proclama su alegría, grita, patalea, salta, con los puños en alto. Efluvios dudosos cautivan nuestras narices, se irradian por nuestros cerebros. Desde mi burbuja de beatitud, lo oigo todo, y floto, bien metida entre los dos, codo con codo. Ellos han querido venir. Me han dicho: «Te llevamos al concierto, pero tú

te quedas con nosotros. No te alejes. Todo el mundo se vuelve loco en esos sitios. Y verás qué barullo». No han mentido. Hemos hecho cola tres horas, un gentío imposible, miles de personas, de indisposiciones, ambulancia, policías por todas partes...

De pronto me deja sin aliento un órgano eléctrico con su solemne voz baja. Una marcha nupcial para los planetas, para todos los mundos, para todas las criaturas de todos los universos, arranca clamores de éxtasis al público. Se encienden más mecheros. Miro a la derecha, a la izquierda, veo que la misma gravedad impregna los rostros de mis ángeles custodios. Esta canción habla de amor más que ninguna otra, mece el sueño de una fraternidad a toda prueba, de un futuro brillante en la gloria de la armonía recuperada.

Allá, bajo las decenas de haces de luz que se cruzan, el coro de ángeles entona una larga serie de clamores agudos, con sus voces sin sexo ni edad.

Y luego las guitarras, el órgano, las trompetas se lanzan a correr en una terrible búsqueda de la felicidad, todo da vueltas, la música se vuelve loca, se desmelenan al viento de una carrera desalada... Tristan y Marc vibran contra mí, me arrastran a su baile, siguen y aprueban con todo el cuerpo el ritmo febril de la alucinante balada que sacude a la multitud en el mismo frenesí.

Astros anárquicos parpadean... Ya no sé dónde poner los ojos, los oídos, la alegría. Tristan me ha cogido de la cintura, levantado a pulso y me balancea al compás como a un bebé. Yo me aferro a él gritando de placer. Vibra bajo mis manos, los músculos impacientes de su espalda se estremecen como el lomo de los caballos antes de la tormenta. Una sonrisa inhumana, extasiada, ilumina todo su rostro, sus ojos en los que brillan los reflejos fantásticos de los focos, sus dientes violetas bajo los soles eléctricos. Él también ha fumado... Bajo su camiseta, el sudor corre por la espalda. La embriaguez me lo hace accesible y dócil. Me permite perderme alrededor de su cintura húmeda, en el hueco de su columna vertebral chorreante, sobre sus omóplatos que se estremecen al compás. Yo me aprovecho descaradamente...

Los querubines exaltados se agitan en el escenario. Sus flequillos rubios se levantan y caen sobre sus frentes sudorosas con cada salto, con cada brinco, sus bocas abiertas profieren obsesivos estribillos que repiten sin parar. Una coreografía histérica los pone de rodillas,

los levanta, los impulsa, con los brazos alzados, con las piernas infatigables. La temperatura sube más bajo la gigantesca carpa. Unas chicas se despojan de sus blusas, otras lloran, miles de manos baten palmas, miles de pies...

De pronto, en mi mano, la mano vagabunda que explora con delicia la espalda de Tristan, otra mano acaba de posarse. Marc me ha pasado la mano por detrás, ha sorprendido con sus dedos intuitivos mis dedos extasiados... Por un instante sus dedos aprisionan los míos. Pega su boca a mi oído y grita:

—¡Estoy celoso!

¡Celoso! ¿Cómo he de entenderlo? ¿Quiere compartir mis atenciones, o reservarse las de Tristan? Una melancólica lucidez me susurra la segunda solución, un diablo de hipocresía me induce a creer en la primera. Enseguida mi mano izquierda, aparentemente inocente, trepa a la cintura de Marc, se agarra a su camiseta amplia, intenta sacársela de los vaqueros, encuentra bajo la tela la piel húmeda... Una rápida mirada de abajo arriba hacia su cara... Tiene su aire indulgente y tranquilo, esa sonrisita apenas esbozada que significa a la vez que soy una pesada no del todo antipática y que, de todas maneras, no es el caso de pelearse.

Y hasta el final del concierto, mis dos manos se abandonarán, a una parte y a otra, con una embriagadora simultaneidad, a caricias, presiones, roces, toda una coreografía de arabescos diestros y suaves, al son de la música y de mi deseo, tanto tiempo insatisfecho, de viajar por sus cuerpos de gigante como por un mundo nuevo, acogedor y sensible.

A altas horas de la noche nos dejamos llevar por el interminable alud de espectadores que se dirige al fin a la salida.

Fuera, hay ambiente de marcha y prosigue la fiesta. Hay puestos de comida, bebidas y tabaco, se forman grupos en el césped, sentados, tumbados, se organizan, a la luz de los faros y de las farolas, pícnicos extraños. Una misma solidaridad hace circular el bocadillo, la botella de cerveza, la pipa de la paz, suenan motos, piafan sin arrancar, un coro de cláxones entonan una alegre sinfonía de una punta a otra de la avenida. Un gran embotellamiento bloquea las salidas de los aparcamientos, atasca todas las calles adyacentes, invade las aceras. Grupos de gente cogida de la mano deambulan cantando, arden braseros, se ha formado, pese al

servicio de orden, una multitud con la esperanza de ver salir a los artistas.

Marc y Tristan me han cogido firmemente, cada uno de un brazo. Es verdad que yo tenía tendencia a quedarme rezagada, oliendo todos los aromas mezclados, los ojos y los oídos distraídos a cada instante por un nuevo espectáculo. Tienen miedo de perderme entre el gentío, miedo de verme aceptar la botella que acaba de ofrecermela un desconocido, miedo de mi gozosa inconsciencia, de esta disposición nueva que me vuelve ligera y sorprendida por un sí, un no, y pronta a embarcarme en cualquier aventura.

Cruzamos la avenida para entrar en un bar repleto. Encontramos una mesa al fondo de la gran sala del primer piso. Un bullicio tremendo recuerda la excitación de las tardes de grandes partidos. Pero esta noche no hay victorias ni derrotas. Todos los jóvenes aquí reunidos festejan la ruptura de la rutina, el viaje que acaban de hacer —algunos no han vuelto—, el poder sobrenatural de una música que engendra el sueño sin languidez, la furia sin odio, y la libertad sin condiciones... Una bandeja llena de cañas de cerveza espumosa pasa cerca, zigzaguea entre los grupos, me llena de apatencia.

La cerveza entra en mí como un río de agua de juventud. Una felicidad animal hace que me brillen los ojos, me zumben los oídos, se enrojezcan mis mejillas, pinta en mi cara una sonrisa sonámbula que intriga a mis compañeros. Marc se inclina hacia mí, me zarandeo suavemente.

—¡Eh!, ¿estás bien?

Mi mirada, perdida más allá de la ventana hacia las luces de la ciudad, vuelve con dificultad sobre él, se posa, primero algo pasmada... Le sonrío más. Me ha puesto la mano en el hombro, como Tristan el primer día. Reclino mi mejilla sobre la mano, la oprimo contra el hombro, me acaricio. La confesión me sube a los labios, irreprimible:

—Os quiero...

Él no retira la mano, no enseguida. Siento una leve presión cálida y afectuosa de sus dedos en mi clavícula... Y luego se inclina de nuevo, alza ante mí la jarra de cerveza apenas empezada, y pregunta en tono de ternura inquieta:

—¿Vas a beberte todo eso?

—Tengo hambre. ¿Quién quiere un sándwich? —anuncia Tristan poniéndose de pie.

Levanto un dedo, Marc acepta también con una seña. Con un ademán familiar, Tristan se mete la mano en el bolsillo, busca monedas. Como los vaqueros son ajustados, embebe el vientre, saca el trasero, abre un poco las piernas, da saltitos... Sus gestos me fascinan. Debo de tener los ojos abiertos como platos. Ha sacado del bolsillo un poco de calderilla, un billete, los ha extendido en su gran mano abierta, cuenta con la mirada... De pronto repara en mí, boca entreabierta, cabeza gacha, mirada fija. El deseo ha borrado mi sonrisa, ha endurecido mis rasgos, ha clavado mi pupila dilatada en su cinturón de cuero, en el bulto de su bragueta... Sin darse plena cuenta, experimenta el malestar de quien se siente observado.

—No te nos quedarás en coma, ¿verdad? —bromea.

—Detrás de ti hay un gran gato. ¿Lo ves? —contesto con voz muerta.

Maquinalmente se vuelve, pasea una mirada circular por la sala, vuelve hacia nosotros el fuego dorado de sus pupilas y le pregunta a Marc:

—¿Ha fumado?

Se encamina a grandes pasos a la calle, al vendedor de salchichas. He dado un gran trago de cerveza. *Platón* estaba allí, aovillado entre las plantas artificiales que separan dos rincones de la sala, con las cuatro patas encogidas, el rabo indolente, los bigotes en alerta y los ojos reducidos a una ranura en la que brillaba el destello de un diabólico reto...

Me vuelvo hacia Marc.

—¿Y si tratara de seducir a Tristan?

La pregunta le parece tan absurda como mi visión felina... La atribuye sin duda a mi incipiente embriaguez, y se encoge de hombros dándome a entender que le concede una importancia relativa.

—¿No crees que pueda? —insisto.

—No —replica él cogiendo el vaso.

—¿Crees que no soy lo bastante seductora o él no es lo bastante receptivo? —De nuevo se encoge de hombros—. No quieres responder. ¿Tienes miedo?

—No.

—¿Miedo de que lo corrompa?

Ríe.

—No.

—¿Estás seguro de él?

—Sí.

—Entonces no arriesgas nada. Déjame intentarlo. Me divierte como una apuesta.

Él da otro trago, lo saborea, me mira con leve condescendencia, cede con una ceja fatalista.

—¡Inténtalo!

No me atrevo a tomarme su permiso en serio. Tengo la impresión de que cree que se trata de un capricho de mujer borracha, un antojo de una noche que olvidaré cuando duerma, la impresión de que cede para deshacerse de mí, evitar discutir...

—¿No intentarás impedirlo? —pregunto desafiante.

—No.

—¿No harás una escena? —La idea debe de parecerle despreciable en sumo grado. Vuelve la cara con aire aburrido... Procuro corregirme—: Quiero decir... ¿No dirás que estás celoso? ¿Ni una sola vez?

Él suspira.

—¡No!

Allá, al pie de un ficus de plástico, *Platón* mueve el metrónomo de su rabo, sonrío bajo sus bigotes, me felicita, con unos ojos que la ironía entreabre.

Pronto amanecerá. Hemos dejado la ciudad y sus tumultos, su fiebre, su aliento pesado a tabaco y alcohol. La noche del campo excepcionalmente templada nos baña en una tibieza que huele a heno. Una claridad incierta, que se difunde tras las montañas como el halo de un proyector distante, anuncia la aurora; el trino de un pájaro lo confirma. Me corre prisa. Tengo la vaga sensación de que sólo las tinieblas ampararán mi intento.

Los he convencido para quedarnos otro poco en la terraza, tomar una última copa antes de irnos a acostar. Yo misma he preparado en la cocina la bebida fatal, he exprimido los limones con gestos hechiceros, he elegido los licores, he espolvoreado el cóctel oloroso con azúcar de vainilla, he llenado la cubitera con cubitos que entrechocan en la bandeja al ritmo de mis pasos. Su tintineo cristalino separa a Marc y Tristan, sentados en el balancín. Les acerco los vasos.

—Hacedme sitio —exijo sujetando mi vaso.

Y me siento junto a Tristan, que ahueca el costado para acogerme...

Mis pies no tocan el suelo. Los suyos, de mutuo y tácito acuerdo, imprimen al balancín un lento vaivén que nos mece... Descanso la cabeza en el hombro de mi compañero, cierro los ojos.

—Estamos en un barco... —declaro. De pronto me doy cuenta de que falta algo, algo esencial, vital. Me incorporo—: ¡Marc, ve a poner música!...

Obedece sin chistar. Heme sola a bordo con Tristan. Mi mano libre se ha posado en su muslo, no ha podido quedarse quieta, se ha paseado enseguida por el rugoso tejido del pantalón, se ha dejado caer sobre su bragueta... Espesor de costuras que arañan las uñas,

vía libre a las estrellas. Su voz velada me llega desde arriba, sobre mis cabellos:

—¿A qué juegas?

—A un juego que se llama «viaje fantástico». Ya verás, bebe un trago... ¿No sientes nada?

Él bebe dócilmente.

—Siento tu mano —dice.

Un resto de embriaguez —¿o una nueva embriaguez?— le impide apartarse con un respingo. El cansancio me lo entrega, algo sorprendido, enervado, sin fuerzas para rechazarme.

La noche se hace translúcida como la última película de nácar de una concha que el mar ha roído. El aire vacila entre el azul de la sombra y el rosa anaranjado de un lejano incendio.

Las primeras notas de un lamento conmovedor se elevan en el silencio, me sacan de mi contemplación... «*Why worry?*». Es dulce y mágico. Habla de la infancia, de cuentos de hadas, de un país encantado...

—¡Haz como yo! ¡Bébetelo todo! —exclamo.

¡Nada renuente está hoy mi caballero! Feliz augurio, apura el vaso de un trago. He oído el golpecito frío de un cubito contra sus dientes, he tenido ganas de morderle los labios, de abrevarme en su boca, de oprimirla con la mía. He tomado su vaso, lo he dejado al azar delante, me he incorporado de rodillas a su lado, he cogido su cara entre las manos y me he acercado, acercado.

—¿Y ahora no sientes nada?

—¡Oh, sí! —contesta él, con la cabeza reclinada en el respaldo del asiento—. Sí... Que hueles a ron.

También él huele a ron. A ron, a limón, a canela, a vainilla, a pimienta, al olor de los viajes, aromas todos exóticos y embriagadores que me trastornan. Y bajo la oreja huele a la colonia almizclada que se pone todas las mañanas, y en las axilas, una mezcla de jabón y sudor, y en su camiseta, humo... He recorrido todo su cuerpo con mi nariz, he aspirado a pleno pulmón, he empujado con la frente y la barbilla, como *Platón* cuando me reclamaba mimos. Resisto sin embargo el impulso de besarlo, este deseo infernal que reseca mis labios, que me anuda la garganta... Durante unos minutos más dejo que crea que es un juego, un capricho infantil, el prurito de un animal familiar que quiere atraer

la atención y divertirse... Lo oigo reír quedamente...

Mis manos sucumben a la vez, lo buscan, lo encuentran, lo recrean, lo colman de caricias, lo disponen, medio tumbado, sobre el asiento, lo desnudan, se exaltan con el algodón ligero de la camiseta, se impacientan con la gran hebilla metálica del cinturón. Él resopla, intenta contenerme con cuidado, apartarse sin herirme, cansado del combate que libra para no retirarse demasiado bruscamente... Por último, cuando lo abrazo estrechamente, se queja, en broma:

—¡Señor, señor! ¡Que me mete mano!

¿Desde cuándo lleva Marc sentado en el transatlántico de enfrente? No sospechaba su presencia, la verdad es que me había olvidado de él completamente. Pero Tristan, sin verlo ni oírlo, sabía instintivamente que había venido... Terrible complicidad... ¿Sabré yo luchar con mis pobres fuerzas contra el divino poder de este amor que los une más allá de lo tangible?

Marc no ha dicho palabra. Tampoco se ha movido... Una desesperación sombría me invade, la maldita bragueta de Tristan se me resiste, el alba que se eleva dispersará mis encantos, anulará el efecto del veneno, truncará mis esperanzas. Me incorporo, lo dejo medio tumbado en el asiento, con los brazos abiertos, abandonados por mi repentina renuncia, falsamente disponible... Con un gesto loco, me arranco la camiseta, le cojo las manos, se las pongo en mis hombros.

—Tristan, quíereme... Tócame, mírame. Por una vez...

Vencido por la avanzada hora, por el cóctel cargado, por la comodidad relajante del balancín, olvida sorprenderse.

—No puedo... Sabes que no puedo... Las mujeres no me gustan... —murmura lastimeramente, y algo abrumado.

Con una inspiración súbita me planto de pie ante él.

—¡Pero mírame, mírame, no soy una mujer! Toca, toca, no tengo senos. Sólo tienes que pensar que soy un chico, ¿eh?, un chiquillo. Me daré la vuelta, sólo verás mi espalda de chico, mi culo de chico...

Dispuesta a intentar cualquier cosa, me desabrocho los vaqueros sin dudarlos, me los bajo, me bajo también las bragas. Con gestos resueltos, mando a paseo mis mocasines, salto fuera del pantalón caído, me presento erguida, con los brazos colgando, más blanca

que la luz que empieza a clarear poco a poco en el jardín a nuestro alrededor.

Contra todo lo esperado, Tristan no se ha levantado, no ha huido... Sólo protesta, siempre recostado como bajo el peso de su destino, con una voz pesarosa.

—Pero no puedo... Eres demasiado pequeña...

¡Demasiado pequeña! La fórmula es sabrosa, y tiene al menos dos sentidos. ¿Y si esa noche hubiera crecido? ¿Y si a fuerza de madurar al calor de vuestra vida, de vuestra música y de vuestros problemas, fuera a nacer al alba de un nuevo día? Me tumbo sobre él, humilde y dulce.

—¡Ven!

—No —dice—. Demasiado pequeña. Te haría daño...

Ironía de la suerte, Dire Straits canta ahora «A man too strong». ¡Oh! ¡Tristan, Tristan! ¡Que combatiste al dragón, al gigante de Irlanda, y tienes miedo de mi debilidad, miedo de tu fuerza!

Mis manos sobre él rivalizan en audacia... Tristan, todo mi reino, mis tesoros, mi sangre de princesa, mi vida por un beso tuyo, una declaración...

—Para empezar —prosigue en el mismo tono pesaroso—, no me excitas...

Todas mis alegrías, mis esperanzas, mi juventud, mis días venideros, mi memoria, mis sueños, todo, por un milagro... Demasiado pequeña, soy demasiado pequeña... Mi manecillas se insinúan, se apresuran en su tarea desesperada...

Tristan, te has bebido el filtro... Ya no puedes resistirte. Una fatiga sobrenatural te clava a los cojines del lecho, una hipnosis poderosa dilata tus ojos en el claroscuro del día que viene, y tus manos caídas, sin voluntad, se someten a mis toqueteos desvergonzados. La victoria me arranca un grito.

—¡Tristan, mentiroso! ¡Sí te excitas!

Su miembro se yergue entre mis dedos maravillados; él alza la cabeza, pone cara de asombro, de incredulidad. Tristan, el sortilegio funciona, tu cuerpo se te escapa, tus deseos te traicionan... Elevo a las estrellas pálidas mi rostro de hechicera orgullosa de su hechizo. Sin pérdida de tiempo, empiezo a estirarle de las perneras. Él intenta resistirse.

—¡Para! ¡Para! —repite varias veces.

¡Para! ¿Acaso se puede detener a las olas del mar, al caballo desbocado, al gato que enloquece, a la bruja entregada a sus demonios? El deseo me quema, multiplica mis fuerzas, mis sentidos. La lucha es desigual. Tengo miles de brazos para desnudarlo, miles de piernas para ahorcarme en él... Sin embargo, una angustia alarmada me asalta de pronto. Veo que busca el antídoto, busca con su mirada atónita la mirada del otro, pedirle socorro, esperar la palabra, el gesto que lo libre de la trampa fogosa de mis abrazos...

La música se interrumpe un momento. El casete está dando la vuelta, empezará por la otra cara. El silencio pesa sobre toda mi vida. Hundo la cabeza entre los hombros como ante una catástrofe que no podemos evitar.

Marc, en su butaca, enciende un cigarrillo. La llama del mechero fosforece apenas, atenuada por la luminosa rivalidad de la aurora... Su voz metálica me perturba:

—Poséela —dice—. Me excita.

Tristan ha recaído en su postración. Por un instante temo que se entristezca, que sufra por el desapego de Marc, por su falsa condición de mirón... La compasión y la ternura vencen sobre mi locura. ¿Continuaré torturándolo? Tristan, dulce señor, odio tu dolor y tu pena. No puedo seguir infligiéndote el sufrimiento del desencanto, el temor de una brutal indiferencia. A mi pesar, mi boca abandona la piel dulce de su cuello, mis manos dejan sus hombros...

Las guitarras vuelven a sonar. Encantan las últimas sombras con su dulzura inmensa, nos envuelven en una melodía penetrante... «*Brothers in arms...*». De nuevo el soldado perdido... La guerra ha terminado...

Tristan ha alargado las manos hacia mí, me ha retenido por la cintura.

—¿Cómo? No sé hacerlo... —susurra con toda la amabilidad de que es capaz.

Va a hacerme el amor por amor a otro... Mi corazón zozobra bajo una ola de despecho y gratitud a la vez, mi orgullo se subleva, mi deseo arde... Me ve dudar, y es él quien ahora insiste, quien se exhibe, quien se ofrece. Con las dos manos cruzadas en la cintura, se coge la camiseta, se la quita por la cabeza. Aparecen sus hombros, su pecho liso y doblemente abombado, la textura fina de

su piel mate. Con unas patadas al aire se libera del pantalón que aún lo trababa. Está desnudo, inclinado hacia mí, su cadena se balancea en el cuello.

—¿Cómo? —repite.

Me revuelco en el seno de mis sueños, cierro los ojos, me dejo caer de espaldas en el asiento que desde hace un momento oscila entre dos orillas.

—Ven.

Abro mis brazos, mis piernas, me levanto a su encuentro, guío su tímido asalto. *Platón* eléctrico y trivial se exalta en mi vientre. Tristan avanza lentamente, atento a mis sensaciones, jalona su progresiva exploración con altos tímidos, tiembla por encima de mí con un miedo ambiguo.

—¿No te duele? —pregunta por tercera vez.

¿Es a mí a quien pregunta? ¿O a sí mismo? A esa parte de él secreta pero muy presente, que recuerda, que revive los terrores ancestrales, las supersticiones inmemoriales... Reprimo mi furor para no asustarlo, reprimo los gritos que me vienen a los labios, los impulsos frenéticos de mi cuerpo que querría celebrar un aquelarre lúbrico y desenfrenado, reprimo mis palabras, mis fantasmas, mi respiración. Es verdad que es gigante, que me invade más y mejor que en mis fantasías más atrevidas, que presiona sobre mis barreras con un vigor nunca antes experimentado... Soy virgen para él, virgen del gozo que me procura, pero virgen y guerrera, y tengo ganas de gritar en la batalla, de luchar, de batirme hasta la muerte, de blandir mi placer como un furioso estandarte, de desplomarme, traspasada, victoriosa. Su virginidad, en cambio, se asusta con el menor de mis parpadeos, se dispone a batirse en retirada a cada momento, se asusta de la aventura como de una odisea mortal...

Te trataría con cuidado, Tristan, tendría piedad de tus fragilidades de coloso ignorante y dulce, de tus prudencias, de tus obsesiones. Estoy naciendo a la vida, al éxtasis grandioso, mi corazón se dilata hasta abarcar el universo, el océano ha venido a alojarse en mi sexo, sus olas cálidas me arrollan y me inundan, me abandono a la corriente sin luchar, a cada oleada una felicidad mayor me invade, y a la vez que nazco, muero de mi silencio, de mi fingida tranquilidad, de mi respeto por tu descubrimiento ansioso.

Me asalta un vértigo, me acometen mil dudas... ¿Soy de verdad

yo, que fui tan impermeable a la pasión que cuando hacía el amor contaba los minutos, fingía placer, despreciaba al hombre y sus estériles intentos? ¿Soy la misma que hoy se abre cuanto puede, se ahueca, hunde los dedos en la boca para no gritar a la vida, para no pronunciar las frases abominables y deliciosas que me estallan en la cabeza?

Por encima de mí, él sigue viajando, lento y regular como un velero arrastrado por un viento uniforme. Ha puesto un pie en el suelo para estabilizar nuestro barco, su otra pierna plegada me sirve de apoyo. Sus dos manos en mis caderas guían nuestro periplo, subo y bajo sobre su mástil a velocidad de crucero apacible, él viene a mi encuentro y retrocede siempre al mismo ritmo... Quisiera acelerar, llegar al puerto, pero no me atrevo por miedo a que zozobre y me dejo embargar por una gran alegría que lleva a un exasperante ritmo de paseo.

Tristan no ha cerrado los ojos. Su mirada clavada en mis ojos espía con curiosidad circumspecta los relámpagos de tormenta que deben de cruzar por ellos. Acabo de traspasar el cabo del que sólo se regresa deslumbrado y moribundo. Ya no puedo callarme, en mi rostro la embriaguez extraviada que me asalta como una ola inmensa y furibunda. Las ondas de la apoteosis me arrollan, me bañan, me mojan por todas partes. Estoy empapada, impregnada, anegada en su oleaje infinito.

Tristan ha apartado la mirada, ha bajado la cabeza, para contemplar el epicentro del maremoto. De pronto el espanto lo paraliza, salta hacia atrás, me deja, se pone en pie, asustado, desconcertado, con las manos abiertas.

—¡Yo no he sido, yo no he sido! No he hecho nada...

Aún jadeando de placer, lo miro sin comprender, sigo su mirada despavorida, descubro su pene sangrante, sus muslos rojos...

¡Oh, no! ¡Qué mala suerte! ¡Seis meses sin nada y tenía que pasarme hoy, ahora! ¡No podía esperar un cuarto de hora más! Me siento, alargo las manos hacia él, que sigue paralizado de estupor y pánico, desplegados los brazos, gacha la cabeza, abierta la boca...

—¡Tristan, no es nada! ¡No es nada! Es mi regla... No me has hecho daño... ¡No me duele!

Se ha hecho completamente de día, luz más tierna que la aurora, menos cegadora, menos fría también... Dire Straits cantan «*So far*

away from me, so far away...».

Tristan me observa, con una especie de rencor triste contra mi sexo, mi feminidad, el susto que acabo de darle, por el que aún tiembla y que lo humilla.

Pongo los pies en el suelo, me levanto, cansada y amarga. También yo estoy a punto de odiarme, de odiar mi cuerpo, este traidor, este mal hermano, de odiar mis órganos viscosos, mis misterios sórdidos, y esta alegría soberana que acabo de sentir y que hace aún más terrible el desencanto...

La música se ha callado. Marc ha desaparecido de la butaca. ¿Nos ha abandonado a nuestra suerte merecida de tráfugas sin brillo? No, ahí reaparece en el umbral con las primeras notas de una canción negra que retumba por todas las ventanas de la casa. Se nos acerca, se planta ante Tristan, que con aire triste y soñador se ha dejado caer en el balancín.

—¡Eh! —le dice sacudiéndolo—. ¿Me recibes?

El otro posa en él su mirada dolorosa. Marc pone dos dedos en su muslo ensangrentado, ejecuta un dibujo cabalístico con dos trazos paralelos, se lleva la mano a la cara, se marca el tabique de la nariz, la frente, la barbilla, los pómulos, con signos raros, moja varias veces su pincel improvisado en la tinta púrpura que mancha a Tristan, busca en su pubis, en su sexo, hasta en sus testículos, cualquier rastro, maquilla de la misma manera la cara de su compañero.

—¿Te acuerdas? —pregunta—. La danza de la sangre.

Las mismas ganas de reír nacen en sus ojos, ensanchan sus ondas concéntricas hasta sus bocas, iluminan sus caras, que las pinturas de guerra hacen más semejantes.

Un recuerdo común los alegra, les insufla una energía saltarina que los lanza de pronto a la terraza, donde se ponen a ejecutar un baile salvaje y sagrado... Se olvidan, pasan de mí, se entregan al placer de su coreografía primitiva, y sus sombras se alargan bajo los primeros rayos del sol que sale.

Danzad, brujos míos. Desafiad los espectros de la noche, el miedo a lo desconocido y lo diferente. Armonizad vuestros movimientos, vuestro saltos, vuestra memoria siamesa, y ese amor que guía el ritmo de vuestros pasos al son de los tambores... No deja de ser mía la sangre que se seca en vuestros rostros, es mi

herida de mujer la que os enmascara, es a mí a quien rendís culto esta mañana, como a una diosa a la que se adora y se teme... Y al mismo tiempo que me negáis me erigís un templo, con las manos, con los pies, con las caderas y los hombros...

Mis hechiceros, mis héroes, mis queridos complementos, me habéis permitido tantas gracias nuevas, el dolor y la alegría de querer y desear, y habéis hecho que amanezca otro día; habéis vuelto a crearme, infantil y púber, virginal y ardiente... Os dedico y os reservo esta vida nueva que os baña hoy y os hace bailar, este río desatado por vuestra sola magia, este Estigia que consagra y bautiza mi primer gozo de mujer.

Mis zulúes, mis demonios, uno desnudo y el otro vestido, como los dos reflejos de la misma obsesión, uno inocente y débil y el otro demasiado armado, uno sin reminiscencia y el otro satisfecho, el cansancio me lleva a mi cama solitaria... Bailad, temblad también, recitad vuestras oraciones: aún no he acabado de amaros...

Han cerrado su puerta... Con un pretexto perfecto, suministrado por ese pelma de *Arthur*: el animal se fue un día a fanfarronear al pueblo durante una escapada nocturna. Combate feroz con un rival al que arrancó una oreja, por los lindos ojos de su Dulcinea... La bella, desde el interior de la caseta en la que la tenían encerrada, siguió la lucha con interés y recompensó al vencedor atacando, con garras y colmillos, las tablas mal ensambladas de su prisión... El desposorio a la luz de la luna hizo que se abriera más de una ventana, y *Arthur* había vuelto al alba con rastros de sangre seca en el morro, el pelo del lomo bastante mojado por los cubos de agua fría con los que sin duda había regalado su indiscreta y tenaz coyunda, y algo a la vez feliz y cansado en su pupila brillante...

Los dueños del restaurante y amos de su compañera de desenfreno se quejaron. La perra se había quedado preñada, tendrían que criar a los cachorros o liquidarlos...

Aquella misma noche Tristan, harto, echando ostensiblemente la llave a la puerta de entrada, exclamó:

—¡Se acabó, no vuelves a salir sin nosotros!

Y *Arthur*, irresponsable y travieso, se había resignado subiendo de dos en dos los escalones que llevaban al primer piso, se había metido en la habitación de ellos, se había echado en su sitio bostezando con indiferencia. Ellos habían cerrado la puerta tras él...

Me negaba a desesperar. Me exhortaba a la paciencia... Quise creer que se habían valido del primer pretexto para encerrarse, era finalmente que yo los asustaba un poco, que no era tan transparente, tan insignificante... Por lo demás, tampoco me despreciaban, no se enfadaban. Seguían compartiendo conmigo, si no sus momentos de intimidad, al menos sus días, su música, y el

vaivén de su enorme cacharro infatigable en la carretera tórrida.

Yo sabía ya que viajábamos en un Daf 3305 DKX de 1982, con un total de ochocientos mil kilómetros... Había leído y releído, en el curso de nuestros periplos, su ficha técnica hasta conocerla al dedillo. «Motor Daf DKX 1160, seis cilindros en línea, calibre ciento treinta milímetros, pistón ciento cuarenta y seis milímetros, cilindrada, once con sesenta y tres litros... Inyección por turbocompresor y refrigerador térmico aire-aire...».

Les ahorro el resto: potencia, transmisión, suspensión... Sin entender ni jota, sin preguntar tampoco —segúan siendo fieles a su mutismo de melómanos—, iba aprendiéndome de memoria todos estos datos misteriosos, como otras tantas llaves para penetrar en una región oscura y personal de su vida.

Los divertía. Me veían rebuscar en el enorme bolsillo de la portezuela, seleccionar los documentos que me interesaban, enfrascarme en su lectura con el ceño fruncido.

—¿Quieres hacerte camionera?

Me encogía de hombros sin hacer caso y pensaba para mí: «¿Por qué no?», sentada con las piernas cruzadas sobre el cojín que me había agenciado, entre ellos, y que apenas amortiguaba las vibraciones del motor...

—¡Vas a hacer que se caldee la máquina! —habían bromeado al principio.

Y luego se habían acostumbrado, mullían ellos mismos mi cojín, después de las pausas, con un gesto a la vez solícito y autoritario, como cuando llamaban a *Arthur* palmeando en la portezuela. Como él, yo tenía mi sitio y, como él, me esforzaba por contentarme... de momento...

Llegábamos al 15 de agosto. Por decreto especial: prohibición a los vehículos pesados de circular a partir de las 14:20 horas. Para no tener que pasar una noche y un día sin hacer nada en Bruselas, mis dos compañeros quedaron con Patrick, para «cambiar». Patrick era el jefe de su compañía de transportes, que no se desdeñaba, las veces que hiciera falta, de arrimar el hombro. Y «cambiar» quería decir que partiríamos, como todos los días —o antes que los otros días— de Ginebra, que descargaríamos en Nancy hacia las once o las doce, volveríamos a cargar y saldríamos para Chaumont, donde

nos esperaba Patrick. Él, por su parte, tras salir de Bruselas con su cargamento habitual, habría descargado en Troyes y vuelto a cargar también.

En Chaumont bastaba con desenganchar las cabinas, cambiar los remolques y partir, cada cual por su lado, Patrick para Bruselas, nosotros para Ginebra, donde llegaríamos antes de las ocho de la tarde.

A Patrick ya lo conocía. Lo había visto varias veces en nuestros viajes de Bruselas, y yo había hecho reír a Marc y a Tristan preguntándoles ingenuamente:

—¿También es homosexual?

—No, pero ¿tú lo has visto? —respondieron riendo y moviendo la cabeza.

Sí, yo lo había visto, ¿y qué? Él no era después de todo más alto, más ancho, más fornido que ellos. En aquella aventura ya no me extrañaba de nada... Eran ellos los que no se habían visto...

Cuando les conté, una noche privilegiada en que se dignaron bajar la música para escuchar mis confidencias, hasta qué punto me habían impresionado el día de nuestro encuentro, ellos y su inmenso vehículo, abrieron unos ojos asombrados y modestos y exclamaron:

—¡Pues si nos hubieras parado en la carretera de Chooz! —Y como yo no comprendía, me explicaron—: íbamos a la central. Trabajábamos en el especial en aquel momento... —Y me prometieron—: Algún día lo verás. Te llevaremos a ver a los chicos de la Stag. ¡Entonces sí que hablarás de titanes!

Desde entonces estaba deseando visitar a los «especiales» de la Stag con una curiosidad filosófica, volteriana casi. Las ganas de comprobar si mis gigantes eran de verdad los enanos de Saturno que decían... En fin, Patrick era también un ex de la Stag... Cuando decidió fundar su propia empresa, Marc y Tristan lo siguieron...

Aquel día fue fiel a la cita en el gran aparcamiento de la estación de servicio Elf, a la entrada norte de Chaumont. Me trituró la mano con su gran manaza, como siempre, con esa mirada irónica y escrutadora, que me recorría desde la punta del pelo hasta la punta de los pies, y me hizo sin esperar respuesta la pregunta de siempre:

—¿Qué tal, *wonder woman*? —luego se interesó por el cambio de remolques. Y antes de separarnos, le dio a Marc una especie de

cartera, diciéndole—: ¡Tomad! Echadle un vistazo. Es para el Foden... Si os parece bien...

No me lo explicaron hasta el viaje de vuelta. Los Daf de la compañía

Bergen and Co

empezaban a envejecer. En la sede se planteaban renovar la flota. Habían pensado en Foden, una firma inglesa que pronto empezaría a vender en Francia... Camiones fabricados según el modelo americano, contruidos como los Kenworth (¿los Kenworth?) pero más baratos, y entregados antes... Ya está, ya lo sabía todo...

Saber que mis dos cosmonautas podían cambiar de vehículo fue un golpe... Me había encariñado con el bueno del viejo Daf embrague-Fichtel-et-Sachs-monodisco, etc. Me costaba mucho estudiar a fondo su enigmática carta de visita para perderlo tan pronto... Y luego caí en que no me dejaría él, sería yo quien le dejaría antes, en que estábamos a mediados de agosto y dentro de dos semanas yo retomaría tristemente y sin escapatoria posible el camino de Lyon, de mi apartamento, de mi despacho, respectivamente más feo, más vacío y más triste que antes, los tres desprovistos de lo que fueron mis humildes razones de vivir: el falso ritmo de la vida en la ciudad, la falsa ternura de un gato esencialmente preocupado por la comodidad y el falso interés de un trabajo, ahora lo sabía, fastidioso y mil veces rutinario.

Me abstraía en mis pensamientos melancólicos. Tristan conducía. Los Pink Floyd cantaban «*No more turning away...*». Fácil de decir... Marc hojeaba con un pulgar superficial los papeles que Patrick le había dado.

—¡Menudo rollo! ¡No entiendo nada! —capituló por fin.

—Déjame ver —dije yo.

Él me pasó las revistas con aire dubitativo y empecé la traducción más delirante de mi vida, con la repentina esperanza de que algún día conocería al tal Foden si me ponía de todo corazón a descubrirlo enseguida.

Al cabo de un momento Marc se volvió hacia mí, maliciosamente incrédulo.

—¿Y bien?

—Pues —contesté yo— que es un tractor de seis por cuatro, de cuarenta con cuarenta y cuatro toneladas de peso total, modelo de

gama alta, con una tara muy atractiva, con motor diésel Carterpillar tres mil cuatrocientos seis de inyección de cuatrocientos veinticinco caballos, con caja Fuller, puente Eaton y suspensión trasera Peterbilt. La cabina de Foden presenta la particularidad de estar fabricada en poliéster, lo que la hace a la vez ligera y resistente a la corrosión. Su aspecto es claramente europeo pero muy bonito, no dejará indiferente a los amantes de los vehículos de fuerte personalidad, aunque sólo sea por su rareza...

¡Oh, el asombro admirativo de su mirada azul, el silbido de consideración de Tristan, sus gestos de alegre descubrimiento!

—¿Sabes inglés? ¡Y nos lo había ocultado!

¿Yo, ocultar nada? ¡Cuando tantas veces había estado tentada de decir, de contar, de confesar, que habría deseado regalarles mi humilde pasado, y al mismo tiempo tenía vergüenza de lo pobre de mi presente, y no me atrevía nunca a romper el secreto que me había impuesto tácticamente al principio y que ellos habían alentado con su evidente falta de curiosidad...! ¡Ésa sí era buena!

—Nunca me lo habéis preguntado —repuse yo con cierto rencor en la voz.

Pero Marc ya estaba cambiando el casete... Tristan se ajustaba las gafas de sol... Yo volvía a mi traducción...

Tenía decidido volver a mi casa el último fin de semana de agosto. Tenía que tomar el tren el domingo por la mañana en Ginebra. Ese fin de semana estábamos en el chalé desde la noche del jueves. El otoño parecía haberse presentado bruscamente, llovía a cántaros, la casa estaba fría y húmeda. Yo sentía una terrible depre de fin de vacaciones, de fin de todo. Mis compañeros también parecían más morosos que de ordinario. No me atrevía a imaginarme que la idea de separarse de mí podía entristecerlos un ápice. Prefería pensar que una fatiga tenaz los abrumaba, que los largos viajes durmiendo en cualquier sitio, media hora cada vez, habían afectado a su buena salud y equilibrio.

Estuve todo el viernes, un viernes nublado y frío, pasando a limpio la traducción completa de la revista sobre el Foden. Había comprado con ese objeto, en el curso de nuestras peregrinaciones, un diccionario técnico de los más completos. Quería dejarles al menos ese pequeño recuerdo de mi paso por su vida, por su casa... Debíamos salir por la noche, pero a Tristan lo llamó su madre por

teléfono: la abuela estaba muy mal, llamaba a su nieto.

Aproveché su ausencia, y la lasitud inusual de Marc, para cocinar... Comimos los dos ante el fuego, en silencio. Con música. Marc abrió la boca una vez para decir:

—Está bueno.

Yo tenía ganas de llorar.

Tristan volvió a las once, encontró la puerta entornada, la cerró tras de sí con el talón, sin cuidado.

—¿Dónde está *Arthur*? —preguntó secamente.

Me di cuenta de mi error. Había dejado la puerta entornada para que se fuera un insistente olor a cebolla frita, olvidando por completo que el perro dormía arriba. Seguramente había aprovechado nuestra distracción para escabullirse, el muy bandido... Ante mi cara compungida, Tristan corrió arriba, comprobó la ausencia del chuchó, bajó las escaleras, salió fuera, silbó con todas sus fuerzas. Se oía la lluvia azotar incesante el suelo, repiquetear en el tejado.

Marc se levantó, se calzó sus zapatillas de deporte con tal prisa que por un momento creí que era una verdadera tragedia. Y de pronto, en medio del crepitar de la tormenta, oímos una suerte de galope chapoteante y anheloso. Era *Arthur*, que se presentó chorreando, con el pelo tieso, y entró en la casa con un gemido de alegría, saludó a Tristan con una larga lengua temblorosa, con un rabo frenético. Pero su amo cerraba la puerta de un portazo y le daba una patada en las costillas señalándole la escalera.

—¡Arriba! ¡Rápido!

El animal profirió un chillido de dolor y de sorpresa desolada, agachó las orejas y obedeció arrastrando la tripa.

Yo compartía su sorpresa... Su rápida vuelta no había llegado a aliviarme. El recibimiento que acababa de dispensarle Tristan me hacía sentirme mal, culpable, y se me antojaba una especie de extraña premonición...

La verdadera tragedia llegó al día siguiente. Eran alrededor de las nueve, yo estaba haciendo mi maleta. Tristan había ido otra vez a ver a su abuela y nos había encomendado a *Arthur*. Un grupo inglés, o sueco, se desgañitaba frenéticamente en el equipo de música desde hacía veinte minutos. De pronto, en medio de una canción, se hizo el silencio. Pasos precipitados de Marc hacia mi

habitación, irrupción brutal, mirada consternada.

—¡Vick! ¡Se me ha escapado el perro!

Tiene la mano en el pecho, un aire de apuro y desamparo, me pide ayuda. Es conmovedor y placentero. Lo he comprendido muy bien, pero pregunto:

—¿Cómo?

Quiero prolongar este instante que me lo ofrece así, gigantesco en el marco de la puerta que obstruye por completo, gigantesco y miserable. Abre la boca, las palabras se le atropellan.

—Al ir por leña. He creído que cerraba la puerta... Lo estaba esperando... Lo he oído demasiado tarde... ¡Gamberro!

Ahora se enfada, frunce el ceño, gesto exasperado. ¡Qué guapo está! ¡Cómo me enternece!... ¡Qué ganas tengo de ser para él esta noche su maga, su salvadora, la indispensable!... Decido creer en mis poderes y mostrar una calma razonable.

—Llamémosle. No puede haber ido muy lejos...

¡Ah, sí! ¡Llama lo que quieras! El campo empapado absorbe y apaga nuestros gritos, la lluvia diluviana ahoga nuestras voces. El crepúsculo esponjoso, en el que se demoran los últimos resplandores pálidos del cielo macilento, se cierne sobre nuestras pobres figuras, encogida la cabeza, las manos en la boca, los pies en el barro. Marc silba, en vano. La larga estridencia desesperada de su llamada resuena dos o tres veces en la noche que cae, se pierde entre ruidos acuáticos, es triste y glacial como un tren que se aleja para siempre.

Nos miramos indecisos. Tristan, desde luego, ha cogido el coche.

—¿Imagino que tendréis impermeables, chubasqueros, paraguas, no?

Él cae en la cuenta, gira sobre sus talones. Lo sigo a la casa. Abre un armario, despliega un chubasquero, me lo da. Me lo pongo, me doy cuenta de que me viene anchísimo... Y además ya es demasiado tarde... Fuera se oye un motor, barro que salpica bajo las ruedas, frenos que rechinan... Volvemos al mismo tiempo los ojos asustados hacia la ventana, tras la cual los rayos oblicuos de la lluvia se iluminan en el haz de los faros.

Oímos una portezuela cerrarse de un golpe. Tristan, sin apagar las luces, rodea el coche, abre la otra portezuela, la del pasajero. Y de pronto ahí está, ha abierto la puerta con el hombro, trae la cara

desencajada de cólera y desesperación, vacila un poco bajo la abominable carga que lleva en brazos, el cuerpo espantosamente sangrante de *Arthur* reventado, descoyuntado... El animal tiene una herida abierta en el costado de la que sale un montón confuso de vísceras rosadas, su cabeza cuelga por el codo de Tristan, tiene la boca abierta, sangrando, la lengua desgarrada, una de las patas literalmente machacadas se ven los tendones, las garras, pelo, todo revuelto...

Tristan se agacha lentamente, deposita el cuerpo en el suelo, con un gesto de infinita ternura, alza la cabeza, nos ve, perplejos y espantados, en nuestros chubasqueros inútiles.

—Lo he encontrado así, en la carretera. Así —dice.

Por un segundo creemos que va a resignarse a su duelo, permanecer así postrado, caídos los hombros, inundada la cara, las manos rojas y vacías, abiertas en una actitud de terrible impotencia... Y luego Marc comete el error de acercarse.

—Escucha... —murmura.

Tristan lo ha oído declararse culpable, la rabia lo pone en pie al instante, lo galvaniza, se abalanza hacia él con los puños alzados rechinando:

—Has sido tú, eh, quien ha dejado la puerta abierta...

Marc, sorprendido, no ha tenido tiempo de retroceder, de esquivar el asalto. Ruedan por tierra, Tristan, loco de rabia, despliega una energía feroz, golpea al azar, masculla palabras sin sentido, insultos, amenazas, promete:

—Te mato.

Y tengo miedo de pronto, miedo de su rabia, de su dolor, de lo que está destruyendo, ante mis ojos, con los puños, con las palabrotas, con furia...

No quiero, no quiero que se peleen, que se hieran, que se destrocen, los amo a los dos, juntos, amo su amor, su complicidad, su unión, aunque yo esté excluida, aunque deba irme para no volver nunca... Quiero poder pensar en ellos juntos y enamorados, soñar con ellos, con su felicidad, con sus gestos y sus abrazos. Todo lo que me han dado hasta ahora, el luminoso regalo de su mágica convivencia, de su ternura de colosos pacíficos, se desmorona, se marchita y muere en el suelo en el que Marc se defiende como puede, lucha enconado para protegerse sin agredir, en el que

Tristan se ensaña sin piedad.

Un deseo demente de sacrificio me traspasa el corazón. Me arrojo sobre Tristan, me agarro con ambas manos a su cuello.

—¡Tristan! ¡Para! ¡He sido yo quien ha dejado abierto!

Él apenas se vuelve, con un revés en pleno estómago me envía rodando dos metros más allá, y exclama un «¡Apártate!» que dice mucho sobre mi credibilidad. Siguen siendo lo bastante cómplices para que Tristan sepa a qué atenerse... El dolor me ha dejado sin respiración. Aterrizo cerca del cadáver de *Arthur*, en un charco de sangre rojo oscuro que empieza a coagularse y se me pega en los dedos. Un recuerdo absurdo acude a mi memoria, el baile surrealista de mis dos zulúes al alba de cierto día, pintarrajeados con mi sangre y ajenos al mundo. ¡Ah, qué bien recuerdo su amor, sus abrazos, sus danzas!

Con una esperanza insensata corro al primer piso, me pongo a buscar febrilmente el casete... La danza de la sangre... Era... una música africana, un lamento bárbaro y cautivador, sí, sí, he de encontrarlo... ¡Encontrado! Rápido, rápido, todos los botones, todas las ruletas, las teclas... El vuelo apremia, despegaré con ellos, los arrancaré de su lucha absurda, Marc y Tristan, mis príncipes, mis amores, que nunca habíais reñido por una mujer, y que os peleáis por un perro... Eteocles y Polinices, hermanos enemigos enfrentados por una inicua querella, los muros de Tebas no verán hoy vuestros funerales ineptos.

Los primeros tam-tam estremecen las paredes, seguidos de las voces, coros salvajes que cantan el júbilo de los ritos primitivos. Un África imaginaria empieza a batir con todos sus tambores, los animales se agitan en el fondo de la sabana, corren y se esconden. El león abandona a su pesar la presa, la gacela destripada dará, en el bochorno del día que declina, su sangre negra a los danzadores que la encuentren... La danza de la sangre, mis brujos, os obligará a hacer las paces.

Bajo, sin oír mis pasos, en medio de los alaridos de un pueblo negro en trance. Se han separado, yacen uno al lado del otro, con los brazos abiertos como dos crucificados trágicos... Dos minutos más mirándolos respirar como supervivientes, con la barbilla alzada, la boca abierta, el pecho inflado, la mirada perdida, luego la

magia opera, vuelven la cabeza, sus miradas se cruzan, Marc tiende la mano...

Ahí están de pie, poseídos por la música, entregados a sus encantos. Marc, con un solo movimiento, se quita el chubasquero roto, el jersey. Tristan se despoja también de su suéter manchado, se descalzan, descerrajan, con un gesto brusco que ya conozco, la cerradura de sus vaqueros. Están desnudos, locos, fantásticos. Sus ojos febriles brillan diabólicamente, sus dientes fulguran. Marc gira al son de los tambores, se acucilla, moja sus manos en la fuente rojeante, chapotea en la sangre de *Arthur*, se incorpora, se acerca a Tristan. Éste, hipnotizado, dando vueltas también, se deja acariciar y pintar, se acucilla a su vez. Pronto ambos de color púrpura de pies a cabeza, horribles y magníficos, brincan a la vez, hacen muecas, ríen, inventan para *Arthur* una suntuosa ceremonia fúnebre que prolongo poniendo una y otra vez la misma música.

Entrada la noche, cuando se derrumben cansados y chorreando, jadeando de pena y de enojo contenido, amansados por los sonos intemporales que habrán bailado hasta el agotamiento, les daré cigarrillos y alcohol, y el tierno veneno de mis gestos de mujer para lavarles la cara de guerreros agónicos, la sangre y las lágrimas.

Y cuando amanezca, dormiré con ellos en su cama, no me ofenderé cuando Tristan acaricie mi cuerpo tumbado con grandes movimientos de la palma, movimientos sin amor ni deseo, como se acaricia y recompensa la presencia de un animal de compañía...

Las nueve. Escapo de su cama aún muda; mi tren sale a mediodía. No me atrevo a despertarlos. Me los apañaré para llegar a la estación. Me demoro en la ducha. Tengo sangre en el pelo, me duele la espalda, siento calambres de fatiga en los gemelos. El agua caliente resbala por mi piel, diluye las últimas huellas de esta noche de adiós tan particular. Cuando Marc lo ha penetrado, Tristan ha eyaculado sobre mí, sobre mi vientre, porque me tenía entre sus brazos. Pienso en el primer día, en sus desbordamientos gozosos sobre el Daf iluminado...

Al cabo de mucho rato bajo con la intención de hacer café y el miedo de ver el cadáver de *Arthur*. La sorpresa me paraliza en la escalera: ante la puerta se extiende una gran mancha pardusca, pero *Arthur* ha desaparecido. ¿Quién de los dos se ha levantado por la noche... o lo que quedaba de ella?... Imposible que no haya oído

nada, no he dormido... Es posible que el «rapto» haya sido mientras me duchaba.

Acabo de poner la mesa para el desayuno cuando Tristan aparece por la puerta de la cocina. Viene cubierto de barro, tiene las mejillas hundidas y una sucia barba negra, los ojos más sombríos que de costumbre y con ojeras azulosas, en unas profundas órbitas huesudas. Parece que ha adelgazado y envejecido en unas horas. Lleva una pala en la mano. Acaba de enterrar al perro.

Me mira y, con la pala, señala mi maleta que he dejado cerca de la mesa.

—No te vayas —dice—. Quédate con nosotros. Deja tu trabajo. Te encontraremos traducciones. Patrick te las encontrará. ¡Quédate!

Dejo la cafetera para acercarme a él, porque tiene lágrimas en los ojos.

—¡Marc, hazme el amor!

—No.

—¿No?, ¿por qué? ¿Eres tonto o qué? ¡Mira qué erección!
¡Hazme el amor!

—Estoy cansado...

—¿Cansado y te empalmas? ¿Me tomas por boba?

—Son las ganas de mear por la mañana. Me empalmo todas las
mañanas...

—¡Por la mañana! ¡Sin son las dos! Además, la causa me
importa poco. ¡Hay que aprovechar la ocasión! ¡Hazme el amor!

—¡Qué pesada! ¡Que no! Aunque sólo sea por principios.

—¿Por principios? ¿Qué principios? ¿Lo dices por Tristan?
¡Como si eso importara conmigo! Ha sido él quien ha querido que
me quede, que te acompañe...

Es rigurosamente exacto... He accedido al ruego de Tristan. Me
he quedado con ellos. Encantada, es evidente, aunque no haya
tenido que insistir mucho. Me convenía que creyeran que era un
sacrificio por mi parte, un sacrificio mínimo, claro, tampoco son
tontos. Pero hacía falta que nos lo planteáramos así: ellos los que
pedían, yo la que consentía. Porque de ahora en adelante, también
yo iba a poder pedir sin demasiados escrúpulos, insistir, exigir,
hacerme un sitio...

He sido astuta, por supuesto, he tenido paciencia. Mala que se
vuelve una. No iba a ser tan torpe como para comprometerlo y
estropearlo todo enseguida. Para empezar comprendí lo que
asustaba a Tristan, el repentino vacío del camión y de la casa.
Arthur y yo nos íbamos demasiado a la vez... Me han hecho el
honor de tratarme como a un perro. Hacía mucho que no esperaba

otra cosa... Enseguida me he aprovechado de su desamparo: carta de dimisión a mi empresa, alto en Lyon para recoger, ante el pasmo de la portera, mis cosas y mi coche.

Hale, adiós, señora Robert. Sí, quédese con las llaves, nunca se sabe. Y a mis padres ni una palabra, ¿eh? Aquí le doy la dirección de un apartado de correos para que me envíe la correspondencia. ¡Luego ya haré yo misma el cambio! ¡Gracias! ¡Hasta uno de estos días, quizá!

La señora Robert nunca me había visto tan parlanchina, con tanta prisa, ni tan feliz. Se ha quedado plantada allí, en la acera, con su mandil a cuadros y sus cubos de basura. Un cuarto de hora después seguramente llamaba a la farmacia de mis padres.

—No tendría que decírselo, señora Colombe, pero su hija acaba de venir...

Las amarras estaban soltadas, la marcha atrás era imposible. Hasta les conté a mis nuevos compañeros (¡mentirosa de mí!) que había dejado el apartamento a una amiga en apuros. Quería que tuvieran claro que en adelante yo iba a ser una más de la familia, que me había cortado la retirada por sus lindos ojos, que despedían ahora, al mirarme, un destello de reconocimiento mezclado de sorpresa. Tampoco ellos sabían que pudiera mostrarme tan rápida y decidida. Su ingenuidad me enternecía, y la cultivaba para hacerme un hueco entre ellos, dejaba ver mi pasión por el montón impresionante de revistas inglesas y americanas que Patrick me traía, aventuraba, con una avidez calculada, pero poco fingida, en los secretos de Peterbilt, Volvo White, Freightliner, Kenworth y demás «*kings of the road*»...

Ya dormía en su habitación, en un colchón, a veces con ellos en la cama, dependía del ambiente de la tarde. En ocasiones subíamos en un estado de cansancio —bueno, cansancio, ya se entiende; también yo les había encontrado el gusto a sus dichosos cigarrillos, y al vino, y a la cerveza— que autorizaba las paradas más urgentes y más desordenadas. Amanecía emparedada entre los dos, o en un borde de la cama, o en el suelo, sin saber muy bien cómo había acabado allí... Era nuestra manera de guardarle luto a *Arthur*, aquellas noches extrañas en las que ellos hacían el amor al son de músicas raras, y me mecían con ellos. Estaba tan acostumbrada al vaivén del camión que cuando la litera se estremecía, ni me

despertaba. O esperaba, con los ojos abiertos en la penumbra surcada por los destellos del equipo de música, que todo pasara, reprimía las ganas de lanzarme a la refriega con manos, piernas, boca. *Platón*, armado de paciencia, esperaba su hora, con el lomo pegado a mi vientre, al acecho... Yo evitaba pensar demasiado en eso, mirar demasiado, oír demasiado. Tenía miedo de echarlo todo a perder por una prisa inoportuna.

De momento no era más que la sustituta de *Arthur*, fiel, dócil, muda, que asistía impávida a sus retozos. A veces, muchas, Tristan me regalaba, en su inconsciencia, esa gran caricia de la palma de la mano que bajaba de mi nuca a mi trasero, palmeaba mi costado... En esos momentos habría dado diez años de mi vida por estar llena de pelo y saber jadear sacando medio palmo de lengua estremecida. Tenía miedo tontamente de que se despertara, miedo de leer en sus ojos la tristeza de la decepción y del recuerdo...

Así llegamos muy tranquilamente al mes de octubre. Y luego la abuela de Tristan murió. Oh, no diré que no lo apenó, pero era una agonía que ya duraba mucho tiempo... El problema era el entierro. Los dos no podían dejar de rodar de ninguna de las maneras, ni aunque fuera un día. En el oficio de transportista, los plazos de entrega son lo más sagrado del mundo, y no se le puede explicar al cliente que espera su mercancía que uno se toma el día libre para enterrar a su abuela.

Durante dos días, Marc rodó solo... Patrick no pudo tampoco arreglárselas para «cambiar». Cuarenta horas de carretera de cuarenta y ocho, tratando de evitar los controles. Y encima, lo más importante en los controles de policía es el exceso de velocidad, conducir en estado de embriaguez, el estado del vehículo. El estado del conductor, con tal que no huela a vino, da poco menos lo mismo.

Yo participé en el viaje. Animal de compañía, cuyo cometido era mantener la conversación en los momentos difíciles, preparar café con la pequeña cafetera del camión conectada a los setenta y dos voltios... Lo más chistoso es que era yo quien tenía que irse a la cama cuando me caía de sueño. Trataba de resistir... Conseguí convencer a Marc para que se tumbara cada cierto tiempo en la cama un rato...

La segunda noche, no pudo aguantar. Yo dormitaba bajo el

edredón y lo noté que se pegaba a mi espalda.

—Tengo que dormir, vamos a parar... —Quise levantarme para dejarle la cama, él me retuvo—. No, quédate, me calientas. —Se acurrucó contra mí, añadió—: Da igual, que esperen dos horas más en Ginebra. Llamaremos. Despiértame dentro de dos horas, si puedes.

Claro que podía, como que no volví a dormirme, sintiendo su aliento tibio en mi nuca y sus brazos rodeándome, y sus grandes piernas dobladas, acopladas a la mías. No sé quién calentaba a quién, pero mi temperatura empezó a subir, a subir. A decir verdad, el calor irradiaba desde mis nalgas, encajadas en el hueco de su gran cuerpo aovillado, y me invadía la espalda, el vientre, los senos. Pequeñas corrientes eléctricas hormigueaban en mi columna vertebral, llegaban hasta la nuca, donde se unían al suave sople regular de la respiración de Marc, que había caído al instante en un sueño de plomo. Mis cabellos, cortos y tiesos, se erizaban, se separaban cerca de su boca como las espigas de un campo que ondula en la brisa. Los escalofríos me cosquilleaban las orejas, me bajaban por los hombros.

Por nada del mundo me habría movido, pero *Platón* no me preguntó mi opinión. Acababa de abrir en la oscuridad dos ojos satánicos con los que miraba a su presa dormida. Entonces, con mil precauciones y agilidad impresionante, empezó a reptar, milímetro a milímetro, a estirarse desmesuradamente hasta lo más hondo de mis entrañas, a alargar una pata después de otra, muy lentamente, con mucha seguridad, y su diabólico serpenteo empezó a poseerme, a levantar mi pelvis, a incendiar mi vellón... ¡Ah, cazador, cazador! Astuto e implacable, tu interminable acecho por fin logra su objetivo. Traté de resistir, pero era demasiado tarde, demasiado tarde: me poseía, y su avance implacable, la sinuosa y silenciosa y despiadada progresión de la fiera que puebla la sombra de la sabana y sigue la pista de la presa. Yo también serpenteé, contoneé caderas y muslos y nalgas, domesticué lo invisible, dominé al clandestino, me convertí en felino al acecho, absolutamente inaudible y regular, muy concentrado, hasta el menor músculo, el menor pelo.

El incendio se extendía ahora hasta mi cabeza, bajo mis párpados cerrados por donde pasaban las imágenes más tórridas de la creación. Pero no tenía miedo del fuego. Mis manos se habían

aferrado a las de Marc, que él había dejado muertas al azar; sin pensármelo, las deslicé bajo mi camiseta, las planté en mis senos, que también bailaban en las llamas, con convulsiones lentas de gitana en trance. Mis pezones turgentes se irritaban ante las gigantescas palmas inconscientes que los cubrían, y dibujaban en ellas espirales y curvas infinitas...

Seguí bailando, con la paciencia ferviente que me había enseñado *Platón*, y me quité las bragas, me subí la camiseta lo más arriba que pude. Marc no se había desvestido. Sentí contra mi culo el bulto inocente de su paquete, abroquelado bajo varias capas de tejido, tieso de costuras, claveteado de botones... Su verga debía de dormir ahí abajo, inconsciente de mi rabioso deseo. Quería encantarla, aturdira a dulzuras, embrujarla, seducirla antes de tragármela. Conocía la magnitud de su pasión, la vivacidad de su ímpetu, su fiereza, su fuerza, y esa pulsación turbadora que la animaba en los momentos en los que Marc deseaba a Tristan. Yo la quería igual, tan dura, rebelde, impaciente, bajo mis nalgas que seguían bailando un flamenco fantasmagórico y descompuesto en los límites de lo perceptible... Como si me moviera en el agua... De hecho, estaba en el agua. En el agua y en el fuego. Mi cuerpo, esa alga cimbreada y retorcida por una agitación sin fin ni fuerza, chorreaba de deseo. Entre mis muslos ardientes, una falla cremosa destilaba su lava incandescente. Nadaba en lo profundo del deseo como en un pesado torbellino irresistible y blando, un mar de aceite tibio con olas de terciopelo.

Miré la hora. Durante dos horas floté en corrientes mágicas, ondulé, bailé, serpenteé en torno a mi deseo, ondeé en mis sueños, llamé con palabras locas al amor de mi durmiente, bogueé sobre su sexo oculto, me mecí en sus brazos, en sus manos, y bajo su aliento mis llamas atizadas devoraron mi paciencia, y me moví más, corrí, salté, la fiera estaba suelta, garras en ristre, fauces abiertas, lo quería, lo quería dentro de mí, tragarlo, chuparle la polla, comérmela, beber su victoriosa derrota, hacerle cabalgar entre mis nalgas alegres y desfondar mis barreras... Bajo mis nalgas excitadas, los vaqueros empezaban a inflarse con una pujanza prometedora...

Me volví, violenta y furiosa. Permití que mi boca se entregara a las deambulaciones ansiosas con las que fantaseaba. Descubrí por primera vez, con mis labios febriles, sus labios hinchados, sus

párpados abombados, su mejilla áspera, su barbilla corta, su cuello carnoso, el lóbulo tierno de su oreja, sus cabellos tupidos que olían a champú y a tabaco. Él no acababa de despertarse, gruñía un poco.

De tanto besuquearlo por todas partes, fui poco a poco devolviéndolo a la conciencia. Mis maniobras sobre él no parecieron en principio molestarlo, sólo se inquietó por la hora, con voz embarazada.

—¡Es la hora! —contesté entre dos besos. Y espoleada por la urgencia y el sentimiento de que una ocasión así quizá no volvería a presentarse—: ¡Marc, hazme el amor!

Seguía sin abrir los ojos. Yo había encendido la luz de emergencia, me puse a horcajadas sobre él. Él decía que no, protestaba, sin indignación, sin convicción tampoco, sólo con un gran sueño que le cerraba los párpados, argumentaba lógicamente, reposadamente, como un sonámbulo, deseoso de aprovechar hasta el último segundo la tregua que acababa de concederse. Yo insistía, como por juego, con argumentos lógicos también, y la idea maligna de disfrazar mi fervor de capricho fútil.

—¡Va, hazme el amor!

Acababa de decir no por tercera vez, alegaba principios, refunfuñaba, muerto de cansancio, la mejilla descansando en la almohada, los ojos cerrados. Yo me embutía entre sus piernas, me agarraba a los botones de los vaqueros.

—¿Y si te hago yo el amor? Entonces, no es lo mismo, no renunciarías a tus principios.

Él hizo: «Hum». Resultaba fácil creer que era un asentimiento. Cualquiera en mi lugar se habría sentido autorizada... ¡Ah!, maravillosos botones, mi hambre los había engrasado con un aceite de sésamo, clic, clac, clac, el futuro se abría ante mí... Su pene vino a mi encuentro, dulce y magnífico, oscilando un poco a la claridad difusa de la luz de emergencia. Ya no sabía dónde lo deseaba... Llevé la mano extasiada, la mejilla, la boca, me embriagué de su olor perturbador, perfume de tela ruda y húmeda, de sudor, de intimidad, saboreaba su carne elástica...

Marc estiró un brazo entumecido, me puso la mano en la cabeza, trató de rechazarme sin convicción. Pero no fue él quien pudo con mi apetito... *Platón*, el celoso, el fiero, el sanguinario, con un solo salto acababa de echarse sobre mí, por segunda y decisiva vez. Con

una ciencia exacta de la distancia que lo separaba de su víctima, se impulsó con las cuatro patas, alargó el rabo, lo engulló sin esfuerzo... El rabo de Marc estaba dentro de mí, muy adentro, suave, terso y tieso, muy tieso... Perdí la cabeza, empecé a correr sobre él, a medirlo con un galope desbocado, impetuoso, incontrolado. Marc levantó la cabeza, abrió unos ojos que buscaban una visión clara de las cosas, luego reclinó la cabeza, cansada ya de la lucha que habría tenido que librar para deshacerse de mí.

—¡Qué pesada! —se quejó aún.

Yo estaba a la vez encantada y despechada de que se lo tomara así. También yo procuraba mostrarme indiferente, aunque me costaba mucho, porque intuía que era el único modo de lograr mis fines. Dominé con grandes esfuerzos mi loco respirar, mi carrera desbocada.

—Ya me lo has dicho...

—Sí, y ahora tenemos que irnos.

Notaba que iba despertándose, volviendo a la realidad. Era verdad que corría prisa. Pronto, con un empujoncito, me mandaría a freír espárragos, si sus fuerzas volvían tan pronto como su lucidez.

—¡Date prisa! —añadió sin embargo.

¡Se daba por vencido! Para ganar tiempo, repliqué:

—¡Tiene gracia! Podrías participar un poco. Finge por lo menos. Él bostezaba.

—¿Quieres que grite?

Su pene me trastornaba. Cuanto más me movía sobre él, mejor era. Lo sintiera donde lo sintiera, en el borde, en el fondo, a los lados, por todas partes, más y más fabuloso era. Tenía ganas de cantar, de gritar, de probarlo todo, todas las figuras, las redondas, las cuadradas, las triangulares, todos los pasos, los trotes, los galopes, los pasodobles, las polcas... Lo quería en todas partes, aquí, allí, más allá, más acá, más hondo, más suave, más fuerte, percibía su forma, cabeza redonda, bien desnuda, bien firme y deslizante, cuello grueso, mango de madera patinada, de satén tibio, era mío, mío, el gozo me daba alas, labios por todas partes, pequeñas ventosas que lo chupaban, un corazón explosivo, trastornado de hallazgo y gratitud...

«Ah, sí, grita, di que me quieres, ¡que te gusta! Gime, grita, llora, llama, di también procacidades, que te gusta mi coño, que te

derrites, que te arden los huevos, que tienes ganas de correrte, que te explota la polla, que vas a inundarme, ahogarme, que ya, ya, ya...».

Me dejé caer en su pecho para gozar con comodidad. Me sentí abierta y convulsionada a la vez. En el momento del placer, levanté las nalgas y dejé la punta del pene justo en el borde de mi sexo, que se crispó locamente, sólo con una puntita de ese gigantesco miembro dentro de mí, apenas metido pero muy presente...

Marc se mueve debajo de mí, sus manos me tocan. ¡Oh! Que me deje aún un minuto de convalecencia, un solo minuto para seguir disfrutando de mi voluptuosidad, toda esa alegría plácida que desciende sobre mí en miríadas de estrellas, como en la traca final de unos fuegos de artificio...

Sus manos se posan en mi espalda, oprimen mis caderas, pero no me rechaza, al contrario, hace fuerza, me clava brutalmente y hasta el fondo en la columna erecta, me levanta, me empala de nuevo, muy rápido, dos, tres veces, de pronto se queda quieto, crispados los dedos, las uñas un poco crueles en mi piel, también un poco felinas. Bajo mi oído, su corazón acaba de enloquecer...

—¿Ya estás contenta? —refunfuña al cabo de unos segundos.

No le doy las gracias, traspasada de ternura. Se me escapa un besito, chasquea en su tórax palpitante.

—Marc, te quiero.

—Venga, ahora tenemos que irnos —dice levantándose.

Ya no les doy un respiro. En cuanto nos relajamos, fuego, música, una copa o dos, un cigarrillo por aquí, otro por allá, espero el momento en que el brazo de uno se posa en el hombro del otro, en el que sus miradas se cruzan, sus dedos se rozarán, sus alientos se ponen al unísono, sus pensamientos tienden hacia los mismos sueños y los mismos designios. Espero que se inicie el proceso del mimo, lenta aproximación ondulatoria al son de la música que resuena, sonrisa de connivencia... ¡Ya está, se tocan! Digo: «¡Yo también quiero!», arremeto con empujoncitos familiares y tiernos, mi cabeza en sus costados, mis manos en sus jerséis, mi boca en sus orejas... Ellos se ríen al principio, tratan de evitarme, me rechazan sin brutalidad. El alcohol embota un poco, justo lo necesario, su vivacidad de siempre, el humo los vuelve indulgentes... Al principio gruñían más.

—¡Parece mentira lo ninfómana que eres! ¡Quién lo hubiera dicho, cuando te recogimos, con tu aspecto inocente! —dice Marc sin maldad, pero con las mejillas hinchadas con un elocuente suspiro.

—¡Oh, venga ya! —replico yo—. ¿Y vosotros? ¿Erais vosotros inocentes cuando parasteis? ¿No era para ver si caía algo? ¡Sólo que os equivocasteis de sexo!

Tristan exhala una larga bocanada de humo, se anima, interviene:

—¡Ya puedes decirlo! De haberlo sabido, ¡te habríamos echado!

Con una indignación calculada abro los ojos como buscando un testigo.

—¡Ésa sí que es buena! ¿Y si hubiese sido una rubia con buenas curvas que os hubiera metido mano al primer minuto? En lugar de

eso encontráis a una pobre chica medio andrógina que parece alelada, que no sabe dónde está, una boba, vamos, y vosotros la adoptáis por piedad, como una hijita o una mascota... Pues ya veis, también las bobas abren alguna vez los ojos... Como Agnès, ese día podría haberos dicho: «El gatito ha muerto». —Esta alusión no pueden comprenderla, nunca les he hablado de *Platón*, pero yo estoy lanzada, grandilocuencia y cerveza obligan. Pues bien, como ella, yo hoy reivindico. ¡Quiero que me hagáis el amor! Porque os recuerdo de paso que sois vosotros quienes quisisteis que me quedara, y eso que yo ya había dado claras señales de mi despertar.

Marc me mira con un asombro mezclado de reprobación.

—¡Eh! ¡Que no te pedimos que te casaras con nosotros! Tú también conocías la situación...

—Sí, la conocía. Pero imaginaos que también yo lo hubiera hecho por piedad. La absurda idea de que quizá me necesitabais. Por eso me quedé. Además, una situación no es inmutable. A veces las cosas cambian, ¿no?, lo sabe hasta el más tonto.

Tristan levanta unos brazos impotentes, abre las manos con fatalidad.

—¡Vick, es una cuestión de temperamento! Eso no se cambia.

—¡Tú lo has dicho, de temperamento! —digo triunfante—. Ya era hora de que os enteraseis de que yo también tengo. No soy ni un chucho ni un crío. ¿Queréis que me pase la vida viéndoos meteros mano mientras me quedo seca en mi rincón? ¡Es un sacerdocio envejecer en el umbral de vuestro cuartel! ¡No tengo vocación! ¡Ya no! Vosotros tenéis la culpa. No teníais que haberme enseñado ciertas cosas, hacerme soñar... ¡Si por lo menos viéramos a gente! No será yendo y viniendo a Ginebra y Bruselas y pasando los fines de semana al fuego como conoceré a mi príncipe azul. ¡Es normal que cuente con vosotros!

Marc apaga despacio su cigarrillo, toma, tras inspirar profundamente, un aire grave y conciliador.

—Escucha, Vick, cuando te propusimos que te quedaras... Bueno, claro que nos apetecía... Nos sentíamos desamparados... Además, nos habíamos acostumbrado a ti, a tu presencia...

—Lo que os decía: era vuestra mascota —lo interrumpo, contenta de esta agua que trae a mi molino.

—No, espera, déjame acabar... —continúa él pacientemente—.

Nuestra idea era... una especie de asociación...

Busca un adjetivo, yo se lo sugiero:

—¿Profesional?

—Sí —reconoce, sin entusiasmo—, más o menos...

—Vale, muy bien —convengo yo con una firmeza decisiva en la voz que los alarma, les hace alzar la cabeza—. ¡Muy bien, formo parte del convoy, soy un miembro del equipo! Pero os advierto que, como el Daf, necesito un mantenimiento serio y regular. Al camión le controláis el aceite sin rechistar, lo cuidáis como si fuera un hijo, para que no se gripe, ni se oxide el receptor de mando del embrague, ni se atasque la válvula de cuatro vías del circuito de frenado, ni se rompa el turbocompresor... ¡Eh! Si hasta fuimos a Anvers por el compresor de aire de frenos, porque la Lison, la querida, tenía sus costumbres y sus reparadores oficiales. Pues conmigo es lo mismo. Tenéis que mantenerme, si no dejo de carburar. Paso de todo, de la carretera y de todo.

En el rostro de Marc se pinta una estupefacción cómica y casi admirativa. Tristan frunce el ceño.

—Pero ¿ésta qué dice? Y, por cierto, ¿quiénes son todas ésas, Agnès, la Lison y compañía? ¿Tú las conoces?

Se ha vuelto a Marc con un aire tan desconcertado, tan alarmado, que me dan ganas de reír. Tendré que ser fuerte, porque si me dejo llevar por el enternecimiento, estoy perdida.

—Digo que de ahora en adelante dejo de ser el invitado de piedra de vuestras caricias. Exijo mi parte. Apaños como queráis, turnándoos o juntos, me da igual, pero así están las cosas: ¡o todo o nada!

Por supuesto no dieron su brazo a torcer al instante... Considerando mis recriminaciones fundadas, pero muy apurados para suscribirlas, al principio se anduvieron con rodeos.

—Es verdad —reconoció Marc— que no vemos a mucha gente en este momento...

Y organizaron una cita con los chicos de la Stag.

—Seguro que te interesa —prometieron hipócritamente—. Diremos que estás haciendo un estudio sobre el oficio, el ambiente... A ellos les divertirá...

Entiéndase: «Serás bien recibida, tendrás donde elegir, sin problemas, es lo que están esperando».

¡Qué ilusos! Lo cierto es que me importaban un comino los tíos de la Stag, lo mismo que todos los tíos de la creación. Me pareció más estratégico no insistir, y seguirles la corriente.

La cosa empezó un viernes por la tarde en que me fui de compras a Ginebra. Cogí mi coche, con mi nuevo aire decidido, y les dije, con cierta ironía: «Hasta esta noche, mis machotes... Divertíos», porque estaba segura de que aprovecharían la ocasión para disfrutar como hacía mucho que no lo hacían. Pero no estoy tan segura de que me vieran partir con alivio o impaciencia. ¿Tenía yo tendencia a tomar mis deseos por realidades? Los noté más bien inquietos, como desagradablemente sorprendidos por mi insólito arranque de independencia, arranque alegre y despreocupado. Me acompañaron al coche. «¿Sabrás desenvolverte?», me preguntó uno, inclinado en la ventanilla. Me encogí de hombros y arranqué.

¡Ah!, querían colocarme en algún sitio. Pues yo iba a mostrarme fácil, aunque sólo fuera para que se enteraran. Ya estaba harta de hacerles la corte y de rogarles. A ese paso, acabarían creyéndose Dios sabe qué, y yo los prefería modestos. Oh, no aspiraba a suscitar sus celos: mi cabeza conservaba, pese al calentamiento notorio de mi clima íntimo, su frialdad habitual. Un pequeño rapto de orgullo perfectamente lúcido dictaba mis esfuerzos por seducir a otros. Por amor propio, quería estar más brillante, más atractiva que de costumbre. Que vieran mis dos golfos que podía querer conquistar a otros, que no creyeran que me tenían definitivamente en el bote, ni que, pobrecita de mí, no deseaba más que sus avaras limosnas.

En las tiendas, sin embargo, empiezo a dudar... Hace mucho tiempo que estoy abonada a los pantalones, las camisetas, los mocasines... Por suerte, doy con una tiendecita no muy horterata. La dependienta meneaba el culo nervioso con una gracia divertida. No sé muy bien lo que quiero y le confieso mi desconcierto.

—¡Tú!, ¡flaca! —se escandaliza—. ¡Pero si usamos la misma talla! No, no —prosigue con una convicción contagiosa—: no somos flacas, somos pequeñas. Lo que nos sienta bien es la minifalda... Créeme, no todo el mundo puede llevarla.

Probemos una minifalda. Me pruebo varias, ella sacude la cabeza, medio satisfecha.

—¡No está mal! —acaba decretando—. ¡Pero no con mocasines!

—Ya. Es que los tacones me horrorizan —suspiro.

—Prueba con botas —me aconseja—. Se llevan mucho ahora que viene el invierno. Con botas altas, incluso planas, ¡el aspecto cambia por completo! Unas botas y unas medias bonitas...

No se equivocaba... En los espejos de la zapatería donde he querido probarme la minifalda con las botas he tenido de pronto la impresión de tener trasero, muslos, caderas, de contonearme al caminar con una facilidad desconocida. De pronto, me permito tres centímetros de tacón, reitero la prueba, me confieso encantada...

La fase siguiente del programa me parece sumamente delicada. La vendedora ha dicho «medias». Guardo mal recuerdo de mis pasados intentos de coquetería con la ropa interior... Me paseo ante los escaparates, una especie de viejo pudor me retiene... Por fin mis reticencias acaban por enojarme, me reprendo y entro en una tiendecita muy mona, toda tapizada de terciopelo en el que se ven crucificadas con alfileres las braguitas más seductoras y ligeras que he visto en todo el día.

Esta vez la dependienta es una abuelita. También muy competente, hay que reconocerlo, muy puesta en lo que puede o no puede sentarme bien.

—Ya sé —dice tras mirarme un segundo y pesarme con ojos sagaces. Llevo puestas la minifalda y las botas, ella tuerce el gesto ante la blusa que las acompaña—. Tengo algo que te sentará muy bien... —Va a un estante, vuelve—. ¡Esto!

Despliega una especie de *body* negro de manga larga, con bastante escote, con unos botones de nácar postizos.

—Mira, te lo pones debajo de la minifalda, corchetes en la entrepierna, forma brasileña en los muslos... Es un modelo especialmente pensado para los tipos jóvenes y perfectos como el tuyo. —¡Perfectos! Me halaga. Sonríe, incrédula. Ella insiste—: Es verdad. No hay que tener un gramo de grasa. Es muy ceñido. No perdona el menor michelín.

Me lo pruebo. ¡Lo juro, es verdad que estoy bastante bien! Con un poco de imaginación, casi parecería percibirse bajo el hábil escote un par de suaves redondeces.

—¿Y las medias? —pregunto, deseosa de nuevos descubrimientos.

—Ahora te enseño. Con eso puedes ponerte o unas medias con cenefa de encaje, que se sujetan solas, o te pones unas debajo del

body con un liguero. Las dos te irían bien.

Me pruebo las dos y me las compro. Más otro *body*, éste de tirantes, de encaje blanco, para llevar con jersey... Más un lote de braguitas divertidas, más cinco pares de medias de fantasía, con costura y con relieve, más, agárrense, una especie de corsé con volantes y sostén incorporado. ¿Qué me ha pasado? Quiero creer que esta abuelita vendedora es diabólica y me ha embrujado. La idea de haberme dejado seducir por mi propia imagen en ropa *sexy* me inquieta un poco.

De golpe, vuelvo a la primera tienda. Una falda para tanta ropa interior es poco... Salgo con una maleta entera. Me he entregado a una orgía de ropa completamente frenética. Mi economía ha salido muy malparada. Una especie de borrachera inédita me trastorna y me anima, la embriaguez de gastar en tonterías que nunca me tentaron y que de pronto me parecen indispensables.

Me paso también por una peluquería. Peluquero esteticista, claro, que corta aquí, peina allá, ahueca acullá, retrocede tres pasos para admirar la obra y me piropea:

—Vaya tono de pelirrojo... Ni hecho de encargo... No se te ocurra hacerte nada.

Cuando llego, claro, la música está a tope y no oyen el coche. Me ven cuando ya estoy dentro y me planto ante el sofá en el que están sentados tomando una cerveza. Al instante ponen la cara que me esperaba: estupor, incredulidad, admiración mezclada de un temor casi supersticioso.

—Es para los tíos de la Stag —digo en voz muy alta—. Para que sepan de qué sexo soy.

Se pasan toda la tarde mirándome como a escondidas. Sorprendo a veces sus miradas clavadas en mí, miradas curiosas, aún no ahítas de ver mi nueva apariencia. Poco a poco, sin embargo, acaban por dominar su sorpresa, reprimen mal las ganas de sonreír... Sonreíd, amores míos... ¡Y lo que os queda por ver!

Hacia medianoche doy las buenas noches y subo a acostarme. Me quedo en mi habitación. El sábado por la mañana, se muestran inquietos.

—¿Estás enfadada? —pregunta Marc.

—No, no —contesto—. Es como velar las armas.

—¡Ah! —dice moviendo la cabeza.

Imposible saber lo que piensa... Las dos noches siguientes, sigo el mismo guión. Sin comentarios.

Lunes por la mañana, a las dos. Aparezco en el pasillo con ropa para la acción: minifalda, *body*, botas, chaqueta ceñida de cintura, ancha de hombros. Me observan sin decir palabra, se limitan a señalar con ademán interrogativo el gran bolso (nuevo también) que llevo al hombro.

—Es por lo del estudio —explico—. Para que resulte verosímil: papel, bolígrafos. Y... —Hago una pausa pérfida y añadido—: Cosas de aseo, por si acaso.

Silencio.

En el aparcamiento del almacén en Ginebra, escena ridícula: mi falda es tan estrecha que no puedo levantar la pierna para franquear los cuarenta centímetros de cada uno de los tres estribos de la cabina del camión. No será un problema: le paso el bolso a Tristan, que ya está instalado al volante, me agarro la falda y me la sofaldo hasta el ombligo. Marc viene detrás, resisto la tentación de volverme para verlo descubriendo mi liguero... Imposible que no lo vea: por cierto que no hace el mismo gesto brusco y familiar de siempre al tomarme del talle, empujarme por el culo y auparme como una cría hasta los asientos del habitáculo.

Hemos salido antes que de costumbre y no paramos a comer porque hemos quedado con los «especiales» a las tres y media a unos kilómetros de Charleville-Mézières, en la carretera de Chooz.

Llegamos a las tres y cuarto. El sector no está muy frecuentado, pasa un coche de vez en cuando, más rara vez un vehículo pesado. Ráfagas de viento barren las últimas hojas rojizas de los árboles pelados. Tres y media, cuatro menos cuarto, menos veinte... Nada.

—A lo mejor no los hemos visto —digo yo inocentemente.

—¿No los hemos visto? ¡No pueden no verse!

Desde el aparcamiento observamos la carretera lo más lejos posible, a la izquierda. Por ahí deben llegar. Vienen de Lons-le-Saunier por itinerarios más o menos secundarios, lejos de las grandes vías, de los puentes arriesgados, de las aglomeraciones demasiado problemáticas. Un cielo medio nuboso de noviembre gravita sobre nuestra espera. El radiocasete emite la sinfonía del «Premier Rendez-vous» de Jean-Michel Jarre: marcha fúnebre de un universo difunto, polvo de caos, tristeza imponente... Los huracanes

se levantan. Los órganos de una catedral gigante vibran al unísono: bodas divinas de los elementos, los planetas se fusionan, los astros conspiran, las estrellas huyen. Llamada del infinito, carrera a la eternidad, caída ilimitada. El espacio se embriaga con meteoros que estallan, sistemas que se abrazan. Criaturas con carne de metal, con labios de leche, de miradas de láser yerran entre las vastas soledades encantadas... Por la carretera sigue sin aparecer nadie. Un saxo barítono se estremece, colgado de sus alas desgarradas. Su miedo llena el éter. Agoniza con estertor de caverna...

Un rayo repentino perfora el fresco de la noche. Un zumbido creciente se confunde con el runrún de dos motos que llegan a lo lejos, absolutamente paralelas, con una lentitud curiosa.

—¡Ahí están! —exclama Marc.

Los motoristas preceden una camioneta que aparece unos metros tras ellos con las luces encendidas. El casete sigue corriendo, ángeles furiosos les prestan su voz a través de los ecos. Canta un pájaro, corazón agujereado, lamentable. Dios no está lejos.

Ya puede leerse la ancha banda de color amarillo chillón que recorre el parachoques del vehículo piloto: «Transporte especial». Los sintetizadores lo aclaman. He ahí unos titanes enfáticos. Sus pasos resuenan en el vacío interplanetario. Su ojo hundido busca el puerto donde dormir. La paz ha descendido helando las tinieblas. Las flores ya no crecen. La helada las matará. Una luna blanquecina extiende su luz desesperada en el desierto fantasmal de los mundos... Entonces, infinitamente solemne, infinitamente majestuoso, aparece el monstruo de las carreteras, una bestia prehistórica y futurista de trescientas toneladas, que devora el asfalto con una regularidad sobrenatural.

Cuando el coche piloto llega a nuestra altura, Marc hace varias señales con las luces, según lo convenido, para localizarnos. El otro conductor contesta. Conversan con las luces, se hacen grandes gestos de brazos, se dan sin duda cita más lejos, en las puertas de la central.

Pero yo no tengo ojos más que para el grandioso convoy que avanza hacia nosotros a su ritmo inexorable y alucinante: dos camiones, uno que tira, el otro que empuja, enmarcan una monumental carga de unos siete metros de altura, cuatro de ancho, veinte de largo.

—¡Mira el ciempiés! —exclama Tristan, con un fervor casi religioso, el estupor respetuoso que inspiran los fenómenos.

El ciempiés tiene veinticinco metros de remolque y seis líneas de ocho ruedas, sin contar las tres del tractor y las cuatro del que empuja, para llevar el cargamento colosal... El conjunto alcanza los cincuenta metros.

—¿Qué transportan? —pregunto.

—Un módulo de condensador —dice, sin apartar la vista de la fabulosa caravana.

¡Ah!, entiendo que uno se sienta modesto, aun siendo tan corpulento como él, ante ese prodigio de la técnica.

—Ya ves —dice Marc—, nosotros trabajábamos en eso hace tiempo. Yo llevaba el R360, el tractor... Pasé cuatro años conduciéndolo.

Hay un dejo de nostalgia en su voz... No puedo evitar la pregunta que me quema los labios:

—¿Y Tristan?

—Tristan vino después, haciendo un curso de dos años de formación para hacerse también jefe de convoy... —Se interrumpe y mira a su compañero con una sonrisilla.

—¿Lo formaste tú?

La pregunta le hace gracia.

—Digámoslo así... Primero un año en el coche piloto, otro como acompañante.

—¿Y luego?

Para una vez que me responde, me aprovecho al máximo.

—Y cuando acabó su formación, nos fuimos...

Poco cuesta imaginar que sólo el deseo de estar solos los empujara a dejar a los especiales, a los que visiblemente echan de menos. Marc, como si me hubiera oído pensar, prosigue:

—El especial es un trabajo de equipo. El conductor del tractor está en comunicación constante por radio con el Willeme, el que empuja. Le describe la carretera, las maniobras que pueden hacer... Tienen que estar muy coordinados. Y el otro, el de la carga...

Levanto los ojos. Ah, pues sí, no me había dado cuenta de que en el techo del condensador hay un hombrecillo —bueno, hombrecillo, ¿quién no lo parecería allá arriba?— enfundado en una cazadora, tranquilamente sentado. Parece que vigila el

horizonte.

—Cuando se pasa por zonas construidas —explica Marc—, colabora con los equipos del teléfono y de la compañía eléctrica que levantan los cables con pértigas. Él se asegura de no engancharse con...

El interminable convoy desfila ahora ante nosotros. En todas partes, en el capó, las portezuelas, volquetes de los camiones, se puede leer, en grandes caracteres amarillos, el nombre de la Stag. Las luces parpadean, los motores rugen, el ciempiés traga dócilmente carretera. Es verdad que el trabajo, llevar ese brontosaurio del asfalto a buen puerto, pegaba a mis Goliats. No me fijo en los actuales responsables del transporte, veo solamente, con la boca y los ojos abiertos ante una visión puramente interior, su tarea de guías ciclópeos, su sudor, sus largas horas de falsa intimidad en la cabina del R360, cuando las miradas empezaron a buscarse y a rehuirse al mismo tiempo.

Una hora después nos encontramos con el equipo en el bar restaurante del hotel al que suelen ir, en un pueblecito no lejos de Chooz. Son cinco, sólo los motoristas se han vuelto. Llegan en el coche piloto, se apean en grupo, cansados y turbulentos, saludan a mis compañeros con exclamaciones, risas, empujones, al final reparan en mí. Sus miradas se prolongan sin hipocresía, precisas y curiosas, me observan. Mi pequeñez los divierte y los desconcierta, mi aspecto sofisticado, extraño en aquel café del fin del mundo, parece excitarlos en sumo grado.

—¿Quiere entrar la señorita en la Stag?

Piden cervezas llamando a la dueña a voces. Marc y Tristan toman un café. Para ellos la carretera aún no ha acabado.

Explicamos vagamente mi proyecto de estudio.

—Lo mejor —afirma perentoriamente Pierrot, el jefe del convoy— es hacer la ruta con nosotros. De nada sirve que te cuente lo que es el R360, que puede arrastrar hasta ciento ochenta toneladas, y chupa de ciento cincuenta a ciento ochenta litros a los cien, o el Willeme —y señala a Gérard, un gran alemán con cara de niño jovial—, él empuja doscientas cincuenta toneladas...

—Empujo o tiro —lo ataja el alemán—. Porque yo, señorita, al contrario de Pierrot que sólo es tirador, yo soy tirador y empujador. —Levanta un índice doctoral—. Fíjese en el matiz. Y como chupar,

chupo más que él, ¡soy imbatible!

Risas. Las jarras se vacían, los ojos brillan. Se dan con el codo.

—Ya está diciendo tonterías. —Él se encoge de hombros, desdeñando su triunfo—. No les hagas caso, son unos brutos. Yo chupo doscientos cincuenta litros a los cien.

Muevo la cabeza en señal de consideración, enarco las cejas impresionada. Saco mi cuaderno, mi bolígrafo. Pierrot me pone la manaza en mi mano.

—Guarda eso, te digo. Te propongo algo mejor: mañana recogemos el convoy en la central, vente con nosotros. Te dejamos en Lons-le-Saunier. Que vayan ellos a recogerte allí —afirma indicando con la cabeza a Marc y a Tristan.

Mis dos compañeros se callan, esperan mi respuesta. Yo dudo. Pierrot me nota indecisa.

—Aunque volvemos de vacío, y no es lo mismo, te harás una idea: velocidad de crucero, ambiente de equipo, todo, oye... —insiste.

La proposición, a decir verdad, no me seduce en absoluto, pero no estaría bien decirlo directamente. Intento una lamentable escapatoria:

—Sí, pero ¿dónde duermo?

Se ríen.

—Seguro que Dédée tiene una habitación libre, ¿a que sí, Dédée?

La dueña ha traído una nueva ronda de cervezas. Asiente con un saludo de la cabeza que significa: «¡Claro!». Beben. Aparto el vaso que me ha dejado delante. Marc mira el reloj, Tristan insinúa, medio en broma, medio en serio:

—¡Vaya noche nos espera! ¡La borrachera de las grandes metrópolis!

Y observa el lugar con una mirada circular: mesas de formica, sillas de metal cromado y escay, paredes amarillentas. Tres viejecillos toman un blanco junto a la estufa...

Gérard estalla en risas.

—¡No te preocupes por ella! Con nosotros no se va a aburrir.

Levanta la jarra con aire malicioso, toma tácitamente a los demás por testigos. Los demás aprueban, con sobreentendidos picaros. Marc retira la silla, se levanta. Tristan lo imita, pone su

mano en el respaldo de la mía.

—No —dice de pronto—. No puede, se viene con nosotros.

Música celestial suena en mi cabeza. Hago improbables esfuerzos por afectar sorpresa y desconcierto. Lo miro de hito en hito con los ojos muy abiertos.

—¡Vámonos! —ordena.

Me quedo sentada, visiblemente consternada.

—¿Y mi estudio?

—Eso, ¿y su estudio? —alborotan los otros.

—Otra vez será, ¡andando! —suelta Marc cogiéndome del brazo.

Nos despedimos enseguida, nos prometemos volver a quedar... Miran cómo nos vamos con cara caricaturescamente decepcionada y un silencio perplejo... Troto por el aparcamiento detrás de mis caperucitos. Mi minifalda no me permite más que dar pasitos. Tristan se vuelve, me espera.

—No son tíos para ti —masculla.

Y al llegar a la portezuela me agarra de la cintura, me levanta a pulso y me deposita en la cabina con la sola fuerza de sus bíceps de acero. Púdico por mí, me ha evitado exhibirme con la falda levantada y el liguero negro, que no se habrían perdido, por los cristales del bar, los cinco pares de ojos que nos observan... Púdico, de verdad, mi guapo Tristan, más guapo aún con su cara enfurruñada de niño gruñón, su mirada de pronto más sombría bajo sus cejas fruncidas. ¿Púdico o celoso?

Y reanudo el viaje, entre mis dos protectores silenciosos, a los que tortura esta nueva paradoja: su negativa a poseerme y su deseo de preservarme... Con el corazón loco de amor y esperanza, busco entre los casetes un himno que cante para ellos palabras que no saben pronunciar y que les gritarán en mi lugar: «¡Os quiero, os quiero!».

¡Música!

Desde el lunes por la noche, en Bruselas, donde llegamos más tarde de lo habitual debido al rodeo, metí mi disfraz en el gran bolso nuevo, junto con los cuadernos y los bolígrafos, saqué de la bolsa de deporte que también adquirí un pantalón y un jersey y pude subir de nuevo sola a la cabina del Daf. Aparte del peinado, parecía que nunca había cambiado, y sin embargo tenía la impresión de que mis camioneros ya no me veían del mismo modo... Pero era más difícil que nunca analizar su mutismo.

En toda la semana no hemos hablado de los especiales de la Stag. El viernes por la noche, mejor dicho, ya era sábado, en el almacén de Ginebra, propongo:

—¿Vamos a bailar?

—¡Oh, no! —contesta Marc—. Estoy hecho polvo. A casa y a la cama. —Mensaje recibido. No será hoy cuando cumplan el contrato, los bandidos—. Esta noche te llevaremos a un sitio nuevo.

—¿Otra disco gay? —pregunto afectando una ingenuidad mezclada de cansancio.

—¡No, ni mucho menos!

Segundo mensaje recibido. No han renunciado a la idea de colocarme con otro. Lo único que parece cambiar es la táctica. Tristan lo mira con la misma sorpresa, en su caso sincera.

—Iremos con los gitanos —explica Marc.

Tristan mueve la cabeza. Aprueba. Está claro que lo de los gitanos le parece bien.

—¿Y qué tienen los gitanos que no tengan los de la Stag? —me informo en el coche.

Tristan encoge un hombro, se vuelve, ladea la cabeza en busca de la palabra justa.

—¡Son poetas! —declara.

¡Qué honor! ¡No me juntan, pues, con cualquiera! Antes estaba encantada con mi condición de animal de compañía. Esta noche se me da a entender que soy una especie de animal de raza. Son exigentes con el pedigrí de mi futuro. ¡Muchas gracias, de veras!... Vale por los gitanos, que por mí no quede.

La taberna en la que han acampado, en el campo ginebrino, tiene aspecto de rancho. Un vasto recinto vallado sirve en ese momento de pasto a unos caballos que se pasean en libertad. Supongo que en verano, las fiestas se celebran fuera, al descubierto, en torno a las tradicionales hogueras.

Por lo demás, no han renunciado completamente a la lumbre, y un brasero rojea cerca de la escalera de madera, difunde un olor a carne asada.

Dentro también huele a barbacoa, y a otros aromas más difíciles de identificar: cuero, grasa de lana, sudor, vino, especias... La primera pieza es una especie de vestuario bastante poblado, un antro ruidoso y lleno de humo, pero el verdadero centro de animación está lógicamente detrás de una puerta baja y muy gruesa, que Marc y Tristan franquean agachando la cabeza. Yo los sigo intrigada.

La música y el ritmo nos acogen desde que entramos, voces de hombre entonan un lamento casi oriental, si no fuera por la nerviosidad de las guitarras que lo acompañan, los golpes de mano, de dedos, y las percusiones de las falanges sobre la madera sonora de los instrumentos. La España de la carretera, del calor, de los fuegos, de los amores ardientes, canta con rasgueo de cuerdas, los coros se apaciguan para un solo que salta en cascadas de notas frescas. Toca un guapo moreno, mechón negro sobre la frente brillante, rasgos marcados, ojos de carbón perdidos en su sueño.

Otro moreno se le une, en camisa rojo chillón, su mano febril se exaspera en los nervios de su guitarra. «Por el amor de una mujer...». Nuevas cascadas de notas, y nuevo coro, palmas, pies, «la lo la lai lo la»... Y luego la nostalgia desaparece, enseguida claman su alegría, la felicidad del aire libre, del vino, de la amistad. Estas gentes nómadas recuerdan otros nómadas, cantan árabe, bailan juntos como bajo el viento del desierto, aplauden precipitadamente a su propio entusiasmo, parecen una tormenta que crepita en los

follajes rumorosos de las carreteras sin fin. Unos arpegios melancólicos para contar la fatiga del viaje, la tristeza de las separaciones...

Y el alborozo de los reencuentros, las fiestas bohemias en torno a las llamas. El ritmo es tan frenético, tan irresistible que unas mujeres se unen de pronto a los coros. Observo sobre todo a dos magníficas gitanas, una vestida de negro, la otra de naranja azafrán, descotadas, de bien formados cuerpos torneados que el vestido y el baile revelan mejor que si estuvieran desnudas. Sus caderas y sus hombros ondulan con gracia serpentina y sin embargo furiosa, sus finas muñecas, tobillos, cuello, se entregan a un contoneo grácil e impaciente, tintinean con todas sus pulseras, pisotean con sus talones, a taconazos rápidos y caprichosos, una imaginaria bestia a la que han vencido, la frente alta y el puño en la cadera. Sus faldas vuelan, giran, se enroscan, y sus senos ampliamente descubiertos participan en la histeria, marcan el ritmo con un balanceo infinito y rápido de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. La música las inflama, las enloquece y las retuerce. Bailan en otra parte, muy lejos, sin una mirada para nosotros, dicen no con la cabeza, muy rápido, varias veces, rechazan todos los compromisos, todas las abdicaciones, se arquean con una voluptuosidad solicitada, consentida y despreciada a la vez. Sus largos tirabuzones morenos se agitan en sus evoluciones, se derraman por sus grupas perfectas. Tan redondas y delgadas a la vez, tan sensuales, provocativas y puras, tan distantes, tan radiantes...

Tristan y Marc me han llevado allí para que conozca a hombres, poetas, músicos exóticos, ¡y no me fijo más que en ellas! Su feminidad me turba y me hechiza. Cuando pienso que pude, en momentos de soledad, tristeza y despecho, ante mi espejo, soñar con los atractivos de rubias pulposas, envidiar los encantos de Marilyn, Mansfield...

Esta noche, de pronto, tengo la impresión de que sólo existen las mujeres morenas, de tez oscura, y con melena, poseídas por melodías y llamas, por ritmos, mujeres guitarras, vibrantes y apasionadas, cintura cimbreada, caderas plenas, sirenas ondulantes en el flujo violento de los flamencos...

Mis compañeros también las miran con no disimulada delectación. Sus labios esbozan una sonrisa inconsciente, la sonrisa

que se ve en la cara de los niños que sueñan, que escuchan un cuento de hadas... La gracia de las bailaoras, el fervor conmovedor que despliegan en el menor de sus gestos, taconazos, meneos de trasero y de hombros, giros de muñeca, sacudidas de la cadera, les encantan y las divierten. El espectáculo me resulta doblemente fascinante: ¡contemplar a mis colosos ante mujeres es una experiencia tan nueva para mí! No me produce un placer puro, y aparte del interés estético del cuadro —belleza de sus caras seducidas, de un lado, esplendor de las gitanas en trance, de otro—, un vil dolor empieza a torturarme el ánimo, a traspasarme el corazón...

Las guitarras acaban de enmudecer, después de una terrible cabalgada y de clamores de juicio final... Las bellas calés se han quedado inmóviles, con los brazos en alto, la espalda arqueada, la falda levantada sobre una rodilla de amazona que el silencio paraliza en pleno vuelo. No necesitan mucho tiempo para descender del fuego de sueños que las ha incendiado y retorcido a la vez.

Se acercan a nuestra mesa como si no nos hubieran quitado ojo desde el primer momento del baile y nos saludan alegremente.

—¿Qué hay? ¡Cuánto tiempo! ¿Por qué no venís más?

En realidad, les hablan a ellos... A mí me ignoran por completo. O casi... Porque la de naranja me sonrío.

—¿Os habéis traído a la hermanita? —pregunta.

¡La hermanita! ¡Gracias! ¡Mucho gusto! Y supongo que no han dicho hermanito porque me he vestido de mujer. Bueno, de mujer, eso creía, ¿puede una ir vestida de mujer al lado de estas Cármenes de tetas reventonas? Les echo un vistazo rencoroso que ellas no advierten mientras posan sus manecitas morenas en los hombros de Marc y de Tristan.

—¡Venga! ¡Venid a bailar! —insisten ellas.

Ellos se hacen un poco de rogar, ríen amablemente, se resisten para fastidiarlas, acaban levantándose. Marc se vuelve a mí:

—¿Vienes?

—No, gracias, ¡me duele el vientre!

La sequedad de mi respuesta no parece afectarlo. Me quedo sola y muy contrariada en la mesa donde se calientan nuestros vasos...

Después de un conciliábulo en español que parece una discusión, los guitarristas recomienzan a tocar sus instrumentos, la taberna

vibra de nuevo con sus notas furibundas. La pista, abierta al público, se va llenando poco a poco. La gente baila como buenamente puede, arrastrada por las bailaoras profesionales que mueven las caderas y los ojos para marcar el ritmo y el ambiente...

No veo más que a mis gigantes, que se sienten tan a sus anchas aquí como en cualquier sitio en que haya música, que se mueven al compás, dan palmas, adoptan altivas poses de hidalgo, y siguen con la mirada, para jugar el juego a fondo, el baile provocativo de esas dos chulas que los rondan levantándose las faldas. Empiezan a horripilarme de verdad, menean muslos y encajes, sacuden su pechuga como una gelatina de grosella a punto de desbordarse. Me dan ganas de gritarles: «¡Parad vuestro circo, guarras! ¿Es que no sabéis que son maricas como ellos solos? Ya podéis echarles miraditas de fuego y subiros la falda hasta la barbilla que no van a empalmarse».

Digo esto, pero en el fondo me encoge el ombligo un miedo visceral... ¿Y si no fueran tan maricas después de todo, no tan indiferentes a los encantos que les refriegan por las narices? Para tranquilizarme, me aferró a mis recuerdos, los visualizo haciendo el amor, recuerdo la aprensión de Tristan en el balancín, su invasión circunspecta, su retirada espantada, me vienen sin cesar todos los momentos en los que me han evitado, rechazado, los «principios» invocados por Marc, su confesión de exdonjuán ahíto y frustrado a la vez... ¡Y la primera noche me enfadé porque bailaron y gozaron ante mí, y se corrieron en el camión! Y me pongo a rogar, con ruego absurdo que contradice todos mis deseos últimos: «¡Dios mío, haz que sean irremediablemente homosexuales! ¡Haz que no los trastornen estas diablasas demasiado guapas contra las que yo no podría luchar, haz que sus sortilegios no surtan efecto en ellos, que no los afecten, que no pierdan su magnífica inocencia, su indiferencia, su desconfianza, su desprecio, su castidad de homosexuales!».

Observo, con una precisión ansiosa y desprovista del más elemental pudor, sus paquetes móviles... ¡Y si se empalmaran! Difícil de decir, tanto a causa del bulto ya de por sí notable que esculpe sus vaqueros, aun en los momentos menos excitantes, como a causa de sus movimientos incesantes... De momento se abandonan al goce del baile (espero ardientemente que no sea más

que ése), se divierten simulando tocar las castañuelas, ríen con las miradas reconocidas y provocativas a la vez de las dos desvergonzadas que los rozan con faldas cada vez más audaces.

También me olvidan... ¡Bien, ya vale de chulear, tendré que recordaros que me habéis traído por otra cosa!

Como al final de cada canción, las guitarras acaban con un rasgueo y tamborileo frenéticos en un último jipío llevado al paroxismo, y las manos de sus rasgueadores locos se quedan quietas bruscamente, estampadas en pleno orgasmo contra la madera que grita una última vez del dolor de la bofetada.

Mis dos bailaores vuelven a la mesa, jadeando y contentos. Los acojo con mala cara.

—Y los poetas ¿dónde están?

Lllaman con un gesto a un músico, que se acerca tendiendo la mano, le dicen:

—Ve por Manuel y los demás, vamos a beber juntos.

En el escenario sólo quedan dos guitarristas que siguen llenando el recinto de trepidaciones enérgicas y de gritos desatados. Los cinco o seis restantes cogen sillas y vienen a sentarse con nosotros. Una chica trae una gran jarra de vino. Manuel, el guapo moreno en el que me fijé al entrar, enciende un cigarrillo con un mechero de oro y ademán solemne. Luego posa la mano en el antebrazo de Marc, lo mira a los ojos, con gravedad. Al principio he pensado, bastante groseramente, lo confieso: «¿Éstos son los poetas? ¡Pues no parecen muy limpios!».

—¿Qué?, ¿siempre en la carretera? —pregunta el gitano con su voz cavernosa y cálida de bello acento latino.

Y comprendo que sólo la fraternidad de la gente que viaja ha guiado esa mano familiar, ha iluminado esa mirada de terciopelo negro. Marc sacude la cabeza. Manuel le da una calada al cigarrillo, se vuelve a mí, interrogativamente.

—Es Vick —dice Marc—. Una amiga. Quería conoceros.

El otro no sonrío, me mira muy serio, luego empieza a presentarme a los otros.

—Él es Miguel, el que compone las canciones —señalando al de la camisa roja—, él es Fernando...

Todos me saludan con una cabezadita, mudos y ceremoniosos. Sus caras son delgadas, parecidas, como tostadas al mismo sol,

curtidas por los mismos vientos, sus ojos tienen igual fijeza, igual profundidad, y sin embargo cada uno posee un encanto personal y poderoso. No tengo, en el fondo de mí, intención alguna de decidirme por ninguno, pero me divierte preguntarme con cuál me quedaría, a cuál preferiría si tuviera que elegir. ¿Manuel y su voz cantante? ¿Miguel y su sonrisa de hoyuelos, más moreno que los demás en su camisa roja? ¿Fernando y sus cejas de terciopelo, sus rizos de ángel, su aire dulce?

Nos bebemos dos jarras de vino y ellos vuelven a cantar. Los sigo con la mirada perpleja y más emocionada de lo que hubiera querido.

—Son guapos, ¿eh? —me susurra Tristan al oído. Digo que sí con la cabeza, observándolos coger las guitarras. Él insiste—: ¿Y bien?

Lo miro con unos ojos algo nublados por el vino y la presencia de esos hombres, y veo acercarse a nuestra mesa a la pelandusca del descote negro.

—Quisiera volver a casa —digo—, estoy cansada.

Aún es temprano cuando volvemos al chالé. Una especie de molestia pesa sobre nuestros gestos y silencios. Marc y Tristan dan vueltas, no se deciden ni a subir ni a sentarse.

—¿Ponemos música? —propongo.

—Creía —objeta Marc— que te dolía el vientre.

—Y que estabas cansada —añade Tristan.

Me miran severos, con una ceja más alta que la otra, los brazos cruzados. Yo estoy harta de esta hipocresía que nos atenaza desde hace una semana, harta de sus mañas idiotas para ocultarse la verdad, harta de mis medias verdades y de mis medias abdicaciones. De pronto estallo, prorrumpo en un llanto intempestivo, sollozo y me sincero.

—¡Os quiero a vosotros! ¡No a los de la Stag, ni a los gitanos, ni a nadie, sólo a vosotros, a vosotros!

¡Que se fastidien! Así aprenderán a querer jugar a Celestinos, a buscarme pareja como si buscaran un extintor, el fuego no lo tengo donde ellos piensan, donde fingen pensar, lo tengo por todas partes, por todas partes, me quema aquí y allá, sobre todo allá, la cabeza, el corazón, los sueños, las palmas de las manos, las puntas de los dedos, el borde de los labios, el fondo de los ojos, los amo, los amo,

voy a morirme de su rechazo, tumbarme en el suelo y no levantarme más. Me enterrarán en el jardín al lado de *Arthur*... Tendrán remordimientos, les habría costado tan poco, tan poco, quererme un poco, acariciarme de vez en cuando...

Suelto la parrafada balbuciendo e hipando, mojo con mis lágrimas el borde del sofá ante el que me he dejado caer, de rodillas como si rezara, y que estrecho entre mis brazos, la mejilla apoyada, la barbilla temblando...

Es evidente que los violento y quizá también los conmuevo.

—Ha bebido demasiado —dice uno.

El otro propone encender fuego, una aspirina, un baño caliente... Mis lloros redoblan.

—¿Y por qué no música, eh? Se acabó, ya habéis tenido vuestra parte, hoy, con esas dos guarras que os han calentado. Bien que habéis bailado con ellas y las habéis mirado sin hacer ascos... Pero a mí, a mí... Es porque soy muy fea para vosotros... Cuando no se tiene un buen par de melones, tampoco se tiene el derecho a desear sexo.

Violento, conmuevo y es posible que moleste un poco. He oído suspirar... ¡Bah! He tenido, sin embargo, por una fracción de segundo, la impresión, por así decirlo, de conseguirlo... Y esta impresión ha trocado de pronto mi leal pena, mi honesta rebelión, en escena un poco forzada. La expresión de desesperación es lo más delicado del mundo, me doy cuenta quizá demasiado tarde. Se cae pronto en la exasperación convencional, o en la caricatura ridícula. En fin, el sentimiento de haber dicho o hecho demasiado me sella de pronto los labios, hiela mis sollozos, detiene el convulsivo sacudirse de mis hombros. Me permito aún un bufido, me levanto, busco con la mirada mi bolso, con una dignidad temblorosa. Marc me alarga un pañuelo.

—¿Ponemos música? —capitula Tristan.

¡Uf! Eso es lo que se llama salvar la situación en el último momento...

Encienden fuego, hacen café, apagan las luces. Consiento en la tregua, me siento entre ellos ante las llamas, juiciosa y dulce, penetrada de calor. Hablando de cigarrillos. Ellos aprueban. El humo nos hace al principio planear entre dos burbujas de música tierna. Poco a poco la complicidad del viaje compartido aguza

nuestras antenas, teje entre nosotros una red sutil de escuchas y de respuestas tácitas...

Estoy bien, tranquilizada por la sensación de habitar su mundo, de pertenecer también yo a la raza de los nómadas, de los hijos del viento, que cabalgan por todas partes, por la carretera y en su cabeza a la busca de su sueño. Yo era uno de ellos. Y sin embargo...

Respiro más fuerte, tomo, involuntariamente, una gran inspiración anhelante en la que aún late mi pena. Marc me pone la mano en la nuca.

—¿Llevas el ligero negro? Es bonito... —murmura.

Me levanto, me quito la falda, la blusa. Llevo el corsé, que no me habían visto, y cuyo satén tornasolado empieza a hacer aguas a la luz de las llamas. Me miran, así, de abajo arriba. Es la primera vez que me siento más alta que ellos. Marc me toma la punta de la bota, yo facilito la operación levantando el pie. Estira del zapato derecho, del izquierdo, y cuando me los ha quitado, me acaricia con las dos manos locamente suaves las piernas, las remonta hasta el borde de las medias, siempre muy suave, muy ligeramente. Gimo de placer, de consentimiento, de gratitud... Sus manos recorren la piel desnuda de mis muslos, envuelven mis caderas, ciñen mi cintura, me llaman con una presión autoritaria y turbadora. Cedo sin resistencia, caigo de rodillas ante él, absolutamente disponible y ofrecida.

—Tristan —dice.

Y Tristan se levanta en la penumbra danzante de las llamas.

—¿Por qué yo?

—Porque —responde Marc acariciándome la nuca, la espalda, las nalgas—, porque tú le pediste que se quedara...

Estoy demasiado cerca de mi objetivo para pensar en ofenderme. Además, el porro que nos hemos fumado anestesia mi susceptibilidad, me hace palpar con una esperanza alegre. La espera me sacaba de quicio. ¿Dónde encontré la fuerza de jugar a mi vez, de desafiar con una voz irónica, con una entonación pérfida?

—Marc, fuiste tú quien dejó escapar al perro... Si *Arthur* no hubiera muerto, sabes que yo no estaría aquí...

Un destello de admiración indignada ilumina sus ojos. Sus dientes blancos brillan en la oscuridad, una curiosa mueca

amenazante pasa por su rostro de diablo rubio.

—¡Ah, golfilla! ¡Ahora verás! —Me vuelve sin miramientos, empieza a desabrocharme el corsé, sin interrumpir sus advertencias —: ¡Ah, conque te van los homosexuales! ¡Prepárate!

El juego toma un cariz satánico, un escalofrío de angustia real me recorre la espina dorsal y sin embargo no me resisto... Me arranca las bragas con una violencia cinematográfica, estira del ligero, de las medias... Mi curiosidad puede más que mi miedo, me abandono a sus manos fuertes y rudas, a su venganza tan perfectamente imitada.

Tristan se confunde, se pone nervioso, intenta intervenir.

—¡Para, para, que le vas a hacer daño!

—Sí —contesta el otro—, voy a hacerle daño. Se acordará, quiero que se acuerde.

Me dejo colocar, la cabeza gacha, el culo en pompa.

—¡Así no, no sin prepararla! —sigue rogando Tristan.

—Sí —gruñe Marc—, voy a darle por el culo en seco, la voy a abrir, a esta putita, para que vea mundo... —Y entretanto sus manos me buscan, sus pulgares me abren—. ¡Prepárate, pelirroja! ¡Voy a despacharte!

Con un tirón brusco de sus manos en las caderas, me atrae hacia él. Un espanto grandioso acaba por invadirme. Alzo unos ojos desprovistos hacia Tristan, quien, impotente y superado, con una compasión mezclada de curiosidad, se inclina hacia mí y me exhorta a la sumisión con un consejo febril y apasionado.

—No trates de resistirte, sobre todo no estés tensa... —murmura muy cerca de mi cara.

Siento en ese momento una agitación detrás de mí. Marc ya sólo me tiene cogida con una mano, con la otra debe de estar desabrochándose el cinturón, los botones. Podría aprovechar esta relativa libertad para huir, salvar aún las apariencias de una broma que al final ha dejado de parecer un juego. Pero no quiero. Quiero tener miedo, que me haga daño, seguir oyéndolo gruñir, delirar quizá, suscitar su rabia y su deseo, aunque me queme las entrañas. Quiero la violación que no tuve la primera noche y que tanto eché de menos, ahora lo sabía. Quiero su felicidad fugitiva, perdida, incluso a costa de que él me desgarré y yo me condene, quiero que me quiera, que me posea, y que sólo se sorprenda después,

demasiado tarde, del furor de nuestra unión. Quiero fundirme con él por la sangre, el sufrimiento, el odio, la estrechez forzada de mi recibimiento virgen y del arrepentimiento que sentirá.

Un chorro tibio resbala entre mis nalgas, me moja el culo. Marc, pese a sus amenazas, me unta de saliva, facilita el abordaje. No, no, incluso eso rechazo, esa piedad, esa precaución, esa humillación de su vehemencia. ¡Que me torture, que me clave, que me arranque a mí misma, que me ame, en fin, sin concesiones, sin caridad, sin miramiento!

Vuelvo hacia él una cara grave y decidida.

—¡Penétrame!

Pone contra mí su pene duro y resuelto, me penetra con una única e interminable embestida, hasta los huevos, hasta que su pubis topa con mis nalgas. Sus manos encuentran mis senos, manosean mi torso como un ariete que desfonda una puerta. Pero el ariete es él, y la puerta desfondada, abierta de par en par, hinchada por su invasión gigantesca, cede al asalto arrancándome gritos. Me embarga una alegría salvaje, la tortura me transporta hasta una hoguera de espinas y chispas en la que me retuerzo como una bruja con el pelo de víboras. ¡Ah!, las gitanas se contonearon por él, pero a quien está abriendo con su miembro de metal incandescente es a mí. Impresiones dementes se apoderan de mi vientre y de mi cabeza, la presión me hace proferir gemiditos de animal pariendo. Estoy llena, llena, atormentada de deseos contradictorios, rechazar al intruso, expulsarlo, librarme de él, y guardarlo, retenerlo, engullirlo, sentirlo engrosar más, presionar contra mis paredes, tensar mis bisagras, imponer su brutal y monstruosa ley...

Me muevo por mí misma, ya sin preocuparme de las manos que me guían, arqueo la espalda, avanzo, retrocedo, succiono con todo mi vientre, beso con todo mi culo, por dentro, por fuera, los músculos, las mucosas, la sangre que bate, el deseo que se hincha, y alzo una última vez la cabeza, cegada por las lágrimas, sacudida por los jadeos, ajena a la tierra que acabo de dejar, y encuentro sin reconocerla la mirada de Tristan, atento y dulce e inquieto, me ha puesto la mano en el pelo y me acaricia la cara.

—¿Te duele? ¿Te duele? —pregunta.

El mar y la tempestad se retiran a la vez y me dejan moribunda. Marc se aparta, lo siento dejarme enseguida, su rápida retirada

azota mi vergüenza, galvaniza mis inquietudes. Temo que sus toqueteos obscenos me hayan desposeído de mis más sucios secretos, de mis más sórdidos tesoros. Me siento mojada, chorreando, como ajena a mi cuerpo, con una conciencia local aún muy embotada, una especie de calambre que me paraliza, me prohíbe cerrarme. De pronto tengo miedo de quedarme así para siempre, abierta, desfondada, sin puerta ni barrera para cerrar mi vientre. Un pánico evidente debe de pasar por mis ojos, Tristan se mueve un poco, me atrae hacia él, echa sobre mi cuerpo una mirada precisa y conocedora, reprocha con una voz desolada:

—¡Cabrón! ¡Le has hecho sangre!

Yo tiemblo contra él, de voluptuosidad aterida, de miedo retrospectivo, de aprensión. Me coge en brazos como a un niño, se levanta, estrecha mi cuerpo ligero contra su ancho pecho. ¡Ah! Hacía mucho que no jugaba a las muñecas... Rendida de cansancio, me dejo llevar temblando.

—Ven, voy a lavarte...

Todo me ocurre decididamente esta noche: después de la violación, la ducha que esperé la primera noche... Encuentra gestos tiernos para hacer correr sobre mí el agua caliente, pasea sobre mi cuerpo asustado la dulzura de un jabón que no retrocede ante ningún rincón de mi cuerpo.

—¿Te duele aún aquí? No es nada. Una heridita superficial, nada...

Me envuelve en una toalla tibia, me seca, me lleva en brazos a mi cama, me deposita en ella con las precauciones que exige una gran conmoción. No ha encendido la luz, sólo por la puerta abierta al pasillo entra un poco de luz. Me tapa, me arrebujá... Aún no he dicho nada. Mi silencio le pesa.

—No nos guardes rencor, ni a Marc ni a mí... Además, la culpa es mía... —me dice al oído.

Su aliento me turba. Dejo que siga arrullándome con sus palabras de miel, con su aliento, con su dulzura compungida, y de pronto tomo entre mis manos aquel bello rostro trastornado, poso en aquella boca inhabitualmente parlera y tan tentadora mis labios ávidos, la bebo a grandes tragos, la como, la devoro, la abro con una lengua loca, la muerdo con dientes impacientes, la invado, la mastico, la chupo, la lamo, introduzco mi ardor renovado y fuerte,

me sacio de ella y al final, sin poder respirar, llena de deseo, me aparto con un último suspiro y en un tono de súplica urgente y tórrida ordeno:

—¡Tristan, hazme el amor!

—Tristan, ¿por qué cuando me haces el amor nunca me miras?

—¡Sí que te miro!

—No, quiero decir que nunca miras mi sexo.

Mueca algo asqueada, algo vacilante.

—Bueno, a ver, ¿el contrato de mantenimiento es que te haga el amor o que te mire?

—Es que me des placer de vez en cuando. Y quisiera que me miraras, eso me daría placer, me excitaría.

—Y a mí me enfriaría.

Estaba, pues, instalada en la vida de ellos, que era nuestra vida. Tenía mi parte en todo, en las faenas de la casa, horas de carretera, horas de complicidad, sueños y locuras, estaba en todos los viajes, fumar, placer y asfalto, alcohol y música... Ya sabía bailar como ellos, impulsada por tres acordes de guitarra y dos golpes de tambor, hacia los fantasmas y las fiestas del cuerpo, obsesionada por la alegría de moverme rítmicamente, de mover mis miembros, mis músculos, mis articulaciones, hasta la embriaguez y la plenitud, hasta el agotamiento a veces.

Los amaba con un amor igual y definitivo. Ellos me ofrecían a cambio la solidez de su cariño mudo, la delicada cortesía de sus atenciones disfrazadas, su docilidad escrupulosa, en los momentos de intimidad.

Era consciente de su aplicación, de su buena voluntad de no frustrarme, y ya sabía limitar mis exigencias a esta única pero formidable victoria. Antes habían cuidado de *Arthur*, de su higiene, de su organismo de animal robusto y vivaz. Ellos lo mantenían en forma, cuidaban del lustre de su pelo, del frescor de su hocico, organizaban para él juegos de escondite, carreras, salidas.

A mí tenían que tratarme de otro modo. Ponían la misma seriedad regular que no ensombrecía ninguna manifestación de cansancio. Ya no suspiraban, ni rechinaban, ni fingían la repugnancia duramente resignada de quien se obliga a una tarea ingrata.

Eso me bastaba. A veces me metía con ellos, sugería una prestación más atrevida. Pinchaba sobre todo a Marc, bastante débilmente, por otra parte, pues enseguida tomaba su aire desdeñoso, aburrido, que yo adoraba, que me daba a la vez ganas de fastidiarlo y de consolarlo.

—Tristan, ¿por qué cuando me haces el amor nunca me miras?

Él sabía que era el antojo, el capricho, ponía cara de niño pillado en falta y testarudo... ¡Ah, cuánto lo quería, para atormentarlo así!

Con Marc era otra cosa... Su pasado de modelo, y quizá también de actor, lo autorizaba a todas las comedias, a todas las mímicas. Era capaz de cualquier mirada, de cualquier expresión, de cualquier palabra. Para reír, se ponía a mis órdenes, esperaba mis instrucciones, me lo hacía, según su expresión, azucarado o fuerte, o tímido... Y me lo hacía muy bien, el cabrón. Por mucho que conocía sus talentos, una excitación inefable me invadía cuando me susurraba, con un fondo de música suave, con unos ojos entornados de lobo atraído y una cara ávida:

—Voy a follarte, nena... Voy a hacerte volar, ya me dirás...

Para ponerlo en apuros no tenía más que preguntarle:

—¿Por qué todo lo que me dices no se lo dices a Tristan cuando hacéis el amor?

Él no contestaba, pudoroso y con embarazo.

—Me gustaría oíros... —insistía yo.

—¡Eso no forma parte del contrato! —replicaba siempre.

Yo sonreía... En el fondo, sabía lo que él tenía ganas de contestarme y que callaba por consideración a mí y por reserva natural. Es que a Tristan lo quería, ni más ni menos. Y de Tristan me encantaba su fervor sombrío, su pasión silenciosa, esa adoración taciturna y vehemente que contrastaba con su apariencia aún más que en su pareja. Pero ¿podía él adivinar que el espectáculo y el sentimiento de su amor me seducían, me perturbaban, me atraían más que todos sus encantos juntos? ¿Que una vez acariciada,

honrada, colmada, esperaba aún el momento de su amor como la culminación de mi voluptuosidad y mi ternura? ¿Que lo que apreciaba cuando me hacían gozar juntos, lo que ocurría cada vez más, era su connivencia, esa inteligencia mágica de la que yo era objeto por un momento? Cuando yo constituía durante unos minutos su punto común, la cita de sus preocupaciones, el cruce de sus solicitudes, alcanzaba la felicidad total, objeto de sus maniobras conjuntas como la viga que les había visto alzar juntos, tan pesada como ella, tan abandonada entre sus manos, tan importante...

¿Me había convertido, en este estadio, en la mujer que nunca había sido? Algunos sonreirán: mujer-animal, pues, mujer-objeto, un poco paradójico, ¿no? Incluso cuando se ha ganado el gozo, pasar del estadio de monigote de madera —de madera, repito— a monigote de viga, ¡y maravillarse! Digamos que me importaba poco pertenecer a una categoría u otra. Estaba fuera de las categorías, fuera de la norma, traspasada de nuevos apetitos y de placeres inéditos.

Mi historia de amor no era una historia ordinaria. No amaba a un hombre, no amaba a dos, los amaba juntos y enamorados, amaba la pareja que eran, sus parecidos, sus diferencias, y el homenaje de esa pareja me era más precioso que un encuentro, por largo y fructuoso que fuera, con uno de ellos.

Trabajaba en ese momento en la traducción de un ensayo americano sobre el sida. Patrick no tenía más trabajo para mí. Foden llegaba efectivamente a Francia, con revistas ya traducidas, y en Bergen se habían decidido, después de varios estudios comparativos que traduje, a comprar la marca inglesa.

Richard me encargó traducir el manual sobre el sida. Con un grupo de médicos suizos y franceses, preparaba una estancia de estudios en Estados Unidos para analizar más profundamente el fenómeno. Yo trabajaba sobre todo en el camión, insensible a la música, a las trepidaciones del motor, a los gajes de la carretera...

Un día levanto los ojos de mis diccionarios y pregunto a mis compañeros:

—¿Vosotros os habéis hecho la prueba del sida?

Tristan cabecea negativamente.

—¿Por qué no? —me sorprende.

—Bah —contesta Marc, encogiéndose de hombros con

fatalismo... Ya hace mucho que no me dejo impresionar por su mutismo.

—¡Pues tendríais que hacéroslo! —insisto.

Marc me mira de reojo, irónico.

—¿Tienes miedo?

—Sí —contesto—. Tengo miedo. Miedo por vosotros...

Es verdad que me entero de cosas terribles en ese libro. Y es verdad que tiemblo por ellos. Y sin embargo la que está enferma soy yo... Pronto hará un año y medio que comparto su existencia y sus viajes... Ellos parecen siempre tan sólidos, tan sanos. Yo, últimamente...

Sé que se puede portar el virus sin padecer la enfermedad, incluso durante mucho tiempo. No les digo nada para no preocuparlos. Callo mis mareos, mis debilidades, mis náuseas como si, guardando el secreto, evitase que también ellos enfermaran, como si, para salvarlos, tuviera que luchar sola.

Al principio creí que esta idea me había impresionado tanto que la somatizaba de algún modo. Y luego no cupo duda. Se acabó la comedia. Un sábado por la mañana, después de una semana de camión particularmente penosa, en la escalera, siento de pronto una gran flojedad, me agarro a la barandilla, todo me da vueltas, tengo arcadas, quiero llamarlos, tengo miedo de morir sola...

Me recogen como un haz de leña, me acuestan, sorprendidos y enternecidos.

—¿De nuevo tu vientre?

—Sí, sí —me apresuro a contestar.

Guardaré mi secreto hasta el final, no quiero que se asusten, que se sientan culpables, quiero irme de puntillas como llegué, era demasiado bonito, demasiado, quererlos así como así.

Lllaman a Richard.

—Es su vientre —explican.

En la cama, reúno mis fuerzas, pongo cara de dolor de vientre, un poco contrariada, como si sintiera muchísimo estropear el fin de semana en la nieve que habíamos planeado, pero nada más, no quería que pensarán que aquella nieve habría podido ser mi mortaja.

Richard entra en la habitación, idéntico a sí mismo, apresurado, lacónico.

—¡Desnúdate!

Obedezco. Su rapidez y precisión sacuden lo que me queda de enternecimiento; me hago fuerte, no sabrá nada...

Se acerca a la cama, me coge un pecho entre dos dedos, casi con asco.

—¿Esto qué es?

¡Qué tacto!

—Hasta ahora —digo yo humillada— siempre he creído que eran senos.

—Un poco hinchados, ¿no? —No está bien burlarse. Me encojo de hombros. Palpa el otro, sin cuidado. Hago una mueca—. ¿Te duele?

—Cuando tratan de hacerme un nudo, sí —contesto yo secamente.

Sin hacer caso de mi ironía, palpa mi vientre con las puntas de los dedos, luego con las palmas, apoyándolas bien por todas partes.

—¿Y aquí? ¿Te duele?

—¡Oh! —contesto yo, resignada—, no más que de costumbre.

—¿Y por dentro?

—¿Por dentro?

—Supongo que te miras de vez en cuando. ¿O es que envías a alguien?

Nunca un médico me había visitado tan poco académicamente.

—Hum —digo pudorosa.

—¿Qué? ¿Te duele en esos momentos? —se impacienta. Sonríe—. Bien —dice, como si me felicitara—. Veamos. Ponte los puños bajo las nalgas.

Se me hace raro dejarme examinar por un hombre que no va con mujeres, pero parece conocerlas muy bien. Abro las piernas con curiosidad, preguntándome si va a cerrar los ojos con repugnancia o demorarse un poco antes de examinarme. ¡Qué tonta soy! Acaba de introducirme dos dedos muy seguros y convenientemente enguantados, que hurgan a conciencia en mi interior, hacen fuerza hacia atrás, hacia delante, hurgan, insisten. Se diría que quiere tocarme las amígdalas por vía interna. La cosa me hace cosquillas, me cripa, me dan unas ganas muy prosaicas y, al mismo tiempo, me arranca grititos alarmados.

Acaba por sacar los dedos, tira el guante torciendo el gesto.

Tiene una expresión contrariada. Yo bordo mi papel.

—¿Es mi trozo de ovario que hace de las tuyas?

—Eso parece —aprueba él. Luego, después de un silencio que a mí me parece cargado de preocupación profesional, afirma—: Creo que estás embarazada de tres meses.

Cuando Richard sale de mi habitación, me acerco en silencio al rellano para oír lo que dice a mis gigantes que esperan abajo, para oír lo que ellos responden... El estupor deja paso en mí a una aprensión terrible que me hace hundir la cabeza entre los hombros. Me siento culpable, culpable de una falta de delicadeza vergonzosa, de una imprevisión imperdonable. Mi feminidad por fin conquistada me hace una jugada inesperada, aunque ¿no habría podido yo preverlo como la culminación de esa misma feminidad? Ahora que me descubro apta para la maternidad, ahora que entreveo la terrible, magnífica, misteriosa alquimia que se efectúa en lo más recóndito de mi cuerpo, descubro a la vez el miedo ancestral de la mujer: ser la única responsable de una situación no deseada, no prevista, llevar, en sus culpables entrañas, el culpable fruto no querido.

En tiempos en que a las madres jóvenes se las echaba de casa y se las trataba como a golfas, furcias y otras amables condiciones, se fingía ignorar que pudo haber canallas. Es más, cuando el hombre era honrado y accedía a una «reparación», se le tenía una consideración compasiva, como si tuviera que pagar un tributo exorbitante a la mala suerte, y era la mujer, en ese caso, la acusada, implícitamente, de haberle hecho un hijo a traición.

Yo, que había sido educada en estos rancios principios, ¡cuál no sería mi desesperación al pensar que había hecho un hijo a dos hombres a la vez! Y sobre todo a dos hombres que nunca me habían pretendido, a los que había acosado con mi deseo, a los que había casi obligado, sí, ésa era la palabra, a homenajes regulares, dándoles a entender, colmo de la perversión, que nada arriesgaban... Dos hombres que se bastaban a sí mismos, que no querían ni complicaciones ni casos de conciencia, toleraban mi presencia y mis reivindicaciones por pura lealtad y generosidad, de las que, claro está, ahora tendrían derecho a pensar que yo había abusado...

Temblando, oigo a Richard que anuncia, con una voz jovial:

—Entonces, ¿vamos a ser papás?

El silencio que sigue me martiriza. Al cabo de un interminable espacio de tiempo (quizá de dos o tres segundos, pero ¿no fue Hiroshima destruida en dos o tres segundos?), Tristan balbucea:

—Pero... pero... creíamos...

—Pues sí —lo interrumpe Richard—, ¡parece un milagro!

Su alegría, su ligereza rechinan un poco... Creía ver en ello el triunfo vengativo de un puro y duro que asiste al castigo de los tráfugas. «Eso es lo que pasa cuando uno se dedica a depravaciones abyectas».

—Le dolía el pecho en el camión últimamente. Tú mismo le has dicho que era de estar agachada sobre los libros —dice Marc dirigiéndose a Tristan.

¡Córcholis! ¡Qué frase! ¡Y qué memoria! ¿Pueden odiarme y colmarme a la vez de tantos honores? Por lo demás Marc no parece tan severo... Solamente iluminado de pronto por la concomitancia de ciertos detalles, casi un poco divertido incluso...

Espero a que se vaya Richard, lo que no tarda en ocurrir, para presentarme. Me siento con ellos en la alfombra. Aventuro una mirada, un suspiro, dos preguntas:

—¿Qué hago? ¿Qué debo hacer?

Me miran pensativamente.

—¿Cómo que qué vas a hacer? No hay mucho que hacer... —se lanza Marc, y ataja—: Esperar. Es demasiado tarde —añade.

Imposible saber si me tratan con frialdad. Usan un tono muy tranquilo, desprovisto de pasión. Esta incertidumbre me tortura.

—Oh —digo—, si de verdad se quiere intervenir...

—Pues entonces no cuentes con Richard —me interrumpe Marc brutalmente—, no lo hará. Demasiados riesgos.

Me parece crispado, de pronto, presa de una reprobación que ya no puede disimular.

—Pero —pregunta Tristan casi tímidamente—, ¿por qué quieres intervenir? ¿Tanto te molesta? Quizá sea la oportunidad de tu vida, ¿vas a dejarla pasar?

—A lo mejor —insinúa Marc— ella no lo considera una oportunidad...

A mí me cuesta contener las lágrimas.

—Sois... vosotros... —acabo balbuciendo no sin un terrible

esfuerzo.

La fórmula, lo confieso, puede parecer ambigua. Mis colosos no acaban de comprender.

—¿Nosotros? —pregunta Tristan—. ¿Te preocupa no saber cuál de los dos? Pensar que... nosotros... en fin...

Se enreda en su análisis, deplora modestamente cierto estado de cosas y de costumbres, lleva la humildad al heroísmo.

Marc se me acerca, me pone la mano en el brazo y me sacude la inercia, como se zarandea a un niño enfurruñado, busca mi mirada con una mirada dura y clara:

—¿Nos echas la culpa, no es eso?

Prorrumpo en sollozos.

Richard había dicho: «Se acabó el camión». Fue su única prescripción. La cumplí todo el fin de semana... Aquel embarazo empezaba para mí como una sanción múltiple. Lo primero la alarma, el pánico de una traidora, aunque involuntaria, que se ve descubierta. Luego la duda: ¿qué sentían de verdad mis gigantes ante el hecho? El que al final se hubieran tomado la cosa con filosofía no me alivió. Eran unos muchachos valientes y amables, lúcidos, razonables, eso era todo. Podía ser también que, en algún diabólico rincón de su mente, hubieran pensado de manera poco católica que mi nuevo estado, la apariencia inesperada que de pronto presentaba mi futuro, iba por fin a librarlos de mí, de esa esclavitud, ay, muy libremente consentida, en la que yo los tenía a veces abusivamente. Preocupada por otra cosa, o mejor dicho, por otro, los olvidaría sin duda un poco, y ellos reconquistarían entonces parte de su soledad, de su oxígeno egoísta, sin dolor por nadie, sin «ruptura de contrato».

Mi sospecha se confirmó cuando, tras rumiar hasta el domingo por la noche el tercer ingrediente de mi castigo, a saber, la frustración de no poder seguir viajando con ellos, y manifestar, en la mesa, en un tono a la vez desenvuelto y quejumbroso: «¡Quisiera ir mañana!», ellos me respondieron casi a la vez, con una autoridad bastante nueva:

—¡No, de eso ni hablar!

Era lo que suponía... Al final aquel hijo no era para ellos la catástrofe que había temido, sino la escapatoria más inesperada que hubiera podido soñar... Y sin transición o casi, pasaba deliberadamente del personaje de prostituta inconsecuente, o peor, maquiavélica, que retiene y obliga al hombre con el solo sortilegio

de su vientre hinchado, al de pobre chica a la que se preña con premeditación astuta, para tenerla en la casa, neutralizarla, y permitirse una independencia apreciable, mientras ella le limpia el culo al niño, lo duerme, lo amamanta...

La rebelión no estaba lejos... Rebelión contra aquella semilla de azar que había germinado en carne sin pedir permiso, rebelión contra aquellos plantadores inconscientes y personales, para quienes la vida no parecía que fuera a cambiar para nada, rebelión contra mis órganos de mujer que, decididamente importunos, hacían lo que les daba la gana, y me pasaban, por mi deseo y mi placer, una factura exagerada.

Me había refugiado en la bañera, en la que desahogaba mi rabia con pataleos furiosos, con puñetazos impotentes. Así que desde hacía tres meses vivía clandestinamente en mi útero un ocupa minúsculo e insidioso, y sólo hoy, es decir, demasiado tarde, me enteraba de su presencia. ¡Y encima había tenido que pasar por un hombre, por sus manos extrañas y expertas, para conocer mi suerte!... ¡Ah! Los hombres, los aborrecía a todos, a ellos, sus penes omnipotentes, sus secreciones viscosas, su poder asqueroso para marcarnos, para cambiar nuestro futuro, para llenar nuestro vientre, para decidir nuestro destino. «¡No hay nada que hacer! ¡Se acabó el camión! ¡Ni hablar!». Seguro, fijo y seguro que mi inquilino indelicado era un tío también, un tío asqueroso, echaos a un lado que llego, aquí estoy, aquí me quedo, que, nada más llegar, ya me condenaba... ¡Cabron! El último puñetazo me lo propiné en el vientre, para castigarnos a los dos.

Salí del agua, me observé largo tiempo en el espejo. Al principio era imposible ver nada... aunque los senos quizá... Tenía razón Richard, los tenía hinchados. Y yo, tonta de mí, no había adivinado nada. ¿Cómo se puede ser tan ciega ante el propio destino, el propio cuerpo? Me pavoneaba en mi corsé pensando que me favorecía, que tenía el don milagroso de hacerme caderas, de dibujarme nalgas... Y, para animar las caricias de mis gañanes en mi anatomía de sardina, me sentía convertida en sirena... Un trozo de satén sobre mi piel blanca, sus manazas dóciles allí donde las pedía —tócame la cintura, la grupa, la entrepierna— y acababa creyendo mi sueño...

Pero ante el espejo aquella noche, de tanto mirarme y remirarme, la barbilla en el hombro, la mirada aguda y perpleja, no

pude menos de rendirme a la evidencia: no era, ya no era un sueño... ¡Oh!, Mansfield aún estaba lejos, y los melones de las gitanas también, pero esa curva aquí, esa redondez allí, esas sinuosidades más abajo, eso, Vick, nunca te lo habías visto... Te había venido sin ruido, tranquilamente, y tú, tú mecías tus náuseas al ritmo del camión, y te ahogabas un poco en el pantalón, y te morías de miedo pensando en el sida... Y sospechabas que los muy cerdos te habían contagiado la muerte, y no les guardabas rencor, sólo querías salvarlos...

Pero es la vida, no la muerte, lo que te habían inoculado, ¡y ahora los detestas!... Esos senos como pequeñas mandarinas sensibles, esas caderas más anchas, esas nalgas más redondas, ese vientre un poco, un poco abultado... Eran ellos, ellos y el otro, el pequeño, tan pequeño, tan fuerte ya, tan terrible... Microscópico genio hecho un ovillo en la caverna mágica de mi vientre...

Me arrepentía de mis dudas, mi cólera, mi puñetazo, tu primera bofetada, amor mío, ¡qué injusta!... Puse la palma de la mano en el ombligo, esboqué una caricia. «¿Me oyes, hijo mío? ¿Sientes mi mano sobre ti, que te descubre y te protege?».

Uno que pondría morros era *Platón*. Expulsado de su legítima caverna. Excluido. Repudiado. La retirada forzada, inevitablemente celosa, de la bestia ante la cuna... Qué bobo era pues este *Platón*, ¿no había sitio para dos en ese vientre ensanchado? ¿Y para tres, para cuatro incluso?

Me reúno con ellos en su habitación. Han iniciado una lucha escabrosa, retozan con un fervor alegre y desenfrenado, al son de una samba brasileña.

—¡Eh, tíos! ¿Os olvidáis de las mamás? —suelto tras bajar la música.

Sus ojos abiertos, sus gestos paralizados me muestran su sorpresa, y la ingenua esperanza que habían abrigado de verme ocupada en incubar sin pedir mi parte.

—¡Ah, no! —protesto yo—. Quedarme sin camión, vale. Pero si me priváis también de mimos, os aviso, ¡pariré una rana triste, raquíica y completamente canija!

Empezó entonces para mí una existencia de mujer de marineros... Esperar en el puerto, llenar las largas horas con sueños,

obsesiones, esperanza, desesperación... Escuchar sus celos y su deseo, engañar la soledad con artificios juveniles, imaginar lo mejor y temer lo peor. ¡Oh!, mis marineros no tenían una novia en cada puerto, no. Pero se tenían el uno al otro, y yo tenía mucho miedo de que se bastaran a sí mismos, y sin mí redescubrieran la ligereza, la libertad de sus dúos pasados. Me habían querido por miedo al vacío, después de perder a *Arthur*. ¿Y si ahora, acabado el duelo, gustaban sin reservas de su intimidad recuperada, si el camino de su casa empezaba de pronto a pesarles, con su ocupante amorosa, exigente y tozuda?

Pero al viernes siguiente allí estaban desde las tres de la mañana, desembarcados sin escalas directamente de Bruselas... Había temido que fueran a una discoteca. El ruido del coche bajo mi ventana desató en mi corazón un tam-tam de gratitud enorme.

Y el fin de semana siguiente, y todos los fines de semana siguientes, venían fielmente, y sin rodeos, al hogar, visiblemente preocupados por mi moral, por mi forma, o mejor dicho mis formas. Posaban en mí unas manos movidas por la curiosidad y desprovistas de repulsión. Medían la amplitud que había tomado la cosa, en seis días, evaluaban su progreso, observaban los movimientos, vigilaban, organizaban, en fin, se instalaban, semana tras semana, en mi embarazo.

Al principio me derretía de emoción. Un sábado se presentaron con un sobre para mí.

—Mira —dijeron—, los resultados. Negativo los dos.

¡Ellos habían pensado en eso cuando yo ya no pensaba! Había vacilado entre el remordimiento avergonzado: «¡Qué mala madre soy!», la admiración agradecida: «¡Qué chicos tan responsables son!» y otro sentimiento mucho mucho más confuso, que al final se parecía, bien mirado, a los celos. «No lo habían hecho sólo por mí. Sólo por mí no lo habrían hecho...». Trataba, cierto, de demostrarme que, de un modo u otro, era bueno para mí, para mi salud, mi bienestar, para el buen desarrollo de mi estado, que hubieran pensado en hacerse la prueba, que renunciaran a aprovisionar la casa de alcohol y cigarrillos, que previeran más trabajos en el granero y ampliar la casa, e incluso decidieran la

música permitida y la prohibida. «Eso no, es muy violento. Vas a hacer del pequeño un nervioso. Y baja el volumen...».

Pero ¿cuántas veces había pedido en vano que bajaran el volumen? Y de pronto me abonaban a las canciones de cuna, velaban por mi sueño y mi alimentación, no proponían salidas ni locuras, leían las últimas novedades en el tema, *La vida ante la vida*, *El buen embarazo*, en fin, que casi esperaba que se pusieran a hacer ganchillo... ¡Ah!, había soñado de muchacha con tener un día un hijo con un hombre enamorado y tierno, con ser para él el jardín mágico en el que hubiera sembrado su semilla, había imaginado su alegría, su fervor, sus atenciones... Las ganas se me habían pasado con Simón, cuya reacción había llegado a prever, más hortelana que bucólica: «Pareces una calabaza creciendo en un palo...».

Y ahora veía a mis pies, en torno a mi vientre, a mi talle redondeado, a dos jardineros diligentes que me cuidaban casi demasiado. ¡Bonita inspiración había tenido yo, la verdad, al esgrimir el espectro de la rana canija! Era esa imagen, más que mis carencias, mis depresiones, mis fatigas, lo que los motivaba, me daba cuenta.

Me hacían el amor cada vez que lo deseaba. Mis hortelanos regaban su semilla. Mimaban su pimpollo... Con precauciones nuevas y cuidados para él. Marc ya no me hacía el amor con brutalidad, dejaba muchas veces en su lugar a Tristan, que con su dulzura y su aprensión parecía más apto para la horticultura refinada. Nunca como en esa época supe hasta qué punto no los excitaba. Mi cuerpo no había representado en ningún momento para ellos una apuesta erótica; su deformación, su engordamiento no los desviaron, no los alejaron más que un poco, justo los centímetros de «reserva de aceleración», como decía Marc, necesarios para respetar las distancias autorizadas, «para no tocar el fondo», añadía Tristan, que siempre había temido hacerme daño, y que de repente tenía cuidado de otro que había en mí.

A veces, la ruin tentación de alarmarlos, de perturbarlos, me hacía sublevarme, oponerme a aquella vida.

—¿Y si fuéramos a la discoteca? ¿Y si nos fumáramos un porrito, uno solo? ¡Estoy harta de esta reclusión, no estoy enferma!

Tenía caprichos de gata loca, grávida sin gravedad, que me llevaban a torbellinos de turbulencia desatada. Saltaba sobre Marc,

amenazaba:

—Soy yo quien va a follarte, vas a pedir socorro...

E iniciaba un galope peligroso en el que no tenía tiempo de cansarme, pues él me cogía enseguida de las axilas, con una delicada firmeza, me levantaba y me dejaba en el colchón decretando:

—¡Está insoportable!

Me acurrucaba, inflaba las mejillas, torcía la boca:

—¡Me importa un bledo!, ¡cuando no estáis bebo, fumo y me masturbo con lo primero que pillo!

—Estírate —replicaba Marc—, que lo oprimes.

A mí no me apetecía mucho que asistieran al parto. Quería darles una sorpresa. Volverían una noche y yo no estaría en el chalé. Vendrían a la clínica. Lo encontrarían ya todo en orden, al pequeño y a mí, limpios, reposados, decentes...

Pero las cosas nunca ocurren como uno quiere. O mejor dicho como yo quiero. Ellos, en cambio, parece que tengan el don de programar el destino. Decidieron: «En junio nos tomamos una semana», avisaron a Patrick. «Baja por paternidad», se rió el otro finamente. Estábamos a 15. Aún había tiempo. Ellos volverían a irse cuando acabaran sus pequeñas vacaciones, yo me ocuparía de mis cosas tranquilamente.

Aquella noche no quería que me tocaran. Ni mirarlos. Ni dormir con ellos. Tenía la impresión de haber engordado en ocho días veinte kilos. Necesitaba espacio, tranquilidad, el frescor de las sábanas para mí sola.

En mi cama, empecé a buscar una posición para dormir. La espalda me dolía. Di vueltas y más vueltas... Hacia las dos dije: «¡Mierda!», lo que era un modo sumario de rendirme a la evidencia: no podría dormirme porque las contracciones, estaba segura, acababan de comenzar... Sabía por fuentes seguras (mi madre, sus hermanas y cuñadas, que aprovechaban las reuniones familiares para contarse sus partos) que, la primera vez, duran mucho...

Me lo tomé con paciencia, procuré aliviar el dolor adoptando una u otra postura, probé incluso la famosa respiración jadeante... Echaba de menos a *Arthur*, que podría haber marcado el ritmo, y *Platón* había escapado de las borrascas de la caverna. Mi vientre no

era sino un naufragio, y me agarraba a las sábanas, jadeando, tratando de mantener la cabeza fuera del agua cuando las olas me sumergían.

—¿Por qué no nos has llamado? —me preguntó, de pronto, uno de los dos, que debía de haber abierto la puerta sin yo oírlo.

Lo dijo en tono de reproche. Me dieron ganas de gritarle: «¡Vete! ¡A ti no te importa! ¡Es cosa de mujeres!». Pero no tuve ánimos...

¡Con qué rapidez lo prepararon todo: el agua, a mí, la maleta! ¿Cosa de mujeres? De desecho humano, mejor. De desecho lamentable y desposeído, al que se refresca, se trae y se lleva, se viste... Últimamente ya no llevaba las camisetas de Richard, sino las de ellos. La ranita pataleaba en mi vientre, pero bajo las prendas de ellos... Cuando me cogieron para llevarme al coche tuve la impresión horrible de que raptaban a un niño...

—¡No me llevéis por las escaleras! —supliqué.

Y entonces una punzada de dolor me dejó sin habla y me agarré donde pude, cerrando los ojos. La contracción cedió, dejé de agarrarme con tanta fuerza, miré a lo que me había agarrado: una corbata. Marc llevaba una corbata, y Tristan también, dos corbatas, de piel, ellos, una roja y la otra azul, sobre camisas blancas, ¡por el nacimiento de mi hijo!

En la clínica todo va muy rápido. Me examinan, la comadrona se quita los guantes y dice:

—Dilatación completa.

Me deja en la mesa, cierra una puerta, vuelve por mí con una camilla con ruedas. En el pasillo, me encuentro con mis dos colosos encorbatados, muy dignos. Escoltan el convoy, uno a cada lado. El médico me espera en la puerta de la unidad para recibirme.

—¿Quién es el padre? —pregunta tras verlos.

—Eso mismo —contesta Marc—, no lo sabemos, por eso venimos los dos...

Por suerte, o por desgracia, me encuentro en un mundo aparte, al otro lado del espejo, cegada, ensordecida por los dolores. No veo la cara que pone el médico ni la comadrona.

Me instalan, ya no tengo cuerpo, sólo un amasijo de carne dolorosa y cansada, siento unas náuseas tremendas, es la pesadilla más terrible de mi vida. *Platón*, al que yo creía huido, se ha quedado encerrado en la caverna, un *Platón* desmesurado, que se

vuelve loco, gruñe por su libertad, me araña, me abre con sus empujones, busca la salida con una frente furiosa...

—Ahora, con la primera contracción —dice al pie de la mesa el hombre de blanco—, ¡empuje! —¿Qué? ¿Qué primera contracción? No soy más que una contracción que no cesa...—. ¡Vamos! ¡Empuje!

¡Mira qué gracioso! Reúno mis flacas fuerzas, hago un esfuerzo, desisto al instante.

—¡Imposible! ¡No puedo!

—¡Sí puede, sí, vamos!

¡Me reprende! ¿Pues no le digo que no puedo? Me siento floja como un papel higiénico en un desagüe. Tristan se inclina sobre mí.

—¡Inténtalo otra vez! ¡Concéntrate!

¡Ésta sí que es buena! Ellos lo han hecho siempre todo por mí, me han llevado y traído, me han dispensado de toda iniciativa, de todo trabajo, han llegado a mandar en mi embarazo, controlar mi dieta, medir mis coitos, han estado embarazados por poderes y por camisetas interpuestas. Ahora no tienen más que empujar también en mi lugar, yo no puedo. ¿Quieren la rana? ¡Que la tengan en mi lugar!

—¡Dadle oxígeno! —dice el jefe de obras.

El asistente me planta al instante en la cara una especie de máscara bajo la cual enseguida agonizo.

—¡Respire hondo!

¡Y con gusto! Después de la noche infernal que acabo de pasar, quiero darme el lujo de asfixiarme. ¿No se les ocurre otra cosa? Con una mano histérica que debe de arañar de paso a mi socorrista (no siempre han de sufrir sólo las parturientas), me arranco el artefacto de tortura... A mi alrededor, silencio consternado.

—Si no quiere usted ayudarnos, tendremos que utilizar fórceps —amenaza fríamente el gran sacerdote.

—¡Espere! —exclama Tristan—. ¡Espere, tengo una idea!

Y sale. Esperar me parece muy bien. El agotamiento me sume en una inercia que parece eterna. Pero el equipo médico empieza a impacientarse. Se mueven al pie del tripalium, preparan instrumentos bárbaros... Marc me ha cogido la mano.

—¿Qué tal? —pregunta amable.

Lo miro entre dos párpados de plomo, esbozo una sonrisa.

—¡Muy bien, ahora mismo me corro! —contesto con un hilo de

VOZ.

Ruidos de puertas batientes tras de mí. Tristan ha vuelto. El inquisidor immaculado gruñe, mostrando el pistón de una jeringa.

—Una sala de partos no es un burdel...

Tú lo has dicho, pues no me chulees...

Tristan se inclina sobre mí.

—¿Probamos con esto? —propone, enseñándome el *Walkman*.

Asiento con una señal. No me dirán que pongo mala cara... Me ajusta los auriculares. El personal médico nos mira asombrado. Debo admitir que el trío no es normal...

Las primeras notas estallan en mi cabeza, arrastrando con ellas un alud de recuerdos mezclados, atropellados, esparcidos como el polvo dorado de un trigo batido con el mayal de mis dolores. Hablando de trigo. Me parece oler a heno, ver paja dorada, oír murmullos que se intensifican... ¡Claro! *Carmina Burana*, el granero, la viga, mis dos titanes luchando por construir el mundo. Yo, boquiabierta, con la cabeza reclinada, soñando con ayudarles, colaborar...

Es el momento Vick, pequeña, insignificante, perdida de admiración y de ganas. Portas en ti los *maelstroms* de las primeras edades, tu vientre hinchado es la cuna de los vientos. Enséñales a tus colosos lo que es tarea de mujer. Eso nadie, nadie podrá hacerlo en tu lugar. Ni los que manejan jeringas, dan órdenes y custodian puertas de molinos, ni los que ponen vigas y levantan la tierra y el cielo, Schwarzeneggers que conducen transportes especiales. Soy yo quien abrirá la puerta, la tierra, el cielo, el especial, soy yo, yo sola quien los fabricará para vosotros. ¡Yo levantaré la viga, fijaos bien, cariños, y apartaos, que voy!

Me agarro a las asas de la camilla desportillada que se pliega para permitir al mecánico trabajar sentado y cómodo, la cara plácida y los ojos fríos clavados en la grieta de los mundos, compruebo con la espalda y los tobillos la precariedad de los apoyos que me ofrecen —mesa vacilante y estribos colgando como dos correas para colgar jamones—, inhalo la música con todo mi cerebro, todo mi poder desmesurado, y suelto a la bestia, al ciempiés, al monstruo terrible e inexorable que se ha arrancado del fondo de mis entrañas, ha avanzado a pasos medidos, regulares y fabulosos hacia la entrada. Los cantos bárbaros saludan la hazaña,

las percusiones acompañan la marcha a la vida.

—¡Empuje, empuje, empuje! —repite mecánicamente el pigmeo blanco muy lejos, detrás de la música.

¡Ya lo sé, subnormal, que hay que empujar! ¿No querrás enseñarme mi trabajo? Tú eres quien tendría que apartarse, te aviso que te vas a poner perdidas las gafas... Hoy soy el hacedor de universos, el Creador. Invento los ciclones y los tornados. La cascada ha surgido de mi vientre con remolinos y torbellinos diluvianos. Sobre mi río navegó Noé, cuarenta días y cuarenta noches...

—¡Recupérese! ¡Descanse! ¡Respire!

¿Que descanse? ¿Bromea o qué? Demasiado tarde. ¡*Alea jacta est!* Cuando la rueda de la fortuna gira, ¿crees que descansa? Un temblor de tierra, un maremoto, un tifón, ¿descansan? Cuarenta días y cuarenta noches en las olas con todos los animales, el gato, el perro, la sardina, la rana... La rana sobre todo... ¡Descansar!

La tierra tiembla, todo tiembla. Es este maldito carro en el que me han instalado. ¡Un barco necesitaría para hacer frente al diluvio! Las correas van a romperse, lo sé, las asas se me quedarán en la mano. Cuando se levantan vigas, ¿cómo pretendéis que me apoye en palillos?

Mis gigantes, pequeñitos a mi lado, silenciosos, siguen el milagro con mirada atónita. No miréis, chiquillos, que os va a impresionar. Sobre todo tú, Tristan. Sobre todo tú, que apartas siempre los ojos de mis meandros y misterios, que tienes miedo de lo agujereado, de lo mojado, de lo sangriento, de lo desgarrado... La viga llega a buen puerto, en medio de un estruendo, una explosión, una avalancha indómita, que lo arrasan todo.

Los platillos celebran mi victoria grandiosa.

—¡No empuje ya, no empuje! —grita el portero que, ante el ojo del cíclope, se asusta.

¿Uno se siente pequeño, eh, abuelo, ante la turbulencia de los elementos? Pero mi huracán no se aplaca así como así, por una palabra, una orden, por convulsivas que sean.

Marc me pone una gran mano caliente en la frente, me obliga dulcemente a relajar la contracción de mi nuca, me quita los auriculares.

—Tranquila.

Tristan ha dado un paso hacia el teatro del cataclismo, se ha asomado. ¡Dios mío!, impedídselo, se pondrá pálido, se caerá sobre el pavimento frío. El otro se enfadará de nuevo. ¡No mires, Tristan, no mires! Pero, lejos de palidecer, su rostro se ilumina con una sonrisa tranquila.

—La cabeza casi ha salido.

Marc suelta mi mano, me deja, se ponen los dos a observar las maniobras del gran curandero, me quedo sola, sin música, sin nadie, profiriendo gritos que nadie oye, porque esta vez seguro que estoy abierta hasta el ombligo. ¡Cerdos! ¡Ingratos! Ninguna atención para mí, y todo el fervor del mundo en sus pupilas húmedas para la viga que acabo de levantar. Gotitas de sangre salpican sus camisas blancas. Gimo una última vez, siento mi vientre vaciarse muy rápido de su carga viscosa, que me sale deslizándose, olvido sentirme aliviada, porque sus ojos acaban de cruzarse ahí abajo y una angustia imbécil me hace un nudo en la garganta: «¡Espero que no se pongan a bailar la danza de la sangre!».

—Es un niño —dice el inspector de obras acabadas.

¡Como si no lo supiera! Levanta entre mis rodillas un bulto azulenco y brillante, me lo pone en el abdomen, el bulto gruñe un poco, tiembla con débil protesta. Tiendo la mano, noto bajo mis dedos una carne viscosa y caliente que no es la mía. Su calor penetra mi vientre, mi palma, invade enseguida todo mi cuerpo, me sube al corazón, los ojos, la boca...

Es mi hijo...

No es mi hijo.

Lo he creído un tiempo, dos o tres semanas como mucho... Lo llevé, lo traje al mundo... Paseaba por su cuerpo manos maravilladas, ojos nunca ahítos, lo alimentaba, lo bañaba, sentía casi, cuando él pataleaba en el agua, como si siguiera haciéndolo en mis entrañas: saltos bruscos de rana, grandes sobresaltos, brazos abiertos, manos abiertas, piernas como electrificadas. Y además lo he visto despertarse, posar en el mundo su mirada nueva, aún empañada pero ya ávida, lo he visto sonreír. No me sonreía más que a mí.

No es mi hijo. Tampoco es nuestro hijo. No nos inclinamos juntos sobre su sueño. Nuestros cuidados y nuestras presencias alternan como horas de vigilia. Durante la semana estoy ahí, enteramente disponible, enteramente entregada. Luego llega el fin de semana, ellos vuelven y se dedican a un único cuidado, una única obsesión. Ya no regresan al hogar sino a la cuna, gravitan a su alrededor, me mantienen alejada con mil prevenciones y mil astucias. Y tengo la impresión de haber sido, durante seis días, una nodriza a la que dejan puntualmente libre el fin de semana. Es el hijo de ellos.

Ha ocupado todo el sitio, todos los sitios. El de *Arthur*, el mío, incluso el de la música, que ahora ponemos muy floja. Ha sabido poblar el silencio con sus temblorcillos, ha destronado a Marley, Clegg y Pink Floyd, ha dado a las noches otros ritmos y a los días otros placeres. Se ha convertido en el sentido y la razón de ser de sus vidas, de que vuelvan, de que construyan, de que se queden. Han rechazado el contrato para Senegal, dos años de transportes especiales para una de las obras más grandes del mundo. De haber

estado sólo yo, me habrían llevado con ellos. Pero han encontrado a alguien más pequeño, más frágil y más precioso que yo. Su hijo.

Casi cabe acostado en una de sus grandes manos abiertas, y cuando cierran sus brazos gigantescos sobre él, ya no se ve nada, salvo un mechoncito de pelo cobrizo que sobresale un poco por el ala plegada. Será quizá pelirrojo como yo, aún no se sabe. Pero es su hijo.

No estoy celosa como he podido estarlo durante el embarazo, adivinando que a través de mí era a él a quien querían. Pero estoy triste con una tristeza que no es ni desdén ni pena. Triste porque de tanto pensar —y en toda la semana tengo tiempo de reflexionar, de calcular...— he llegado a la irremediable conclusión de que al fin he crecido, al fin he madurado, de que la famosa burbuja de mi gestación ha explotado... La puerta del camión se ha abierto, he bajado para no volver a subir. ¿Acaso vuelve un hijo al vientre de su madre? Nunca más escalaré los estribos del Daf, que por lo demás han cambiado, en mi ausencia, por un nuevo Foden flamante; nunca más partiré con ellos, al sol de la cabina, al vaivén de la música.

Ahora tengo que seguir sola mi camino, pequeño polluelo menos perdido por haber conocido a unos gigantes y haber viajado con sus botas de siete leguas. Mi futuro no está en la casa de estos amantes, que me han preparado el espacio y el tiempo necesarios para que elija mi destino y ellos cambien el suyo. Mi futuro es una casa propia, con alguien, ogro o polluelo como yo, fuerte o débil, que me quiera y a quien yo quiera, y con quien tendré un hijo de los dos... ¡Oh!, he luchado mucho contra esta idea, que aún no era un proyecto, y ya me aterrorizaba. He reflexionado sobre lo que podría haber oído en mi casa: «Vick, los milagros no se producen dos veces...».

Pero yo sabía que todo, todo, lo reflexionado, es siempre falso. Mi lucidez nueva, ay, me condenaba a la lealtad. Mamá, los milagros se producen sobre todo dos veces, y tres, y cuatro... Y cuantos más se producen, más milagrosos son. Es su esencia de milagro. La muerte de *Platón*, y luego la muerte de *Arthur*, ¿no eran dos milagros seguidos? Dolorosos, sí, quizás, pero necesarios. Y mis dos camioneros, descendidos uno tras otro de su barco como de otro planeta, tan guapos, tan enormes... ¿No era también un

prodigio doble? ¿Y esta serie de milagros que me han ocurrido, como si yo fuera la cueva de Lourdes, el deseo, el placer, el amor, la felicidad de ser yo, de vivir y de vibrar, de esperar y de sufrir? ¿Y mi cuerpo transformado, más lleno, más suave, más dócil, y mi corazón hambriento, y esta indulgencia nueva, esta intuición, estas ganas de ir hacia los demás, de encontrar mi futuro? ¿Cómo no va a repetirse el milagro?

«Pero, querida Vick», contesta la voz de los principios, la voz de la cabeza, la voz maternal, «ahora eres una verdadera mujer. Una verdadera mujer no abandona a su hijo...». Querida mamá, sin querer lastimarte, me cuesta imaginar que puedas saber lo que es una verdadera mujer. Una verdadera mujer es una mujer libre en su cabeza. Libre de toda moral tradicional, sorda a la sabiduría periclitada, a las viejas cantinelas. Aquí he aprendido nuevas músicas. Una verdadera mujer es como un verdadero hombre, sin diferencia ninguna. Nada la define específicamente, aparte de los fenómenos biológicos. Salido de su vientre, el niño no es obligatoria y definitivamente suyo; si lo fuera, no cortaría el cordón umbilical, no enseguida.

Además, tienes una curiosa idea del abandono... Si los vieras con él, si los vieras a sus minúsculos pies de pequeño dios inconsciente... Si la Virgen Santa hubiera dejado a Jesús en manos de los reyes magos, ¿lo habrías llamado un abandono? La estrella que los condujo a ambos, a mí me llama a otro sitio, hoy. Les dejo el pequeño dios para que lo veneren, y el granero para que lo terminen. Ahora serán carpinteros para alguien. Dejo aquí la comparación porque ya no soy virgen... ¡Oh!, no desde hace mucho, y la santidad quizá la mereceré por irme...

Tú, madre, nunca te fuiste, tú me proporcionaste todos los cuidados que creíste necesarios... ¿Por qué entonces me sentía, aquella noche de tormenta en que hacía dedo en las afueras de Troyes, como un chaval perdido, un huérfano condenado a buscar amor y ternura? No eres tú, con tus gestos avisados, con tus razonamientos, con tu deber de madre de familia cumplido, quien me armó y ennobleció. Por eso, a cambio de eso, de ese placer, esa alegría, ese otro sitio, esos sueños y esos milagros que ellos me han dado, les dejo al hijo, y no es demasiado pagar.

Lo único que haré, para que el regalo los colme sin

remordimientos ni dudas, será fingir el modesto egoísmo de quien se siente vulnerable y desbordado, la humilde confesión del pusilánime que da media vuelta y agacha la cabeza.

Ya he escrito en mi cabeza la carta que les dejaré, mañana, al alba, a la hora en que blanquea el campo. Pero no partiré hacia una tumba. Sólo quiero que mi última noche, la verdadera, porque soy yo quien lo ha decidido con toda mi alma, sea inolvidable, quiero llevármela en el bagaje de mi memoria para acordarme siempre, para que ilumine y caliente con su faro luminoso y tórrido todas las noches futuras, en las que me duela, quizás, en las que tenga miedo o frío.

Ahora conozco, por haber sido mucho tiempo un aprendiz de brujo, los brebajes y los humos del diablo. También los maleficios y los encantamientos, y las trampas de una larga velada de verano suave como terciopelo. Los embriago en la terraza, justo después del último biberón, la última visita a la cuna, el último cuarto de hora de vela escuchando, en la sombra de la habitación, una respiración sostenida y precipitada, que a veces interrumpe una inspiración más profunda, entrecortada como un sollozo.

Bajan llenos de amor, sus gestos son amplios y mudos, sus ojos como bañados en luz, y amortiguan sus pasos. Les tiendo el primer vaso.

Conozco los filtros del olvido y las músicas mágicas. Beben, fuman, y cuando pongo el casete, amnésicos y felices, omiten inquietarse por el sueño del pequeño dios, se descalzan, se quitan la camiseta, marcan, con sus pies desnudos, con sus bellos hombros dorados bajo la luna, con todo su cuerpo, el interminable lamento negro americano... « *clean up the ghetto...*

Let's

».

Bailo con ellos, perdida de deseo y de pena, traspasada de pasión. «*You know, I live in New York City...*». La batería repite una y otra vez las mismas siete notas al mismo ritmo. « *where we live, where we live...*

That's

that's

». Sus movimientos de caderas se aceleran, sus braguetas se hinchan. Hacen el amor con las guitarras y los coros, con el saxo, el

tambor, con todo Harlem, y todos los guetos del mundo, hacen el amor contra el odio, la miseria y la indiferencia, me hechizan con sus saltos, sus meneos, sus giros, su fe, su poderío; su coreografía se muda en una carrera demente y salvaje, el eterno recomenzar de las olas, la evolución de los astros, el girar del universo completo, galaxias y estaciones a la vez. Sigo su cabalgada, ese galope impetuoso y épico de centauros de un mundo intersidereal, ondulo, salto, giro con ellos, una y otra vez, hasta que la música nos lleva, nos carga, nos transporta y nos devuelve, como náufragos, a la zona portuaria en la que se cruzan las luces de los grandes faros malvas...

Su desnudez sudorosa, en la que brilla con tornasoles la noche eléctrica de su habitación, atrae mis manos, mis labios y mi cuerpo. Mis cabellos, más largos que de costumbre, mojan mi nuca como una mata de algas cálidas. El cabello de ellos, más crespo, desprende olores mezclados que hablan de océanos y de lugares lejanos.

Poso mis dedos al azar de una pesca del tesoro en los grandes fondos. Todo botín me resulta enorme: sus testículos, bolsas gigantes, desbordan mis manos, sus miembros turgentes sorprenden mi boca. Resbalo sobre sus cuerpos, anodina y ligera, desesperada de pesar tan poco en sus vientres de hierro, en sus pechos abombados, relucientes como armaduras... Cabalgo a uno de ellos, su pene me llena con su terciopelo terso, y tengo que arrancarme al placer que llega rápido, demasiado rápido. Es mi última noche.

La música sin fin sigue sonando, ellos se buscan por encima de mi cuerpo, se esperan más allá de mí... Quiero ser su cruce, la cita de sus placeres, una última, terrible y magnífica vez.

—Ve a mi culo, méteme todo lo que tienes, lengua, dedos, pene... —suplico a Marc.

Se mueve detrás de mí, sus manos me cogen de las caderas, de las ingles mejor dicho, me levantan hasta su boca. Con dos pulgares convergentes, separa las nalgas, lame ese fruto reventado como un melón maduro, mucho mucho tiempo. Florezco bajo sus labios, maduro, palpito. Con la cabeza en el hueco de los brazos doblados, escucho los mugidos mezclados del saxo, de la sangre en mis oídos, del deseo en mis venas, que baten al unísono como una resaca infinita.

—Esta vez no te haré daño... —dice.

No sabe, no puede saber que todo dolor me es precioso esta noche, toda marca, toda violación; que quiero llevarme grabada en la carne la huella de su paso... Su solicitud me ofende de gratitud y emoción. Prueba una última vez, con una lengua locamente suave y firme, la permeabilidad de mi agujero, retrocede un poco. De pronto tengo frío, sin su aliento caliente y su saliva de miel. Primero posa un dedo con cuidado, luego hace fuerza, me abre un poco, luego más, luego del todo, manipula mi deseo, orquesta mi llamada, ensancha mis esperanzas. Aplicado y concienzudo, sus dedos progresan en mí, me habitan, me liman, me redondean, me pulen, me hurgan por todos lados, me empujan, me acarician, me conquistan...

—Hasta que te mueras de ganas... —me murmura al oído.

Y para decirme eso se ha acercado, se ha tumbado sobre mí, sobre mi espalda extasiada, que ha reconocido el calor de su vientre y de su pecho, sobre mis nalgas, que ha barrido la lana rizada de sus muslos, y su dedo ha permanecido anclado, bien sólido y bien escrupuloso, mientras él hacía estremecer mi tímpano y mi espina dorsal.

—Marc, Marc, me muero de ganas... —me rindo enseguida.

—No —replica—, aún no. Hay que hacer sitio, mucho sitio, porque la tengo muy muy gorda.

Continúa fabricando su nido, y yo, yo me muero, es verdad, me muero de amor por él, me muero de ganas de que me penetre, de que se clave en mí y me rompa...

—Gorda, gorda la tengo —canturrea— porque Tristan me masturba como un cerdo desde hace un momento. Gorda, gorda porque me la está chupando...

¡Oh!, ¡amores míos, guarros míos! Si pudiera manchar vuestra intimidad de melancolía para siempre... Si en vuestros retozos echarais de menos el grano de sal de mi presencia... La desesperación y el deseo me hacen sollozar.

—¡Marc, péntrame!

Tengo la voz ronca de deseo, la prisa me apremia.

—Marc, vas a hacer que me corra, ¡para!

—¡Ven! —capitula él. Me coge por las axilas, me atrae hacia sí —: Siéntate sola.

Tengo entre las piernas una vorágine de impaciencia. Enseguida trago lo que me da, lo que Tristan ha preparado, lubricado para mí con una boca amorosa.

—No me muevo. Haz lo que quieras.

Está tumbado boca arriba, dócil, sus grandes manos sabias se cruzan sobre mis senos porque yo también me he echado sobre él.

—Tristan, ¿vienes sobre mí? —pregunto.

Él se arrodilla entre los pies de Marc, ante nosotros, pone sus manos en mis piernas, las abre un poco.

—Enséñame su pene en tu culo.

Las luces intermitentes del equipo musical iluminan su bella cara atenta, su mirada encendida, sus dientes cuadrados, su pene adusto y fascinado. Es la primera vez que me escruta así, tan voluptuosamente, tan precisamente. La primera y la última vez.

—Ven, ven también —lo llamo, con la mano tendida.

No quiere, no enseguida. El espectáculo de su amante clavado en mí lo tiene hipnotizado.

—Me gusta —dice al fin—. ¡Ah, me gusta veros!

Tus palabras, amor mío, tus palabras de silencioso, de taciturno, tus palabras superfluas para una confesión que han hecho ya tus ojos, y todo tu querido rostro. Tus palabras como otras tantas caricias inéditas, tus palabras y tu mirada, esta contemplación en la que te abismas, que comentas sin más objeto que el de estimular tu apetito, y el nuestro... Todos estos regalos de adiós incrementan tanto más la violencia de mis lamentos cuanto que los ignoras.

Reclamo de nuevo para olvidar mis lágrimas.

—Tristan, ¡ven! Lo tocarás a través de mí, lo sentirás, ¡ven!

Marc, que no siente la misma urgencia, y al que mueve más el deseo de dar gusto al otro, dice detrás de mí:

—¡No, sigue mirando, sigue mirando! —Y ordena—: Vick, enséñaselo, enséñaselo todo.

Sumisa y temblando, me ofrezco lo mejor que puedo a su examen ardiente. Bajo mis piernas, Marc dobla las suyas, las abre también. Marc, ¡qué puta eres! Te exhibes a tu vez, huevos de plomo bajo tu pene que me llena, nalgas abiertas, culo incandescente. Te imagino, te imagino y te toco, porque me he sentado y, con las manos juntas debajo de la doble horquilla de nuestros cuerpos acoplados, recojo el trofeo pesado de tus testículos

cargados, los muestro a su admiración, a su deseo, y más abajo, con dedos aplicados y afanosos, encuentro tu agujero y lo abro con los dos pulgares, para obedecerte y enseñárselo todo...

Tristan sonríe como un diablo. Los rayos de las balizas se entrecruzan en un baile fabuloso. « *where we live, where we live...*

That's

». Se acerca, se acerca, se apodera de Marc, de sus muslos musculosos, de sus nalgas, de sus testículos, toca todo mi alrededor sin tocarme a mí.

—¡Fóllala, que la vea entrar y salir! —exhorta.

Lentamente, levanto la pelvis, remonto la columna que me deja poco a poco, la siento descender, deslizarse, huir, la atrapo antes de su total retirada, la como de nuevo, muy lentamente... Tristan tiene una erección loca. La visión de su pene espasmódico me tortura.

—¿Es así cuando me penetra? —pregunta.

—Es mejor... Tristan... mejor... Cuando te penetra, veo vuestros testículos agitándose a la vez, balanceándose a la vez, parece que tú solo tengas dos pares, uno sobre tu pene, el otro bajo tu culo, y supongo que se tocan, y a veces, meto la mano entre ellos y siento cómo se frotan, cómo pesan, cómo quieren eyacular. Se electrizan uno a otro, entiendes, mezclan sus impulsos y su vello... Y a todo esto Marc te penetra, su miembro te penetra hasta el fondo del culo, como a mí ahora...

Él escucha, alelado... Su voluntad se rinde a mis palabras. Su pene violento aprueba con una lenta oscilación vertical, babea un largo hilillo claro en el que se refleja la luz de los faros... Tiendo una mano conquistadora, estiro de la envoltura de su pene, que la vehemencia de su deseo ha descapullado más allá de lo imaginable.

—¡Para! —dice enseguida—. No me masturbes... Voy...

Lo espero con un fervor nervioso. Avanza, me abre suavemente, me encuentra sin rodeos. Al principio el choque de sus dos penes dentro de mí me duele, me arranca casi un grito. Pero Tristan, esta noche, ya no se asusta, no retrocede tan pronto.

—Un momento. Voy a hacerme sitio...

Y se instala, me penetra con una verga enorme pero hábil, trata de no aplastarme. La invasión es total, estoy abierta de placer, incapaz de hacer un gesto.

—¡Ah! —exclama Tristan—, os siento a los dos, a los dos. Os

hago el amor a los dos, voy a haceros gozar a los dos...

Y también él, se olvida en la cuenta... He notado espasmos de Marc en mi culo; su pene, llevado al paroxismo por las palabras de Tristan, acaba de explotar. No me he resistido, y Tristan a su vez ha levantado en alto los puños de goleador victorioso.

¡Los dos! Ha dicho «los dos». Albergo de pronto una esperanza insensata. ¿Y si todo fuera aún posible, si poco a poco su dúo se convirtiera a fuerza de danzas y de amor en un trío, si empezaran a desearme, a saborear entre sus dos cuerpos de colosos mi enclenque y febril compañía, si tuvieran necesidad de satisfacer mi deseo, de abreviar mi sed, de beber en mis fuentes, de exigir mis dones? ¿Si se excitaran por mí?

Tristan, suavemente, se retira, me desposee, me vacía.

—No te hemos hecho daño, ¿verdad?

¡Oh!, su amabilidad, la atención enternecida de su gran cuerpo que se aleja de mí... Marc se levanta a su vez, escapa, me obliga a rodar a su lado. Mis gigantes, mis héroes, mis amores, nunca, nunca podría dejaros. Mi soledad ya me duele. Tenedme con vosotros, orientad hacia mí las ondas sensibles de vuestras almas de caballeros, evitad mi huida, cerrad los brazos sobre mí, hacedme una prisión con vuestras palabras, con vuestros ruegos, con vuestros latidos...

¡«Let's

clean up the ghetto»! El casete sigue por una cara. «*You know, I live in New York city...*».

Marc, desencantado, se sobresalta en la penumbra coloreada.

—¡Qué locura la música tan alta! ¡Vamos a despertarlo!

Se ha incorporado sobre un codo, alarmado. Colas de cometas blancos y malvas siguen barriendo el techo.

—No está tan alta como de costumbre —digo yo—. Además, tiene que acostumbrarse. Al final no lo oiré...

Marc se arrastra por el suelo, estira el brazo, apaga la música.

—Sí, pero nosotros tampoco lo oiremos si llora.

Adiós al fumar, a los sortilegios, adiós a la esperanza. Folclore obsesivo de los guetos, Harlem, Soweto, África, adiós... Mi corazón se va.

—Voy a ver —digo.

Los dejo en la oscuridad... En la oscuridad... Harlem, Soweto...

Sus cuerpos se buscan y se encuentran en el mismo segundo, se duermen juntos, uno detrás del otro, encajados en la misma posición gemela que los hace un ovillo.

En la habitación de al lado, la misma postura, mucho más pequeña. Pequeña respiración tranquila que levanta la sábana y hace palpar el encaje. Dios mío, cuánto valor se necesita.

Sola en la cocina, cojo papel y bolígrafo y con las pocas fuerzas que me quedan escribo:

«Mis queridos gigantes:

»Seguro que os pareceré muy astuta y muy cobarde. En todo el día no me he atrevido a deciros nada. No tenía miedo a un rechazo, sólo de vuestra sorpresa, de vuestros ojos atónitos sobre mí, de vuestra incredulidad, y eso me paralizaba...

»Richard me ha llamado de nuevo. Su proposición sigue en pie. Aún no ha encontrado a nadie para Estados Unidos... He aceptado. Vosotros ya habéis renunciado a Senegal, a mí me ha parecido tonto e inútil un nuevo sacrificio... He pensado que la madre de Tristan, que se queja de su soledad y de su inactividad, podría ocuparse del pequeño durante la semana. Por lo demás, confío en vuestra ternura y en vuestra indulgencia.

»No he elegido sin duda el mejor modo de demostrároslo, pero lo que os dejo es lo más preciado que tengo. Añadid mi cariño por vosotros, que nunca cambiará».

Evidentemente, acabo con la mentira más grande, diciendo «cariño» donde tendría que poner «amor»... No importa un heroísmo más o menos.

Añado una nota:

«Os dejo mi dirección y el número de teléfono de mi portera. Enviad allí mi correo, y mis llamadas... Para cualquier problema o duda. Cuento con vosotros, queridos».

Firmo con un suspiro. Ya sé que esperaré mucho mucho tiempo, la señal inevitable y temida, que aguardaré en vano durante meses el paso del correo, que perseguiré a la señora Robert, desde más allá de los mares, y a mi vuelta: «¿Algún mensaje para mí, señora Robert?», que vuestro silencio será mi condena y mi recompensa.

Cierro el sobre, lo pongo en la mesa...

Miro el reloj... Pronto será la hora del primer biberón. El de antes de amanecer. Subo a echarme en mi cama, junto a la cuna, para oír el primer vagido. Estos últimos minutos me pertenecen, no quiero compartirlos.

Bien hundida en el hueco de mi brazo, la menuda bestezuela hincha los mofletes rítmicamente, alzando a ratos el pie de placer. La leche borbotea con un ruido ávido y gozoso. Microscópicas gotas de sudor perlan su frente vellosa, sobre su naricilla. ¿A quién te pareces, rorro mío? ¿Sabes que a través de las distancias contaré los años, mediré mentalmente tus progresos? Tiene un año, anda; tiene dos, habla; tres, baila moviendo los hombros, contoneando las caderas... ¿Puedes creer que en mis viajes buscaré siempre, siempre, en los aparcamientos nocturnos, la sombra de un gran camión iluminado y, en su luz, las siluetas de tres coreógrafos geniales, dos gigantes, el tercero más pequeño, rubio o moreno, o quizá bermejo, no importa? ¿Que me moriré a veces de mi búsqueda, de mi espera decepcionada, y de mucho mucho menos que eso, del olor pesado de las flores en las tardes azules de verano, una música, un cigarrillo, una canción, la imagen de un hombre con un niño en brazos?

Entro en la habitación de ellos con mi carga ligera y limpia que huele a colonia. Beso por última vez su carita redonda y rosa de peladilla. «Buena suerte con ellos, pequeño», lo dejo boca abajo sobre el pecho de Tristan, que duerme estirado, con el brazo derecho en el cuello de Marc. La ranita sorprendida alza trabajosamente la cabeza, la mueve, balbucea, agita la nuca aún demasiado débil con pesadas y torpes maniobras de tortuga, luego capitula, vencida por el cansancio, descansa la mejilla sobre el pecho del gigante, donde debe de oír latir su corazón. Tristan levanta el brazo izquierdo, abre la mano, cubre y acaricia a la vez su minúsculo cráneo redondo, su espalda, su culito abombado por el pañal, lo arrulla con una suave fricción inconsciente, la misma que con *Arthur*, la misma que conmigo, mucho más corta y delicada...

Cierro las puertas con sigilo inútil al salir...

En el coche, pongo mecánicamente en marcha el radiocasete. El azar quiere que suene la voz perturbadora de Ben E. King: «When the night has come». Es una de los lentos más bonitos del mundo, y

los lentos, como se sabe, se bailan en pareja. Siempre he soñado con bailar esa canción apoyada en un hombro protector, ceñida por unos brazos amorosos, eternecida por un aliento de hombre emocionado en mis cabellos... «Stand by me». Esto nunca habría podido bailarlo con ellos. Demasiado altos para mí, demasiado lejos, demasiado juntos...

La aurora asoma con la promesa de un día radiante. Absurdamente, acciono el limpiaparabrisas, como si las lágrimas cayeran sobre el cristal. Adiós, amores míos. No huyo como una bruja a la que el amanecer arranca del aquelarre, sino como una aventurera que traga kilómetros, el nuevo superhéroe que soy... Y no es un cuartel dormido lo que abandono. No, es una casa en la que mi partida no despertará a nadie.

Pero no parto desengañada ni desposeída, ni tan triste, pobre y pequeña como llegué. Además de mis maletas, llevo en mi equipaje dos años de amor loco, y todo un zoo imaginario que piafa por lanzarse.

Venid, animales míos, fantasmas míos, recuerdos míos, tesoros míos. Nos vamos.

Notas

[1] «El durmiente del valle» es un soneto de Arthur Rimbaud. (*N. del T.*). < <

[2] Somos nubes de África / camino de las estrellas / muy atrás
dejamos / para siempre / los sueños de antaño. (*N. del T.*). < <